

BILOGÍA
SOMBRAS
2

PASIÓN
Sublime

AUTORA FINALISTA DEL 2° CONCURSO INDIE DE AMAZON

KRISTEL RALSTON

PASIÓN
Sublime

Bilología Sombras
LIBRO 2

Kristel Ralston

©Kristel Ralston 2021.
Bilología Sombras.
Libro 2.
Pasión Sublime.
Todos los derechos reservados.
SafeCreative N. 2109039168366 y 2109169275378.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Kramer Hache ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EPÍLOGO](#)

[DEDICATORIA](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

PREFACIO

*Universidad de Yale.
New Haven, Connecticut, Estados Unidos.
Años atrás.*

—Solo unas copas más, y nos largamos —dijo Dereck a su grupo de amigos y compañeros de clase, mientras trataba a duras penas de mantenerse en pie. No recordaba cuántas botellas de cerveza había bebido esa noche. Estaban celebrando el Año Nuevo en el piso que pertenecía a la hermandad para mujeres Alpha Phi.

Desde el día en que recibió la carta de aceptación de la Universidad de Yale, su cuadriculado y sencillo mundo cambió por completo. Pasó de ser un adolescente que prefería aleccionar a su hermano mayor por insolencias y rebeldías, a un muchacho que disfrutaba la adrenalina de crear caos o pretender que tenía la capacidad de salir ileso de cualquier situación.

Dereck era hábil con las palabras, y su éxito en clases lo demostraba, pero su cerebro tenía también gran habilidad numérica. Sin embargo, fue su ego, en esos años de estudio para ser abogado, que lo llevó a creer que poseía la destreza infalible de adquirir deudas de juego demasiado elevadas, y poder pagarlas sin mayores complicaciones. Gran error, porque ahora estaba buscando la forma de solucionar el embrollo en el que se había metido.

Para iniciarse en las mesas de Póker clandestinas, puesto que su billetera era ajustada, él hizo un préstamo bastante cuantioso. Sus ganancias durante las primeras rondas fueron impresionantes, y luego lo empezaron a ser también sus pérdidas. El autocontrol voló por los aires, porque lo que había enganchado a Dereck a las mesas de juego eran la euforia y la emoción de ganar. Esa satisfacción que se volvía mortalmente seductora cuando se llevaba una buena racha.

Ahora, él tenía que pagar casi ochenta mil dólares para sacarse de encima a los prestamistas o iba a terminar molido a golpes, más pronto que tarde, en algún sitio de la ciudad. El dinero prestado, y también el ganado, había sido repartido entre paseos con sus amigotes de Yale, fiestas, bebidas y un automóvil. Si tenía dinero, ¿por qué no disfrutarlo un poco? El mayor de los Toussaint, Ryder, estaba tratando de resolver su propia vida incursionando en Wall Street, y Dereck jamás iría a contarle sus problemas. No tenía complejo de hermano menor en apuros.

—Oye, Toussaint, no seas aguafiestas —replicó Justin Nader, el mejor amigo y compinche de juergas—. Por cierto, ¿cuándo piensas acercarte a la hija de el Senador? Estás perdiendo el tiempo mirándola a la distancia.

La música estaba sonando, y las conversaciones en voz alta parecían el único modo de hacerse escuchar. Si había alcohol y buen ambiente, pues nadie se quejaba del alboroto o de los usuales adornos que caían al piso haciéndose trizas o las constantes idas y venidas de parejas (no necesariamente monógamas) que subían al primer piso para aprovechar las habitaciones de la residencia Alpha Phi.

—No es una conversación banal —contestó, mientras apoyaba el hombro contra el marco de la puerta. Se llevó la botella de cerveza a la boca y la terminó en pocos tragos. Miró alrededor

para cerciorarse de que nadie hubiera escuchado la pregunta del imprudente de Justin—, y será mejor que se lo recuerdes a tu boca, porque tengo mucho en juego.

—Sé que hay mucho sobre la mesa, sí —replicó Justin, consciente de que había sido él, el artífice para que Dereck conociera las partidas de Póker ilegal en la ciudad.

—Además, como bien dices, ya sé en dónde está ella. Apenas termine esta cerveza, me acercaré para hacerle conversación. Mi próxima movida será encontrármela “de casualidad” en el edificio de la facultad y de ahí surgirá algo.

—Tienes solo un par de semanas para pagar ese dinero —dijo Justin en tono quedo. Con su cabello rubísimo y ojos celestes tenía un parecido al actor Devon Sawa en sus épocas juveniles. Solía ser el que propiciaba las juergas en la facultad.

—No necesitas repetir lo obvio —replicó Dereck con fastidio.

El Senador era el apodo del hombre que estaba detrás de la operación de préstamos y cobranzas en los sitios que se organizaban las partidas de Póker, no solo para estudiantes, sino para el que le diese la gana de entrar a la mesa, y tuviera reputación de no hacer trampas. Su hija, Tanya, iba dos años detrás de Dereck en la carrera, y este último necesitaba ganar la voluntad de la muchacha para acceder a una reunión privada con el Senador y solicitar un plazo para el pago de la deuda.

Dereck llevaba algunos días tratando de hallar la forma de aproximarse a Tanya sin parecer súbitamente interesado, y no era en vano que estuviera en esa fiesta de la hermandad Alpha Phi. ¿Sabría la chica, lo que hacía su padre para ganarse la vida? Aquello era un misterio para Dereck.

—Vaya, vaya, tus planes van a mejorar o cambiar, porque la chica que te interesa parece haber decidido ejercer sus tareas de anfitriona y viene hacia aquí —replicó Justin de forma súbita.

—Supongo que el universo conspira a mi favor —dijo Dereck con una mueca.

—Creo que la hemos pasado mejor aquí, que si hubiésemos ido a la fiesta de los idiotas de nuestra fraternidad —dijo Justin dándole una palmada en el hombro.

—A ver qué tal nos va —farfulló Dereck.

No era la situación ideal, porque no le gustaba utilizar a otras personas, pero en esta ocasión parecía ser la única salida para negociar su deuda sin intermediarios. No se podía llegar a el Senador sin sus esbirros como mediadores, lo que implicaba que un par de matones se encargaran de dar una paliza al deudor. Dereck no tenía interés en perder clases, y llevar varias semanas cabestrillos o muletas.

La información de que el Senador tenía una hija en la facultad de leyes de Yale, la encontró Justin. Su mejor amigo era un genio informático y podía conseguir datos encriptados de la *dark web* sin problema. A juicio de Dereck era lo mínimo que podía hacer, después de haber sido el culpable de llevarlo a las mesas de juego.

Dereck, con sus resplandecientes ojos azul claro y el espeso cabello negro, era el equivalente a un joven veinteañero con apostura, seguridad innata y sentido aventurero. Después de su duro inicio en la vida, lo que menos le apetecía era regresar a ese estado de carencias. Estaba dispuesto a todo con tal de salir de ese embrollo.

—Esta es la primera ocasión que te veo en la casa Alpha Phi —comentó la suave voz de Tanya, mirando a Dereck, y refiriéndose a la preciosa propiedad en la que residían las chicas de la hermandad—. Lo digo, porque soy la encargada de llevar la lista de invitados. No sabía que eras amigo de mis compañeras.

Él se rio, y cruzó los brazos, haciendo que sus músculos resaltaran sobre la camisa azul

marino. Todas las chaquetas estaban guardadas en el ropero, y el interior estaba perfectamente adecuado con la calefacción. La madrugada tenía como componente principal una fuerte nevada. El frío exterior garantizaba que la fiesta iba a extenderse hasta las primeras horas de la madrugada, pues nadie quería salir en plena oscuridad a tratar de encender automóviles o pagar un taxi.

—¿Feliz Año Nuevo? Creo que es una frase propia de este día —replicó con una media sonrisa. Viéndola más de cerca Tanya no la clase de mujer que deslumbraba, pero sí provocaba ganas de pasar un buen rato a su lado. Llevaba un vestido rojo ajustado a unas curvas modestas, y el cabello negro azabache le caía en cascadas por la espalda.

—Oh, es cierto —replicó ella—, ¡feliz año nuevo! —Se acercó y le dio un abrazo—. Como lo he hecho todo del revés, pues ahora toca presentarme —extendió la mano pequeña y de uñas pintadas de rosado—, soy Tanya Hatty.

—Dereck Toussaint —dijo él estrechándole la mano con firmeza—, y creo que te he visto en la facultad de leyes.

Ella asintió.

—Sí, quizá por eso te me hacías algo conocido —replicó—. ¿Te dieron un tour por la casa? —preguntó en tono de flirteo. Aquella era una invitación abierta a que la acompañara a su habitación, y pretendía dejarlo muy claro.

—No sabía que era una de las posibilidades —contestó él de buen humor.

—He notado que me has estado observando esta noche, así que decidí cortar el tema visual y acercarme. Después de todo soy una de las anfitrionas de la fiesta.

Dereck esbozó una sonrisa cínica.

—Jamás me atrevería a contradecir a una dama —dijo haciéndole un guiño —, en especial una tan guapa.

Tanya se rio. Su tono era suave, pero su risa, chillona. A Dereck le fastidió, pero sabía que ella era un medio para un fin que, a diferencia de otros casos, podía salvarle el pellejo. Ya había aprendido su lección, y si lograba salir de este embrollo financiero no volvería a pisar una jodida sala de Póker, legal o no.

—Entonces, ¿vamos a hacer ese tour por la propiedad? —preguntó ella.

Dereck prefería conquistar a ser conquistado, y no tenía que ver con los consabidos tintes machistas, sino porque era su naturaleza. No en vano intentar ganar casos legales era su mayor interés. Le gustaba encontrar las causas, recoger testimonios, investigar, defender, conquistar y ganar. Estaba en sus venas.

Que Tanya se sintiera atraído por él y hubiera tomado la iniciativa, le haría el camino más fácil cuando le planteara la posibilidad de una reunión con el Senador, y cuyo nombre legal era Charlie Hatty. Imaginaba que la muchacha creía la fachada de Charlie ante la sociedad, en la que se presentaba como un agente deportivo.

—Te hago una contrapropuesta —le dijo en tono encantador—. ¿Qué te parece si mejor, en la tarde cuando estemos repuestos de la fiesta, te invito un café?

Le parecía una pésima estrategia acostarse con ella, y luego perderla de vista. Quería acercarse a Tanya hasta ganarse su confianza, y después conseguir su objetivo.

—Ah, me gusta la idea —sonrió con coquetería.

—Eso no implica que deje de interesarme conocer tu habitación más adelante, y quizá en un escenario menos congestionado —replicó Dereck, porque no quería que ella pensara que estaba rechazándola. Herir el ego de una mujer que tomaba la iniciativa era un suicidio estratégico, y él

no tenía espacio para equivocaciones.

—Quizá —replicó Tanya.

—Dame tu número telefónico. —Ella asintió y así lo hizo—. Ya me marchó.

—¿A las dos de la madrugada y en plena fiesta? —preguntó ella.

—Aunque hace un frío de mierda afuera, prefiero irme ahora con mis amigos, porque tenemos el automóvil disponible, y uno de nosotros, que no soy yo, no está pasado de tragos. — Se inclinó hasta dejar su boca cerca de la oreja de Tanya, y agregó—: Nos vemos mañana. Te escribiré.

—Así lo espero —murmuró ella.

Cuando sintió el temblor que recorrió a la muchacha, Dereck sonrió para sus adentros. Conquistar a una mujer se le daba muy bien, y él siempre se salía con la suya. No recordaba una ocasión en que hubiera recibido un “no” como respuesta.

Horas más tarde, cuando Dereck tenía suficiente cafeína en el cuerpo para revivir, vio a Justin entrar en la sala del apartamento que compartían a pocos minutos del campus. Ambos eran compañeros de fraternidad, pero habían optado por vivir fuera de ella. Pertenecían a Alpha Delta Phi.

—Tengo una buena y una mala noticia —anunció Justin.

Llevaba en la mano una bolsa de una conocida cafetería de la ciudad, y de la que era propietario. Él y su familia tenían importantes negocios de comida repartidos en la costa este del país. A veces, Dereck no entendía la tendencia de su mejor amigo de meterse en líos ridículos.

Dereck apartó la mirada del ordenador. Su hermano mayor acababa de enviarle un correo electrónico con una propuesta para que se uniera al equipo legal de la compañía apenas se graduara en Yale. Le estaba ofreciendo un cargo en el que podía practicar todo lo aprendido y desenvolverse en el ambiente corporativo vinculado al manejo de fondos de inversión. No solo eso, sino que iba de la mano de una paga estupenda. Claro, para graduarse todavía le quedaban algunos meses por delante.

—Dime la buena primero —replicó Dereck, apoyando la espalda en el respaldo de la silla giratoria, y cruzándose de brazos.

Justin se rio, porque sabía que su amigo podía ser cínico, pero intentaba a toda costa de buscar el lado positivo de las desgracias.

—He encontrado otra forma de salir del territorio de el Senador, y pagar tu deuda —dijo sacando un cruasán y llevándose medio trozo de una sola vez a la boca. Masticó un poco, y luego agregó—: Aunque requiere una estrategia similar.

—¿A qué te refieres?

—Ya que no aceptas que te haga yo un préstamo...

—No quiero deberte nada, idiota, conozco que pretenderás que sea tu adepto seguidor en tus chorradas, así que no —interrumpió Dereck, y Justin se carcajeó.

—En todo caso —se encogió de hombros—, yo conozco a un abogado muy importante que necesita alguien a punto de graduarse para hacer prácticas en su firma legal. Él es amigo de mi familia, y gracias a quien obtuve la carta de recomendación que me hacía falta para entrar en Yale. Si le refiero tu nombre te va a dar la oportunidad de trabajar en su oficina.

—¿Y por qué no tomas tú esa oportunidad? —preguntó Dereck.

—Porque no me interesa el derecho corporativo, sino el derecho penal, ya lo sabes —replicó limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—No sé en qué me beneficia pedir un trabajo si el total del dinero no me lo van a pagar como si fuese una bonificación. ¿Eres idiota o qué te pasa?

Justin agarró la cafetera, y se sirvió en una taza un poco de café.

—Este abogado, Byron Ashford, tiene una debilidad. —Dereck odiaba cuando Justin empezaba con sus frases a medio decir como si fuese un jodido escritor de thrillers—. Se trata de su única hija.

—A veces no sé por qué te considero mi amigo, Justin, de verdad. ¿Qué crees que es una ruleta rusa o tienes complejo de guionista barato?

Justin se rio y se sentó en la silla frente a la de Dereck.

—El asunto es que tú ya conoces a la hija del amigo de mi familia, porque cursó las primeras materias de leyes con nosotros, pero luego se retiró. Y ese fue un duro golpe para Byron. Nada le gustaría más que convencerla de regresar a la carrera o al menos que trabaje con él en la firma legal.

Dereck estaba empezando a perder la paciencia.

—Termina de desarrollar la “buena noticia” —dijo Dereck con tedio.

—Bien, bien, a lo que iba. Da la casualidad que la hija de Byron trabaja en Meets & Coffee, mi cafetería en el centro de la ciudad, y hoy revisé los turnos de los camareros, y ella está en la lista supliendo a una de sus amigas que llamó a excusarse.

—¿Y?

—Si logras convencer a Cassidy Ashford de trabajar en las oficinas de su padre, Byron te abrirá las posibilidades que quieras en su compañía. Y eso incluye hacer un anticipo salarial. El dinero le sobra, pero su hija es lo más preciado. Quedará muy agradecido al notar que tu influencia en ella, como amigo, consigue lo que todos estos años él no ha podido. Los hombres como Byron, dedicados a la familia, tienen un punto débil, y consiste en que su descendencia aprecie el legado que pretenden dejar, más no evadirlo como Cassidy.

—Tengo solo cinco semanas para pagar ochenta mil dólares. ¿Cómo cojones piensas que voy a convencer a una mujer adulta de hacer algo que no le interesa, y por lo que renunció a toda una jodida carrera en Yale? Esta idea tuya, exactamente como la de Tanya, es igual de estúpida. A veces no sé por qué mierda te escucho.

—Ejem —dijo carraspeando—, esa es la buena noticia. Además, no tiene que regresar a la carrera de leyes, sino aportar con sus conocimientos en la firma legal. A Byron le dará igual lo que haga con tal de que deje de trabajar en mi cafetería.

—Despídela.

Justin se echó a reír.

—Cassidy y yo somos amigos, por supuesto, así que jamás le haría algo así.

—¿Por qué no la convences tú si sabes que te ganarías la voluntad, por ti mismo y no por influencia de tu familia, con el abogado ese?

—Porque no me interesa el derecho corporativo, ¿estás sordo, Toussaint?

Dereck lo miró con fastidio. Necesitaba encontrar un modo de conseguir ese dinero sin comprometer su lealtad con sus amigos. Muchas amistades se perdían por cuentas mal hechas o faltas de pago.

—Ilumíname, Justin, ¿cuál es la mala noticia?

—Tanya regresó con su exnovio hace unas horas. Los vi en una calle, mientras comían algo muy acaramelados. Ese camino ahora está cerrado para ti. Imagino que anoche quería olvidar la falta de compañía, pero esta mañana todo pinta distinto.

Dereck echó la cabeza hacia atrás y miró el techo del apartamento.

—Mátame —dijo a nadie en particular con amargura. «Las cosas que tenía que hacer para no deberle dinero a sus amigos o familia». Claro, otro ya habría aceptado la ayuda de Justin, pero Dereck era orgulloso. Demasiado.

Cassidy abrió la puerta de entrada de la cafetería en la que trabajaba. Estaba de buen humor, a pesar del frío. La temperatura, a la tres de la tarde en la ciudad, era muy baja en pleno mes de enero. Además, ese no era su día de turno, pero estaba cubriendo a Annie, su mejor amiga, porque esta tenía una resaca mortal debido a la fiesta de la noche anterior para festejar la llegada del Año Nuevo.

Para los siguientes meses de su vida, Cassidy tenía grandes planes. A pesar de que había abandonado la carrera de leyes en Yale, antes de finalizar el primer año, no se arrepentía. Ser abogada, aunque su padre era dueño de una de las firmas más respetadas del Estado de Connecticut, no logró crearle la sensación de que estaba haciendo algo que le provocaba pasión genuina.

No le pareció justo, después de largas horas de reflexión y discusión con su progenitor, condenarse a una vida ejerciendo una carrera que de verdad no la entusiasmaba. Ahora estaba próxima a graduarse en otra universidad como relacionista pública. Una compañía en Nueva York le había hecho una oferta para que hiciera prácticas profesionales al recibir su título profesional. ¡No podía esperar!

Cassidy saludó a sus compañeros, y luego se ajustó el delantal negro en el que guardaba un bolígrafo y el mini iPad para tomar las órdenes de los clientes. El aroma a café, pastas y también platos diversos, inundaban el ambiente de forma agradable.

—Hola, preciosa, ¡feliz año nuevo! —dijo Aaron, el barista, mientras preparaba varias bebidas. Llevaba los brazos con tatuajes que representaban motivos japoneses, el cabello negro peinado hacia atrás con gel, y una expresión usual de amable distancia—. En la mesa cinco acaba de sentarse un hombre que no parece interesado en que una persona lo atienda. Pocas pulgas, pero hoy no estamos demasiado llenos, así que no está ocupando un sitio que otro podría ocupar.

—Feliz año, Aaron —replicó ella, sonriente—. Lo más probable es que sea de esos estudiantes, cuyo encuentro fue cancelado o algo así. Ahora mismo voy a acercarme y preguntar si quiere ordenar algo.

La cafetería Meet & Coffee no era muy amplia, pero sí lo suficiente para recibir un aforo que generara buenos ingresos. Estaba ubicada en una zona que solían frecuentar mucho los estudiantes y profesores universitarios, en especial por las ofertas de dos cafés al precio de uno que solía estar vigente los días jueves.

Cassidy se dirigió a la mesa que le mencionó Aaron.

El hombre que estaba sentado se le hizo familiar de inmediato, pero no lograba ubicarlo en su memoria. Suponía que esa impresión no era rara, si consideraba que muchos de los clientes eran frecuentes, aunque este en particular era la primera vez que se sentaba en la sección que a ella le

tocaba atender.

El tipo era especialmente atractivo: tenía el cabello negro peinado con estilo desenfadado, una barba de dos días, y facciones duras que resultaban muy varoniles. Sin embargo, cuando elevó su mirada hacia ella, fueron esos ojos azules los que le provocaron una sacudida inesperada a lo largo de la columna vertebral.

—Buenas tardes, mi nombre es Cassidy, ¿qué desea ordenar hoy? —preguntó.

Dereck la observó con detenimiento. Si Justin le hubiese dicho que iba a conocer a la mujer de sus fantasías en la mugrosa cafetería, no le hubiera creído. La chica que tenía frente a él llevaba el cabello suelto, y era de un tono caoba brillante; provocaba acariciarlo y enterrar los dedos para conocer la textura real. El uniforme de Meet & Coffee solo resaltaba las exquisitas curvas que poseía, y sintió un tirón de inmediato deseo sexual en su miembro.

Aquella reacción súbita y visceral le era tan ajena, que por un momento se quedó en silencio. ¿Por qué no visitó el local del que Justin era propietario cada vez que este lo invitaba?, se preguntó. Quizá el bocazas de su amigo no mentía cuando aseguraba que el staff que trabajaba para él no solo era eficiente, sino que todos parecían sacados de un catálogo de revista juvenil.

Al cabo de unos segundos, Dereck apartó la mirada de la boca de la mujer.

—Un café negro, y un quiche de cuatro quesos.

—¿Algo más? —preguntó Cassidy anotando en el iPad. Iba a utilizar el bolígrafo, pero no creía que su mano le permitiese escribir sin temblar—. Hoy tenemos un especial de tarta de frambuesas a mitad de precio por el inicio de año.

—No, eso es todo. Espera, no te marches, yo te conozco —dijo Dereck frunciendo el ceño. Quizá ser actor no era su misión en la vida, pero incluso los estudiantes de leyes tenían que aprender a fingir ciertas cosas para obtener información. Este caso se podía aplicar los mismos principios de pretender o fingir.

Ella apartó la mirada del aparato electrónico, y la fijó en su cliente.

—Ah, ¿sí? —murmuró Cassidy.

No entendía por qué el corazón parecía desbocado en su pecho. Podría asegurar que ahora comprendía el funcionamiento de un imán al atraer otro objeto u otro imán. Jamás le había ocurrido algo parecido.

—Creo que estudias en Yale —dijo Dereck con media sonrisa.

Ella se rio con naturalidad y meneó la cabeza. Ahora comprendía por qué se le hacía tan familiar ese chico.

—Estudiaba. Me retiré antes de concluir el primer año. Es que había muchos alumnos, y la verdad es que iba tan liada que apenas tenía oportunidad de darme cuenta de mi entorno. Quizá fue la señal que me instó a darme cuenta de que, si no me interesaba socializar con mis futuros colegas, entonces quedarme en la carrera de leyes no iba a ser precisamente un éxito. ¿Fuimos compañeros?

—Solo si tuviste al profesor Karrata en Derecho Romano —dijo Dereck desplegando una de sus luminosas sonrisas. No le costaba sonreír con ella. «Curioso».

—Oh, entonces sí que fuimos a clases juntos, qué pesar no recordarte. Soy Cassidy Ashford —dijo con su calidez usual, mientras extendía la mano derecha.

—Dereck Toussaint —estrechó los dedos suaves—, encantado de conocerte.

Ambos se miraron un instante sin apartar los dedos, porque la corriente de electricidad que los recorrió fue potente. Ella, consciente de que estaba trabajando, carraspeó con suavidad y retomó el aparato electrónico con la mano derecha.

—Enseguida te traigo tu orden —murmuró.

Él asintió con la súbita sensación de que ese instante iba a cambiar su vida.

Durante las siguientes tres semanas, Cassidy y Dereck empezaron a hablar con frecuencia. Él iba a la cafetería después de clases, y la esperaba hasta que terminara el turno. Si acaso ella estaba libre y no tenía tarea de la universidad, entonces salían a comer algo o al cine. Encontraron que juntos tenían muchos puntos en común: los deportes, la sostenibilidad, los conciertos de Jazz en vivo, sus anhelos de triunfar profesionalmente, la posibilidad de marcharse a vivir a Nueva York, y demás. Además, podían conversar de toda clase de temas durante horas.

Él encontró en Cassidy una persona que lo escuchaba de verdad, y con la que era fácil reírse sin tener que pretender que le causaba gracia un comentario. Dereck era un hombre muy sociable, y muchos de sus contactos eran estratégicos; a pesar de su corta edad había aprendido a fingir alegría y bienestar cuando no tenía ninguno.

Sin embargo, una de esas noches, empezó a hablarle a Cassidy de la terrible situación financiera que vivió antes de conseguir la beca en Yale, así como los sacrificios de su madre, Edith, para sacarlos a él y a Ryder de la indigencia. Dereck jamás le había contado algo así a nadie, y no lograba asimilar cuál era el efecto de Cassidy para que él se hubiera sentido seguro y cómodo, hasta el punto de dejar fluir la información más personal que llevaba dentro.

Sí, podía contarle todo, menos el motivo por el que visitó Meets & Coffee el primer día del año. Dereck llevaba los días contados para el pago de su deuda. La única diferencia era que, ahora que conocía a Cassidy, empezaba a preferir ser molido a golpes, en lugar de pensar en la expresión de decepción de ella cuando él tuviera, porque ocurriría, que alejarse para siempre sin más explicaciones.

Dereck había sido testigo de cómo su madre sufrió la decepción de los hombres que pasaron por su vida como pareja. Ninguno valía la pena, y todos se terminaban marchando tarde o temprano, llevándose las pocas cosas que podían o lo peor, la esperanza romántica de Edith Toussaint.

Con esa experiencia, él no creía en las segundas oportunidades, y el amor le parecía solo un asunto del marketing. ¿Quién en su sano juicio quería enamorarse cuando las consecuencias de una ruptura podían devastar la vida misma?

—Hey, ¿dónde tienes la cabeza? —preguntó Cassidy. Estaban en la sala del apartamento de Dereck, sentados uno junto al otro en el sofá, y acababan de terminar un capítulo de The Office —. Creo que ha sido un episodio muy gracioso.

Lo que menos esperó Cassidy fue encontrar un amigo en Dereck, pues a simple vista lo consideró un poco distante, a pesar de su amabilidad en la cafetería. La química entre los dos no podía ocultarse, pero cada vez que se quedaban en silencio demasiado tiempo, él parecía encontrar un tema para llenar el vacío. Ella se sentía confusa si de verdad la atracción era en doble vía o si acaso estaba inventándose.

Dereck giró el rostro para mirar a Cassidy a los ojos. Agradeció que su mejor amigo hubiera decidido irse de juerga esa noche y no regresaría hasta el día siguiente.

—No creo que pueda seguir siendo tu amigo, Cass —le dijo, llamándola por el apodo que solía utilizar últimamente.

Ella sintió que la sangre se le helaba.

No podía creer lo que estaba escuchando. Sí, claro, llevaban viéndose como amigos pocos días, pero Cassidy no lograba encontrar en su memoria una persona con la que hubiera hecho clic tan rápidamente como con Dereck. Aquello era inusual, y a ella le parecía, por ese mismo motivo, valioso. Si no daba rienda suelta a la atracción, entonces podrían ser amigos, ¿y él no quería ser su amigo? ¿Por qué?

—¿Qué dices? —preguntó Cassidy—. Hace un rato me acabaste de convencer que trabajar para mi padre en el departamento de relaciones públicas de Ashford & Asociados era una buena idea, porque así podría tener experiencia, y luego ya al marcharme a otro empleo, pues me iría con una cartera de contactos importante. Te he contado cosas que a ninguna otra persona le he dicho sobre el posible divorcio de mis padres, y que jamás me he acostado con nadie —se rio con tristeza—, y no sé por qué te dije esto último, pero con ninguno de mis amigos he podido hablar tan francamente como contigo.

Él apretó los labios. La noticia de que Cassidy fuera virgen a los veintidós años lo tomó de sorpresa, y la posibilidad de que otro hombre la tuviera primero le provocaba una rabia ciega. Esos días ambos habían compartido momentos especiales. Las maratones de películas. Ir a restaurantes para probar la sazón de diferentes países. Caminar bajo la nieve, mientras contemplaban la naturaleza vestida de blanco en pleno invierno. Sus gustos por la música eran bastante similares, así que podían disfrutar de ese interés en común.

—Porque gracias a que me sugeriste que aplicara para trabajar en la compañía de tu padre, hoy tuve la entrevista, y conseguí el empleo para ser asistente de uno de los abogados senior. Empiezo dentro de dos días. Eso era lo que me faltaba contarte.

Cassidy lanzó un grito de alegría, y lo abrazó. Él se echó a reír, pero devolvió el abrazo con fuerza, sintiéndose que todo en ese instante era perfecto tan solo por el hecho de tenerla entre sus brazos; aún cuando era la forma más inocente.

Al cabo de un instante, ella se apartó un poco. Lo miró a la cara.

—Espera, si son buenas noticias, ¿entonces por qué no quieres ser mi amigo?

Dereck decidió decirle una gran verdad.

—No solo quiero ser tu amigo y continuar saliendo a sitios, yendo a bares o shows en vivo... —le dijo esta vez acercándose lo suficiente hasta que sus narices casi se toparon—. Te deseo, Cass. En mi cama, pero sé que tú...

Ella soltó un suspiro suave, y tocó la mejilla de Dereck. Puso los dedos sobre los labios masculino e hizo una negación.

—Yo también te deseo, Dereck —susurró mirando la boca masculina.

Él no dejó que más palabras nublaran su buen juicio; palabras que le decían que iba a traicionar a la única persona que, en esos años, había logrado penetrar su coraza de estudiada indiferencia para dejar aflorar el verdadero Dereck. Puso la mano en la nuca de Cassidy, y la atrajo para cerrar esos milímetros de distancia con un beso que había deseado probar desde el primer instante en que la vio.

Ella gimió, y bebió de la ambrosía de esa boca. Porque varias veces la habían besado, y ninguna había conseguido hacerla sentir que sus emociones iban a mil por segundo. Se acomodó sobre el regazo de Dereck, y dejó que el beso los consumiera. Le ayudó a quitarle el abrigo de algodón, después la blusa, y se sintió con una redoblada confianza en sí misma al notar cómo esos ojos azules se oscurecían al ver sus senos rodeados de la seda azul del sujetador.

—Cass —murmuró Dereck en tono reverente, y acarició el valle de los pechos con el dorso de la mano—. Eres preciosa, pero no quiero que tomes una decisión de la que luego puedas

arrepentirte. ¿Estás segura de esto? —preguntó enmarcándole el rostro entre las palmas de las manos.

Cassidy podía sentir la dureza del miembro viril. Él llevaba un jean, y ella, una falda que ahora se había subido más arriba de los muslos.

—Muy segura —replicó, apartándose de él para extenderle la mano—. Dereck, enséñame el placer —dijo.

Él la tomó en brazos y la llevó a su habitación, mientras la besaba.

La depositó sobre la cama, y Cassidy se puso de rodillas sobre el colchón, observando cómo Dereck empezaba a quitarse la ropa. Él era alto y de hombros anchos. Aunque había tenido momentos tórridos con dos exnovios, ella podía asegurar que con ninguno sintió que su sexo palpitaba de anhelo, como con Dereck. El rostro masculino estaba esculpido en líneas definidas, pero ninguna era suave. Las cejas eran oscuras, y los ojos azules brillaban enmarcados por tupidas pestañas.

Cuando Dereck se acercó a la cama, ya solo llevaba el bóxer. Ella le sonrió con un brillo de interés sensual en la mirada, y fue correspondida. La besó apasionadamente, mientras le quitaba el broche delantero del sujetador. Los pechos respingones de areolas rosadas quedaron a la vista.

—Wow, Cass... Me dejas sin palabras, y eso que tengo muchas —murmuró inclinándose para besarle los senos con ardor. Ella arqueó la espalda, y dejó que él la desnudase poco a poco hasta que su cuerpo quedó del todo expuesto—. Eres irresistible y es un honor ser el primero.

—Tú eres demasiado atractivo —replicó ella—. Ven aquí, no es justo que yo esté desnuda y tú todavía tengas una prenda de ropa.

Él enarcó una ceja, aunque de buena gana se quitó el bóxer, dejando que su erección vibrase ante la mirada femenina.

Entre besos y susurros, Dereck preparó el cuerpo de Cass, recorriéndolo con reverencia, con su lengua y sus manos. Cuando comprobó lo húmeda que estaba para él, soltó un gruñido de gusto. Ella respiraba agitadamente.

—Quizá te duela un poco al inicio, pero te prometo que pasará pronto —susurró Dereck al oído de Cassidy—, y todo irá bien.

Ella le sonrió con ternura y excitación a partes iguales.

—Lo sé —replicó, mientras lo veía apartarse para ponerse protección. Cuando regresó a su lado, Dereck se acomodó en el centro de sus pliegues húmedos y empezó a penetrar su carne suave con cautela.

—Oh, Cass, estás tan apretada... Exquisita...

—No voy a quebrarme, Dereck —murmuró ella, mordiéndole el labio inferior—, tómame y yo te guiaré hasta encontrar el punto perfecto.

—Me encantas, Cass —replicó con sinceridad.

Poco a poco, él empezó a acelerar el ritmo de sus embestidas, siempre escuchando los gemidos o palabras de Cassidy cuando le pedía continuar o detenerse. Tan solo cuando la sintió por completo relajada, Dereck inició un vaivén más intenso en el que ambos jadeaban y susurraban frases inconexas. Él sintió tocar el cielo con los dedos, y si alguien hubiera querido describir el Nirvana, Dereck diría que era estar inmerso en el cuerpo de una mujer hermosa, cálida e inteligente, y que le despertaba todas las emociones que rebasaban la lujuria.

Al cabo de un par de horas, en las que Cassidy había sentido cómo su cuerpo cobraba vida de diferentes maneras, ambos se quedaron dormidos; abrazados.

Con el paso de los días, la relación entre Cassidy y Dereck se volvió más compenetrada. Las horas de sexo eran increíbles, porque juntos habían encontrado los tiempos de cada uno, y el toque perfecto antes de explotar a mil.

A pesar de que ahora laboraban en el mismo edificio de oficinas, y estaban sobrecargados de trabajo, ninguno permitía que eso influyera en las noches que pasaban en la cama o las conversaciones largas antes de irse a dormir. Se turnaban para estar una noche en el apartamento de Dereck, y otra en el estudio de Cassidy.

Cuando quedaban cuatro días para que Dereck tuviera que pagar los ochenta mil dólares, él empezó a considerar que podía tenerlo todo. La posibilidad lo hizo sentir eufórico. Podía ir a hablar con el padre de Cassidy sobre un préstamo en la compañía, continuaría su relación con la chica que le encantaba, se graduaría en Yale como abogado, y después encontraría la manera de equilibrar todo eso antes de marcharse de forma definitiva a Manhattan para trabajar con su hermano.

¿Acaso no era genial?

—Dereck, ¿querías verme? —preguntó el dueño de la firma de abogados, Ashford & Asociados.

—Sí, señor, pero será algo breve —replicó Dereck entrando en la oficina gigantesca de elegante mobiliario—. Gracias por recibirme.

La puerta del socio mayoritario de la compañía siempre estaba parcialmente abierta, porque la política de recursos humanos que se aplicaba era de flexibilidad y apertura. Claro, salvo por los contratos y temas propios del negocio.

—Por supuesto, al fin y al cabo, has sido la influencia detrás de la decisión de mi única hija para que trabajara conmigo un tiempo, y mira que a mí no quiso escucharme. Eso es lo bueno de encontrar amigos que aporten en la vida. Me alegro por mi hija —sonrió con sinceridad, porque nada lo hizo más feliz que la noticia que Cassidy, aunque no sería estudiante de abogacía, iba a pasar un tiempo aprendiendo sobre la firma legal, mientras ejercía otra carrera. No se podía ganar siempre, eso lo sabía Byron, así que contaba sus victorias.

Dereck sintió un cosquilleo de culpabilidad, pero ahora estaba en juego su pellejo. Necesitaba ese dinero, y lo necesitaba ya.

—No, en absoluto, tan solo le dejé sobre la mesa los pro y contras. Creo que trabajar aquí como relacionista pública es un buen entrenamiento. Cassidy decide por sí misma, señor Ashford —replicó con sinceridad.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Señor Ashford...

—Dime Byron, hijo, como lo hace el resto de los abogados.

Dereck asintió.

—Byron, sé que puede ser un poco osado de mi parte, pero me gustaría pedirle un préstamo a la compañía. No cobraré ni un centavo hasta cubrir el monto.

—¿Qué monto es el que quieres solicitar, muchacho?

—Ochenta mil dólares.

—Es decir, el salario de un año con tres meses de tu paga, ¿es correcto?

—Sí, es correcto, señor.

—¿Por qué necesita un chico tan joven como tú tanto dinero de una sola vez?

Dereck decidió que no iba a mentir, porque si Ashford era un buen abogado era por tener el instinto de detectar falsedades en los testimonios de los clientes.

—Tengo una deuda de juego, y mi vida está pendiendo de un hilo.

Ashford lo observó un largo instante. Algo en ese chico, le recordaba a sus impulsivos años de juventud, en los que se creyó capaz de abarcar todo sin consecuencias. Se había creído invencible hasta que el alcohol dejó de ser solo un consumo social, y terminó en rehabilitación años más tarde. Incluso ahora todavía estaba pagando las consecuencias, pues su matrimonio estaba en una grave crisis, porque cuando se era un alcohólico rehabilitado, la tendencia a recaer siempre estaba latente. Lo que estaba pidiéndole era una baratija para los cientos de millones de dólares que Byron había amasado a lo largo de su carrera como abogado corporativo.

—Mmm... No tengo problema siempre y cuando cumplas con un par de condiciones muy importantes —dijo en tono serio.

Dereck sintió un inmenso alivio.

—Primero, vas a firmar un contrato en el que aceptas trabajar con un salario básico durante los siguientes quince meses en mi compañía. Solo podrás marcharte cuando hayas trabajado las horas que cubran esos ochenta mil dólares. —Dereck asintió—. Segundo, siempre vas a deberme un favor, y lo cobraré como interés en el momento que necesite. No puedes cuestionarlo, sino tan solo ejecutarlo si llegase a pedírtelo en cualquier punto de la vida. Y eso también irá en el contrato. —Dereck tragó saliva, pero asintió de nuevo—. Me alegro de que lo lleves claro. Y lo más importante vas a responderme una pregunta.

—Por supuesto, Byron...

—Entiendo que tu amistad con Cassidy es reciente, ¿te acercaste a ella porque creías que podías venir aquí y pedirme este préstamo? —preguntó con suspicacia.

Que el muchacho hubiera tenido poder de convencimiento o hubiera hecho reflexionar a su hija, no implicaba que él iba a creerse que todos los amigos que Cassidy conocía, la querían por su encantadora personalidad o su belleza o inteligencia. Muchos querían acercarse a Cassidy porque él, su padre, era influyente en el terreno político y legal del Estado. Ya había tenido experiencias al respecto, y por eso su hija había optado por procurar mantener un perfil muy bajo en lo que tenía que ver con las relaciones sociales.

Dereck se quedó en silencio por un instante.

—Sí, pero después...

—¡Cómo te atreves!

Tanto Dereck como Byron dirigieron su atención a la puerta. Cassidy, con una expresión de desasosiego y rabia al mismo tiempo, los miraba a ambos. Ella mantenía los puños apretados a cada lado de su cuerpo.

—Cass... —empezó Dereck, abrumado e incorporándose de la silla de forma inmediata. ¿Cómo carajo no se dio cuenta de que alguien estaba entrando? Los pisos no tenían alfombras. Joder—. Cariño, escucha...

Cassidy no era una persona agresiva, pero su primera reacción fue cruzarle la cara a Dereck de una bofetada que resonó en la oficina.

—Creí en ti, me estaba enamorando de ti, pero eres igual a todos —se limpió las lágrimas, y no le importaba lo que estaba saliendo de su boca, porque sentía el corazón resquebrajándosele poco a poco—. Siempre me buscan por lo que tengo, más no por lo que soy. —Miró a su padre —: No le prestes el dinero, papá, y échalo.

Byron soltó un suspiro. Decepcionado de que su hija se hubiera enterado de esta forma.

Siempre existían otras, aunque en ocasiones las circunstancias eran más poderosas y tomaban el rumbo que les daba la gana.

—Le acabo de dar mi palabra, Cassidy, y él me ha dado la suya. Hemos hecho un negocio, no le he dado mi amistad. Son dos cosas diferentes —dijo en aquel tono de negocios usual. Cassidy odiaba ese tonito de voz en su padre.

—No está firmado en un contrato —replicó ella, empujando a Dereck cuando él quiso acercarse.

—Los contratos pueden ser verbales o escritos —dijo Byron con simpleza—. De todas maneras, hija querida, ¿en qué te afecta? Acabas de librarte de una persona que no te quiere por ti, sino por tus influencias. Quizá este muchacho sea un buen abogado algún día, pero jamás digno de ser tu amigo. Hay que separar ambas cosas.

—Cass —dijo Dereck, con la garganta seca y el corazón en un puño. Acababa de salvar su pellejo financieramente, pero el precio que estaba pagando no tenía forma de calcularse en dólares—, empezó como un acercamiento intencional, sí. —Cass se frotó el puente de la nariz con los dedos intentando mantener la compostura—. Pero todo lo que conversamos, compartimos, es genuino.

Cassidy no podía continuar cerca de él ni un instante. Y que su padre estuviera presenciando esa humillación era peor. Dios, ¿cómo fue tan idiota? Le había entregado demasiado a ese cretino de Dereck: su confianza, su cuerpo, sus ilusiones. «Grrrr, odiaba sentirse burlada».

Ella se acercó y miró, por primera ocasión en su vida, con desdén a otro ser humano. Apuntó hacia Dereck, tan odiosamente hermoso, con el dedo.

—Quizá puedas quedarte trabajando aquí, pero yo no me marcharé hasta que tenga que hacerlo para mudarme de ciudad. Esta será mi compañía, y si alguien debe sentirse avergonzado de algo eres tú.

—Lo estoy, y te pido disculpas, Cass —dijo Dereck con tono arrepentido.

Al final no había logrado tener todo. Una mujer jamás le había negado algo, pero la expresión decidida y de desprecio de Cassidy era el equivalente a negarle el aire para respirar. ¿Enamorado? Dios, sí, acababa de caer en la jodida trampa del marketing emocional, y lo peor era que no te enseñaban de verdad cómo reponer las equivocaciones tan atroces como las que él acababa de cometer.

Byron observaba el intercambio complacido de que su hija tuviera agallas. No podía complacerla despidiendo al muchacho, porque eso no lo convertía en un mejor padre. Él tenía la filosofía de que cada ser humano tenía que aprender a lidiar con sus batallas, en lugar de recibir alivio de otros, menos si poseía los recursos para ganarlas. ¿Si acaso le daban ganas de darle un puñetazo a Toussaint? Por supuesto, pero esa era la lucha de Cassidy, más no la suya. Quizá otro padre hubiera hecho algo más que darle el puesto de trabajo al chico que había aceptado acercarse a su hija por interés, pero eran esos padres los que criaban perdedores. Byron Ashford, no.

—No me sirven tus disculpas —zanjó—, pero eso sí, recuérdame muy bien, Dereck Toussaint, porque si algún día nuestros caminos vuelven a cruzarse, lleva claro que haré de tu vida una pesadilla.

CAPÍTULO 1

Presente.

Manhattan, Nueva York.

Después de prepararse el café de la mañana, Dereck se sentó en un sillón reclinable con vistas a la ciudad, y aprovechó para leer las noticias financieras y de actualidad. Esos treinta minutos de su día eran los más tranquilos, y los únicos que consideraba un lujo, porque no tenía que estar rodeado de idiotas que lo adulaban sin cesar, y tampoco existía la necesidad de resolver ningún problema en TS2, la compañía de la que era socio con su hermano mayor, Ryder.

Ni bien acabó la mitad de su bebida, el teléfono empezó a vibrar sobre la mesilla de la sala de manera incesante. Por lo general, Dereck ignoraba cualquier comunicación que recibiera del trabajo, al menos hasta que estuviese en el automóvil. Sin embargo, se trataba de Becca Hart, la vicepresidenta de negocios de la empresa, y era poco usual que ella insistiera tanto en contactarlo, salvo que fuese urgente.

Frunció el ceño y deslizó el dedo sobre la pantalla del iPhone.

—Buenos días, Becca, ¿qué tal todo? —preguntó con desenfado.

—No tan bien como podría esperar. —Él se pasó los dedos entre los cabellos ante el tono severo—. No sé si ya viste la nota que te sacaron en Página Seis.

—No tengo espacio para leer esos sinsentidos, y como sé que tú tampoco, entonces debo asumir que alguien en tu departamento, si tiene tiempo. Quizá deberías darme el nombre de la persona en cuestión para tener una charla sobre la importancia de dedicarse al trabajo, y no a desperdiciar las horas productivas.

—No te habría llamado si no fuera importante —replicó ella, mientras observaba la fotografía del día de su boda, más de una década atrás, y que reposaba en el escritorio de su oficina. Ese día había ido más temprano de lo usual al trabajo, en especial después de que su asistente le enviase el enlace a Página Seis con la foto de Dereck en primera plana como nota de apertura.

—Supongo que no, ¿qué ha ocurrido con esa publicación? —preguntó él.

—El gestor hospitalario que tenemos como potencial cliente, Edgar Priot, sí tiene espacio para leer de todo un poco, y la vocera de su empresa nos ha llamado a preguntar si el gerente legal de TS2, o sea tú, está realmente comprometido con las gestiones corporativas o si acaso sería un problema tu agenda social para atender los requerimientos urgentes que pudieran surgir. Lo que se traduce en que están reconsiderando si somos una buena alianza para manejar los cincuenta millones de dólares que poseen. ¿Qué te parece? —preguntó con un toque sarcástico impropio de ella. Después de Ryder y Dereck, Becca era la ejecutiva veterana más importante en TS2, y su opinión, así como consejos, resultaban muy valiosos.

—Mierda —farfulló Dereck.

Le importaba un rábano las opiniones de terceros cuando se trataba de su agenda personal. Lo que Becca acababa de decir cambiaba el panorama, porque si su vida fuera del ámbito laboral empezaba a influir en la percepción de potenciales clientes o clientes existentes en TS2, sería un desmadre.

De mala gana buscó la publicación.

Página Seis, lo había retratado saliendo de la casa de sus amigos, seis días atrás, mientras

estos lo ayudaban, agarrándolo de los brazos, a entrar en un taxi. No había estado en estado de ebriedad, sino que comió algo que le cayó pésimo y empezó a vomitar; no se sintió con la capacidad de conducir. ¿Cómo explicarle eso a los tabloides que disfrutaban inventando chorradas cada dos por tres?

Dereck no era el tipo de profesional que dejara cabos sueltos. ¿Su vida personal? Ese era otro asunto por completo diferente, y al respecto tenía un pendiente muy importante que trataba de dilatar, y ahora estaba contra reloj.

Él no solo lideraba la cartera legal de la compañía TS2, sino que poseía entre sus negocios personales una empresa mercante que importaba piezas de tecnología, y en especial cerámica de alta calidad entre Asia y Estados Unidos. Un importante empresario de Tokio quería visitar las instalaciones de la naviera, DT Enterprises, ubicada en San Diego, California. La finalidad era comprobar que se cumplían los protocolos de seguridad y cuidados exigidos para la mercadería, así como conocer a Dereck personalmente. Si Masaku Naoto se mostraba conforme, entonces firmaría un acuerdo que implicaría un ingreso neto anual de cien millones de dólares para la compañía mercante. La petición del japonés era inusual, pero Dereck no podía rehusarse. La idea de delegar la reunión y el tour a su socia, que vivía en San Diego, era impensable si quería tener éxito.

Los asiáticos eran muy cuidadosos en el trato de negocios, y bastante diferentes a los empresarios con los que el menor de los Toussaint estaba habituado a relacionarse. Si cometía un error táctico, entonces toda posibilidad de llegar a un acuerdo volaría por los aires antes de empezar. «Menos mal las noticias de la Página Seis no cruzaban sus ponzoñas a otro continente», pensó Dereck.

El reconocido abogado y soltero de oro, Dereck Toussaint, no solo dirige un imperio, sino también las fiestas y borracheras entre la élite de Manhattan, ¿aplica la misma técnica en los negocios? Nos preguntamos qué diría su hermético hermano al respecto. Además...

Ese era el inicio del primer párrafo de la nota, seguida de fotografías poco halagüeñas. Dereck cerró la ventana de la página web con hastío. Ahora era consciente de que quizá estaba dejando pasar demasiado tiempo sin tomar acciones legales por difamación contra los tabloides. «¿Es que no había suficientes personas en Manhattan como para dedicarse cada tres semanas a él?».

—Es una noticia falsa —dijo Dereck enfadado.

—No es lo importante, sino que en las últimas siete semanas esta ha sido la tónica que sobresale en los medios de comunicación de sociedad —dijo Becca—. Prefieren hablar de tus noches de diversión, en lugar de la compañía y sus eventos. Necesitamos hacer control de daños, porque entre tú y tu hermano van a enloquecerme. Las dos personas de relaciones públicas no se dan abasto; están coordinando un evento interno de premiación para los mejores empleados.

—Resulta imposible fiscalizar lo que otros digan de mí ¡soy un abogado, no un actor famoso o alguna de esas sandeces! —replicó Dereck perdiendo la paciencia. «No era justo tener un dolor de cabeza como aquel a las siete de la mañana».—. Me gusta estar rodeado de amigos, conocer mujeres guapas, y disfrutar el éxito de mi carrera. En ningún sitio he visto que se juzgue a un abogado porque tiene una vida social activa. Además, lo que de verdad importa es que mi reputación profesional es impecable. Si este idiota del fondo hospitalario prefiere leer cotilleos, en lugar de valorar nuestra compañía por toda la trayectoria que lleva en el mercado, entonces nos hace un favor si decide no firmar.

La mujer soltó una exhalación de impaciencia. Ella ya tenía suficiente con sus propios hijos como tener que ampliar su nivel de empatía en la oficina.

—No es cualquier cliente, Dereck, sino el que suele tener acceso a los directores de hospitales; su círculo social es amplísimo, y si enganchamos con él en TS2, tendremos expansión. Ya sabes bien cómo funciona esto. Ryder está enfocado en Oriente Medio, así que tú eres el responsable de Estados Unidos hasta que todo esté finiquitado con el sultán de Balgratva.

Dereck cerró los ojos un instante. Iba a necesitar otra taza de café. No, tres.

—No hay tal cosa como “control de daños”, Becca, en lo que a mí se refiere.

—Te voy a leer los titulares más recientes, tan solo para que me confirmes si estoy loca o tú eres demasiado terco: *“El sexy playboy de Manhattan vuelve al ruedo”*. *“El abogado más cotizado por las solteras de Nueva York es adicto a las fiestas”*. *“Dereck Toussaint parece más encaminado a la juerga que al trabajo, ¿nos equivocamos?”*. *“El soltero de oro de la ciudad cambia de pareja cada semana, ¿pronto puede ser vuestro turno, solteras de Nueva York”*. ¿Quieres que siga leyendo?

—Dios, qué insoportable situación, parece sacada del siglo pasado —dijo él en tono frustrado y también desconcertado.

—Aunque en apariencia Nueva York es un Estado liberal, la élite es más bien hipócrita, y si esta situación contigo sigue escalando, va a afectar a la empresa. Créeme, no tengo ganas de sentarme a mediar en una discusión como esta, entre tú y Ryder. Podemos contener la posibilidad de un gran lío, Dereck. Estamos a tiempo. Necesitamos cambiar tu imagen de playboy a una de un hombre más serio y comprometido lejos de las fiestas o bares.

Dereck se incorporó del sillón, y empezó a caminar de un lado a otro.

—Quizá debería mudarme a San Diego y dejar todo este mierdero —replicó.

—No creo que a tu hermano le haga gracia. Son un equipo muy sólido.

Él soltó un suspiro cansado.

—Lo sé, Becca —dijo en tono conciliador.

—¿Qué hay de la persona que querías recomendar para el departamento de relaciones públicas? Me lo comentaste un par de semanas atrás, pero no volvimos a hablar al respecto. Si recurriste a mí es porque entiendes que es una necesidad, así que dime un poco más al respecto —pidió Becca—. Estamos cortos de personal en esa área, y nos vendría bien alguien que cambie la percepción de tu imagen pública.

Dereck soltó una risa sarcástica.

—Lo hablaremos más tarde —dijo, mientras cerraba la llamada y llevaba la taza al mesón de mármol de la cocina, y aprovechaba para llenarla otra vez de café.

Después de poner unos cruasanes al horno, y esperar varios minutos, acomodó un poco de fruta en un plato. El pasado era como un fantasma que llegaba a atormentar, aunque parecía inocuo. Él lo había escuchado en la voz de Byron Ashford, su antiguo jefe y mentor, un par de semanas atrás. Jamás creyó que él fuese a cobrarse el favor, firmado en una cláusula de contrato como parte del anticipo de ochenta mil dólares que solicitó cuando estudiaba en Yale, pero así había ocurrido.

—¿No vas a regresar a la cama? —preguntó una voz femenina.

Al escucharla, Dereck cayó en la cuenta de que no había regresado solo a casa la noche anterior. Después de emborracharse con sus amigos en un bar de Manhattan, la muchacha le pareció muy atractiva, así que le propuso terminar la fiesta en su inmenso penthouse ubicado en el Upper East Side de Manhattan. Si su memoria no le fallaba, ella se llamaba Lenah. «Al menos

no hay registro fotográfico de mi juerga de ayer», pensó con ironía.

Él disfrutó de dos largos tragos de café, y solo cuando creyó que había sentido el efecto de la cafeína en su sangre, comido un poco, en especial después de la llamada de Becca, apartó la mirada de su desayuno para posarla sobre la mujer que llevaba su camisa como única prenda de ropa. Vista a la luz de la mañana, ella no era tan bonita.

—Tengo trabajo por hacer —dijo incorporándose de la silla alta del mesón. Solo llevaba pantalones, andaba descalzo sobre la alfombra, y sus marcados abdominales estaban a plena vista—. La pasamos bien, pero eso es todo.

La muchacha de ojos grises se acercó, y con sus uñas pintadas de rojo, le acarició el torso, mientras esbozaba una sonrisa coqueta.

—Podemos repetir antes de que te marches a la oficina —ronroneó— o puedo quedarme esta noche contigo de nuevo. Nuestra química es de otro mundo.

Dereck contuvo las ganas de poner los ojos en blanco. No era un hombre grosero con sus amantes. Él siempre se quedaba con la interrogante de si hablaba mandarín o inglés, porque solía dejar muy claro el tiempo que pretendía estar con una compañía, y en este caso era solo una noche. ¿Por qué algunas personas se empeñaban en alargar algo que tenía fecha clara de caducidad?

—Probablemente sea de otro mundo —replicó él con una sonrisa amable; aquella que solía utilizar para conversar con clientes o empresarios—, pero en esta galaxia, Lenah, yo tengo que trabajar y nuestro tiempo, aunque divertido, ya se acabó. Espero que todo vaya bien contigo en la agencia de modelaje y tengas éxito.

La muchacha se apartó con una mueca, le dio la espalda y volvió a la habitación que habían compartido para recoger su ropa. Al cabo de unos minutos se dirigió hacia el elevador del penthouse para marcharse.

En su agenda de trabajo, Dereck tenía muchos frentes que sobrellevar y no consideraba que una relación sentimental fuese una prioridad. Ahora, con la llamada de Becca, iba a tener que ser más cuidadoso de a quién elegía por compañía. Necesitaba un perfil bajo, pero detestaba hallarse en esa posición. El poco tiempo que le quedaba libre, servía para dormir, follar, ir de fiesta o estar en un avión yendo de un sitio a otro por negocios. Y, considerando cómo había empezado su día, los próximos meses iban a convertirse en una pesadilla.

—Esta es la última caja —dijo Cassidy con tono agridulce, mientras observaba cómo el staff de la compañía de mudanzas se llevaba todo lo que había sido, hasta un mes atrás, su empresa—. Gracias.

Después de salir de la universidad, y empezar su trabajo en Nueva York para una agencia de relaciones públicas, Cassidy logró un ascenso importante. Los ingresos mensuales eran altos, y a medida que ganaba experiencia, empezó a considerar la idea de independizarse. Dos años después de haber creado su propia cartera de clientes, aprendido los entresijos de la profesión, y conocer muy bien el mercado laboral en Nueva York, decidió independizarse.

Su primera opción para tener capital, sin recurrir a los bancos, fue asociarse con una compañera de la oficina que tenía más o menos su misma edad. Penélope y ella se hicieron buenas amigas, y llevaban un ritmo de trabajo muy eficiente. Para Cassidy, el proponerle aunar esfuerzos para tener un negocio propio, surgió de forma natural. Sin embargo, cuando tuvieron la

compañía en funcionamiento se dio cuenta de su grave error. Penélope funcionaba bien bajo presión, pero estaba acostumbrada al salario constante de la agencia, y en esta ocasión, al ser un negocio propio apenas despegando, no existía un ingreso fijo. Fue el inicio de los líos y frustraciones.

Los primeros meses, el capital era imposible de recuperar, pues así era el ritmo inicial de cualquier negocio, pero Penélope empezó a decir que estaba frustrada, aunque continuaba trabajando con el mismo entusiasmo. Cassidy poseía una naturaleza algo desconfiada, pero en temas de trabajo solía ser optimista en cuanto a las posibilidades de éxito. Al cabo de tres largas semanas de gestiones, los clientes empezaron a llegar, y con ellos el alivio y validación de que la idea de independizarse había sido genial. El progreso era consistente, pero Cassidy se llevó un gran chasco cuando la contadora le anunció que estaban en números rojos.

Al parecer, Penélope había empezado a desviar fondos de los pagos de algunos clientes a su cuenta bancaria personal. Cassidy no quería emitir juicios de valor o tomar decisiones bruscas, así que, pruebas en mano, fue a encararla. Su ahora exsocio, le aseguró que iba a devolverlo todo, pero el daño ya había sido causado. Se rompió la confianza, la posibilidad de mantener la alianza, y sumado a ello el estrés de no saber si lo que Penélope hacía o decía era honesto.

Después de ir cada cual, por su lado, Cassidy, como socia mayoritaria se quedó con la empresa, pero no fue capaz de mantenerla a flote por sí sola, porque el nivel de gastos era muy alto, y no se daba abasto para llevar, con el cien por ciento de eficiencia, una cartera de clientes que demandaba demasiado en una sola persona. Luego de varios meses de luchar y agotar los últimos recursos encontró que la única solución para no quedarse en la quiebra era vender la oficina que había adquirido. Con el valor que sobró de esa transacción logró pagar a los proveedores.

Ahora estaba con un fondo económico reducido en su cuenta, pero no por eso con menos ganas de luchar por reconstruir su carrera.

—Creo que ha sido la mejor solución el dar todo por terminado, cariño —dijo Aaron, su mejor amigo desde los años de universidad, y que ahora era dueño de un estudio fotográfico de alto perfil en Nueva York—. A veces empezar de cero conlleva también un crecimiento personal importante.

—Es duro, Aaron, pero tienes razón en lo que dices. A veces, la vida te hace trastabillar para que te des cuenta de tus posibilidades y logres mejorarlas. Sin embargo, no puedo mentirte y decir que estoy feliz. Ha sido un golpe duro, porque puse muchísima ilusión en este proyecto, pero tengo veintiocho años, me recuperaré.

Con el cabello negro recortado a la moda, y un piercing en la oreja, Aaron había crecido bajo la imagen de un tipo rebelde. Bajo esa fachada de hombre misterioso se escondía una persona afectuosa y dulce, aunque solo podía ser visible para pocos, entre esos Cassidy. Entre ambos jamás podía existir algo romántico, porque Aaron era bisexual, y ella tenía muy claro que solo le iban los hombres y no pretendía compartir de la dualidad que disfrutaba su mejor amigo.

—Aunque tuviste la posibilidad de salvar tu negocio, tu padre te ofreció el dinero para continuar, ¿por qué rechazaste esa ayuda?

Cassidy abrió la lata de Coca-Cola y bebió varios tragos. Dio una última mirada a las paredes blancas, y el piso vacío, para luego hacerle un gesto a Aaron de que la siguiera. Entraron en el elevador, y ella presionó el botón que llevaba al parqueadero.

—Porque para mi padre todo es un negocio. Si acepto su ayuda, entonces quedaré en deuda con él. Créeme, no estoy interesada.

Aaron le abrió la puerta del Porsche, y ella se sentó en el asiento del copiloto.

—Mmm... ¿Aún estás muy dolida por lo ocurrido con tu ex prometido?

Cassidy ni siquiera tenía ganas de recordar esa noche, años atrás. Tan solo recordarlo le provocaba arcadas y un nivel de enfado monumental.

—Thiago intentó propasarse conmigo en una fiesta, a plena vista de varias personas, pero como era un buen abogado y su familia tiene muchísimas conexiones en todo el país, entonces mi padre decidió que podíamos llegar a un acuerdo para no presentar cargos. ¿Sabes lo que me fastidió todavía más? Que mi abogado, intimidado por mi padre, llevó el caso por acoso sexual de forma pésima y por eso perdí.

—Que un hombre sea ya tu pareja no le da derecho a tocarte en un sitio, público o privado, sin tu consentimiento. Hiciste bien en presentar cargos, aunque tu padre no lo hubiera querido así... —dijo Aaron, mientras ponía rumbo al centro de Nueva York—. Si yo hubiese estado en la ciudad, créeme, ese tipo estaría con graves secuelas físicas, después de la golpiza que le hubiera dado.

—Al menos tuve el apoyo moral de mamá, y yo sé que tú habrías regresado de París para quitar de mis hombros ese horrendo episodio —murmuró.

—Tú eres una mujer valiente e hiciste bien en tomar cartas en el asunto. Quizá no ganaste el juicio, pero sentaste un precedente.

Ella soltó una exhalación.

La noche de aquella fiesta, cinco días después de que Thiago le hubiese pedido matrimonio, se sentía tranquila, porque creía que había hecho una buena elección de pareja. Sí, era consciente de que nadie era perfecto, y Thiago poseía más cualidades positivas que negativas, al menos eso creía hasta esa noche.

Todo iba bien hasta que él empezó a beber de más, como nunca antes, y quiso tener sexo con ella en una de las habitaciones de la mansión de sus amigos. Cassidy rehusó los avances, porque no se sentía cómoda. A modo de respuesta, Thiago le dio una nalgada frente a toda la gente que estaban divirtiéndose alrededor, y estos los observaron horrorizados. ¿Si eso la incomodó? Por supuesto, pero intentó disimular, y lo apartó con firme suavidad para que entendiera que debía ser discreto.

Conversaron con uno y otro, hasta que Cassidy se sintió agotada. Cuando le dijo a Thiago que iba a marcharse, él le pidió que no. Ella replicó que necesitaba dormir, porque al siguiente día le tocaba madrugar. Él se puso beligerante insistiendo en que su prometida tenía que acompañarlo y que no pensaba perderla de vista. Insistió en que la deseaba con locura en esos instantes, pero Cassidy lo apartó de nuevo. Cansada de esa actitud infumable, ella fue hasta la biblioteca de la mansión para llamar al chofer y que fuera a recogerla.

Sin embargo, a pesar de su avanzado estado etílico, Thiago fue rápido, la siguió, le quitó el teléfono, la sostuvo contra la pared y empezó a manosearla con avidez. Se bajó los pantalones, luego el bóxer, dejando su miembro erecto libre. Le agarró los pechos a Cassidy, y después le levantó el vestido, para tratar de deshacerse de la barrera que creaban las bragas. La besuqueó, mordiéndole el labio, y ella le devolvió el gesto haciéndole daño hasta hacerlo sangrar. Eso, más el forcejeo, finalmente logró que ella se zafara del fuerte agarre.

Aquel no era el primer episodio en que Thiago se comportaba de aquella manera insistente, pero sí el primero en que la intentaba forzar y la tocaba de una manera grotesca, presionándola. No era nada divertido, ni coqueto, ni tampoco se trataba de un flirteo de novios. No era no.

Durante las primeras semanas de ser novios, él la controlaba a todas horas. Ella creía que

estaba siendo protector. A veces, se le aparecía de “sorpresa” en sitios a los que Cassidy iba a encontrarse con sus amigos o simplemente estaba disfrutando una velada. Claro, una o dos veces, sí que era sorpresa, pero encontrarlo casi siempre, ante la excusa de que la echaba de menos, mientras, al mismo tiempo, les lanzaba miradas asesinas a sus amigos, ya no era natural. Cuando dormían juntos era él quien siempre quería dominar, y aunque a Cassidy le parecía que era un buen amante, no le gustaba esa clase de imposiciones, y cuando le reclamaba, Thiago no lo tomaba bien, y cambiaban el tema o discutían.

Ella intentó romper la relación dos ocasiones, pero Thiago se comportaba de una manera tan convincente y adorable, que Cassidy terminaba regresando a su lado. La última ocasión en que le dio un ultimátum, que si no dejaba de controlarla iba a dejarlo para siempre, fue días antes de la propuesta de matrimonio. Esa noche en la fiesta entendió, con tristeza y dolor, que había tomado una mala decisión al continuar en una relación que podría llegar a tener consecuencias nefastas.

—No vas a salir ileso de lo que acabas de hacerme, ¡se acabó esta tontería! —había exclamado ella, lanzándole el anillo de compromiso a la cara, luego prometió que iba a hacerle pagar ese acto desdeñable.

Aunque su padre no la apoyó ante la decisión de denunciar a Thiago por acoso, además de pedir una boleta de alejamiento (porque no quería dejar cabos sueltos o posibilidades abiertas considerando que era tóxico), ella reunió las agallas suficientes para contratar un abogado, y demandar a Thiago.

Aunque el resultado final fue una decepción, tal como estaba diciéndole Aaron en esos momentos, el haber tomado acciones le ayudó en su proceso de superación.

—Me sentí ultrajada y traicionada, no solo por el hombre con el que creí que podría pasar el resto de mi vida, sino por mi padre, la persona llamada a defenderme. Desde entonces, no le dirijo la palabra. No hay perdón que merezca la pena en estos casos. ¡Mi propio padre hizo oídos sordos!

—Lo entiendo, cariño —dijo en tono cauto, mientras ponían rumbo a su estudio fotográfico—. Entonces la decisión de cerrar fue la mejor, y yo te apoyaré siempre. —Ella esbozó una sonrisa tenue—. ¿Qué has pensado hacer ahora, Cass?

—Llevar una cartera de clientes más pequeña y exclusiva; trabajar desde casa. Básicamente empezar todo otra vez desde los cimientos. Poco a poco iré ahorrando para encontrar un sitio en el que pueda abrir una nueva oficina sin necesidad de socios, sino con contratación temporal de profesionales estilo *freelance*. Me llevará un tiempo coordinarlo todo, claro, pero sé que tengo la capacidad de lograrlo.

—Si es así, entonces necesitas una reputación impecable, ¿qué dirían tus futuros clientes cuando vean las fotografías que vas a hacer para mí?

Cassidy se echó a reír.

En esos momentos sentía la necesidad de algo refrescante, diferente e incluso atrevido. Por ese motivo aceptó la oferta de uno de los clientes de Aaron que tenía una línea de trajes de baño y lencería.

El diseñador, Hugo Bonnet, necesitaba lanzar una campaña en toda la ciudad, pero al ser relativamente nuevo en el mercado, carecía de presupuesto para pagar una modelo de alto perfil. Cuando Aaron la presentó con Bonnet, este quedó encantado con Cassidy, y luego de varias pruebas de su exclusiva línea de ropa, le ofreció el trabajo de ser la imagen de su campaña de lanzamiento por una paga muy buena. Claro, no era lo que cobraría Heidi Klum, pero que un diseñador la hubiera elegido, elevaba la autoestima y también le ayudaba a su cuenta bancaria.

—Tal como Bonnet sugirió, las tomas fotográficas serán con un estilo misterioso, y mi cabello cubriendo la mitad de mi rostro es una excelente idea para cumplir ese propósito. Además, tampoco es que soy famosa o alguien pueda reconocerme en esta jungla llamada Manhattan.

CAPÍTULO 2

Sufrir un accidente de automóvil no estaba entre sus planes del día, pero fue lo que estuvo a punto de ocurrir cuando observó el gigantesco anuncio de ropa interior con una mujer que, daba igual el tiempo o el modo en que la fotografía pretendía ocultar su identidad, él reconocería en cualquier parte del mundo. Dereck se quedó tan absorto en la belleza de esas curvas que al cabo de un instante los coches detrás empezaron a presionar el claxon. «Joder».

De mala gana, intrigado y agitado a partes iguales, puso rumbo a la reunión que tenía en agenda. ¿Qué carajos hacía Cassidy Ashford posando para un anuncio gigantesco con el que todos los hombres de Nueva York empezarían a tener sueños eróticos? Que no la hubiera visto en años, no implicaba que la hubiese olvidado.

Llevaba años sin verla ni saber de ella. No obstante, los recuerdos se filtraban sin previo aviso en sus noches, como si jamás se hubieran separado. El sonido de su voz al llegar al orgasmo, la melodía de la risa cuando compartían bromas o veían alguna serie, las discusiones porque sus puntos de vista eran muy distintos, y los lánguidos besos al amanecer, parecían vívidos, pero al despertar la realidad lo golpeaba para recordarle que siempre era mejor no mirar atrás. La mujer estuvo impregnada en su piel, pero fueron la fuerza de voluntad y orgullo, los que consiguieron que cada día dejara de echarla en falta un poco menos.

Imaginaba que ver esa publicidad, justo ese día, era una burla del destino, porque su siguiente parada era la oficina de Byron Ashford en Connecticut, a dos horas y cuarenta minutos en coche desde Manhattan. ¿Se trataba de un vaticinio oscuro? Él no era supersticioso, así que más le valía no empezar ahora.

Por otra parte, le había prometido a un amigo, que lo había librado de un complejo proceso de impuestos, que le daría empleo a una de sus hijas en el área de relaciones públicas de TS2, pero le fastidiaba la posibilidad, porque sabía que Sophie tenía un *crush* con él. Ese fue el motivo principal por el que comentó sobre una nueva contratación, primero con Ryder, y segundo con Becca, pero no ahondó en explicaciones, porque él no se las daba a nadie. A pesar de que cumplía su palabra, le pareció que iba a crear un problema innecesario si Sophie iba a trabajar en TS2. Finalmente, Dereck decidió hacer un par de llamadas y recomendar a la muchacha en otra compañía, y menos mal, la contrataron. Así, él se libró de crear un ambiente laboral incómodo, y al mismo tiempo no dejó de cumplir su promesa de encontrarle un buen puesto laboral a la hija de su amigo. «Todos contentos».

Ahora, el asunto del que no podía librarse o delegar, menos extender más el plazo, era la visita a Byron. No porque fuese imposible rechazar la reunión, sino porque existía un contrato blindado que lo obligaba a cumplir la cláusula estipulada años atrás. Entre su próximo viaje a San Diego, la ridícula idea de Becca de reformar su imagen, el contrato en Oriente Medio, y el maldito favor que su antiguo jefe iba a detallarle ese día, Dereck estaba a punto de internarse en un manicomio.

Ver de nuevo a Byron, le traería recuerdos de aquellos largos días de agonía emocional que, en su ufana actitud, no creyó que le tocaría vivir a los veintitantos años de edad. Los quince meses que pasó trabajando para Ashford & Asociados fueron una tortura. Intentaba trabajar horas extras, y combinar los trabajos de la carrera, para salir más rápido de la deuda laboral, pero

también procuraba hacerse un espacio para buscar la forma de hablar con Cassidy y disculparse.

Cada intento de acercarse a ella fue en vano. Le cerraba la puerta del piso en el que vivía en las narices, dejaba las flores que le obsequiaba en el basurero de la recepción de la compañía, le respondía los mensajes con memes sarcásticos, no le contestaba el teléfono, y un montón de desaires adicionales.

La única ocasión en la que le dirigió la palabra fue cuando se celebró el aniversario de Ashford & Asociados. Fue esa noche que Dereck descubrió el alcance del daño que había causado. Ataviada con un precioso vestido verde esmeralda, y que arropaba sus curvas con naturalidad, Cassidy era una visión sensual y elegante. ¿Cuál fue el truco? No iba sola. La mujer que había robado su corazón estaba saliendo con un tipejo, y tan solo se acercó a Dereck para dejárselo saber.

—Qué bueno que hayas asistido a la fiesta de la compañía —le había dicho Cassidy con un brillo de rabia en la mirada—. Te presento a Ryan, mi novio.

En ese instante, Dereck tuvo que hacer uso de toda su capacidad de autocontrol para no agarrar al tarado aquel, que parecía muy posesivo agarrando a Cassidy de la cintura como si le perteneciera, y fingió que no le afectaba. Dios, pero había sido una de aquellas horrendas torturas que dolían más que un golpe físico.

—No somos amigos, Cassidy, para que tengas esta clase de cortesías sociales —había replicado Dereck con desdén, porque ninguna mujer iba a desairarlo o echarle limón en las heridas—. Aunque aprecio que tus relaciones sentimentales sean sólidas.

—Yo... —había murmurado ella, pero Dereck ya estaba apartándose, muy satisfecho consigo mismo al notar la expresión femenina de desconcierto.

A partir de esa ocasión, Dereck se propuso olvidarla con cuantas muchachas deseó llevarse a la cama; y aunque a la mañana siguiente se sentía asqueado y vacío, le daba igual. Si acaso se encontraba a su némesis en algún sitio, por más de que su corazón pareciera tratar de correr hacia ella, él seguía de largo pretendiendo ignorarla. Saber que estaba con otro, lo destrozó, pero jamás iba a admitirlo.

Sí, cometió un gran error al ocultarle a ella la verdad, y fue soberbio al creer que podría conseguir lo que deseara sin medir las consecuencias. Aprendió que no era así, y todo tenía un precio, aunque el hecho de que Cassidy ni siquiera le hubiera dado la posibilidad de redimirse, lo despechó. Jamás le había pedido a ninguna mujer una oportunidad, menos insistir en disculparse, peor querer bajarle el cielo con las manos y entregarle las estrellas. La juventud llegaba muchas veces acompañada de estupidez, y tal como había comprobado, también con mucho dolor.

El resto de su tiempo en Ashford & Asociados fue un torbellino de trabajo, exámenes por culminar, papeleos, organización de proyectos a la distancia con su hermano, en su firme propósito de no pensar en Cassidy. Dereck se convirtió en uno de los alumnos de Yale más populares, y con todos sus huesos intactos después de haber pagado sus deudas de juego, sentía aquella expansiva sensación de libertad de saber que tenía el mundo a sus pies para conquistarlo.

Ahora, a sus treinta y un años de edad, tendría que escuchar lo que Byron iba a decirle para, finalmente, cerrar el maldito contrato para siempre. La primera llamada, meses atrás, que le hizo el famoso abogado fue breve y concreta. Le dijo que había llegado el momento de ejecutar ese favor pendiente en el acuerdo firmado por ambos.

—¿Qué puedo hacer para cumplir con esa cláusula, Byron? —le había preguntado Dereck con tono cauto.

—Es un favor personal, no profesional. Nada fuera de la ley, por supuesto —le había

respondido el abogado riéndose sin alegría.

—Por supuesto —había replicado Dereck—. Ahora mismo estoy en medio de una negociación importante, ¿qué te parece si me cuentas por teléfono para acelerar los procesos que requieras de mi parte?

—Ah, muchacho, eso no me sirve. Ven a verme lo más pronto que puedas. Te doy dos meses de plazo para trasladarte a mi oficina en New Haven. Concreta una cita con Tamara, mi nueva asistente. Si no llegas hasta dentro del tiempo previsto, entonces recibirás una notificación de cobro por los ochenta mil dólares, más intereses, y todo eso multiplicado por los casi ocho años desde que firmamos ese contrato. Ya sabes, preferiría no incurrir en acciones legales, tengo suficiente trabajo, pero este favor en específico es importante.

Dereck había pensado un sinnúmero de improperios que le hubiera gustado decirle. No tenía opción. Al final aceptó que en ese lapso de dos meses concertaría una cita. Cada día, desde entonces, había tratado de dilatar esa visita, hasta que estuviese contra el tiempo. Como ahora.

Aparcó su Tesla X SUV en el exterior del elegante edificio de Ashton & Asociados. El entorno le recordaba los primeros años en Yale, las fiestas, las estupideces propias de un veinteañero a quien la vida le abría un sinnúmero de posibilidades, los sueños del futuro, la adrenalina del primer empleo, la emoción de recibir el título de abogado, y la presencia de las dos personas más importantes en su vida, su madre y Ryder, para celebrar el final de una etapa y su graduación.

—Los años han transcurrido, y no me equivoqué contigo —dijo Byron a modo de recibimiento cuando vio entrar a Dereck en su despacho. Algunos detalles en la decoración habían cambiado, el estilo se había convertido en algo más bien minimalista—. Eres uno de los mejores abogados corporativos, en fusiones y adquisiciones, de Nueva York.

—Byron —replicó Dereck e hizo un saludo con un gesto de la cabeza, mientras, sin ser invitado se acomodaba en el asiento frente al del otro abogado—, dos horas y más de conducción hasta aquí, al menos espero merezca la pena.

El accionista mayoritario de la firma de abogados se incorporó del asiento reclinable que daba la espalda a la ventana. Fue hasta el surtido bar con el que invitaba y vertió un costoso licor en dos vasos.

Le entregó uno a Dereck, y con el suyo en mano se sentó de nuevo.

—Te veo con bastante frecuencia en los tabloides —dijo con una sonrisa burlona, mientras bebía su coñac.

Dereck hizo una mueca.

—Una molestia existencial —replicó, sin tocar el vaso de licor—. Dentro de cinco horas tengo que entregar un informe, Byron, y quiero honrar nuestro acuerdo. Seamos pragmáticos, ¿qué necesitas, después de todos estos años?

Byron, con la barriga ahora prominente, el cabello siempre bien peinado hacia atrás, y unas gafas para ver muy chic, mantenía su usual aire aristocrático. Aunque creció en una familia humilde, la ambición y tesón, lo llevaron a superarse. Los resultados se evidenciaban en su reputación, y las diversas propiedades esparcidas entre Estados Unidos, Francia e Italia. Uno de los motivos por el que había aceptado ayudar a Dereck, tiempo atrás, fue porque se sintió identificado con su juventud y actitud desenfadada, con aquella seguridad en sí mismo, y una gran ambición.

Sin embargo, lo que más destacó fue su sinceridad, porque a pesar de que pudo haber negado que había llegado a Cassidy para alcanzar una posición en Ashford & Asociados, decidió hablar

con la verdad. Algo raro en el mundo corrupto que Byron intentaba navegar y que todavía le costaba entender.

—Cometí un error muy grave hace dos años —dijo con expresión amarga.

Dereck se cruzó de brazos.

—¿De qué tipo de error hablamos, Byron?

—Decepcioné a una persona muy importante en mi vida en el afán de mantener las apariencias, porque estaba en medio de una campaña política para ser Gobernador de Connecticut, y ahora esa persona no me dirige la palabra. Me arrepiento profundamente, pero creo que todo está echado a perder. —Dereck soltó una larga exhalación—. Quiero entregarle trescientos mil dólares para que pueda levantar su compañía o empezar una nueva, pero no lo acepta. Necesito que le hagas llegar el dinero, a través de tu corporación, como si se tratase de un contrato estándar.

—¿Estás tratando de pedirme que contrate a una de tus amantes, Byron, y amortizar ese valor como si fuera parte de su salario? —preguntó con desparpajo.

Le daba igual el poder o influencia de otros hombres. No era una persona que se intimidase por terceros. La seguridad de hierro que lo rodeaba había sido adquirida con muchos golpes de la vida, sinsabores, y también esfuerzos. Un chico que nacía en la miseria, y que lograba levantarse como el ave Fénix, no le temía a nada.

Byron soltó una carcajada.

—No, muchacho —replicó, mientras terminaba la bebida—. Sé por fuentes confiables que la empresa de Cassidy cerró hace unos días, tuvo problemas con su socia. Mi hija no quiso aceptar mi dinero, y sé que es muy testaruda para volver a hablarme por un incidente. Confío en su capacidad profesional, claro, pero sé que necesita ayuda, aunque jamás va a recurrir a mí o algo que la relacione conmigo.

Dereck lo quedó mirando como si el hombre fuese el más tarado del mundo.

—¿Qué pretendes? —preguntó, mientras experimentaba la incómoda sensación de que todo su cuerpo se tensaba de estrés.

—Quiero que Cassidy encuentre nuevos clientes y poco a poco regrese a crear una nueva empresa. Lo que no deseo es que sepa que estoy detrás de ese primer gran cliente que puede darle el impulso que necesita.

Dereck se removió en el asiento. Sentía estar en una silla eléctrica. Sus pensamientos iban a dos mil millas por segundo. No podía ser posible que Byron estuviese pidiéndole, lo que creía que estaba pidiéndole.

—No tengo una compañía de productos o servicios, Byron. Mi empresa se encarga de gestionar fondos para grandes corporaciones y fortunas particulares. No tengo nada que ver con la clase de trabajo que hace tu hija —replicó con sequedad. Ahora le intrigaba qué clase de problema pudo tener con Cassidy para que ella le hubiese dejado de hablar por completo a su padre. Dereck sabía que, a pesar de los inconvenientes entre ambos, la muchacha adoraba a Byron.

—Contrátala para TS2 o crea un puesto de consultoría, y págale en un año los trescientos mil dólares o manéjalos como bonificaciones, me da igual. Quiero que mi hija tenga ese dinero. Ese es el favor pendiente. Solo un año, Dereck.

En esta ocasión, Dereck echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó.

—No sé si recuerdes, Byron, pero tu hija me desprecia. ¿Por qué carajos querría volver a dirigirme la palabra, y menos cuando han pasado años sin vernos?

Byron esbozó una sonrisa ladina.

—Mi hija puede tener grandes resentimientos, pero ¿despreciarte? No, Dereck, tienes el chip equivocado, pero ese no es mi problema.

Dereck se incorporó, fastidiado. Lo que menos le apetecía era revolver el pasado, sumergirse en la posibilidad de volver a ver a Cassidy y recibir todo el odio que, por supuesto, aún sentía ella hacia él. ¿Trabajar juntos? Imposible.

—Dime por qué se distanciaron.

Byron abrió el cajón derecho del escritorio, agarró un habano y lo encendió. Cuando le dio un par de caladas, volvió su atención al joven que tenía enfrente.

—Darte esa clase de información no está en mi repertorio de hoy. Si quieres saber, se lo preguntas a Cassidy, aunque, por supuesto ¿cómo vas a hacerlo si se supone que yo no tengo nada que ver en esta nueva contratación?

Dereck apretó los puños a los costados. Imaginaba que el hombre no tenía idea de que su hija ahora se dedicaba a modelar en ropa interior para todo el que tuviera un par de ojos en Nueva York. No lograba entender por qué carajos le molestaba tanto que otros viesan a Cassidy en ese ridículo anuncio. ¡Habían pasado años, por todos los demonios!

—Eres un viejo manipulador, Byron.

—Tú aprendiste bien en esta empresa a saber cuándo manipular —se rio—, y gracias a mi preparación tienes las agallas para plantarle cara a cualquiera ¿o no?

—No, Byron, lo que tengo se lo debo a mi cerebro y a mis ganas de superarme. Tu compañía fue una plataforma importante, lo acepto y agradezco, pero no más allá. Veré qué puedo hacer por tu hija —dijo a regañadientes.

—Cuando Cassidy haya firmado el contrato con TS2, envíame la copia y daré por finalizado nuestro acuerdo previo. Te enviaré los papeles notariados para que hagas la firma electrónica de regreso —se incorporó para extenderle la mano a Dereck—. ¿Tenemos un pacto, muchacho?

—Puesto que no existe otra vía, y son tus términos, supongo que sí —replicó estrechando la mano de su colega de profesión.

Cuando salió del edificio, el cielo empezó a nublarse. Una tormenta se avecinaba. De mal humor, Dereck subió a su automóvil y puso rumbo a Manhattan. ¿Cómo diablos iba a ser capaz de sobrellevar esa encomienda de Byron?

A medida que avanzaba en la autopista, lo que menos quería era estar enclaustrado entre las paredes de su oficina o en la opulencia de su casa. Solo había una persona que podía guardar sus confidencias, y mejorar la perspectiva de su vida: Justin, su mejor amigo de toda la vida. Él vivía a veinte minutos de su penthouse, y a pesar de los años transcurridos continuaba siendo incorregible para armar fiestas, salidas con chicas guapas y crear el mejor ambiente para olvidar las preocupaciones.

Dereck no pretendía meterse en líos, porque sabía que era un inconveniente para la compañía. Tan solo iba a ahogar sus pensamientos en una buena fiesta privada, y nadie las organizaba mejor que Justin. Su amigo ahora llevaba los asuntos legales de un famoso equipo de hockey sobre hielo de Nueva York, así que contactos para una gran noche de diversión, sobran. «¿Qué era una noche extra, antes de pretender que era un modelo profesional y social en comportamiento?», pensó con sarcasmo, mientras activaba el manos-libres para llamar a Justin.

—Me parece una oportunidad fantástica, cielo —dijo Aaron, mientras escuchaba a Cassidy hablarle de la llamada que había recibido de una corporación en la ciudad—. Quizá no puedas tener tu propia compañía, pero al menos cuentas con la posibilidad de trabajar como asesora externa y ganar más experiencia.

—Es una entrevista que planeo hacerla muy bien —replicó Cassidy con una amplia sonrisa. No recordaba haberse sentido tan optimista desde que, cuatro meses atrás, tomó la dura decisión de cerrar su empresa. El proceso al fin había culminado, y poco a poco estaba enrumbando sus objetivos.

—Hay que mirar el lado bueno de la vida. Lo que te pagó el diseñador por esos anuncios te va a mantener a flote, al menos unos meses.

—Se me hace tan extraño verme en ropa interior en pleno Time Square —dijo meneando la cabeza—. Al menos mi rostro no se reconoce.

—Esa era la idea, y se cumplió tal como pediste —replicó Aaron—. Quizá deberías considerar dedicarte al modelaje. —Cassidy soltó una carcajada—. Okay, asumo por tu risotada que es un “no” —dijo haciéndole un guiño.

—Mañana será un buen día, lo sé.

—Estoy convencido de que vas a conseguir ese empleo, ¿por qué si no te llamaron? Esa clase de corporaciones multimillonarias no busca mediocres, tan solo a los mejores. ¡Te contactaron a ti, Cass! A pesar de todo el rollo con Penélope, y los avatares que has tenido que sortear, te precede tu currículum.

Cassidy sonrió.

—Deberías trabajar como coach motivacional —dijo ella, riéndose de buena gana. Le gustaba que Aaron siempre estaba para darle palabras de ánimo.

—Tan solo digo la verdad —replicó haciéndole un guiño—. Con el paso de los meses podrás decidir si quieres permanecer en esa empresa o buscar tu propio rumbo. Al menos esta posibilidad laboral te da un respiro.

La persona de recursos humanos de la empresa TS2, le dijo a Cassidy que la contactó por una recomendación de un cliente. «Al menos es algo positivo», había pensado nada más cerrar la comunicación. Y ahora estaba en el piso de Aaron celebrando con una botella de champán. Claro, no tenía el empleo, pero era una entrevista que, a juzgar por el tono de voz de la mujer, parecía un asunto de conversar, establecer los términos, y esperar buenos resultados.

—Mañana daré lo mejor de mí en esa entrevista y, si existen otros candidatos, sé que yo podré causar una gran impresión y marcar una diferencia —dijo, y de pronto frunció el ceño—. Solo existe un inconveniente, aunque quizá debería dejarlo pasar.

Aaron se llevó un trozo de jamón a la boca, y luego bebió de su copa.

—Mmm, ¿qué sería eso?

—TS2 es la compañía de los hermanos Toussaint. —Aaron elevó ambas cejas—. Sé que no debería preocuparme o agobiarme, pero “ya sabes quién” es uno de los dueños —se mordió el labio inferior, algo insegura—, ¿crees que él sepa que me han llamado de su empresa para trabajar como asesora externa?

Aaron se rio con suavidad. Caminó con su habitual ritmo pausado, dejó la copa sobre el mesón de la cocina, y regresó a la salita para sentarse frente a su amiga.

—Cass, el hombre lleva una vida de fiesta y mujeres por doquier, y es muy bueno en su

trabajo. ¿Crees que va a preocuparse por lo que hacen los “minions”?

Ella se rio, y meneó la cabeza.

—Me desentendí de él y sus noticias hace tiempo —dijo—. Imagino que él habrá hecho lo mismo con todo lo relacionado a su paso por Yale.

Aaron asintió y estudió la expresión de su mejor amiga. Por supuesto que él conocía al revés y al derecho lo sucedido en la oficina de Byron Ashford. A pesar de que le sugirió a Cassidy que escuchara a Dereck, ella estaba demasiado dolida para contemplar la posibilidad de darle una oportunidad al guaperas neoyorkino. Por eso, aunque quizá no fue la mejor idea, Aaron le propuso a Cass que fuese a la fiesta de la firma legal con uno de sus exnovios gays para que ella no se sintiera sola, pero ya fue obra de Cassidy restregarle a Dereck en la cara, a pesar de que el hombre había estado buscando una disculpa por semanas, que estaba de novia con otro.

—¿Estás segura? —preguntó Aaron en tono burlón, porque sabía que Cass había estado averiguando sobre las conquistas de Dereck en el entorno universitario, y cuando supo que, después de aquella fiesta de la empresa, decidió pasar la página, ya era muy tarde para ambos.

—Las decisiones del pasado traen consigo momentos buenos, y otros no tanto. —Aaron enarcó una ceja—. De todas formas, me da lo mismo.

Por supuesto que fue su ego herido, y su corazón hecho trizas por las mentiras de Dereck, los que impulsaron su negativa a escucharlo cuantas veces él intentó acercarse. A medida que pasaron las semanas, y cuando creyó que era posible tener un encuentro para aclararlo todo, ya él estaba saliendo con otras muchachas.

Cassidy no era la clásica mujer que se echaba a llorar por una ruptura amorosa por semanas enteras. No. Ella sufría un par de días, agarraba fuerzas, y no volvía a enlodarse con las emociones del pasado. ¿Si acaso el recuerdo de Dereck creaba una extraña fricción en el pecho? Por supuesto, pero de ahí a detener su vida o replantearse su existencia emocional, porque él fue su primer gran amor y con quien compartió la primera vez el sexo, imposible.

—Corren rumores de que sus conquistas generan más titulares que las millonarias transacciones que consigue cerrar su hermético hermano mayor, así como los litigios que, pro-bono, Dereck Toussaint siempre gana en la Corte. Lo precede una reputación impecable, y TS2 está valorada en billones de dólares. ¿Tú crees que un hombre como él, que pasa viajando y trabajando 24/7 va a preocuparse por el staff que alguno de sus mandos medios necesita contratar? Es una corporación con un edificio de varios pisos, créeme, Cass, ni remotamente vas a verlo.

Ella meditó esas palabras por un instante.

—Sí, es cierto —replicó con una sonrisa. Fue a llenar las copas de ambos de nuevo, y le entregó una nueva a Aaron—. Brindemos, mi querido amigo, por las grandes posibilidades que trae el destino, los buenos comienzos y la adrenalina de iniciar otros caminos profesionales.

CAPÍTULO 3

La mañana pasó sin contratiempos para Dereck. Su vuelo a San Diego estaba programado para el siguiente día, y la situación en Oriente Medio se movía sin adversidad. La cantidad de correos electrónicos y reuniones del día, sí que eran un dolor de cabeza, pero él prefería no delegar los temas importantes a su equipo, y daba igual el nivel de preparación o confianza que tuviera en ellos. Con el tiempo, se había convertido en un perfeccionista insoportable.

A partir de ese día, ya no le debía ya ningún jodido favor a nadie. Instruyó al departamento de recursos humanos que contratara a Cassidy, sin mencionar de dónde surgía la orden y que lo hicieran parecer una necesidad amparada por el currículum que ella poseía en su rama profesional. Además, solicitó que la delegasen al piso cinco. Esa área se encargaba de manejar la comunicación corporativa, pero no tenía necesidad de interactuar con los dueños, es decir, él o Ryder. El jefe del departamento era Joel Garrison, y era el llamado a reportar cualquier novedad. «Misión cumplida».

Dereck utilizaba un elevador privado e ingresaba por otra área que no requería contacto con nadie del staff, así que era una ventaja que le aseguraba que no iba a tener contratiempos o encuentros inesperados con Cassidy. La certeza de que ella llegaría al edificio de un momento a otro, lo ponía de un humor bastante confuso, a ratos irascible a ratos indiferente.

—Hola, ¿puedo pasar?

Dereck apartó la mirada de la pantalla del ordenador, y sonrió a Becca.

—Claro —dijo e hizo un gesto invitándola a sentarse frente a él—. Como has podido notar los últimos días, la prensa me ha dejado en paz —sonrió con suficiencia—, ya sabes, el buen comportamiento rinde frutos. Además, Edgar firmó el contrato ayer —agitó los papeles—, ¿qué tal con eso? No hace falta que molestes a las personas de relaciones públicas.

Becca se rio y meneó la cabeza.

—Aunque aprecio que hayas incluso ido a la peluquería a cortarte el cabello en un estilo más sofisticado, y que hubieras decidido utilizar un traje a medida, en lugar de una ropa menos formal, creo que has perdido el punto de mi conversación.

Dereck se cruzó de brazos y apoyó la espalda con comodidad en el respaldo.

—No ha habido escándalos...

—Tiene que ver con un tema a largo plazo, Dereck, necesitamos que vayas a eventos filantrópicos, estés presente cuando se hagan donaciones a bibliotecas de sitios menos privilegiados, acudas a bailes de caridad sin salir de esas fiestas con una mujer diferente a la que llevaste de compañía, ¿me explico? Medidas de prevención.

—Creo que prefiero ir a Oriente Medio —refutó, mientras agarraba el bolígrafo entre los dedos y la giraba con bastante habilidad.

Becca esbozó una sonrisa amable.

—Me parece que se ha cometido una equivocación con la distribución del staff, y es el motivo por el que he pasado por tu oficina, antes de reunirme con el presidente de General Motors. Quería informarte de esta pequeña confusión, y será de gran beneficio para tu reputación.

Dereck dejó de jugar con el bolígrafo, y frunció el ceño.

—Mmm, ¿a qué te refieres?

—Me acaban de informar que hay una nueva integrante de la compañía, y su hoja de vida es impecable en el área de relaciones públicas. ¿Por qué nadie me habló de esta maravilla? —preguntó, emocionada—. Supongo que tú tuviste algo que ver, porque te comenté que estábamos escasos en ese departamento.

—¿Yo? —Dereck se señaló a sí mismo con el dedo—. Imposible, Becca. Mi único enfoque es evitar demandas, elaborar contratos y salvar a mi hermano de sus estupideces —se rio—. Ahora, si me permites...

—La enviaron al departamento equivocado, ella no debe estar en el piso cinco, porque es el área de comunicación —interrumpió—. Son dos cosas diferentes con las relaciones públicas. Ya he corregido el embrollo —sonrió—. De hecho, te la quiero presentar. No sabes lo encantadora y profesional que es Cassidy.

A Dereck se le secó la garganta. «¿Qué carajos?».

—No, espera, eso...

—Buenos días, lamento la demora, me perdí un poco alrededor.

Tanto Becca como Dereck miraron a la persona que estaba en el umbral de la puerta de vidrio de la oficina. Cassidy iba vestida con una bonita falda rosa pardo que le llegaba unos centímetros bajo la rodilla, una chaqueta beis que cubría la blusa blanca que tenía debajo, y zapatos de tacón alto a juego con la falda. Su cabello castaño estaba recogido en una media coleta, y las ondas caían sutiles sobre los hombros. Los ojos verdes estaban delineados con suavidad, y resaltaban sus hermosas facciones.

Por un breve instante a Dereck se le cortó la respiración. Si asociaba la gigantografía del Times Square, todas curvas de seda y tentación, con la imagen que tenía frente a él, la posibilidad de mostrarse neutral era bastante mínima. Sin embargo, debía recordarse que ninguna mujer iba a volver a ponerlo de rodillas, y daba igual lo hermosa, sensual o atractiva que fuese. Él no miraba atrás, y Cassidy era el pasado.

—Cassidy —dijo Becca incorporándose de su asiento, como si la muchacha fuese una conocida de toda la vida. Y es que ese era el efecto que provocaba Cass en las personas, y con ello venía la habilidad de influir de la manera que necesitaba para sus objetivos profesionales—, bienvenida a la compañía. Te presento a Dereck Toussaint, el gerente legal de TS2, y copropietario. —Luego miró al hombre de ojos azules—: Dereck, ella es Cassidy Ashford, una experta en relaciones públicas.

Tanto Dereck como Cassidy se observaron un instante que pareció eterno, pero no habrían pasado más de pocos segundos. Ella fingía no conocerlo, y él pensaba seguirle el juego. No tenía por qué reconocer su existencia.

—Bienvenida a la compañía —dijo Dereck, incorporándose de su asiento, y acercándose para estrechar la mano de la preciosa mujer. Tenía a Becca como espectadora, así que no iba a hacer una escena o gesto que pudiera delatar que con Cassidy había compartido más que solo un apretón de manos en la vida—. Espero que te sientas a gusto con tus compañeros de trabajo. Tenemos una política de respeto y cordialidad en TS2, aunque supongo que recursos humanos ya te hizo la inducción.

Cassidy notó cómo las facciones de Dereck se endurecieron como piedra, sus fosas nasales se ensancharon por la respiración, y casi parecía que balas de azufre estuvieran saliendo de sus ojos, impactando en los de ella. Era una mirada que, para la otra persona en la oficina pasaba desapercibida, pero no para Cass.

Lo último que hubiera esperado era verlo, menos en su primer día en la compañía. Consideró la hipótesis de que podría topárselo de lejos en alguna extraña circunstancia, aunque jamás frente a frente. Sabía muy bien que nunca significó para él más que un asunto de conveniencia, pero eso no implicaba que tuviese una venda en los ojos que le impidiese darse cuenta lo atractivo que se había vuelto con los años.

Dereck tenía el cabello en un estilo cuidado y bien peinado, la barba de dos días estaba en toda su gloria, aportándole un toque picaresco sin que fuese esa la intención. Su cuerpo era más musculoso, ancho, y poseía la gracia de un guepardo; casi como si estuviera conteniendo una fuerza que bramaba salvajemente en el interior de ese hombre. Rodeado de la exquisita tela del traje, él exudaba poder, autoridad e innato liderazgo imposible de negar. No obstante, eran sus penetrantes ojos azules, los que parecían atravesar el alma de otras personas, como si poseyera la capacidad de extraer los más sucios secretos. Cassidy había aprendido a blindarse de los abogados como él; no en vano tenía a su padre de ejemplo.

Ella tampoco sentía simpatía alguna por Dereck.

—Gracias, señor Toussaint —replicó con un falso tono de calidez. Él hizo una ligera mueca burlona como si entendiese que detrás de las apariencias no existía otra cosa más que animadversión mutua.

—Puedes llamarme Dereck —dijo, mientras se cruzaba de brazos. Lo que menos quería era sentir que su piel se quemaba con el solo toque de esa mano suave.

Cassidy quiso reírse, porque le parecía que él había perdido el tiempo estudiando abogacía cuando pudo haberse ganado la vida actuando.

—Si es así, entonces, llámame Cassidy —replicó.

—De acuerdo, pues ya que Becca te ha presentado, será mejor que aproveches para conocer el resto del staff —dijo Dereck en el afán de quedarse a solas. El aire empezaba a hacerse difícil de respirar, porque el sutil perfume de jazmín estaba instándolo a recordar cosas que no le apetecían ni eran propias de una oficina—. No tenemos un jefe de relaciones públicas, pero se definirá pronto. Mientras eso ocurre puedes dirigirte a Liam Thompson, que es el encargado de comunicación interna, aunque las dos personas con las que vas a trabajar son eficientes.

Cassidy asintió.

—Me dijiste que te ibas a San Diego, ¿cuándo es eso? —preguntó Becca con una gran sonrisa, al tiempo que se incorporaba.

Él enarcó una ceja.

—Mañana, ¿necesitas algo en particular? Raymond va a quedar supliéndome. No puedo postergar mi cita con ese empresario japonés, Becca. Aunque estaré monitoreando lo que suceda aquí y en Oriente Medio.

—Oh, eso es perfecto —dijo Becca. Después miró a Cassidy—: ¿Tienes algún problema en hacer viajes o traslados por trabajo?

Cass abrió de par en par los ojos. Dereck miró a Becca como si de pronto le hubiesen salido cinco brazos y tres cabezas.

—Yo... No, ¿por qué? —murmuró Cassidy con curiosidad.

—Eres la contratación ideal, en el momento preciso. Da igual quién te recomendó. He visto tu hoja de vida hace poco, y me parece impecable. —Dereck fue a replicar, porque no le gustaba nada el rumbo de esa conversación, pero Becca continuó—: Necesitamos crear una imagen para Dereck diferente: un hombre más formal y serio, que asiste a eventos filantrópicos, y no sale con tantas mujeres que los periódicos a veces se confunden de nombre. ¡Y tú puedes conseguirlo!

Cassidy no pudo evitar soltar una risa de incredulidad.

—Lo siento —dijo fingiendo que tosía—, pero me contrataron para mejorar la percepción de la compañía en función de las ONG a las que ayuda, no estaba dentro de mi espectro la gestión personalizada hacia un ejecutivo o ejecutivos. No entiendo.

—No tienes que entender nada —dijo Dereck a Cassidy, y enfadado con Becca—, y puedes dirigirte al departamento de relaciones públicas en el que te darán todos los pormenores de las situaciones a cubrir, y nada tiene que ver conmigo. Tu contrato estará sellado al finalizar el día, Cassidy.

—Él es terco —dijo Becca con indulgencia—, pero sabe que es necesario reformar su reputación de mujeriego. ¡Todo encaja a la perfección! —exclamó uniendo las manos con entusiasmo—. Viajarás con él a San Diego, y empezarás a crear una gestión de relaciones públicas que contribuya a lo que te he comentado. De ser posible, me gustaría que incluyeras conseguirle una pareja temporal, firmando un acuerdo de confidencialidad al menos durante unos meses hasta que la prensa lo deje tranquilo y busque otro ser humano sobre el cual hablar sin fin. Una vez que su reputación haya sido mejorada, tú podrás dedicarte al tema de las ONG. Quiero aprovechar la coyuntura ya que Ryder, seguro en algún momento lo conocerás, está fuera del país. Necesitamos hacer cambios que mejoren la expectativa de negocios.

—Todo sea por el bienestar de los negocios, perfecto —dijo Cassidy, aunque no lograba hacerse a la idea de tener que viajar a California, y menos para tratar de reformar al insufrible que ahora, para gran desgracia, iba a ser su jefe directo.

—Becca creo que se te hace tarde para tu reunión y yo estoy empezando a tener un gran dolor de cabeza —intervino Dereck entre dientes.

Cassidy tenía tantas ganas de estar en un mismo espacio físico con Dereck como lanzarse a un tanque lleno de tiburones blancos. Aunque no podía olvidar la promesa que hizo: convertir la vida de Dereck en una pesadilla si volvía a verlo. Esta era la oportunidad idónea. ¿Lo mejor de todo? Iban a pagarle por ello.

—Me encanta el proyecto —dijo Cassidy disfrazando la ironía en su voz—. Solo tengo que saber lo que necesito para el viaje, el tiempo, y la agenda de Dereck.

—¿Y qué tal si no te llevo conmigo? —preguntó él, ya sin ocultar su enfado—. Soy el copropietario y si me da la gana puedo despedirte.

—Oh, no tomes en cuenta ese comentario —dijo Becca con amabilidad—, él colaborará. Después de todo hay un cliente muy importante esperando a firmar un contrato de setenta millones de dólares. Un texano petrolero, y que tiene inversiones en Nueva York. Miles Douglas. ¿Lo mejor de todo? Es un hombre de familia, y aprecia hacer negocios con hombres que, aunque sean solteros, tengan una mentalidad orientada a lo tradicional. Imagina los beneficios de ese acuerdo cuando Miles se entere que la imagen profesional de Dereck es impecable.

—Lo que se resume en todo lo que él necesita cambiar —intervino Cassidy con una sonrisa, mirando de reojo a Dereck. Estaba feliz de saber que esa situación lo incordiaba. La tortura a la que podía someterlo iba a ser placentera. «La cantidad de situaciones incómodas que puedo crear en el proceso son incontables».

—No tengo espacio en mi avión privado —dijo Dereck—. Mi amante me va a acompañar, y no necesito testigos adicionales de lo que ocurra en ese viaje.

—Bah, eso no es problema —dijo Cassidy con una sonrisa perversa, porque le daba igual si llevaba a una amante o a un ejército de *cheerleaders*—, estoy convencida de que Becca me conseguirá un vuelo comercial. Deja todo el trabajo de reformar tu reputación en mis manos. Te

garantizo excelentes resultados.

—¡Magnífico! ¿Ves, Dereck? A veces el universo conspira para que ocurran cosas maravillosas. Solo son dos semanas en San Diego —dijo Becca más feliz que nunca—. Ahora puedo ir tranquila a mi reunión. ¿Cassidy, ya conoces la cafetería?

—No, pero suena genial si puedes mostrármela. —Luego se giró hacia Dereck—: Nos vemos en el aeropuerto mañana. Me encargaré de hacer un calendario de actividades, coordinar con medios de comunicación, y buscar candidatas idóneas para que puedan pretender ser tu pareja durante un tiempo.

—El vuelo es a las cuatro de la madrugada —replicó Dereck, entre dientes, pues apenas se largasen ambas mujeres de su oficina iba a llamar al piloto para decirle que cambiaría el horario de vuelo para esa hora. Le daba igual si tenía que darse dos baños de agua fría para despertar su cerebro tan temprano.

Cassidy le hizo un gesto restándole importancia a la situación. Le gustaba la posibilidad de que él se sintiera fuera de su elemento. Si mal no recordaba, Dereck era de naturaleza rebelde y no aceptaba que otros dirigieran su vida, sus actividades o situaciones personales. «Ah, la dulce venganza había llegado».

—Oh, no pasa nada. Me gusta madrugar —dijo antes de salir con Becca.

CAPÍTULO 4

Después de organizar un plan para mejorar la imagen de Dereck, al menos un bosquejo bastante preciso, Cassidy arregló su maleta de viaje para dos semanas. El hotel al que llegarían era de primera clase, y la piscina estaría a la temperatura perfecta sin importar el exterior. Ella pretendía trabajar todo el tiempo, pero también en sus ratos libres aprovecharía para recorrer San Diego.

Cuando era pequeña, sus padres solían llevarla a la playa Coronado, y se hospedaban en casa de unos amigos durante el verano. Hacía mucho tiempo que no veía a Hunter y Paola Grassi. Ambos hermanos eran descendientes de argentinos y cocinaban los mejores asados que podía recordar. De vez en cuando se escribían, y en esta ocasión ya había quedado con ambos para reunirse apenas le fuese posible.

Cassidy sabía que el trabajo que tendría por delante no era para nada sencillo, porque la persona a la que se suponía que iba a ayudar no solo era altiva e insufrible, sino que tendría que analizarlo para entender qué ángulos podría utilizar para lograr crear una imagen más cálida y comprometida de cara al público que, en este caso, eran los empresarios de los gremios que manejaban fondos financieros de altos perfiles económicos en Estados Unidos. Le parecía injusto que el paso de los años, en lugar de desfavorecerle, le hubiera obsequiado a Dereck un aspecto de potente atracción. No sería difícil que su presencia en una sala consiguiera la atención deseada, el reto radicaba en que no hiciera idioteces con el único fin de fastidiarla.

Por otra parte, entendía que Becca, como vicepresidenta de negocios, llevaba el mando de todo lo concerniente al manejo de estrategias, y la mujer consideraba las relaciones públicas como una. Así como decidió ágilmente ubicarla de forma directa con uno de los dueños de la compañía, luego de revisar su hoja de vida y referencias, con esa misma rapidez podía prescindir de sus servicios. En los negocios no existía corazón, y Cassidy lo sabía muy bien.

En medio de todo ese proceso había un ligero detalle: la cercanía de Dereck provocaba sensaciones inexplicables. Por eso tenía el firme propósito de mantener a ese granuja lo más distante posible. No quería liarse la cabeza o alejarse de su objetivo principal: hacer de esas dos semanas, y también cuando regresara a Nueva York, una temporada complicada para él. Menos mal, Dereck no requería asesoría en su forma de vestir o conducirse. Claro que no. Debía ser sincera y aceptar que estaba buenísimo. ¿Acaso no solían serlo la mayoría de cretinos?

El teléfono empezó a sonar con el *ringtone* establecido para los mensajes de texto. Deslizó el dedo sobre la pantalla táctil.

Aaron: *Que tengas un buen viaje, nena. No olvides que al regreso tienes una cita con Christian. Aceptaste quedar a un café. No voy a permitir que te mueras soltera.*

Cassidy: *¡Qué exagerado eres! Ahora tengo un empleo, ya veré si queda espacio para Christian. Por otra parte, estoy satisfecha de salir de la fría ciudad de Nueva York para recibir un poco de la calidez californiana ;)*

Aaron: *Intenta no sacar los garfios con Toussaint. Si vas a limpiar su imagen, considera que la tuya también tiene algunos manchones. Si él llegase a saber ese episodio complicado de tu pasado, y considera que es una amenaza para él, podría hundir tu carrera. No pulses los botones equivocados, nena. Y ya sabes que estoy pendiente de ti.*

Ella contempló el teléfono con una mueca. Thiago Sampolo, su ex prometido, no era su peor error de juicio. Lo que ocurrió mucho antes, sí. Corrió con la suerte de que, gracias a su círculo de influencias, la noticia no se hubiera filtrado, pero las secuelas emocionales continuaban abrumándola cada tanto. Dios, el solo recuerdo le provocaba ganas de regresar el tiempo y haber sido más precavida; menos impulsiva. Solo rogaba a todos los astros y constelaciones que ese episodio particular continuase enterrado en el foso más profundo de la Tierra y la memoria.

Cassidy: *Lo sé...*

Aaron: *Solo dedícate a hacer bien tu labor, y no saques el pañuelo rojo frente al toro.*

Cassidy: *Si tanto te gusta España, ¿por qué no vas a pasar más veranos por allá? De verdad que tus analogías europeas me hacen mucha gracia.*

Aaron: *Olé, cariño. Nos vemos al retorno. Y no hagas nada que yo haría.*

Cassidy: *¿Por ejemplo?*

Aaron: *Hacerle sexo oral a Toussaint, en plena terraza del Hotel Coronado ;)*

Cassidy: *Jajaja, eres un idiota. No me acerco a ese cretino, aunque fuese el último posible compañero para preservar la especie.*

Aaron: *Juaaass. Mucha suerte consiguiéndole una pareja estable que quiera firmar un contrato de confidencialidad durante unos meses.*

Cassidy: *Lo tengo todo muy bien planeado. Hablé con Annabella, nuestra amiga que tiene agencia de citas románticas. Y ya me envió la lista de candidatas que están en San Diego.*

Aaron: *¡Oh, por Dios! La mujer es un fracaso y tiene las peores candidatas. ¿Eres suicida profesional o qué te pasa?*

Cassidy: *Jajaja, claro que no, Aaron. Es un riesgo calculado.*

Aaron: *De acuerdo, cariño, ve con cautela.*

Cassidy: *;) Nos hablaremos pronto.*

Consciente de que Dereck pretendía perderla de vista, ella llegó al hangar privado, gracias a las directrices del asistente del departamento legal, Bordam, a las tres y treinta de la madrugada. Se presentó con el piloto, las dos azafatas, y luego se instaló cómodamente en uno de los flamantes asientos de cuero negro. A las cuatro en punto, con gafas de sol y una expresión de pocos amigos, apareció Dereck.

—¿No deberías estar en un vuelo comercial? —le preguntó a Cassidy.

En toda la puñetera noche no había logrado dormir, porque en su mente estuvo ideando la manera de deshacerse de la mujer que ahora parecía fresca y dinámica a esa horrenda hora. Ni siquiera le interesaba saber cómo diablos había conseguido colarse en el hangar, y lograr que su staff del avión le diera paso.

—Buenos días, Dereck, ¡qué bien que hayamos coincidido en este horario! —replicó Cassidy, mientras escribía algunos datos en su ordenador—. Quise ahorrarle dinero a la compañía, y hacer un solo viaje. Creo que es importante en estos tiempos.

¿Si acaso ella tenía sueño? ¡Por supuesto! Sin embargo, en su apartamento tenía una cafetera excelente, café importado de Ecuador, y los efectos en su estado anímico lo demostraban. Su cerebro estaba alerta, las ideas de trabajo bullían en su mente, y la única que no tenía permiso de despertar, en ninguna circunstancia, era su libido. ¿Acaso no era un trato justo? Claro que sí.

—Qué considerada —farfulló y se acomodó en el asiento frente al de ella, a propósito. Quizá Cassidy lo despreciara, y a él le daba lo mismo.

Existía algo que ninguno podía negar y era la burbujeante llamarada que parecía crearse

cuando estaban cerca del otro. Sí, ya habían transcurrido años, pero esa mezcla de odio, recuerdos eróticos, anhelos y confusión, estaba latente como sigilosa sombra. Dereck no tenía tiempo para deambular mentalmente por esos caminos sinuosos. Ahora, si Cassidy pretendía incordiarlo, entonces él podía manejar el mismo nivel. Sabía cómo pulsar los puntos exactos en una mujer para que reaccionase ante sus flirteos.

Tenía muy claro que Cassidy no era igual que otras, porque era gracias a ella que llevaba clavada una espina llena de veneno en el cuerpo y que lo instó a no dejarse atrapar por ninguna otra mujer, después de ella. No se enamoraba, y había aprendido que así la vida le era más leve. Para Dereck, la esencia de una persona se conocía más en profundidad cuando se eran amantes. Él había sido dotado de buena memoria y sabía cómo confundir a Cassidy o lo reaprendería con nuevos matices. De momento iba a pretender que ella llevaba la voz de mando en su gestión de relaciones públicas, ¿qué tanto mal podría hacer sonreír para un par de fotos o ir a una gala?

—Oh, ¿y tu amante no estaba en la lista de pasajeros esta madrugada? Creía escuchar que la mencionaste ayer —preguntó Cassidy, cuando estuvo en el aire.

Dereck esbozó una sonrisa presumida.

—No sabía que te interesaban mis asuntos personales —replicó.

Ella controló las ganas de poner los ojos en blanco. El truco con Dereck consistía en no darle municiones sobre los efectos que podría o no provocar en ella con sus comentarios o reacciones. Él utilizaba esa estrategia, a veces de manera sutil o a veces agresiva, con el fin de encontrar debilidades en otros y aprovecharlas. Cassidy ya consideraba suficiente desventaja el hecho de que se conocieran tan íntimamente, así que no podía darle opción a ganar más terreno. A mayor experiencia, más trucos bajo la manga, y ella no dudaba de que Dereck tuviera muchos. Siempre era más sabio estar prevenida y alerta.

—Tengo que conseguirme una pareja que te haga parecer comprometido y estable, en lugar de un mujeriego sin rumbo —dijo con tranquilidad—. Cualquier persona con la que tengas una relación ahora, me interesa para coordinar un plan que no genere interrupción en mi estrategia. Es mi trabajo.

Dereck se quitó las gafas y con el sol que se filtraba por la ventanilla, los resplandecientes ojos azules brillaron como zafiros. Cassidy recordaba muy bien cómo era el impacto de esa mirada, mientras llegaba al clímax.

Ella tuvo un par de amantes después de su primera vez, y a pesar de que estuvo a punto de casarse con uno de ellos, ninguno había conseguido crear ese estado de ansias y sublime excitación como Dereck. Aquel era un secreto muy personal que pensaba llevárselo para sí hasta el último de sus días.

—Mi amante prefirió descansar, y ya nos alcanzará en San Diego —dijo, antes de bajar la ventanilla, incorporarse e irse a la pequeña cabina trasera para dormir. Se detuvo un instante y le dijo a Cassidy por sobre el hombro—: Solo hay una cama, pero no tengo problemas en compartir.

Cassidy lo miró con renuencia. Iba vestido con un pantalón azul, una camisa blanca que reafirmaba su musculatura y porte masculino, y lo más exasperante era que continuaba utilizando la misma colonia que a ella le traía recuerdos de sus días juntos. No era fácil mantener una actitud estoica o desenfadada con él, porque el hombre poseía la molesta habilidad de sacar de quicio a los demás, pero ya conocía ese lado de Dereck, así que estaba prevenida. ¿Quién iba a divertirse en San Diego a costa de su exnovio, sino ella? Con ese pensamiento, Cassidy esbozó una sonrisa profesional.

—Es muy generosa tu oferta, Dereck, pero no me gusta llegar a un sitio de trabajo con la ropa arrugada. Da igual si es solo un pantalón y una blusa o un vestido.

Él soltó una risa de suficiencia. Un sonido exquisito como el chocolate caliente deslizándose por la garganta, acariciándola, en plena nevada.

—¿Y quién dijo que utilizo ropa para descansar, Cassidy? —preguntó, sin esperar respuesta. Luego desapareció tras la puerta de la cabina privada.

El Hotel del Coronado era una preciosidad, y poseía ese toque clásico del viejo Hollywood en los exteriores. En el interior estaba arquitectónicamente alineado con lo contemporáneo. El hotel se hallaba a menos de quince minutos del *downtown* de la ciudad, en donde estaba ubicada la oficina central de D.T. Enterprises. Gracias a su ubicación ofrecía mucha privacidad a sus huéspedes, y que el océano estuviera a pasos de distancia era un plus.

La habitación de Cassidy estaba en el mismo piso que la de Dereck, lo cual era óptimo si se consideraba que iban a trabajar codo a codo las siguientes semanas. Salvo la agenda que él ya poseía con su naviera, el resto del tiempo debía ser invertido para mejorar la imagen vinculada a TS2.

Esa primera noche, ella había coordinado que, a nombre de TS2, Dereck donase un cheque para apoyar una nueva compañía que creaba juguetes personalizados para los niños con cáncer, y estaba manejado en un ochenta por ciento por mujeres. Caring4U era el nombre comercial, y Cassidy consideró que era fantástico para dejar claro el mensaje que Dereck valoraba y apreciaba el trabajo de la mujer emprendedora e independiente. Incluso un par de colegas de profesión de Nueva York, y conexiones en San Diego, la ayudaron asegurándole que estarían algunos periodistas de áreas sociales cubriendo la ocasión.

Cassidy se había puesto un vestido corto estilo coctel, mangas cortas y de cuello redondo, pero la espalda tenía una abertura en V. Llevaba tacones altos, el cabello estilizado en ondas, gracias al servicio de peluquería del hotel, y su iPad con toda la información necesaria para que esa actividad fuese un éxito. Le envió un mensaje a Dereck para decirle que estaría esperándolo en el lobby, porque debían llegar diez minutos antes de las ocho de la noche.

—¿Puede llamar a la habitación? —preguntó Cassidy a la persona del Front Desk, cuando Dereck llevaba más de quince minutos de retraso. No le contestaba los mensajes ni las llamadas. Ella empezaba a inquietarse.

—Lo siento, no responde nadie —replicó la recepcionista en tono de disculpa.

—Estoy trabajando con él —le extendió su credencial de la compañía—, y si le ha sucedido algo, yo soy la responsable. ¿Me puede facilitar la copia de la llave electrónica de la habitación 801?

—No estoy autorizada para eso, señorita.

—Okay, lo entiendo —murmuró contrariada. Los periodistas estaban escribiéndole para saber cuándo iba a llegar Dereck Toussaint, porque la colección más reciente ya estaba abierta, así como la presencia de algunos padres de familia de los niños que se habían visto beneficiados con los fondos recaudados por Caring4U.

Cassidy se subió en el elevador, y llegó al piso ocho.

Sin contemplaciones empezó a aporrear la puerta de Dereck. Al cabo de cinco minutos, él abrió con una expresión indolente. Tenía el cabello despeinado, no llevaba camisa, por lo que sus

abdominales de acero estaban a la vista, e iba descalzo. Ella procuró no recorrer con su mirada esa piel dorada, ni tampoco fijarse en cada músculo trabajado a base de ejercicio, y que debería estar en alguna sección de portada de Men's Health. Estaba furiosa. ¿Dónde tenía ese hombre sus prioridades?

—Estás retrasado, Dereck, y bien sabes que tenemos una actividad en la zona de Gaslamp Quarter. Te lo dejé saber nada más aterrizar esta tarde —dijo cruzada de brazos, y moviendo la punta del tacón sobre la alfombra—. Es importante.

—¿Quién es? —preguntó una voz somnolienta en el fondo.

Cassidy contó hasta cinco. «No puede ser».

—Un pequeño incordio —expresó Dereck con una sonrisa, replicó sin apartar la mirada de la sirena de ojos verdes—. Debí perder la noción del tiempo.

—Tienes diez minutos para vestirme o vas a empezar a generar todo lo opuesto que quiere Becca para la empresa. Este es un evento sencillo, pero con un mensaje importante —replicó Cassidy, mientras con la vista periférica notaba como la mujer, menos mal todavía en ropa interior, salía de la cama y entraba en el cuarto de baño.

Dereck se encogió de hombros.

—¿Qué más vas a decirme, *jefa*? —preguntó Dereck en tono burlón—. Mi visita a San Diego no es para jugar a los eventos sociales, sino que tengo una junta importante, y necesito tener la cabeza despejada.

—Pues mala suerte —dijo Cassidy, empujando la puerta para entrar en la suite. Después empezó a recoger la ropa de la otra mujer y la apiló en una silla. Luego abrió el clóset y sacó varias prendas de ropa para Dereck, las señaló para que él mirase qué color prefería o lo que le viniera mejor—. Cuando esa muchacha salga del cuarto de baño, tú te vas a duchar, y luego vestir como si te quedaran cinco minutos de vida.

Dereck esbozó una sonrisa cínica. No estaba habituado a tener agenda social, salvo que fuese con sus amigotes en Nueva York, sino solo un programa de trabajo al que sí se ceñía al pie de la letra. Ahora, con Cassidy y esa estudiada distancia emocional que había erigido, además de todo lo que parecía ser un circo de actividades que él tendría que atender, Dereck se sentía fuera de su zona de confort. Ya le hubiera gustado saber qué habría hecho el resabiado de Ryder de haber sido él la víctima de las estrategias de la vicepresidenta de negocios de TS2.

Con Olaya solo hubo un par de caricias; nada prometedor, porque pronto él recapacitó sobre esa mala decisión. No podía continuar refugiándose en mujeres guapas o viajes de lujo o exceso de trabajo. Necesitaba hallar algo que sentía que faltaba en su vida, y estaba seguro de que eso era encontrar el proyecto profesional que de verdad lo llenase. Reconsideró su estupidez con Olaya, y ya estaba a punto de cortar lo que medio habían empezado, argumentando exceso de cansancio, pero el torbellino llamado Cassidy Ashford llegó primero. Imaginaba que eso lo dejaba peor ante la ya machacada imagen que podría tener de él.

Tampoco es que creyera que, después de cómo pisoteó su corazón sin darle opción a hablar, Cassidy era un dechado de virtudes. Gracias a ella, la idea de que otra mujer pudiera acercarse a su corazón le provocaba automático rechazo. Por otra parte, él no evadía responsabilidades, aunque tampoco poseía interés en desarrollar causas sociales para un poco de fotografías estúpidas.

Dentro de poco se reuniría con el empresario japonés, y eso era lo único que le importaba y el motivo de su paso por California. Su socia lo había llamado un par de horas atrás para comentarle que la nueva ruta hacia Australia era viable, y debían crear un *networking* importante,

no solo eso, sino que se llevaría a cabo una convención especial de corporaciones navieras en las que se podría concretar vínculos interesantes con miras a esa vía marítima. Dereck se sentía entusiasmado por ese nuevo reto, el único detalle era que tendría que revisar la agenda de relaciones públicas de TS2.

Por la forma en que salían chispas de decepción y rabia de la mirada de Cassidy, sabía que acababa de cometer no solo un error táctico, sino que le había dado munición suficiente para que transformase alguno de los próximos días en una pesadilla. Sabía que ella podría hacerlo, y contaría con el soporte de Becca. A veces no entendía el gusto de ser billonario si tenía que tolerar esas tonterías.

—Intentaré hacer lo posible. A veces es mejor llegar un poco tarde a los sitios para crear expectativa —replicó.

—No sabía que, además de abogado, también ejercías mi profesión —ironizó.

Él esbozó una sonrisa despreocupada.

—Solo fue un rato de diversión con Olaya, si te lo preguntas —dijo con insolencia—. ¿No te apetecería a ti disfrutar de un momento de esos para que dejes esa actitud tan rígida, Cassidy?

Ella sintió un atisbo de decepción y un ramalazo inesperado, así como poco bienvenido, de celos. ¿Qué le pasaba? Si lo que él quería dejar claro era que la había olvidado para siempre, no era necesario que flirtara con otra mujer en sus narices durante ese viaje de negocios. Ella también había girado la página del pasado.

Cassidy llevaba claro que ambos eran muy diferentes ahora. Además, no estaba en San Diego para entretenerse, sino para trabajar. Y si comportarse como un imbécil irresponsable iba a ser la forma de Dereck para fastidiarle la existencia laboral, entonces ella implementaría sus planes que, por el hecho de recién haber llegado a San Diego, había postergado para dentro de dos días. «La entretenida seré yo».

—Yo no exhibo mi vida privada —replicó con despreocupación.

Dereck la miró con interés, y le gustó cuando ella se sonrojó. Sabía que esa reacción, al no ser voluntaria, la contrariaba. «Pues qué mejor».

—Ese vestido te sienta bien. Te da un aire sofisticado —dijo él.

—No necesito tus cumplidos vacíos. Yo sé que me veo fabulosa, y lo hago porque me gusta mi trabajo indistintamente quién sea el cliente. Ahora, cállate la boca, Dereck, y empieza a vestirme.

Él esbozó una media sonrisa.

—Me gusta cuando te pones mandona. Un rasgo inequívoco en tu personalidad —replicó.

—Creo que va a gustarte más cuando empieces a tener citas con todas las candidatas que he elegido hasta saber quién encaja para ser tu pareja una temporada.

Dereck hizo una mueca, porque era lo que menos le apetecía.

Cuando Olaya salió del cuarto de baño, se vistió con toda la parsimonia posible. Cassidy la invitó a marcharse con amabilidad, y después de pedirle el número de habitación, le aseguró que le enviarían una tarjeta de regalo para usar en el SPA del hotel para que se relajara por la interrupción causada en su velada con Dereck. Claro que era una gestión de relaciones públicas, porque la mujer podía empezar a hablar pestes de Dereck y eso no le convenía a Cassidy. Luego le dirigió una mirada asesina a Dereck para que fuese ducharse y así poder ir al evento.

Él elevó las manos en son de paz, meneando la cabeza con una sonrisa de suficiencia, mientras entraba al cuarto de baño.

El aire en la limusina, que habían contratado para llegar a la Caring4U, estaba impregnado de una tensión de la que ni Cassidy ni Dereck querían hablar. Ambos revisaban sus teléfonos, y ella hacía llamadas calmando a los organizadores, así como sus colegas de medios de comunicación, asegurándoles que en siete minutos llegarían.

—No quería arruinar tu agenda —dijo Dereck de repente, mientras apartaba su atención del móvil y la fijaba en Cassidy.

—Carece de interés para mí el asunto —murmuró—, y ya es pasado.

Él asintió con lentitud.

—Iba a pedirle a Olaya que se marchara justo antes de que llegaras a la suite, y no pasó nada importante —replicó él, ignorando por qué daba explicaciones. De repente se sintió imbécil por lo que había estado a punto de hacer. «¿Qué carajos le pasaba para actuar como un pelmazo?». —. Fue un de sentido común. No se concretó nada —exhaló—. Sé que deberíamos trabajar hacia el mismo rumbo.

Cassidy soltó una exhalación y lo miró con detenimiento.

A ratos le parecía atisbar ligeros indicios del chico de veintidós años que la había enamorado con sus miradas profundas, sus comentarios ingeniosos y su carisma. Que hubiera tenido que ir a su habitación del hotel, y encontrarlo con otra mujer, le provocaba una inexplicable decepción. No tenía derecho, aunque eso no le impedía sentir o tener ciertas emociones.

—Deberíamos, sí. Qué bueno que lo hayas descubierto —ironizó—. Ahora, lo único que necesito es que cumplas la agenda —dijo con frialdad—. Lo que hagas después, siempre que no arruines tu reputación y con ello la mía, da igual.

Antes de que él pudiese replicar, el chofer aparcó y les abrió la puerta.

Nada más entrar en la tienda, la expresión enigmática de Dereck se transformó por completo en una encantadora. Derrochaba sonrisas y comentarios amables por doquier. Parecía tener en la palma de la mano a los asistentes.

Desde lejos, Cassidy lo observaba. Le había irritado verlo con otra mujer, y eso la enfadó consigo misma. Que le hubiese aclarado que no llegaron a completar la faena sexual, no le alivió demasiado la sensación de que necesitaba distraerse pronto o iba a empezar, sutil y peligrosamente, a interesarse por conocer a este Dereck con más años de experiencia. Sus sentimientos hacia él eran bastante contradictorios, y haber sentido celos en lugar de indiferencia hacía un rato, no le gustó para nada.

Sabía que él pretendía actuar en forma desenfadada, pero algo en su mirada decía lo contrario. Claro, ella no estaba alrededor para ejercer de detective ni psicóloga. Necesitaba continuar con el plan trazado y no distraerse en reflexiones.

Al día siguiente, le presentaría a Dereck a la primera candidata. Tan solo tenía cuatro mujeres solteras que buscaban una relación esporádica respetuosa, al menos según lo que su amiga Annabella le había informado, así que venía perfecto para los propósitos de negocios. La idea también consistía en ofrecerle a la pareja transitoria, la estancia en Nueva York con todos los gastos pagados por el tiempo que Becca y Cassidy definiesen como “idóneo”, y así mantener el espectro de credibilidad de toda esa charada que estaban armando por el bien de TS2.

La relación era ficticia en todos los sentidos posible, y así iba a establecerse en el contrato,

porque tampoco se podían arriesgar a que, de existir la más ligera sospecha, surgieran los rumores de que Dereck estaba contratando prostitutas de lujo. Eso acabaría con la idea central del propósito: darle una imagen respetable y seria.

—Tú debes ser Cassidy —dijo un hombre de barba elegante, y vestido de manera informal. Su expresión era más bien reflexiva.

La zona en la que se desarrollaba el evento se caracterizaba por su vistosidad: boutiques, tiendas, centros comerciales, y ofertas de ocio para propios y turistas. La vibra era dinámica, y cualquier evento tenía garantizado el éxito.

Copa en mano, la misma desde que llegó treinta minutos atrás a Caring4U, ella de forma automática esbozó una sonrisa. No conocía de nada a ese hombre, aunque sabía que, después de que la agencia de seguridad hubiera analizado los perfiles de todos los invitados, no corría ningún peligro.

Ser billonario tenía ventajas, pero también muchísimas desventajas, en especial cuando existían atentados contra sus vidas, intentos de secuestro o alguna canallada por el simple hecho de tener dinero. Dereck utilizaba un equipo de seguridad que lo seguía a todas partes de forma discreta. Cassidy se sentía algo intimidada, pues a pesar de que los agentes no estaban a simple vista o no eran fáciles de identificar para terceros, ella sabía que se hallaban en los alrededores. Tampoco iba a quejarse, porque lo que menos le apetecía era correr riesgo.

—Sí, ¿quién eres tú? —preguntó con gentileza.

—Me llamo Daniel Chasting —replicó sonriendo—, uno de los periodistas de Crónicas de San Diego. —Cassidy asintió—. Te reconocí porque enviaste una pequeña fotografía tuya en los mailings. Debo decirte que me impresiona que un neoyorkino sea tan accesible con todos, y llegar por negocios a mismo tiempo que aprovechar para aportar a causas nobles —dijo mirando de reojo a Dereck que compartía al parecer una broma con el grupo de organizadoras, y al mismo tiempo se dejaba fotografiar—. Sin embargo, me acerqué a ti porque quería hacerte una pregunta sobre un rumor que corre sobre él.

«Ay, no, ¿hasta dónde se extienden los desastres de Dereck?»

—Por supuesto, cuéntame —dijo en tono profesional, mientras su cabeza iba girando a mil por segundo, tratando de imaginar qué podría ser.

—Además de la gestión filantrópica que está haciendo a nombre de TS2, lo cual nos parece importante si es San Diego uno de sus focos principales, él es dueño de la compañía mercante DT Enterprises. —Cassidy asintió, porque para trabajar con cualquier cliente era preciso conocer toda su trayectoria—. Sobre esa compañía surgió hace unos días el rumor de que tuvo inconvenientes con el servicio de impuestos. Evasión. Yo llevo el área de negocios, además de sociedad, y me vendría perfecto una entrevista personal con el señor Toussaint. ¿Podrías coordinarlo?

Cassidy no sabía si el hombre estaba pescando información con una mentira. De los datos con los que ella contaba, pues tenía la plena certeza de que Dereck era un empresario honesto. Jamás pondría las manos al fuego por otra persona o profesional, pero en ese aspecto no dudaba de la integridad de él. ¿Debería?

—Claro, Daniel, dame tu tarjeta. —Él así lo hizo, y Cassidy le entregó a cambio la de ella—. Dame hasta mañana en la tarde para hablarlo y te contacto.

—Se dice que no es la primera ocasión que algo así sucede —replicó Daniel—, pero la socia del señor Toussaint es bastante inaccesible. Actualmente se está gestando una convención para compañías navieras, y si esta clase de rumores se esparcen como si DT Enterprises fuese parte de

esas prácticas, no sería un escenario muy benévolo en general. Por eso quería el testimonio de él. Cassidy esbozó una sonrisa.

Ella no conocía a Samia Voyd ni por teléfono ni en persona, la socia de Dereck, y el periodista no estaba en un error, porque la mujer sí era esquiva, incluso cuando trató de contactarla para comentarle que estarían en San Diego y sería productiva una reunión para utilizar la diversidad de negocios de Dereck a favor, Samia no le respondió los correos electrónicos ni tampoco devolvió sus llamadas. Suponía que tendría que considerar el asunto, a través de Dereck.

—No te preocupes, Daniel, yo me encargo —prometió.

El hombre parecía poco convencido, pero de todas maneras asintió. Esa clase de periodistas eran los que a Cassidy le provocaban escalofríos. Cuando soltaban una información de esa categoría era porque conocían algo de verdad, les gustaba especular para crear caos o intentaban inventar algún dato para generar polémica.

Al cabo de veinte minutos, cuando todos los periodistas se marcharon, y las organizadoras parecían estar a punto de derretirse a los pies de Dereck, Cassidy decidió que era momento de marcharse. El cambio de horario sí la había afectado, y moría por regresar al hotel, darse un baño caliente, y dormir hasta el día siguiente.

—Ha sido fantástico, Dereck, gracias por esta generosa donación —dijo Gracie, una mujer de cuarenta años que parecía veinte años más joven. No solo era la socia principal y emprendedora de Caring4U, sino que poseía excelentes contactos con medios de comunicación locales que en esa ocasión contribuyeron a que el trabajo de relaciones públicas fuese mucho más llevadero—. Ahora mismo iremos a cenar, y nos sentimos honradas de que aceptaras venir con nosotras. —Miró a Cassidy con gentileza, agregó—: Nos gustaría que vengas también a la cena, por favor.

Como no tenía otra opción, y era parte de su trabajo, ella aceptó.

En lugar de dirigirse hacia un restaurante fueron a un precioso ático en la zona residencial más elegante de San Diego. La comida estuvo exquisita, y la conversación giró en torno a temas de mejoras en el sistema social de la ciudad, así como los sitios de moda. Gracie y sus otras compañeras de negocios, Catalina, Roberta, Marly y Angela, recibieron con gusto a Loretta, la sobrina de veinticinco años de Gracie que estaba quedándose una temporada en la ciudad hasta que pudiera regresar a Tailandia, en donde tenía un estudio arquitectónico en proceso de remodelación.

Loretta, con su encantadora melena corta y morena, unos ojos grises cautivadores, y llena de curvas, monopolizó gran parte de la atención de Dereck. Él toleraba los avances o insinuaciones, pero no estaba en realidad interesado. Esa clase de cenas, en las que hablabas más que comías, las solía evitar como la peste. Sin embargo, entendía que era parte del proceso de su estancia.

Además, estaba fastidiado por la información sobre la negligencia del contador en el pago de los impuestos, por dos ocasiones, y eso había incurrido en una multa. Claro, ya lo había despedido, pero la marca que quedaba en el expediente era lo que le provocaba enfado a Dereck, siempre tan perfeccionista con sus empresas.

Cuando leyó una nota maliciosa diciendo que DT Enterprises estaba evadiendo impuestos, no dudó en entablar una demanda por difamación. La ganó, por supuesto. No obstante, le preocupaba que algo así pudiera resurgir, en especial cuando la competencia arreciaba y pretendía ganarse el favor de los clientes. Daba igual si se destrozaban mutuamente, la reputación era una baza en el juego de ganar, pero Dereck no estaba dispuesto a permitir que desacreditaran a su compañía.

Samia le había dicho que ya estaba todo bajo control, pero él no se contentaba con esa respuesta. ¿Para qué estaba ella al mando de las operaciones administrativas? Pronto iban a tener una charla muy seria. Después debían prepararse para recibir a Masaku Naoto, y atender la reunión de *networking* para la ruta a Australia.

Lo único imposible de evitar durante toda esa noche fue la forma en que los pezones de Cassidy se tensaban contra la tela, ella parecía ajena a ello, pero él, no. Era muy consciente de que cada parte de esa mujer; cada curva; cada movimiento; el elegante compás de sus caderas y el modo en que ese cabello sedoso la acompañaba.

Durante el evento de Caring4U, él la había seguido con la mirada, y en un par de ocasiones estuvo a punto de apartar de malos modos a algunos tipejos que se acercaron tratando de coquetear con ella. Claro, habría sido una movida inapropiada y un golpe fulminante a su reputación; además de mujeriego y soltero empedernido, no le apetecía ser catalogado como salvaje sin motivos aparentes.

—Nos encantará tenerlos de nuevo con nosotras, antes de que se marchen a Nueva York —dijo la anfitriona, despidiéndose de Dereck y Cassidy.

—Gracias, Gracie —miró al resto de mujeres que lo observaban muy sonrientes—, ha sido una velada estupenda.

—Haremos todo lo posible por volver, gracias por la hospitalidad —dijo Cass, mientras entraban en el elevador y les hacía de la mano con amabilidad.

Una vez que se cerraron las puertas, ella soltó un suspiro de cansancio.

El aire estaba más frío de lo normal al salir a la calle para esperar al chofer, y tembló ligeramente. Dereck de forma inmediata se quitó la chaqueta y le envolvió los hombros con la prenda. Ella se sintió rodeada por ese delicioso aroma masculino y la calidez que se mantenía en la chaqueta. Elevó el rostro para mirarlo.

—Gracias —murmuró.

—No soy un malnacido sin modales —replicó él, encogiéndose de hombros—. Fue un buen trabajo el que gestionaste hoy, y creo que será buena prensa.

Ella no sabía cómo tomarse esos cumplidos, así que tan solo asintió.

—Loretta hubiera sido una excelente candidata para ser tu pareja durante unos meses —dijo Cassidy—. El único problema es su regreso a Tailandia, pues no le permitiría firmar un contrato temporal sin tener que romperlo súbitamente.

Dereck soltó una risa suave.

—Así que continúas con la determinación de buscarme una pareja para satisfacer esa loca idea de Becca —dijo meneando la cabeza con humor. El viento le removió los cabellos negros. Estaba bastante cerca de Cassidy y podía ver las motitas doradas de sus ojos. Le tomó la barbilla entre los dedos—. ¿Aún me odias?

Por un breve instante ella se quedó en blanco. Aquella era la primera vez que él la tocaba sin un ambiente hostil de por medio. Se quedó atrapada en sus ojos.

—Si te odiase, entonces debería sentir algo especial por ti, pero eso está extinto —dijo en un tono que dejaba claro que no quería continuar por esos caminos llenos de hiedra. Sabía que Dereck solo estaba tratando de fastidiarla o provocarla en el afán de que se apartase de su agenda de trabajo, y así lo dejara hacer lo que él quisiera.

Él inclinó la cabeza hacia un lado. Esbozó una sonrisa leve.

—A veces los sentimientos no tienen que ver con la atracción, y sé, por la forma en que te sonrojas con mi cercanía, que tu cuerpo piensa diferente. ¿Acaso no es curioso? Tantos detalles

evidentes, y tú tan ajena a ellos.

Cassidy instintivamente se arrebujó más contra la chaqueta masculina, y apartó el rostro; él no tuvo más remedio que soltarla. No consideraba una equivocación haberla tocado, porque sus dedos vibraban por esa necesidad. Ella era el camino peligroso del que su conciencia le advertía; la inconclusa redención de su alma, y también era el verdugo de la imagen que él poseía de las relaciones sentimentales.

—Tus descubrimientos súbitos me tienen sin cuidado —replicó, molesta con su traicionera anatomía. ¿Sería posible que su cerebro le recordase a su cuerpo todo lo que sufrió con Dereck? —. No soy un instrumento de placer —dijo, altiva.

Él abrió la puerta de la limusina cuando esta aparcó frente a ellos.

—No, Cassidy, no eres un instrumento de placer. Eres placer líquido —se inclinó para morderle el lóbulo de la oreja—, y sólido. El único gran detalle es que resultas más peligrosa que el canto de las sirenas.

Ella se acomodó lo más lejos que pudo en el interior del vehículo, mientras Dereck, con su usual aire desenfadado descansaba la cabeza en el respaldo.

—Entonces más te vale no provocarme si no quieres ahogarte como los marineros necios que iban con Ulises en La Odisea —dijo apartando la mirada.

Él soltó una carcajada.

CAPÍTULO 5

Las oficinas centrales de DT Enterprises, ubicadas en el distrito financiero de San Diego, eran muy sofisticadas y confortables. La iluminación natural se filtraba en un entorno marcado por acero, vidrio y madera. El espacio era abierto y las áreas multifuncionales permitían interactuar sin barreras. Las únicas oficinas con puertas de madera eran las de Dereck y Samia.

—No necesitas venir conmigo a esta reunión —dijo Dereck, mientras Cassidy se ajustaba el traje sastre de Armani azul que había elegido para la ocasión.

Esa mañana, él tuvo una discusión con las personas del Front Desk, porque fueron a despertarlo a las cinco de la madrugada. Al parecer alguien confundió su número de habitación. El staff se disculpó, pero él no volvió a conciliar el sueño, y esa falta de descanso lo puso de mal humor. El café ayudó, aunque no lo suficiente.

—He querido contactar con tu socia desde Nueva York, pero no ha sido posible. Anoche, un periodista me habló del asunto de impuestos y fraude. ¿Esperas que me quede sentada en el hotel a ver si tú decides regresar y aclarar el panorama? —preguntó, consciente de que él llevaba gafas de sol, porque no durmió bien.

Por supuesto que fue obra suya. ¿Acaso se creía que, después de la pulsante conversación de la noche anterior, ella iba a quedarse de brazos cruzados? Nada más llegar a su habitación, llamó a la recepcionista a pedirle que todos los días despertase a Dereck a las cinco o a las seis de la mañana, porque él tenía asuntos urgentes. Se sentía muy complacida consigo misma por esa niñería. Si Dereck se portaba bien, entonces cancelaría esa petición, y si no, la cambiaría por otra.

De mala gana, él se quitó las gafas de sol Chopard. Con su traje Brioni negro y su andar seguro de sí mismo dejaba claro que siempre estaba al mando. La colonia masculina era adictiva y su rastro tenía a Cassidy rodeada como un hechizo sutil. No tenía cómo zafarse de ello, así que la única forma de no dejarse afectar era recordar que él era un problema que no necesitaba en su vida.

—No espero nada. Punto —replicó él.

«Asistiría a los eventos que le diesen la gana, y sería mejor si ella lo comprendía de una buena vez». El asunto de su naviera lo tenía muy cabreado. No necesitaba distracciones ridículas de relaciones públicas durante ese jodido día.

—A la hora de la comida te vas a reunir con la primera candidata a ser tu pareja falsa —dijo Cassidy, sin inmutarse por el renovado humor de perros que se traía él—. Se llama Terry, tiene treinta años, uno menos que tú, graduada en economía y especializada en control de riesgos. Creo que tendrán muchos temas en común. Llevar del brazo a una mujer elegante y que no tenga conversación resulta insulso.

Dereck se detuvo abruptamente, y Cassidy estuvo a punto de tropezar. Él la sostuvo de ambos brazos para evitarlo. La descarga de electricidad los recorrió. Ninguno se movió por un instante. Él fue a decir algo, pero fueron interrumpidos.

Alguien frente a ellos se aclaró la garganta, y la tensión se quebró. Cassidy compuso una sonrisa como si el rayo que acababa de atravesar su piel, a pesar de la tela de la ropa, hubiese

sido solo la caricia de una hoja de otoño.

Dereck se apartó sin perder su expresión indescifrable.

—Samia, ¿cómo estás? —saludo a su socia—, ya era tiempo de vernos. Los últimos informes de la compañía externa que audita las proyecciones netas de ganancias de este año no me convencen. Mi tiempo aquí es limitado y eres muy consciente de que me gusta utilizarlo con eficiencia.

Con una deslumbrante sonrisa, la preciosa mujer se rio y luego le dio un abrazo a Dereck. Él, que no era efusivo, tan solo recibió el gesto sin devolverlo o rechazarlo.

—Estos viajes tan esporádicos que haces a California necesitan una modificación. Cada vez hay más interesados en conocerte, y ya no les basta con que sea solo yo quien dé la cara por la compañía. Claro que revisaremos de nuevo las proyecciones, aunque debo confesar que son mejores que hace tres años.

Él asintió con seriedad.

—Mañana en la noche llega el señor Naoto, y tengo un periodista que quiere declaraciones sobre esos falsos rumores que corren en torno a nuestra empresa. Te presento a Cassidy Ashford —dijo mirando a Cass—, ella es la encargada de manejar mi imagen pública durante los siguientes meses. La reputación que genere para TS2, también beneficia a la naviera. En futuras ocasiones, si ella te pide una video llamada o te escribe, considéralo prioridad uno. El tiempo de Cassidy está atado al mío durante mi paso por San Diego, y si existe una fricción, entonces nos afecta en este proceso.

Cassidy se sorprendió por el comentario que instaba a Samia a no ignorarla solo porque se le diese la gana. Él le estaba dando un lugar, respeto, y voz ante su socia; ante la mujer que poseía un capital financiero y similar poder de mando en esa empresa. Aquello era lo último que hubiera esperado de Dereck, y lo agradeció dedicándole una sonrisa suave y profesional.

Ahora podía notar cómo era la transformación en él, de hombre de negocios a un hombre libre de cualquier atadura vinculada a temas corporativos. Le parecía intrigante. Cuando eran más jóvenes, en su inmadurez, Dereck solía tener todas las aristas de su vida entremezcladas y se creía el rey del mundo. En el aspecto del ego tan elevado que poseía, pues no había cambiado mucho, pero sí en su modo de organizar el discurso y actitud, según las personas y circunstancias; esto último daba cuenta de su profesionalismo. No era difícil entender que fuese un abogado y un hombre de negocios que conseguía sus propósitos y se hacía respetar de sus pares.

—Por supuesto, ha sido un desliz de mi asistente. Hemos estado a tope. No volverá a ocurrir —replicó Samia, mirando a Cassidy. Sonrió de medio lado ante la sutil y poco bienvenida reprimenda de Dereck. Después observó a la mujer de ojos verdes de los pies a la cabeza con disimulo—. Bienvenida a DT Enterprises, Cassidy. Me gustaría hacerte un tour, pero vamos cortos de tiempo.

En la compañía trabajaban quince personas entre gestores, analistas de mercado, financieros, un abogado delegado para ejecutar los trámites locales y la vicepresidenta ejecutiva, Samia. En el caso del personal portuario, que era más cuantioso, solo se acercaba un representante para tener reuniones puntuales.

—No hay problema, me quedaré gestionando el resto de la agenda del día, mientras ustedes hablan de los temas que les conciernen —dijo Cassidy, yendo a un sofá para sacar el iPad y trabajar. No perdió de vista la familiaridad con la que Samia tocaba a Dereck. No se trataba de un asunto profesional. Ella tenía la ligera sospecha de que, entre esos dos, hubo algo muy

personal. «Espero que no sea un problema».

Al cabo de dos horas, Cassidy ya tenía todo muy bien organizado.

Después de la comida con Terry, Dereck iría al puerto marítimo a hacer diligencias, y Cass estaría charlando con los dueños de una librería, Tiempo Impasible, que solo publicaba colecciones inéditas de los tiempos de la primera y segunda guerra mundial. El aporte de Dereck sería asistir a la librería durante la presentación de un recién descubierto manuscrito, conversar con los dueños, y asegurarles que en TS2 existía la posibilidad de ayudar a levantar fondos para preservar la literatura de esa época. La idea, a Cassidy, le parecía fabulosa, porque crearía un ángulo de interés intelectual. Estaba tratando de gestionar un cambio integral para Dereck, y no podía tan solo enfocarse en asuntos benéficos, sino que debía incluir el arte y la literatura.

De acuerdo con la agenda laboral, mientras Dereck y Samia estuvieran atendiendo al empresario japonés llevándolo a las instalaciones de la naviera, así como al puerto para revisar los barcos, y posteriormente a cenar, Cassidy saldría de fiesta con sus amigos, Hunter y Paola, a un pub local. Pensaba aprovechar el tiempo con un poco de diversión, y así despejar la cabeza.

Incluso, si el destino así lo quería, podría conocer a alguien interesante del sexo opuesto. Sacudir la frustración sexual y sentirse deseada sin ponerse en peligro, porque era esto último lo que representaba la insistente química que, en lugar de extinguirse parecía potenciarse, cuando estaba alrededor de Dereck. Ella ignoraba si acaso él trataba de flirtear como un mecanismo de defensa o si de verdad estaba interesado. Debería darle lo mismo, ¿verdad?

Cuando le entró una llamada de su padre al teléfono, la rechazó como tantas otras ocasiones desde el incidente con Thiago. Aceptó la llamada de su madre, Lauren, y charlaron de naderías, aunque Cassidy no se comprometió a ir a Connecticut. La relación de sus progenitores le parecía tóxica y ella ya había tenido suficiente.

Sus padres se habían divorciado cuando cursaba la universidad, pero se volvieron a casar tres años atrás. ¿Quién entendía esas idioteces? Ella, no. Su padre era un mujeriego empedernido. No lograba encontrar la lógica de su madre para haberle dado otra oportunidad, hasta el punto de casarse. Cassidy no quería verse mezclada en esos enredos emocionales otra vez.

Al poco rato de cerrar con su madre, le llegaron mensajes de Aaron, quien le comentaba que estaba a punto de embarcarse en un viaje de fin de semana en las montañas de Colorado. Ella le deseó buena suerte, y que procurase no hacer idioteces que la instaran a llamar al servicio de búsqueda y rescate. Parecía ser que ese día, todo su círculo personal, se había confabulado para escribirle. Apreciaba tener personas cercanas a las cuales recurrir, que no incluía a su padre, por supuesto.

Los siguientes días en San Diego iban a ser una prueba de resistencia con Dereck. No sabía hasta qué punto iba a tratar de provocarla para sacarle de quicio y cambiar su plan de relaciones públicas al antojo de él. Cassidy no era de las que daban su brazo a torcer. ¿El lío? Él tampoco.

—Hola, ¿quién eres?

Cassidy apartó la mirada del teléfono, y se encontró con el rostro de un niño precioso. Llevaba los rizos rubios de forma adorable, y sus ojos azules brillaban de curiosidad. En las manos llevaba una tablet, parecía ser que estaba viendo un capítulo de esa famosa serie de dibujos animados Paw Patrol.

—Hey —replicó ella mirando alrededor, pero nadie parecía interesado en ellos o su interacción—, me llamo Cassidy.

—Pareces una de esas Barbie que mi amiga Britney lleva a la escuela. —Cassidy se echó a reír, y le agarró la manita para darle un apretón afectuoso. Notó, frunciendo el ceño, unas marcas

como si fueran de inyecciones o un suero—. Soy Vincent.

—Encantada de conocerte, Vincent, y cuéntame, ¿qué hace un niño tan guapo como tú, en una oficina con gente grande?

Él dejó la tablet en el asiento junto al de Cassidy. Parecía bastante maduro y muy bien comportadito para alguien de esa edad. Llevaba una camisita de cuadros, un pantaloncito negro y unos zapatos bien lustrados. Lucía como los niños que salían en los catálogos de ropa infantil, aunque en este caso, sin necesidad de luces o filtros.

Cassidy no solía pensar mucho en ser madre, pero cuando tenía ocasión de encontrarse con pequeñajos tan despiertos y adorables como este, surgían en ella las ganas de contemplar esa opción. Sabía que era una gran responsabilidad, pero también que era capaz de asumirla. Su mayor miedo consistía en no ofrecer un hogar estable a un bebé, porque ella era testigo de lo horrible que podían resultar unos padres que vivían peleándose, enrostrándose los errores, la infidelidad, los problemas cada día, mientras eran los hijos parte de ese fuego cruzado.

Ser madre soltera no le llamaba la atención, pero respetaba a las mujeres que se lo curraban por sus hijos o que habían decidido inseminarse sin tener una pareja. Se necesitaban agallas para cualquier decisión que involucrase la llegada de un nuevo ser humano al mundo. En su caso particular, deseaba un compañero en todos los sentidos. El hombre de su vida estaba en algún sitio del planeta, y rogaba a Dios que lo pusiera en su camino. Menos mal, Cassidy no sufría de desesperación sentimental, y pretendientes no le faltaban. De hecho, el amigo que Aaron quería presentarle estaba aguardando por ella en Nueva York para tener una cita. Opciones, existían.

Le gustaba lo que empezaba a construir en su vida, aunque era muy duro empezar de cero. El cierre de su agencia la había golpeado mucho.

—Tengo casi cuatro años —le mostró los deditos con orgullo—, y hoy la niñera no pudo quedarse conmigo, entonces mamá me trajo a su oficina. Mi papá no está, porque vive en otro país que se llama Croacia. ¿Conoces? Algún día iré a visitarlo —Cassidy hizo una negación suave con la cabeza, sintiendo pesar por el niño—. Después de que mi mamá se desocupe, entonces iremos a la casa de la abuela Irene, aunque no me cae tan bien porque quiere que coma frijoles.

Ella se rio, encantada con la astucia del pequeño.

—Veo que has conocido a mi hijo —dijo Samia interrumpiendo.

Cassidy se incorporó con una sonrisa, y agarró su bolsa.

—Es un niño encantador —replicó—. No sabía que eras mamá, pero me da gusto ver lo bien que lo has educado.

—Gracias, ¿no tienes hijos?

—No, aunque quizá en un futuro podría ser una opción —replicó Cassidy. Después miró a Dereck. Él tenía una expresión tensa y sombría.

—Hola, Dede —dijo Vincent, al parecer era el apodo que había elegido al no poder pronunciar bien el nombre del socio de su madre.

Dereck cambió su expresión oscura por una afable para acuclillarse frente al chiquito. Elevó la mano con la palma abierta, y Vincent chocó los cinco.

—¿Cómo van esas clases de ajedrez, campeón? —preguntó.

—Geniales, me gusta montones. Si te vas a quedar mucho tiempo, ¿por qué no vienes a visitarnos? —Miró a su mamá, quien lo contemplaba con amor—. Antes te quedabas a dormir, yo lo recuerdo, y jugábamos en la playa.

Cassidy fingió una tos, porque el tema se ponía demasiado personal, y se sintió de repente

incómoda ante las súbitas imágenes de Dereck con Samia. Le pareció como si estuviera interrumpiendo algo. ¿Hace cuánto habría ocurrido ese evidente affaire? ¿Qué tan seria fue la relación para que Vincent recordase vívidamente sus intercambios con Dereck? No quería atormentarse con esa información, así que optó por despedirse, y anunció que esperaría en el automóvil con el chofer.

Durante las dos horas que estuvo reunido, la directriz principal fue elaborar un informe de transparencia financiera, y colocarlo accesible en la página web de DT Enterprises. Llamaron al periodista que solicitó la entrevista a Cassidy, y tuvieron una charla importante que, Dereck esperaba, no fuese tergiversada. Incluso le aseguró que enviaría, antes de subir a la web de la empresa, el documento de transparencia.

Tanto él como Samia dialogaron con el asistente del empresario japonés que llegaría al día siguiente, y fijaron los puntos de encuentro. Después citaron al nuevo contador, abrieron el grueso de los informes más recientes, y Dereck se aseguró de que todos los números estuviesen en orden. Luego llamaron al encargado del área legal, que llevaba los trámites que Dereck ordenaba desde Nueva York y Samia desde San Diego, y revisaron los últimos contratos. No le gustó notar que Samia estaba aplicando un incremento en las tasas de transporte en ciertas rutas comerciales, más altas que las de la competencia y ese gran detalle tenía como consecuencia que se prefiriesen los servicios de las navieras que mantenían el precio estándar.

—Aquí hay sobreprecio, Samia, ¿por qué elevaste costos innecesarios? —preguntó cuando estuvieron de nuevo a solas, señalando la pantalla electrónica.

Ella tamborileó los dedos sobre el vidrio de la mesa de acero. Estaban uno frente al otro, en la oficina de Dereck.

—Consideré oportuno hacerlo, porque somos la mejor compañía en el área y nos hace diferenciar —elevó una mano para que Dereck no la interrumpiese—, ahora sé que fue un error. Regresaremos al precio usual.

—¿Qué hay de los contratos que has hecho sin consultarme? Tengo mucho trabajo en Nueva York, pero esta es nuestra compañía, y a pesar de que confío en ti, debes reportarme los contratos por más ridículos que estos te parezcan.

Samia se cruzó de brazos, y sus ojos relampaguearon con enfado.

—Tengo el cuarenta por ciento de las acciones de la empresa, así que no necesito consultarte cada paso que doy. Acordamos, al firmar los documentos que nos avalaban como socios, que tendría independencia para gestionar.

Dereck se incorporó con lentitud y dio un puñetazo sobre el vidrio.

—Los montos de esas transacciones no han sido registrados, has desviado el dinero a tus jodidas cuentas personales, ¿me has estado robando, Samia! —dijo en un tono peligrosamente suave—. Que esté en el otro lado del país, no me hace un imbécil. Si se habla de un rumor de un aparente fraude de parte de algunos proveedores, entonces es porque has decidido cobrar de más, no registrar las transacciones, pretender que vas a hacer un pago y no hacerlo. Estás creando un caos en nuestra reputación de manera brutal. Si no hubiera venido por petición de Masaku, ¿qué habría encontrado? ¿Mi compañía desmantelada por tu ambición? Puedo reunir en pocos minutos las pruebas y demandarte.

Samia sintió que le temblaba el labio, apartó la mirada, y bajó la cabeza. Ninguno de esos

gestos eran usuales en una mujer tan orgullosa y altiva.

—No es ambición... —susurró con las lágrimas rodándole por las mejillas. Entrelazó las manos entre sí, apretándose los dedos, tratando de mantener la compostura lo mejor posible. Detestaba mostrar debilidad.

Dereck se apartó de la mesa, pasándose los dedos entre los cabellos. Lo último que hubiera esperado era que Samia le robase en sus narices, y con ello, empezara a lastrar la reputación de una compañía que tanto les costó a ambos edificar. No lograba encajar esa realidad en su mente. Se arrepentía de haber mezclado negocios con placer.

Él y Samia tuvieron un romance de dos meses, el tiempo en el que él estuvo trabajando para gestionar con ella todas las diligencias para DT Enterprises. Casi cinco años atrás. El sexo fue explosivo, dinámico y la pasaban increíble entre las sábanas, pero llegó el tiempo en que su hermano lo necesitó en Nueva York, la ciudad en la que estaba asentada su vida, así que decidió terminar el affaire; y ambos concluyeron que era lo mejor para no interferir en los negocios. Sin embargo, una ocasión al visitar California, cayó en la tentación de repetir con Samia, y eso ocurrió ya cuando Vincent había nacido y por eso el niño era capaz de recordarlo.

—¿Qué mierda es entonces, Samia? —preguntó acercándose a la mesa, apoyando ambas manos sobre el vidrio e inclinándose hacia ella—. Eres la última persona que hubiera esperado que me hiciera una canallada, en especial, con todo el tiempo que nos tomó crear la compañía en una ciudad tan competitiva como esta.

Samia sabía que había obrado terriblemente, aunque nunca creyó que fuera posible que todo se le fuese de las manos. Intentó controlar los posibles daños colaterales, pero nada parecía funcionar, y peor cuando los proveedores empezaron a quejarse de los ligeros incumplimientos y sobrepagos. Trató de encubrir algunas operaciones como préstamos, pero sus finanzas empezaron a escasear y poco a poco la lista de responsabilidades económicas fueron imposibles de cumplir.

—Mi hijo... Vincent —dijo en un susurro.

Dereck frunció el ceño.

—¿Qué hay con él?

Samia elevó la mirada, y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. Se apartó del asiento y empezó a caminar de un lado a otro, consciente de la mirada peligrosa que estaba observándola como un guepardo a su presa antes de matarla.

—Hace unos meses noté que empezaba a dormir más, me decía que estaba más cansado, y no es habitual en un niño de su edad. Un par de ocasiones se mareó de repente, y llegó a bajársele la presión. Me asusté muchísimo, así que lo llevé a hacerle unos exámenes. Hace cuatro meses me dijeron que tenía leucemia —dijo con voz rota, y Dereck se sentó con impotencia sobre la silla giratoria—. Empezó el tratamiento de inducción hace poco, pero quiero que lleve una calidad de vida lo más normal. Le he dicho que sus visitas al hospital son especiales y un secreto entre los dos. No ha desarrollado infecciones, pero no me arriesgo demasiado y solo lo traigo a sitios que sé que tienen un ambiente perfectamente desinfectado. Hoy está aquí conmigo. Lo he vendido todo para solventar estos gastos, Dereck —confesó.

—¿Por qué no hablaste conmigo? —preguntó, agobiado y apenado profundamente por ese niño tan vibrante que era Vincent.

—Creí que podía hacerlo todo por mi cuenta, pero se salió de mis manos. No fui capaz de cubrir los saldos que prometía, y tuve que subir los precios —replicó—. Entre tanto estrés me había olvidado del pago de dos letras del seguro médico justo cuando Vincent fue diagnosticado,

entonces no pude acceder a él. Necesitaba dinero.

Dereck soltó una exhalación. No justificaba las acciones de Samia, y sabía que una madre iría al mismísimo infierno con tal de salvar a su hijo. Así había sido su propia mamá, Edith, con él y Ryder cuando eran unos chavales. Él tampoco era insensible, así que intentó armarse de serenidad.

—¿No ha respondido a la quimioterapia? —preguntó con tono empático.

—No como se esperaba. Hoy, después de que acabe la jornada laboral, tiene cita con el doctor de cabecera. Entonces me dirá más sobre el estado de mi hijo. Si llegase a necesitar trasplante de células madre, entonces implicará una larga estancia en el hospital, con unos recursos que no sé si seré capaz de afrontar. Encontrar un donante solo sería idóneo si soy compatible con él, si tuviera un hermano o hermana, que obviamente no lo tiene, o su padre biológico. Son exámenes que forman parte de ese proceso. En el caso de que el doctor decida que es a lo que debo recurrir, pues me tocará armar una ruta financiera y emocional para sobrellevar todo esto.

—Un padre que está en Croacia —murmuró Dereck. Samia lo observó un largo rato, y fue a decir algo más, pero tan solo se limitó a asentir—. Limpiaremos el nombre de DT Enterprises, porque es el paso más lógico ahora. Te entregaré los fondos que necesites para el tratamiento de Vincent, y eso incluirá la compra de tu parte de la compañía, Samia. No va a faltarle nada a tu hijo, esa es una promesa, pero no puedo volver a confiar en ti. Nuestra última transacción será con el japonés.

Cuando Dereck salió de la oficina, y encontró a Cassidy sonriéndole a Vincent, sintió una punzada amarga en el pecho por ese niño. No tenía ánimo de continuar encerrado entre esas paredes de miles de dólares. Necesitaba despejar la cabeza, y el único lugar era el mar. Luego de sus gestiones en el puerto requería un tiempo a solas.

Envió un mensaje al capitán de su yate para que, dentro de tres horas, tuviera lista a la tripulación. Su plan era permanecer un par de horas en alta mar.

—¿Pudiste arreglar la situación de tu compañía? —preguntó Cassidy, cuando estuvieron rumbo al restaurante. Notó que Dereck tenía una expresión hostil.

—Sí y no —replicó, enfadado.

—Me llamó Daniel, el periodista de Crónicas de San Diego, a agradecer por la entrevista para la sección de negocios —dijo ella—. Me alegro de que hayas decidido aceptar sus preguntas. Imagino que eso calmará un poco el panorama para tu naviera, y con ello tenemos un frente menos para combatir y enfocarnos en TS2.

—Imaginar no me genera dinero —replicó con sarcasmo—. Solo me sirven los resultados, así que es lo único que me interesa.

Cassidy contó mentalmente hasta diez.

—Tu relación con Samia fue también personal —dijo en tono afirmativo—, ¿será un inconveniente para gestionar actividades en San Diego?

Él apartó la mirada de la autopista para enfocarla en Cassidy.

—Mi vida personal no es asunto tuyo.

—Lo es si afecta a mi plan de trabajo, Dereck.

—Follamos un tiempo —dijo con crudeza—, y no se ha vuelto a repetir.

Cassidy asintió con suavidad.

—¿Quieres hablar de lo que ocurrió en esa reunión? He firmado cláusulas de confidencialidad sobre los temas que se traten o escuche durante mi tiempo de trabajo, así que puedes comentar conmigo. Recuerda que estudié un poco de leyes, y sé de economía. He colaborado con clientes

en el ámbito de relaciones públicas con negocios diversos —dijo tratando de extenderle una rama de olivo, porque no quería hacer un infierno sus días de trabajo—. Puedo ayudarte con mi punto de vista.

—Limitate a hacer ese plan por el que te contrataron en TS2 —zanjó—. Las preguntas personales no son de tu incumbencia, Cassidy.

Ella no se dejó afectar por las palabras de Dereck. Se encogió de hombros. «Pues que te aproveche el mal humor», pensó.

Cuando llegaron al restaurante, Terry estaba esperándolos. La muchacha era simpática, pero no se la podía catalogar como despampanante. Dereck, a pesar de tener un estado anímico asesino, intentó comportarse lo más civilizado posible, consciente de que Cassidy estaba compartiendo la mesa con ellos y analizando quién sabría qué, y así determinar si podía o no extender un contrato de confidencialidad para esa mujer de ojos castaños y boca más amplia de lo esperado.

—Qué adorable eres, Dereck —dijo Terry, y soltó una risa chillona que hizo que él abriera los ojos de par en par. Luego procedió a dar un breve discurso sobre la importancia de detener la caza indiscriminada de animales.

Cassidy contuvo una sonrisa por la expresión contrariada de Dereck.

—Si no tuvieras los negocios como forma de ganarte la vida, ¿qué otras cosas te gustaría hacer, Terry? —le preguntó él.

—Oh, tengo esta fantasía personal —dijo bajando la voz—, no sé si sea correcto decirla, ya sabes, aunque sea por sinceridad. —Cassidy le hizo un gesto para que se sintiera en la libertad de hablar—. Bueno, me encantaría trabajar en un club de strippers durante unos meses en Las Vegas. Mis padres eran muy prohibitivos, y los negocios me restringen ese lado personal —sonrió.

Dereck la observó, atónito.

—Comprendo —dijo, mirando de reojo a Cassidy, pero ella apartó la mirada a propósito—. De llegarse a dar esta alianza de negocios entre tú y yo—continuó Dereck tratando de ser gentil, porque no era su estilo hacer sentir mal a las mujeres—, la idea de ser stripper, incluso por un día, quedaría descartado. ¿Tienes alguna afición que pudiera ser de interés de la prensa para destacar, además de tus credenciales académicas y tu negocio de comida rápida vegana?

Terry esbozó una sonrisa como si le hubiese tocado el gordo de la lotería.

—¡Cerdos! —dijo juntando las manos—. Mi familia tiene una granja de cerdos en Texas, y yo ayudo a corretearlos para que cuando vayan los compradores siempre los tengan rápido entre las manos —se rio—. Me enlodo, y apesto un rato, pero la adrenalina es incomparable a cerrar cualquier negocio millonario. ¿No sería genial que los reporteros comentaran mi lado aventurero con la naturaleza?

Dereck miró con rabia a Cassidy. «No, no creía que ella fuese capaz de elegir a propósito una candidata tan mala para el trabajo».

El resto de la comida, Terry monopolizó la conversación. Se dedicó a hablar de sus logros académicos, sus aspiraciones, se ordenó la mitad del menú, y aunque dijo que no iba a pedir un café, cuando le trajeron el de Dereck, ella agarró la taza para probarlo. Y como le gustó, le agregó más azúcar, para bebérselo, ante la mirada atónita e incrédula de Dereck. Él no recordaba haber conocido a una persona más indelicada, grosera, sin tino al hablar, que su “cita” de esta tarde. No solo eso, sino que era alguien incoherente, ¿de qué manera podía tener un negocio vegano y estar contra la caza de animales, y al mismo tiempo disfrutar perseguir cerdos en la

granja de su familia con la finalidad de venderlos para que se consumieran? ¡Inaudito!

—Gracias por tu tiempo, Terry —dijo Dereck al cabo de una hora. No podía soportar más tiempo los comentarios ególatras de la mujer, su risa estridente, la forma en que acomodaba cada cinco segundos el cabello de un lado a otro, y la necesidad de darle palmaditas en la mano con cada frase que terminaba—. Estoy seguro de que, acuerdo de trabajo o no, cualquier hombre será afortunado de llevarte del brazo.

Terry, que acababa de tomar un poco más del café de Dereck, pareció atorarse con el comentario, entre risa y emoción, y escupió un poco del líquido por la nariz. Horrorizado, aunque fingiendo que todo iba bien, él apretó los labios y se limpió la chaqueta con la servilleta de tela. Después miró a Cassidy que estaba sonrojada, porque al parecer no podía continuar aguantándose la risa.

—Qué amable eres, Dereck —dijo Terry.

—Gracias por asistir a esta comida, pero ya tenemos que marcharnos —dijo él—. Mi relacionista pública —señaló con un gesto de la mano a Cassidy—, te llamará.

Después de pagar la cuenta, una vez en el parqueadero del local, él agarró a Cassidy del codo y la llevó a un espacio menos concurrido.

—¿Qué carajos fue eso? —preguntó, soltándola.

Ella fingió inocencia, y se llevó una mano al pecho, pretendiendo indignación ante el enfado de Dereck. Se sentía muy complacida por haberle amargado la comida.

El chofer abrió la puerta de los pasajeros, y luego se acomodó en el asiento del conductor a la espera que Cass y Dereck entrasen cuando les viniera bien hacerlo.

—Pues una cita con una persona respetable...

—¡Una mierda, Cassidy! —interrumpió—. Es la peor candidata que pudiste haber encontrado. He tenido un día endemoniado, y lo acabas de rematar.

«Espera a que conozcas a la candidata de mañana», pensó, mientras se subían al automóvil para ir rumbo al hotel. Por el resto del día, una vez que hablara con los dueños de la librería de novelas de guerra para coordinar algo en esa línea con Dereck, ella estaba libre, así que tenía planeado aprovechar su merecido descanso dándose un masaje en la habitación al finalizar la jornada.

CAPÍTULO 6

Dereck se zambulló en el océano. El ruido no existía. La conciencia del vacío alrededor era serena. No sentía miedo, y era una experiencia que le gustaba vivir cada que estaba en altamar. Cuando salió a la superficie flotó de espaldas.

Extendió los brazos, consciente de la libertad que experimentaba entre sus manos. Agradeció en silencio que logró salir vivo de aquel episodio traumático del que jamás había hablado con otra persona que no fuese su hermano o el terapeuta que lo ayudó a transitar los períodos difíciles. Ya no tenía pesadillas, y eran muy contadas las ocasiones en las que se le aceleraba el corazón ante una situación que pudiera desencadenar breves recuerdos.

No le gustaba pasar demasiado tiempo en espacios cerrados, y si acaso necesitaba hacerlo, como en un viaje en avión, entonces se tomaba una píldora para relajarse. El día que volvió a la vida, y el aire fresco volvió a golpear su rostro, decidió que no iba a considerar su existencia como algo demasiado serio, atado a algo o alguien, menos como un asunto que no fuese capaz de disfrutar. Cassidy Ashford lo marcó primero en lo relativo a las mujeres, pero fue la vida que se encargó más adelante de aplicar más presión ante la certeza de que era imperioso no mirar otra vez el camino ya transitado. La vida le enseñó que habitar en las estelas del pasado solo servía para volverse más blando, menos audaz, y poco asertivo.

Él no era, ni sería, jamás ninguna de esas tres cosas.

Dereck pasó de ser el joven responsable, luego de pagar su deuda con Ashford & Asociados, que trataba de que su hermano Ryder no hiciera sandeces, en un hombre que llevaba un ritmo de vida despreocupado, aunque sin dejar de ejecutar de forma impecable su trabajo como abogado. Le importaban una mierda las usuales inquietudes de la gente. Una marcada indiferencia se anidó en él con respecto a la posibilidad de tener una relación sentimental comprometida, empezó a ir más de fiesta con sus amigos, ampliar su círculo social, consiguió disfrutar experiencias disolutas, y practicar deportes extremos. Entendió que la existencia en la Tierra era un instante, y él había estado a punto de perderla a manos de otros.

Su única medida de precaución eran sus guardaespaldas, todos tenían prohibido hacerse manifiestos salvo que hubiera una emergencia, y con eso Dereck se sentía menos expuesto. Durante al menos quince meses estuvo probándose a sí mismo que era capaz de sobrevivir: saltó de paracaídas, escaló montañas en zonas inhóspitas, hizo dirtboarding, wakeboard, y hasta parasailing. Se metió en clases de kickboxing, artes marciales, y todo lo que implicase una mezcla de concentración, adrenalina y disciplina. En ningún momento descuidó TS2, pero dejó de lado las corbatas, los pantalones demasiados formales, llevaba el cabello algo más largo de lo usual, y se hizo un tatuaje mediano entre los hombros de un Ave Fénix.

Cuando estuvo de regreso en el yate, le dio instrucciones a la tripulación para que le preparasen algo de comer. En cuarenta minutos regresaban al puerto. Quería revisar el registro de las cargas de los últimos veinte días, hacer un inventario y pedir cuentas, en persona. Necesitaba hablar con todo su equipo de trabajo antes de que llegase el japonés, y organizarlo todo para liquidar a Samia como socia de DT Enterprises. Debía gestionar ese proceso previo a su retorno a Nueva York.

Cerrar su naviera no estaba contemplado en los planes.

Cuando terminó de comer, Dereck tomó una profunda respiración, manos en los bolsillos, y se acercó a la zona de la popa en la que había una salita confortable. Se acomodó en los asientos de cuero blanco. Su yate era un lujo y le gustaba porque podía organizar fiestas privadas o alejarse del mundo, como en ese instante.

—Señor Toussaint —dijo el Capitán del yate, Arthur. Dereck había bautizado la embarcación como *Edith*, en honor a su madre, y quien ahora vivía feliz en París—. Acabamos de recibir una llamada de su asistente en Nueva York. El señor Tenakos Arikides está tratando de contactarlo.

Dereck frunció el ceño. Agarró su móvil cuando el yate estaba llegando al muelle. Él había dejado pendiente la conversación con Tenakos, un amigo griego con el que tenía planeado asociarse comercialmente. Ambos tenían la misma edad, y se conocieron durante el matrimonio de unos amigos en común en Atenas.

Tenakos le estaba proponiendo que invirtiese en su compañía que fabricaba piezas para el ensamblaje de prototipos de robots, y así convertirse en uno de los principales proveedores de los laboratorios tecnológicos que se movían en campos médicos y también de entretenimiento. Se trataba de un proyecto de expansión ambicioso, aunque con el capital correcto, muy fructífero.

—Tenakos —dijo Dereck a modo de saludo—, me pillas en San Diego. He querido comunicarme contigo, pero han sido días complicados.

—Mi buen amigo —replicó el griego—, no hay problema. Quería contactarte para decirte que Sallet Murak, el billonario árabe que posee pozos petroleros y es dueño de la nueva línea aérea más lujosa de Oriente Medio, está interesado en invertir en la expansión de mi compañía, To Méllon, pero quiere cerrar el trato solo conmigo. Le he dicho que tú eres parte del círculo de negociación, ¿continúas interesado? No quiero dejarte fuera, porque has sido parte de esta posibilidad desde el inicio.

Dereck se apretó el puente de la nariz. No podía anticipar su partida de San Diego en ese momento, porque su viaje había sido planeado pensando en Masaku Naoto y todos los réditos que podría generar para DT Enterprises. Luego estaba el asunto de Samia que, aunque no era urgente como tema empresarial, porque ya tenía el tema controlado (había congelado el acceso de ella a las cuentas de la compañía), sí sentía la necesidad de deshacerse de la asociación con su nombre corporativamente.

Ningún robo tenía justificación, y lo único que evitaba que él considerase demandarla era la salud de Vincent. Tampoco era imbécil para haberle creído, así que puso a trabajar a un investigador privado que, en pocas horas, confirmó el estado del niño. Claro, eso no alegraba a Dereck, pero al menos sabía que Samia no estuvo pretendiendo teatralidades para justificar un comportamiento deshonesto.

Dereck quería entrar en el área tecnológica. Así que necesitaba reorganizar su agenda de trabajo. Quizá un tiempo extra lejos de Nueva York no sería problema, así como tampoco integrar un nuevo rumbo dentro de su itinerario de negocios por el mundo. Estaba habituado a ello.

—Sí, continúo interesado —replicó con sinceridad. Respetaba la ética de Tenakos y esta era una demostración de ella. Otro empresario hubiera simplemente elegido el mejor postor, pero en este caso estaba de por medio una amistad, así como un diálogo previo de inversión entre ambos—. ¿Dónde sería la negociación?

—Hay muchos millones en juego, y el sitio en el que llevaremos a cabo la reunión será Dubái. Conocer cómo se mueve el mundo de Sallet será importante.

—De acuerdo. Dubái entonces, Tenakos.

—Pondré a mi asistente a coordinar con la tuya los vuelos y demás. Hasta pronto, Dereck. No olvides que tienes abierta la invitación a visitar la isla que compré con mi esposa en Grecia. Quizá después de Dubái.

—Gracias, Tenakos, lo tendré en consideración.

—Kyria quiere presentarte a su mejor amiga. Claro, salvo que estés comprometido con alguien, entonces mi esposa dejará de hacer de casamentera.

Dereck soltó una carcajada.

—Estoy soltero y satisfecho —dijo de buen humor—, y dile a Kyria que no hace falta que me presente a nadie en el caso de que vaya a Grecia. Nos vemos en Emiratos Árabes Unidos, Tenakos, creo que podemos llegar a un buen acuerdo.

—Es que no has hablado con Kyria, ni escuchado sus ideas de que todos mis amigos quieren estar felizmente casados como yo —se rio—. Hasta pronto, Dereck.

Una vez que cerró la comunicación, Dereck llamó a su asistente en Nueva York, y le pidió coordinar los hoteles, así como la movilización en el país árabe. Además de encargarle la logística con el jet-privado.

Su siguiente parada en el puerto fue dirigirse a las oficinas de despacho y carga. Iba a ser una larga jornada. Sentía la adrenalina de una nueva negociación corriéndole por las venas, y pretendía que ese circuito de viaje fuese un éxito.

Aunque había un factor que no iba a gustarle particularmente: Cassidy iría con él. La tentación que ella representaba era una distracción, y ese lujo no podía dárselo cuando tenía una negociación tan importante por delante. Le estaba costando más de lo que hubiera imaginado no besarla; ella era como el fuego al que estaba prohibido acercarse, pero era imposible no intentar rodearse de las chispas que expedía.

Pedir a Becca que la reasignara tampoco resultaba factible ni honorable, porque Dereck le había dado su palabra a la vicepresidenta de negocios de TS2 que intentaría hacer un esfuerzo para mejorar su imagen, y eso estaba vinculado a aceptar la presencia de Cassidy. A veces le cabreaba cumplir sus promesas, en especial si le jugaban en contra. Como al parecer sería esta ocasión. Una vez más.

La llanta del taxi se había pinchado, y como el conductor iba a velocidad, el coche tambaleó un poco y Cassidy se golpeó contra el asiento, el suelo y la puerta. En su intento de amortiguar el impacto contra el asiento delantero hizo un mal movimiento, y se lastimó el pie. No creía que fuese nada grave, pero cuando llegaron las autoridades de tránsito le sugirieron que se hiciera chequear.

Los médicos le aseguraron que en tres o cinco días estaría como nueva, y solo debía procurar no forzar su andar. Le recetaron solo ibuprofeno por si tenía dolor, pero Cassidy se sentía muy bien.

No pudo llegar a la librería como tenía pensado, pero los dueños se mostraron comprensivos con la explicación. No solo eso, sino que aceptaron la visita de Dereck en los próximos días, y así Cassidy aprovecharía para contratar un fotógrafo. Con eso armaría un texto con impacto para la prensa de San Diego, pero también actualizaría la sección de la página web de TS2 que se dedicaba a promover las actividades, no vinculadas a solo negocios per se, de sus dueños y fundadores. Cassidy, a pesar de su ligero accidente, estaba muy satisfecha con la gestión de

trabajo de ese día.

Por un instante, mientras el taxista perdía el control del coche, ella creyó que la vida iba a castigarla por haber sido la única sobreviviente del trágico evento que marcó su vida, y también la de otra familia en Connecticut, años atrás. Siempre se arrepentía de haber sido impulsiva aquella noche... Cuánta ignorancia y altivez.

Las consecuencias fueron devastadoras, y la cloaca que se descubrió, peor. Daba igual el dictamen que hubiera dado el juez. Jamás se sentiría absuelta.

Cassidy.

Años atrás.

Connecticut, Estados Unidos.

Aquel fin de semana estaba de visita en Haven.

Después que se marchó a trabajar a Nueva York, le prometió a su madre que, a pesar de las diferencias con su padre, procuraría visitarla en la medida que su empleo se lo permitiese. Además, su novio también era de la misma ciudad, y se habían conocido en un pub tres semanas antes de que Cassidy se mudara de Estado. Él la iba a visitar cada fin de semana, porque la distancia en coche desde Haven a Manhattan era solo de tres horas y un poco más. Las relaciones de lejos eran algo que ninguno había experimentado antes, pero estaba intentando que la de ellos funcionara.

Todos en Haven conocían la reputación que precedía a Ferran Carmonna, un atractivo muchacho con ascendencia italiana y que exudaba peligro por los cuatro costados. Le gustaba hacer carrera de coches ilegales, utilizaba una Harley Davidson, y la chaqueta de cuero que llevaba de forma usual se ajustaba a sus facciones cinceladas con un trazo puro y masculino de Leonardo da Vinci. Llevaba el cabello negro perfectamente cortado, pero era su actitud desafiante y sus modos aventureros los que le habían granjeado mala reputación en la ciudad.

Él era la clase de hombre sobre el que las madres prevenían a sus hijas para evitar corazones rotos, posibles embarazos juveniles, y lágrimas. ¿Dónde radicaba el encanto si no se atrevían a desafiar las normas? Esa fue la pregunta que se hizo Cassidy cuando su mirada se cruzó por primera vez con la de Ferran, y a partir de entonces su vida se volvió un caos.

Cassidy había encontrado en él una antítesis de su entorno usual, y quizá fue parte del punto de atracción que la instó a aceptar bailar con Ferran cuando se conocieron cuatro meses atrás. Él se dedicaba a reparar automóviles de lujo, porque su padre, Mariano, poseía una de las concesionarias más populares en Haven, así como uno de los mejores talleres automotrices.

Los Carmonna tenían fama de ser hombres complicados en su estilo de hacer negocios, pero Cassidy también notó que la gente de clase alta de la ciudad que pretendía ignorarlos, en realidad solían ser los principales clientes. Ella odiaba esa hipocresía.

—Hola, muñeca —le dijo Ferran cuando abrió la puerta del apartamento y la encontró ante él, agarrándola de la cintura y plantándole un beso sensual en los labios—. Me encanta tenerte aquí. Eres deliciosa.

Ella soltó una risa suave. Le rodeó el cuello con los brazos. Le gustaba lo fácil que era estar con él. En ocasiones hacía un gran esfuerzo por tratar de convencerse de que la voz que le decía que él no era el hombre para ella, estaba equivocada. No estaba enamorada de Ferran.

Le tenía mucho cariño, lo pasaba bien, y había logrado despertar el lado aventurero en ella. ¿Cuándo en su “correcta” vida, Cassidy habría pensado que estaría ejerciendo de cobradora de pases a las carreras de coches que se organizaba entre los amigos de Ferran? Jamás. Esa era la respuesta.

Creyó que su relación con él se limitaría a un fin de semana o quizá un mes como mucho, pero le bastó ver la expresión furiosa de su padre cuando los encontró caminando en una de las calles de Haven, para ratificar su decisión de continuar como novia de Ferran. Sí, le pareció inmaduro, pero se sintió en la necesidad de darle a entender a Byron que estaría con la persona que le diese la gana y no necesitaba que nadie gobernase o manipulase sus decisiones.

Se sentía desafiante, dolida todavía por Dereck, y quería borrarlo a toda costa de su mente; intentar desaparecer la impronta que había dejado en su cuerpo; y si salía con hombres que no se le parecieran en nada, entonces no se hallaba ante el peligro o la posibilidad de enamorarse. No quería pensar demasiado en eso, sino enfocarse en lo que había ido a hacer esos pocos días: festejar el cumpleaños de su novio.

—Y a mí poder estar contigo —replicó ella, y lo decía en serio—. ¿Ya sabes qué vas a hacer por tu cumpleaños?

—Devorar un postre delicioso —dijo, mientras deslizaba la mano hasta los pechos de Cassidy, acariciándolos; luego le pellizó los pezones, y ella jadeó—. Y antes de llegar al sirope —murmuró al oído de ella, al tiempo que su mano se introducía con facilidad, sorteando el elástico de la falda y de las bragas, entre los pliegues—. Mmm, húmeda, muñeca.

Ella lo miró a los ojos.

—Ferran —susurró—, te traje un obsequio.

Él le acarició los pliegues, y ella gimió.

—No necesito nada. Contigo aquí, no me hace falta más, Cassidy. —Ella lo besó apasionadamente, y cuando llegó al clímax, Ferran se bebió sus jadeos. Después, sacó los dedos de entre los pliegues íntimos, y lamió los dedos con los que la había acariciado—. Dulce.

Ella soltó una risa, y apoyó la cabeza contra el hombro masculino.

—Es tu cumpleaños —replicó Cassidy, sonrojada y todavía excitada—, así que debería ser yo quien te obsequie orgasmos, no al contrario.

Ferran soltó una carcajada despreocupada.

—¿Y quién te ha dicho a ti que verte llegar al clímax con mis dedos no es un regalo, muñeca? —le preguntó dándole una nalgada.

Cassidy meneó la cabeza.

—¡Feliz cumpleaños, mi guapo y sexy novio! —dijo ella, mientras sacaba de su bolsa de viaje una cajita y se la entregaba—. Sé que has estado buscando esto por meses. Lo encontré de casualidad en una tienda online.

Él abrió el obsequio y la miró con sorpresa. Se trataba de una miniatura de un Cadillac vintage de colección, y costaba muchísimo dinero, aunque era lo de menos.

—Wow, nena, te pasaste —replicó, observando con sus ojos negros, el automóvil—. Ven aquí —dijo al cabo de un instante, agarrándola en volandas, mientras se dirigía a su habitación.

A las nueve de la noche, Cassidy y Ferran estaban en la fiesta de cumpleaños que los amigos de él habían organizado. La concurrencia era alta, porque el homenajeado era muy popular, y

daba igual su reputación de buscapleitos. A juicio de Cassidy aquella era una impresión equivocada, porque no conocían al muchacho que de verdad se escondía tras esa fachada de rebeldía. Ferran era sensual, cálido y también explosivo de muchas formas, pero jamás lastimaría a otra persona.

El punto negativo, al menos para ella, era que cuando estaba en compañía de otros él parecía cambiar por completo. No con respecto a cómo la trataba, sino que se volvía más arriesgado, y empezaba a beber en demasía.

Ferran perdía el control, pero Cassidy no era su madre, entonces no se abanderaba como la encargada de aleccionarlo, menos llamarlo por teléfono desde Nueva York cuando al mejor amigo de Ferran, Gastón, le decía que estaba en una de sus noches complicadas. Cassidy conocía sus límites, y una persona con más licor que sentido común, no iba a atender razones. Ella tan solo le pedía a Gastón que no lo perdiera de vista porque no soportaría que algo malo le ocurriese. A la mañana siguiente, Ferran la llamaba para decirle que estaba todo bien y no volvería a beber de más. Claro, lo hacía de nuevo. Esta dinámica era dos o tres veces al mes.

—¡Feliiiiiz cumpleañosooooos! —exclamaron, los invitados nada más entrar en el salón principal de la casa de Gastón. Una tarta de chocolate y unas fuentes de fondue estaban adornando la mesa principal.

Ferran entrelazó los dedos con los de Cassidy, le sonrió.

—Vamos a disfrutar esta noche, muñeca, y este es solo el principio de una celebración que va a durar todo el fin de semana —le hizo un guiño.

Ella se rio.

Si Cassidy hubiera sabido que ese fin de semana iba a vivir uno de los momentos más tristes y aterradores de su vida, entonces le habría gustado tener el poder de retroceder el tiempo y no haber aceptado acompañar a Ferran a esa fiesta.

Con la cabeza echada hacia atrás en la tina del baño de la suite, Cassidy cerró los ojos. El agua tibia estaba obrando maravillas en su cuerpo. Le gustaban las sales de baño, así que optó por comprar unas de vainilla con toques de jazmín. El aroma la ayudó a relajarse y alejar cualquier tensión que hubiera podido experimentar.

Al cabo de un rato, cuando sintió el agua enfriarse, se despertó con la extraña sensación de que alguien la observaba. Parpadeó y por inercia se incorporó de la tina. Muy tarde descubrió su equivocación. Cruzado de brazos en el umbral de la puerta del cuarto de baño, observándola con una intensidad ardiente, estaba Dereck.

—¿Qué...? ¡¿Cómo entraste aquí?! —preguntó con un chillido muy impropio de ella. Tan impropio como las circunstancias.

Las toallas no estaban a su alcance, así que su instinto la llevó a tratar de cubrir los pechos con una mano, y el pubis con la otra. La primera era una tarea casi imposible porque sus senos no eran pequeños. El agua corría por su cuerpo desnudo como una caricia que le erizaba la piel por el contraste con el aire frío de alrededor.

—Te he llamado al menos siete veces —dijo Dereck con voz profunda, anclado al suelo, por completo obnubilado con la visión de Venus frente a él—. Llamé a la puerta y esperé al menos quince minutos. Cuando pregunté al Front Desk si habías salido, me comunicaron que no. Así que les expliqué que era una emergencia, y que venía contigo de viaje, me abrieron la puerta. Les

aseguré que estaba todo en orden, y luego entré aquí y te llamé por tu nombre, pero no escuchaste. No quise despertarte.

Húmeda, sonrojada y llena de curvas, Cassidy era el sueño erótico más cautivador de su vida. No podía apartar la mirada del rostro en forma de delicado óvalo. Los pechos de visibles areolas rosadas eran imposibles de tapparlos al completo, pues eran perfectos para sentirlos desbordándose en las manos. Bien podía él recordarlo, así como su sabor. Moría por probar las puntas que de seguro estaban erectas y deliciosas. El aroma que desbordaba el agua era un potente afrodisíaco y Dereck podía sentir cómo su miembro viril estaba dolorosamente erecto.

—Qué conveniente —farbulló—, ¡largo de aquí, Dereck! —exclamó.

Él, en lugar de obedecer, al notar cómo ella temblaba agarró la toalla. Se acercó y abrió la tela instándola a salir de la tina y dejarse envolver en esta.

—Elige entre estar desnuda o abrigarte —dijo en tono profundo. Su altura de un metro ochenta y cuatro sobrepasaba el metro sesenta y siete de Cassidy.

Sonrojada, enfadada y también excitada por la forma en que él la devoraba con la mirada, ella optó por la única opción viable para no tiritar y tampoco quedarse en perenne concurso de miradas con Dereck. Sin dejar de cubrir su modestia lo que más podía salió de la tina, y él la envolvió con lentitud en la toalla grande.

Una vez que la tuvo cerca, no pudo evitar apoyar la frente contra la de ella. Meneó la cabeza y luego se apartó para darse un espacio. Deberían de entregarle un premio a la capacidad de torturarse a sí mismo y salir ileso; aunque a juzgar por el estado de su miembro viril, la frase sería “casi ileso”. Cuando no escuchó ningún ruido, le preocupó lo que podría estar sucediendo, porque no era para nada parte del comportamiento profesional de Cassidy desaparecer del mapa sin más. Sin embargo, una vez que asomó la cabeza por el cuarto de baño no pudo apartarse.

Si hubiera estado en el desierto, lo habría considerado un espejismo. Bajo el agua que, debido a que el jabón ya se había diluido, se encontraba el cuerpo más sexy de la mujer con la que él se había acostado. Atenuadas por el agua, las curvas parecían moverse con silenciosa suavidad, engañando su mirada; como si estuviesen invitándolo a seguir la música ralentizada del erotismo no planeado.

—Dereck, ¿qué haces...? —susurró, elevando la mirada. Sus emociones se entremezclaban con enfado y deseo. No estaba habituada a ellos. Cassidy apretó la toalla contra su cuerpo con fuerza.

—Vine a hablar contigo porque hay un cambio de planes —dijo mirándole la boca suave y cálida.

—¿No pudiste esperar? —preguntó, sintiéndose en completa desventaja. La única incomodidad, consigo misma, era saber que su sexo estaba mojado. No, nada tenía que ver el baño que acababa de darse. La belleza masculina de Dereck era por completo abrumadora, y su voz, Dios esa voz, la hacía perder la concentración.

—Creí que te había pasado algo, porque nunca dejas de responder los mensajes de trabajo... Incluso fui a buscarte a esa librería que dijiste que ibas a visitar. Conocí a los dueños, muy amables, pero me aseguraron que ya los habías llamado para concertar una visita mía en las próximas setenta y dos horas. —Ella asintió, sorprendida que él recordase todos los detalles de la agenda que tenía para ayudarlo a mejorar su imagen ante el público empresarial—. En todo caso, te informo que nos tenemos que marchar a Emiratos Árabes Unidos dentro de cinco días. Así que voy a necesitar que, cualquier plan que tengas de trabajo, lo agilices —dijo Dereck, mientras apartaba su frente de Cassidy, pero sin marcar más distancia. Si bajaba un poco más la cabeza,

entonces sus labios estarían próximos a tocar los de ella.

—¿Oriente Medio? —preguntó en un susurro, consciente de que Dereck estaba muy cerca, y el aroma de su colonia la atraía como un imán—. ¿Por qué? Necesito más tiempo para trabajar contigo en San Diego una imagen integral.

Ella habría querido permanecer de esa manera. Olvidar todas idioteces de juventud, pero su orgullo, y su secreto, lo impedían. Siendo Dereck un abogado, si llegase a enterarse, por salvaguardar el bienestar de TS2, la despediría de inmediato o peor, la expondría de tal forma que ella no sería capaz de recuperarse profesionalmente. No podía arriesgarse, no solo a dejarse llevar por los buenos recuerdos, porque los hubo más que aquella infame tarde en que descubrió la verdad de por qué Dereck empezó a salir con ella, sino a olvidar que debía honrar a esa Cassidy cuyo corazón se rompió en mil pedazos. Le dijo que iba a hacerle la vida imposible si volvía a verlo, y fastidiarlo con gestiones que lo sacaran de quicio era una buena manera. Incluso, si encontraba el modo, podría considerar devolverle el mismo veneno que él le inyectó en el alma cuando le mintió con tanto descaro.

Ella conoció a Dereck jugueteón, sexy, encantador y con un toque de sensual masculinidad que había hecho que su primera vez en el sexo, así como todas las que compartieron juntos, fuesen inolvidables; pero ignoraba quién era este hombre más bien indiferente, que parecía tener destellos del Dereck pasado, pero pronto se escondía tras una muralla de acero que impedía ver quién era de verdad.

Ya había pasado demasiada agua bajo el puente para tratar de pensar en ello. ¿Si acaso el sexo podía ser solo sexo? Por supuesto, y a veces bastaba que tan solo una de las partes involucradas en el acto lo entendiese de ese modo. No, no estaba considerando tener sexo con Dereck para luego vengarse de él dejándolo de lado y sin explicación alguna. ¿Verdad que no?

Él sonrió de medio lado. Las chispas que saltaban entre ellos amenazaban con convertirse en llamaradas, pero ninguno se movió.

—¿Así como integral es tu imagen en lencería en pleno Nueva York? —le preguntó, enarcando una ceja.

—Yo...

—Reconocería tus curvas en cualquier lugar —dijo en tono gutural, que hizo que a ella se le encendiera la piel de repente—. ¿Tan necesitada estabas de un empleo? —preguntó con intriga, y sin ser ofensivo.

Ella soltó un suspiro, y apartó la mirada. La habitación de uno y otro estaba en lados opuestos del mismo corredor; se temía que los próximos días iban a ser un tramo complicado por sobrellevar.

—Lo hice como un favor para un nuevo diseñador de modas amigo de Aaron. No sé si lo recuerdas.

Dereck se frotó la barbilla.

—¿El que trabajaba en la cafetería de la que Justin era dueño en la universidad? —preguntó él con curiosidad.

—Sí, Aaron vive ahora en Nueva York y tiene un estudio fotográfico. Fue él quien hizo las tomas, con la guía del diseñador, y también considerando mi petición de que mi identidad debía quedar cubierta.

—No hicieron un buen trabajo, porque supe quién eras de inmediato —replicó con su voz sensual.

—No sé cómo te alcanza la memoria para esas idioteces, Dereck. —Él esbozó una sonrisa de

medio lado, pero no agregó nada al respecto.

—Fue una fotografía de buen gusto. Me sorprendió verte en lencería, y saber que todos los hombres de la ciudad estarán teniendo fantasías contigo.

Cassidy echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—¡Por favor! ¿Así como todas las mujeres de Manhattan debieron tener un plácido momento visual, el día en que Página Seis publicó una fotografía tuya de espaldas, desnudo, nadando? —preguntó, porque recordaba muy bien el día en que Aaron le dejó la publicación impresa sobre la mesa de una cafetería, y ella estuvo a punto de escupir el desayuno nada más abrir la sección de sociedad.

Dereck esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ah, claro que lo recuerdo, pero la publicación no decía que hubiera sido yo, tan solo especulaban sobre quién sería el hombre de la foto. Pudo ser mi hermano —replicó—. Me alegra que aún puedas evocarme físicamente y tan bien —le hizo un guiño juguetón, satisfecho de verla incómoda.

Cassidy apartó la mirada, sonrojándose, y furiosa consigo misma por ese desliz.

—En todo caso, no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué Oriente Medio?

Dereck se apartó en esta ocasión, porque no quería perder el control. Sabía que estaba solo a segundos de ello. Le dio la espalda a Cassidy, y antes de salir, la miró por sobre el hombro.

—Tengo negocios, y no puedo enviarte de regreso a Nueva York sin incumplir la promesa que le hice a Becca de que intentaría reformar mi imagen —dijo.

—¿Y siempre cumples tus promesas? —le preguntó Cassidy.

—Quizá puedas averiguarlo en algún momento —replicó él en tono críptico—. Intenta vestirme pronto, y no resfriarte. La próxima vez cierra la puerta. No sabes quién puede tener suficiente influencia para conseguir que el Front Desk envíe a un ejecutivo del hotel para ayudarlo a entrar. No queremos un impasse con la seguridad.

Cassidy agarró una botellita pequeña de shampoo, y se lo lanzó a la cabeza. Él la esquivó con una carcajada y, por supuesto, la evadió.

CAPÍTULO 7

Cuando Cassidy estuvo totalmente vestida, y su capacidad de discernimiento continuaba intacta, una vez que la potente presencia cercana de Dereck se había apartado de su suite, bajó al restaurante del hotel para reunirse con él. Una comida de trabajo. ¿Qué sí no? Ella se había puesto un jean oscuro ajustado, una blusa en tono violeta, y zapatos cerrados bajos; llevaba el cabello suelto en ligeras ondas. Un toque de rímel negro como maquillaje.

El objetivo de la reunión era hablar de Oriente Medio, y algo sobre DT Enterprises. Dereck tampoco le especificó con exactitud de qué se trataba. A medida que se adentraba en el bonito restaurante con motivos de la era victoriana, y reparó en Dereck, no pudo dejar de notar cómo las mujeres lo devoraban con la mirada. «Al menos eso es algo que no ha cambiado», pensó, mientras llegaba a la mesa.

Él se apartó del asiento en el que se encontraba, y le abrió la silla a Cassidy.

—Gracias —murmuró ella—. ¿Ya ordenaste?

—Sería una grosería hacerlo sin la otra persona presente, Cassidy —replicó en tono de burla. Ella hizo una mueca.

—Es una comida de trabajo, no una cita, Dereck —replicó, mientras el maître traía la carta del menú. Una vez que pidieron la comida, ella habló de nuevo—: Como invadiste mi privacidad no me dejaste explicar el motivo por el que no respondí el teléfono. —Él esbozó una sonrisa de suficiencia y se recostó contra el respaldo del asiento, mirándola con intensidad. Enarcó una ceja, pero Cassidy no se dejó intimidar por esos gestos—. El taxi en el que me estaba trasladando hacia la librería, de la que ya conociste a sus dueños, tuvo un percance. Me llevaron al hospital y me chequearon.

—Cassidy, trabajando para mí, tu bienestar es parte de mi responsabilidad —dijo en tono serio y perdiendo por completo la sonrisa—. Debiste llamarme, en lugar de hacerlo todo tú sola y luego encerrarte sin comunicación.

Ella soltó una exhalación.

—No consideré que fuese algo grave. Solo me dieron unos analgésicos por si tenía dolor, y me pidieron que no hiciera mucho esfuerzo con el pie. Por eso me he calzado zapatos bajos... — El camarero les sirvió la comida. Vino tinto para Dereck, y un vaso de zumo de arándanos para Cassidy—. Estoy bien.

Dereck solía ser sereno y recibir las noticias con estoicismo, aunque acababa de darse cuenta de que, sin importar la historia de ellos, que Cassidy pudiera sufrir el más mínimo percance físico le quitaba esa calma. Imaginaba que tenía que ver con el hecho de que ahora ella trabajaba para él, y formaba parte de sus responsabilidades como empleador procurar que todos aquellos bajo una nómina en su empresa no sufrieran accidentes laborales. Le habría pasado igual con cualquier otra persona de su staff indistintamente de la ciudad en la que se hallara. «Sí, eso es».

—No puedes volver a incomunicarte —dijo en tono severo.

—Dereck estoy bien —reafirmó—. Dejemos el tema. —Él apretó la mandíbula—. En todo caso —dijo en tono más relajado—, ¿por qué Oriente Medio?

Él empezó a hablarle del emprendimiento de Tenakos, así como el panorama de la robótica en su aplicación para humanos y tecnología en general. Le habló del espectro comercial, así como la

importancia que tendría si se llegaba a un buen acuerdo financiero con los otros socios. De cerrarse el trato pronto, le aseguró que, sumada a las buenas perspectivas con Masaku, entonces esos viajes serían un gran empujón para él como empresario. En Nueva York tenía pendiente librar varios casos de demanda por despido intempestivo, pero sabía que iba a ganarlos porque poseía todas las pruebas necesarias, entonces los logros en el extranjero opacarían la posible mala prensa que siempre surgía cuando los empleados demandaban al empleador.

—Suenas prometedor —dijo ella con sinceridad, y más relajada de lo que hubiera esperado. Después de lo ocurrido en la suite debería sentirse expuesta, pero lo cierto es que la presencia de Dereck conseguía acelerarle el corazón. Eso no era parte del plan—. Creo que puedo hacer una buena campaña para ti con esos datos.

—¿Tienes algo pendiente en Nueva York que te impida extender el tiempo a más de dos semanas de darse una demora en Oriente Medio? —preguntó él, mientras el camarero llegaba para llenar una segunda copa.

Cassidy esbozó una sonrisa.

—Define pendiente. Salvo que estés preguntándome si estoy o no saliendo con alguien, Dereck, y de ser el caso...

—¿Me lo dirías? —interrumpió sonriendo como el gato Chesire, aunque, en una perspectiva más seria, lo enfadó consigo mismo el hecho de que ella pudiera tener un hombre esperándola en Nueva York. No había contemplado esa posibilidad, ¿por qué carajos le importaba? La respuesta no le gustó en absoluto—. No quiero interrupciones en el trabajo porque tu novio de turno se pone celoso si te quedas trabajando horas extras en algún evento de la compañía en que yo esté vinculado.

Ella soltó una risa. Meneó la cabeza. Dereck era como la marea: capaz de elevar y descender el frescor sobre la arena a su antojo, y esta, la pobre arena, no tenía posibilidad de negarse, tan solo podía aceptar que era un proceso ininterrumpido.

«Condenado fuesen él y su sensualidad andante». La forma en que los músculos de los brazos masculinos se flexionaban, cada vez que hacía leves o pronunciados movimientos, a ella la hacían perder la concentración.

—No son temas de trabajo, entonces no te compete saber esa información y si tuviera una pareja, créeme, Dereck, sabría confiar en mí. La confianza es el pilar fundamental en cualquier relación —replicó Cassidy, consciente de que empezaba a sentirse demasiado cómoda con él. Ese último comentario había sido una indirecta, muy directa por cierto, que necesitó expresar. Le daba igual si él se sentía o no identificado; si él la entendía o no. Se aclaró la garganta y agregó —: Si quieres que vaya a Oriente Medio voy a exigir una compensación salarial adicional, porque implicará comprar otra clase de atuendos. Sé que es un país muy bello, pero las mujeres no gozamos de las mismas libertades allá.

—Lo tengo muy claro, Cassidy. No se me ocurriría pedirte que hicieras un trabajo en un país diferente en condiciones climáticas y en un entorno cultural ajeno, por el mismo salario. Recibirás una compensación a modo de bonificación.

Cassidy lo observó un instante. No existía atisbo de humor. No estaba siendo sarcástico, sino muy sincero. Ella asintió.

—También necesito que me asignes un conductor, pues no tengo inclinación a sentirme el adorno en las reuniones ni pienso quedarme callada si alguien intenta pasar de mí en actitud borde. Ten en consideración que, antes de marcharnos, ya deberíamos haber encontrado a tu pareja falsa. ¿Cuántos días hasta Oriente Medio?

Dereck la observó. Si ella hubiera continuado su carrera de abogacía, a lo mejor habría sido una excelente contrincante en la Corte; claro, si hubiesen ejercido en la misma ciudad o Estado del país. Cassidy sabía articular con agilidad, pensar con la rapidez de una gacela, y utilizar un tono de voz que parecía inofensivo para dejar claros sus puntos sin atisbo de duda.

—El tema de una pareja me tiene sin cuidado, Cassidy. —Ella hizo amago de protestar, pero Dereck le pidió con un gesto que no lo hiciera—: Tienes una oportunidad más para encontrar a alguien en San Diego. Si eres tan buena relacionista pública como cree Becca, entonces podrás encontrar dos candidatas más a lo largo del viaje. Porque, hasta donde yo sé, no hay un tiempo límite en el que deba conseguir ese “logro” —dijo en tono burlón—. ¿Me equivoco?

Cassidy achicó los ojos. Odiaba cuando él se ponía en ese plan de abogado en ejercicio profesional, tratando de negociar con los puntos flacos que encontraba en circunstancias o personas.

—No —dijo a regañadientes.

Él sonrió ampliamente y asintió.

—Entonces no será problema en dónde la encuentres con tal de que lo hagas. Ahora, sobre el tiempo que nos queda en San Diego —dejó el tenedor junto al resto de gambas que le faltaban de comer— es un aproximado de tres a cinco días. Depende de lo rápido que se gestione el asunto con el empresario de Japón, y las medidas que tome con respecto al nuevo rumbo de DT Enterprises.

Ella frunció el ceño, ligeramente confusa ante este último comentario.

—No sé a qué te refieres con eso de “nuevo rumbo”. ¿Hay algo que deba saber para hacer mi trabajo y que aún no me hayas comunicado?

Si hubiese sido un escenario distinto, Dereck habría optado por mantener la boca cerrada y no poner a Cassidy al corriente del tema con su socia. Sin embargo, tenía que pensar en que su hermano confiaba en que hiciera las cosas bien.

El escándalo que podría desatarse de una compañía a otra no tenía que ver con la naturaleza del negocio, sino con el dueño de estas, en este caso él. No iba a airear el asunto personal de Samia a terceros, pero poco a poco debía ser desconectada de forma sutil de cualquier vínculo profesional con él. No necesitaba esas cargas.

—Quiero hablar contigo sobre lo ocurrido en la oficina —dijo en tono serio—. De esa forma podrás entender lo que va a suceder en los próximos días con Samia. Ella dejará de ser mi socia una vez que el empresario japonés haya firmado el contrato con nosotros. El proceso con Samia puede tener efecto en estos días o dentro de un mes. —Cassidy lo observó, sorprendida por esa noticia. Le parecía tan súbita e inusual, al menos si consideraba que DT Enterprises llevaba casi cinco años en el mercado con una boyante valoración financiera—. Quiero que la gente entienda, a partir de mañana, que DT Enterprises solo existe asociada a mi nombre e imagen. Ningún proyecto, donación o futuros vínculos, en los que yo conste como empresario o firmante principal debe llevar referencia a ella.

—Necesito más que solo una petición de trabajo de tu parte. Me tocará dar una contestación coherente, bien sea en persona o a través de correos electrónicos de tu naviera o de TS2. Entiendo —dijo marcando con sus dedos—, que Samia dejará de ser tu socia —contó con otro dedo—, que no quieres que, después de la llegada del empresario Naoto y firma de contrato, te vuelvan a asociar con ella.

Dereck apretó los labios.

—El periodista que pidió la entrevista estaba en lo correcto —dijo como si se hubiese tragado

un cigarrillo ardiendo—. Hubo una justificación para los rumores de falta de pagos o inconsistencias. Aunque no fraude. —Cassidy asintió—. Samia ha estado utilizando la compañía para beneficio personal, y no reportó las ganancias. Las desvió a su cuenta bancaria. Después de la larga reunión de hoy, con ella y otros colaboradores, entendí el punto medular de todo.

—Yo tuve una experiencia similar —dijo con suavidad, tratando de ser empática, porque se imaginaba que se sentía decepcionado—, y por eso me vi obligada a cerrar mi empresa hace pocas semanas—. En todo caso, ¿qué piensas hacer? —preguntó Cassidy, en lugar de dar más explicaciones de su fallida compañía.

Dereck enarcó una ceja. Él conocía los detalles del cierre de la agencia de Cassidy, por Bryan Ashford, aunque le parecía curioso que ella hubiese decidido compartir el asunto voluntariamente.

—Le he dicho que le compraré su parte —replicó Dereck.

Cassidy lo observó con detenimiento.

—¿No vas a demandarla?

—No —zanjó en tono serio, y con expresión ceñuda.

—Eso es muy generoso, en especial si consideramos que la cuantía que factura tu compañía anualmente supera los setecientos millones de dólares... Dependiendo de cuánto tiempo te ha estado ella, mmm, digamos robando —dijo la palabra con suavidad, porque notaba que él estaba cabreado y con respecto a Dereck y Samia, no sabía qué terreno estaba pisando—, entonces hablamos de cientos de miles. ¿Por qué no vas a tomar acciones legales?

Dereck se inclinó hacia adelante, y apoyó los codos sobre la mesa, mirándola a los ojos a Cassidy. A veces no lograba comprender la forma en que las personas, a pesar de cuánto tiempo pasara, cuando volvían a verse era como si nunca se hubiesen dejado de visitar o reunir. Aquella extraña certeza de que Cassidy continuaba poseyendo la sutil capacidad de escucharlo, y así él expiar sus preocupaciones, era la que sentía en esos momentos.

—Hay cosas que surgieron en esa conversación que no puedo comentarte —dijo—. Existen puntos grises en esa ecuación.

Cassidy se mordió el labio inferior con inquietud.

—¿Debo entender que la relación que mantuviste en el pasado fue de conocimiento público? Porque si es así...

—No, no lo fue, así que no tienes que ir por esas ramas de la información —replicó con sequedad, interrumpiendo. Le hizo un gesto al maître para que se acercara con la cuenta—. ¿Qué otros datos necesitas?

Ella puso los ojos en blanco.

—Preguntar es parte de mi trabajo. —Él achicó los ojos—. ¿Tiene esto algo que ver con el niño? —preguntó con tino, porque además era muy perceptiva con ciertos pequeños detalles—. Me pareció notar en sus bracitos pequeños pinchazos, porque si está enfermo, entonces me daría mucho pesar. ¿Él está bien?

Dereck se incorporó con agilidad justo en el momento que llegaba el camarero. Le dejó varios billetes de cien dólares sobre la mesa sin mirar la cuenta. Le daba igual que fueran cien a que fueran quinientos dólares.

—Vincent está fuera de esta ecuación. No lo nombras, no preguntas por él, y tampoco haces conjeturas. Te he dicho suficiente —replicó, a la defensiva, porque aún tenía en la mente el hecho de que ese pequeño podía borrarse de la faz de la Tierra si los puñeteros médicos no encontraban la manera de vencer la leucemia—. Con lo que acabo de comentarte puedes hacer tu

trabajo. Si eres tan buena en tu profesión, entonces harás las tácticas adecuadas para acatar mis lineamientos.

Cassidy sintió como si le hubiesen echado un balde de agua fría. El Dereck diáfano e incluso cercano que pareció resurgir por un breve momento se había marchado del todo. Estaba de regreso el indiferente tirano en jefe.

—Laboralmente estoy de tu parte —replicó cruzándose de brazos, mirándolo desde su asiento—. ¿Acaso crees que me gusta perder el tiempo recibiendo tus respuestas esquivas? Si quieres resultados, entonces tienes que cooperar.

Dereck dio un par de pasos y al instante estuvo frente a ella. Le tomó las mejillas entre los dedos con facilidad.

—Cooperar no es precisamente lo que me apetece cuando te pones a discutir conmigo —dijo con voz ronca—, y menos después de haberte visto deliciosamente desnuda —le dijo esto al oído con su tono ronco y profundo. Ella tembló—, así que intenta no provocar mi mal humor si no estás dispuesta a lidiar con las posibles consecuencias. —Ella le apartó la mano y lo empujó, no sin antes notar la dureza evidente contra el pantalón masculino. Él se movió sin poner resistencia.

—Márchate entonces, Dereck, creo que ya hemos hablado suficiente por hoy. Solo espero que esta comida no me haga daño —dijo empujando el plato de ensalada de mariscos con caviar Osetra, lo servían bañado en oro comestible de 24 quilates.

—Intenta no lastimarte el otro pie, porque estaré en el puerto de regreso, y organizando detalles para Masaku Naoto. Prepárate para los próximos días.

Cassidy se incorporó y dejó la servilleta de tela sobre la mesa.

Sin despedirse, pasó hecho un bólido rumbo al ascensor. No quería volver a verlo por el resto del día. Iba a descansar, mental y físicamente, tal como se lo habían indicado los médicos en el hospital. ¿Qué haría con ese palpito y humedad en su sexo desde que Dereck pareció hacerle el amor con la mirada en el cuarto de baño? Pues se había traído su vibrador. «Por ahora tenía que servir».

Cuando la vio salir, él contuvo las ganas de explicarle que no era personal, que no estaba habituado a dar razones, pero si lo hacía, ya estaría dándolas. Él no creía que a Cassidy iba a sentarle bien saber que su padre era el motivo por el que ahora tenía un nuevo empleo, un salario más alto de lo usual para un miembro de TS2 con rango medio, y además gozaba de un contrato garantizado por un año calendario.

Dereck tenía plena conciencia de que estaba reviviendo las mentiras de antaño, aunque con un enfoque diferente: no había provocado ese escenario. No de forma directa al menos. A medida que transcurrían los días se sentía menos capaz de contener las ganas de besar a Cassidy, y después de verla desnuda, Dios, anhelaba, contra todo principio de supervivencia, explorar con sus manos, cuerpo y boca, si esas conversaciones en algún punto lograrían echar abajo las barreras que, cuando se escudaba tras asuntos de trabajo, ella erigía a su alrededor.

CAPÍTULO 8

Cassidy debía reconocer que cada vez le parecía más fácil irritar a Dereck. Él se lo tenía merecido por hacerle difícil su trabajo, y después de que la viese desnuda en el baño, Dios, ella quería lograr mortificarlo tanto como lo estuvo ella. No iba a referirse al hecho de que su vibrador hubiera tenido que trabajar varios turnos para disipar el ardor del deseo no satisfecho.

Las miradas transmitían más que ninguna otra parte del cuerpo humano, y esos ojos azules impregnados de fuego de Dereck la habían calentado en lugares que no recordaba con otro hombre. Solo con él. «No sé para qué diantres mi memoria sensorial me da estos recuerdos».

Después de la conversación sobre Oriente Medio, a Dereck nada le resultó lo suficientemente bueno, a pesar de que Cassidy se amanecía gestionando actividades para que él pudiera figurar en los medios digitales y locales. Por eso no se arrepentía de esas citas que estaba organizándole para encontrarle pareja por contrato. Sabía cuánto lo contrariaban las conversaciones sin trasfondo de negocios o temas legales, así que haber elegido a la agencia de citas románticas de su amiga Annabella fue una elección adecuada. Claro, la candidata para Dereck del día anterior no fue como hubiera esperado Cassidy, pero eso no implicaba que no creyese que los siguientes dos perfiles de la agencia fueran a funcionar. «Optimismo ante todo».

—Cuéntame, Beatrice, ¿qué te inspiró a crear una fundación para niños autistas? Porque me parece una hermosa actividad —le había preguntado Dereck a la mujer con la que Cassidy concertó el almuerzo.

Nada más ver la langosta, la mujer empezó a hacer una negación vehemente con la cabeza. Dereck parecía no entender, así que había mirado a Cassidy, y ella fingió que no sabía qué le estaba sucediendo a la rubia de ojos celestes. Era muy guapa, y su único defecto en lo relacionado a una compatibilidad completa con Dereck, que disfrutaba de todo tipo de variedad gastronómica, era que no comía más que vegetales. ¿Si Cassidy leyó eso en el informe de la agencia de Annabella? ¡Obvio! Ella conocía todos los perfiles de las cuatro candidatas.

—Me parece terrible comer seres vivos —había dicho la rubia—, y da igual si habitan en la tierra o el mar.

Dereck hizo un gesto al camarero para que se llevaran de inmediato los platos. Cassidy lo lamentó, porque la langosta se veía deliciosa. «Ese era el precio que se tenía que pagar a veces por la satisfacción de ver incómodo a Dereck».

—¿Qué otras actividades fuera de la fundación sueles tener? —había preguntado él, tratando de no asesinar a Cassidy con la mirada.

—Oh, ¿no leíste el archivo sobre mí que te envió la agencia?

Cassidy no le había mandado nada a Dereck, a propósito, porque así podía ver cuán fastidiado se sentía al tener que pensar preguntas, cuyas respuestas no le interesaba saber. Consideró que con la siguiente candidata sí le enviaría el archivo. «Un poco de generosidad no estaba mal». Además, no era una tarea que podría juzgarse como “laboral”, sino una gestión aleatoria para la que no se estudiaba. Se trataba de algo espontáneo, y ella estaba procurando ser lo más espontánea posible.

—No —había dicho Dereck ocultando un gruñido—, porque ¿dónde está el misterio de una genuina conversación?

Cassidy no había logrado ahogar la risa del todo.

—Oh, Beatrice —había dicho Cass cuando tomó un sorbo de agua—, lo cierto es que Dereck no es un hombre muy versado en conquistar una mujer, y este asunto de conversaciones lo contrarían un poquillo. —Él había achicado los ojos, dándole a entender a Cassidy que se lo iba a tomar como un reto personal—. No se lo tomes en cuenta, por favor. Mejor responde a su inquietud. Adelante, cuéntale lo que haces fuera de la fundación. Así rompemos un poco el hielo y agilizamos nuestras gestiones.

Beatrice había esbozado una amplia sonrisa, asintiendo con suavidad.

Él terminó su bebida con rapidez.

—Me dedico a dar clases nocturnas de sexo tántrico. —Dereck había esbozado esta ocasión una sonrisa perspicaz, sorprendiendo a Cassidy—. Todo es con consentimiento de ambas partes, y he salvado muchos matrimonios.

Él se había recostado contra el asiento, mirando con interés a Beatrice.

—¿Solo para matrimonios? Porque ella —había señalado a Cassidy—, la pobre, lo cierto es que ha tenido una mala racha con sus relaciones sexuales. La relación jefe-empleada que tenemos es muy abierta, y conversamos de todo. Creo que podrías ayudarla mucho. Así que, ¿qué opinas de invitarla a una clase presencial?

Cassidy se había puesto roja como el tomate y fue a protestar, pero el entusiasmo de Beatrice la interrumpió.

—Oh, por supuesto —había murmurado mirando a Cassidy—, yo puedo ayudarte muchísimo. Algunos de mis pacientes, porque así les llamo ya que tengo licencia de práctica, aceptan ayudar a otros, claro solo una persona a la vez, mientras reciben mis clases personalizadas. Espero que entiendas que solemos estar desnudos.

—Te llamaremos —le había dicho Cassidy. Para salir rápido del paso y largarse pagó la cuenta de las entradas vegetarianas y las bebidas—. Gracias por venir.

—Oh —había intervenido Dereck—, pero estaba por preguntarle si nos podría sugerir las mejores posiciones en el sexo tántrico para que te ayude, Cassidy.

Cassidy le había dado un pisotón por debajo de la mesa.

Él no se inmutó para nada.

Una vez que Dereck acompañó a Beatrice al automóvil, y le dijo que en el caso de que decidirse por su perfil para el trabajo, la llamarían; luego, él volvió al interior.

—La próxima vez —le había dicho a Cassidy, invadiendo su espacio personal mientras estaban en el piso de sus habitaciones—, intenta hacer mejor tu trabajo.

—¡Le gustan los niños y eso es buena publicidad! —había protestado.

—Cassidy, no juegues con fuego si no estás dispuesta a arder en la medida que lo provocas —había dicho él en tono profundo.

Okay, ella ahora, aceptaba que esa entrevista no salió como esperaba. Debió prever que el sexo tántrico era la clase de tema que él podría asimilar y tornarlo en su favor, y asumirlo de mejor perspectiva que la idea de perseguir cerdos en el lodo.

Lo que menos buscaba Cassidy, si era sincera, era una pareja para Dereck, falsa o no. Ella sabía muy bien cómo crear la imagen de hombre comprometido sin llevar una mujer del brazo, y era generando lo opuesto: no llevar a ninguna, al menos por un tiempo. No había tenido corazón para decírselo a Becca, quien parecía muy entusiasmada, ni tampoco se podía privar a sí misma de un entretenimiento personal al incomodar a Dereck con esa charada que, en esos días, estaba llevando a cabo.

En esos instantes, Cassidy estaba en un bonito bar en el centro de San Diego. El pie ya había dejado de dolerle, y no iba a confinarse en el hotel. Tampoco era imprudente, así que se calzó unas sandalias bajas. El cabello castaño se lo había recogido en una coleta, y su cuello lucía más estilizado. Llevaba un vestido corto en tono azul marino, y que solo tenía una manga.

El atuendo que eligió le quedaba estupendo, y su silueta curvilínea se destacaba con una discreción que invitaba a mirar dos veces. ¿Le gustaba ese efecto? Por supuesto, en especial después de saber que su imagen, en lencería nada menos, adornaba catálogos y un anuncio gigante en Nueva York. El hecho de que el común de los mortales no supiera su identidad era lo que menos le importaba.

—¿Llego temprano?

Cassidy se giró sobre el asiento, y sus ojos brillaron de alegría. Con su usual calidez le echó los brazos al cuello a su amigo. Él se rio y le devolvió el abrazo.

—¡Hunter! Qué ilusión verte al fin —miró por sobre el hombro de su amigo de adolescencia cuando se separaron—, ¿y Paola?

Él se encogió de hombros. Llevaba el cabello un poco más largo de lo normal, la piel bronceada por el sol, y la ropa le sentaba bien sobre su cuerpo atlético. Podía pasar bajo el estereotipo del “surfista”, y alguien despreocupado, pero solo era una apariencia. Hunter era un genio con los números y ordenadores. Poseía una empresa de desarrollo de aplicaciones personalizadas para negocios.

Cuando eran más jóvenes, las chicas se volvían locas por él. No era solo esa ligera mezcla entre Liam Hemsworth y Jessie Pavelka en su rostro, sino la facilidad para crear un ambiente relajante sin esfuerzo. Él y su hermana eran gemelos. Siempre estaban de un sitio a otro, y por eso le llamó a Cassidy la atención que su amiga no hubiera asistido a esa salida.

—Me escribió para decirme que podría tardarse un poco, porque su jefe le pidió corregir un informe de último momento —replicó sentándose junto a su amiga—. Te veo fantástica, pero esa no es una novedad.

—Gracias, Hunter, los años te sientan bien —le hizo un guiño, riéndose—. Ojalá que Paola pueda venir, porque no me quedan muchos días en la ciudad. Los jefes pueden llegar a ser un dolor de muelas.

—¿Cómo va tu agencia de relaciones públicas? Me hablaste de ella con mucho entusiasmo hace un tiempo atrás, pero nos hemos perdido la pista en ese aspecto.

Aprovecharon para revisar el menú, y ordenar la cena. En la mesa estaban tres puestos, pero habían acordado que comerían sin esperar a Paola; quién sabría en qué momento sería capaz de librarse de la tarea que le habían pedido del trabajo.

—Mi socia me robó, y me dejó sin opción a continuar por mi propia cuenta. Estaba perdiendo dinero más que ganándolo.

—Lo siento, belleza —replicó acariciándole el brazo como siempre hacía cuando conversaban, y ella le mencionaba alguna mala noticia.

—Gracias, Hunter, pero creo que ya estoy recuperada de ese golpe —sonrió—. Conseguí un contrato con un abogado que posee una corporación de manejo de fondos financieros a gran escala y hace control de riesgos. Soy la relacionista pública, y él es el proyecto —se rio.

—¿Muy mala imagen la del hombre? —preguntó Hunter de buen humor, mientras la música suave de alrededor los rodeaba.

El *Carl V's Prime Seafood* era un pub ubicado en la West Harbor Drive, y su comida era de primera calidad. Los tonos celeste pastel de los asientos, entremezclados con madera y toques de

cuero, así como la sobriedad de la iluminación, creaban un ambiente elegante y cómodo.

Los platos empezaban a partir de los sesenta dólares, pero Hunter le aseguró a Cassidy que él iba a pagar la cuenta por el simple hecho de que le apetecía complacerla por ser una de sus grandes amigas. Ella estaba acostumbrada a pagar por sus propias cosas, aunque apreciaba esa clase de gestos y los agradecía.

—Señor, permítame —dijo el camarero interrumpiendo, mientras dejaba frente a él las 22 onzas de prime bone-in ribeye. Ese pequeño plato costaba casi doscientos dólares—, su comida. Espero que la disfrute.

Cassidy había ordenado salmón con mostaza y especias, porque le parecía que era menos costoso, además de gustarle. No quería ser grosera al pedir la comida por el simple hecho de que Hunter fuese a pagar.

—Señorita —continuó el hombrecito con sus modales impecables—, espero que todo sea de su agrado. Estamos para servirles.

Una vez que el camarero se marchó, Cassidy hizo una negación.

—Nada catastrófico. Se trata más bien de una prevención antes de que tenga que implementar alguna estrategia de comunicación de crisis. Por eso estoy en San Diego. Él posee una naviera, entonces empezó este breve tour de trabajo y yo estoy aprovechando para iniciar el mío con él.

—¿Lo conozco?

Ella se dio unas palmaditas en el mentón, y luego hizo una negación.

—No lo creo. Su nombre es Dereck Toussaint. No me parece que entre programadores y abogados se conozcan en los mismos círculos profesionales.

—Tal vez he escuchado algo de él —se encogió de hombros—. De todas maneras, si trabajas para su compañía, ya debes conocer los rumores. ¿Cómo, si no, podrías tener la habilidad de contrarrestarlos? Aunque son pasados. No tienen importancia —hizo un gesto con la mano, y partió un trozo de carne y la saboreó con gusto—. ¡Esto está buenísimo!

Cassidy estaba en modo alerta. Imposible cambiar de tema.

—Hunter, me vas a hacer desperdiciar este salmón, y sería el segundo plato de comida que pierdo a causa de Toussaint. Así que dime lo que sabes —replicó, todavía pensando en la deliciosa langosta que tuvo que rechazar el día anterior.

—No es que su nombre pase desapercibido —dijo llevándose otro bocado de carne a la boca. Ese era su restaurante preferido, y le daba lo mismo el precio—. Vamos, el tipo tiene una reputación importante, aunque no sea una celebridad.

—Su compañía es la segunda más fuerte en transporte comercial entre Asia y Estados Unidos desde este puerto californiano —murmuró ella.

Hunter asintió.

—La gente que tiene mucho dinero sabe quién es él, Cass. —Ella le hizo un gesto para que no se cortara, y él soltó un breve suspiro de resignación—. Dicen que, durante el tiempo que pasó en San Diego tuvo muchísimas reuniones empresariales, porque estaba estudiando el mercado marítimo y otras opciones de inversión. Antes y durante la construcción de DT Enterprises, él estuvo en conversaciones para que no solo hubiese un socio, sino dos. La primera a bordo fue Samia Voyd, pero hubo un empresario con el que estuvo a punto de firmar para integrarlo a la sociedad de constitución de la compañía. Su nombre era Lincoln Horvat, y era un europeo. Con él, las rutas mercantes para el área del Mediterráneo hubieran sido pan comido.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó con asombro.

—Mi compañía tenía a Horvat como cliente, y el hombre era un bocazas. No en detalles, pero

sí hablaba mucho de sus proyectos y posibles socios. Creo que le daba igual que su equipo de abogados le aconsejase discreción —se encogió de hombros—. Imagino que así es como se regó este rumor.

—¿El rumor es que pudieron ser Voyd y Horvat los socios actuales, en lugar de solo uno de ellos? —preguntó ladeando la cabeza.

Él hizo una negación.

—Parte del rumor es que Horvat se marchó a Europa, porque estaba teniendo una aventura con Voyd y no salió como esperaban. Horvat iba y venía a su antojo, porque aquí tiene también inversiones importantes en el área turística. Toussaint al parecer no sabía de ese affaire, y hubo un encontronazo entre los dos hombres. Toussaint desistió de ofrecerle un tercio de la sociedad.

—Dios...

—Al parecer ambos estaban saliendo con la misma mujer al mismo tiempo, aunque en condiciones diferentes. Cuando desapareció Horvat del mapa, ya solo fueron Toussaint y Voyd como pareja. No sé cuánto habrán durado, porque al no tener a Horvat hablándome cada día aquí en la oficina sobre los servicios que requería de mi empresa, sus negocios y su vida personal, pues me desentendí de ese asunto. Así que mantenemos el contacto por email o teléfono —dijo.

Ella cerró los ojos por un instante. Cuando Dereck le aseguró que la relación que tuvo con Samia no había sido pública, ella, tan ingenua, no pensó en ningún momento en los rumores de la clase alta de San Diego. Claro, eran inofensivos, porque, aunque cotilleaban por envidia o diversión, jamás llegarían a los tabloides o prensa amarillista, pues detestaban “enlodarse con algo de mal gusto”.

A juicio de Cassidy esa moral tergiversada de hipocresía se aplicaba según el negocio al que se dedicase el otro, y qué nivel de competencia o peligro comercial representase. Para tener una empresa naviera se necesitaban cientos de millones de dólares, y en esos escenarios no jugaban todos los integrantes de las mesas de ajedrez. Desde ese punto de vista, en el ámbito de las relaciones públicas, ella no consideraba que Dereck estuviese en riesgo. Además, ya era agua pasada.

Ella dejó con suavidad el tenedor sobre la mesa. Se cruzó de brazos y recostó la espalda en el asiento, mirando a Hunter con estupor.

—Odio los triángulos amorosos —murmuró con una súbita sensación de acidez. Tal vez, iba a tener que desperdiciar su salmón después de todo—. Aunque me sorprende que Dereck haya continuado con la idea de que fuese su socia.

—No te equivoques, Cass —dijo Hunter con una expresión cálida—. Samia Voyd es una de las empresarias más importantes de San Diego. La precede un palmarés de asesoría de clientes que va desde simples millonarios a jeques árabes. Su única debilidad deben ser los hombres guapos —se rio de su mala broma—. En todo caso, puede que Toussaint haya pensado con los cojones en un momento, pero créeme, un hombre como él tiene muy claras sus prioridades. Él pudo haber elegido entre otros empresarios con nexos en Europa o Asia o Australia para asociarse, porque hubo muchísimo ruido antes de que se levantara DT Enterprises, pero la eligió a ella, porque Samia Voyd es una estrategia de primera.

—No sé qué pensar de todo esto —murmuró, mirando un cuarto del salmón que todavía quedaba en el plato. Al menos podía felicitarse por haber comido.

—¿Una noche aburrida de cotilleo de terceros? —preguntó él en tono ligero, mientras revisaba el teléfono—. Por cierto, me acaba de decir Paola que lo siente muchísimo, pero que no va a ser posible librarse esta noche.

—Nada de noche aburrida, ha sido genial verte, Hunter. Al menos intentaré convencer a Paola que venga a Nueva York a visitarme, y ¡tú también!

Él esbozó una sonrisa, y conversaron un rato más de sus vidas.

Cuando Cassidy regresó al hotel, alrededor de las once de la noche, recordó que no había hecho la pregunta más obvia a Hunter. Si el lío con Horvat era solo la mitad del rumor, ¿de qué se trataba el resto?

Intentó restarle importancia, porque no tenía interés en romperse la cabeza con acertijos. Al menos durante esos días. En lo que necesitaba enfocar su atención era en comprar ropa para Oriente Medio, y como no tenía tiempo de salir a hacer esa clase de gestiones en San Diego, porque estaba trabajando, entonces las iba a hacer en la tienda de compras online más grande del mundo.

Se descalzó y luego se sentó frente al ordenador. Lo primero que recibió fue un mensaje de Bordam Carrera, el asistente del departamento legal de TS2 en Nueva York. Le comunicaba que había tratado de contactar insistentemente a Dereck, porque había surgido un contratiempo con una cláusula del contrato que Ryder Toussaint y Julianne Clarence estaban negociando en Balgratva, y requerían de manera urgente que Dereck hiciera unos ajustes. Los necesitaban en dos horas.

Cassidy llamó a Dereck, varias veces, y, efectivamente, no obtuvo respuesta. Tan solo sabía que esa noche estaba con el japonés y Samia, así que lo más probable era que él mantuviese el teléfono lejos para prestar toda la atención al magnate asiático. Después de todo el hombre era el motivo por el que estaban en San Diego.

Se calzó los tacones, y salió para constatar que Dereck no estuviese primero en la habitación, quizá ocupado e ignorando el móvil, porque resultaba el paso más lógico. Tampoco es que tenía que caminar demasiado, si las suites de ambos estaban en el octavo piso, aunque en polos opuestos.

Si no lo hallaba en la suite, entonces bajaría para pedir un taxi e ir personalmente a Criqueet Gourmet, el restaurante en el que estaban negociando con Masaku, y darle el mensaje de Bordam en persona. El tono del correo era de urgencia, y ella podía imaginar la presión que tenía el asistente del departamento legal en Nueva York, desde Oriente Medio, para que localizara a Dereck.

Dereck bebió la última píldora de la dosis de la medicación que le habían enviado. Después de la cena con Samia y Masaku, la cabeza empezó a dolerle, y nada más llegar al hotel empezó a sentirse pésimo. Sí, él era una persona que toleraba poco las comidas crudas, pero ¿cómo te negabas a comer sushi con un japonés que podía generar millones de dólares para tu corporación?

Lo consolaba que ahora podía cantar victoria, y decir que Masaku había accedido a firmar el contrato, después de revisar los barcos, visitar las instalaciones de la compañía, y recibir una explicación en persona sobre las proyecciones de las rutas que DT Enterprises utilizaría para su mercadería. Aquel era el contrato que más rápido había logrado cerrar Dereck y se sentía orgulloso de sí mismo. Así que daba igual si al siguiente día era incapaz de levantarse de la cama.

Esperaba sentirse mejor, porque al siguiente día era la convención de navieros, a través de la cual buscaba ampliar sus rutas mercantes hasta Australia, y de paso cerciorarse de conectar con un empresario con el que pudiera entablar una sociedad en DT Enterprises. Claro, no le hacía falta el capital, y en última instancia podría incrementar sus viajes entre Nueva York y San Diego. Ese era un aspecto que todavía no necesitaba delimitar, pero lo tenía en mente.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Samia, mientras le llevaba un vaso de agua, y se sentaba en el borde la cama junto a él.

Él había insistido en que se marchara, pero ella no quiso escuchar razones. Le aseguró que lo mínimo que podía hacer era tratar de quedarse a su lado hasta que se sintiera mejor, y solo entonces se iría. En el camino de regreso, Dereck tuvo que hacer que su chofer detuviese el automóvil para vomitar, y en ese momento, Samia se auto declaró enfermera ambulante, tratándolo como si tuviese la más grave enfermedad.

Dereck sabía que ella estaba intentando apaciguar la situación entre ambos, después de que él descubriese sus actividades ilícitas en la empresa. De hecho, en la cena con el señor Naoto, fue Samia quien entregó unos argumentos muy sólidos, así como información comparativa que fue un factor importante al momento de llegar a un acuerdo verbal. Dereck no era tan cretino como no reconocer la valía profesional de ella, a pesar de la trastada que había cometido en DT Enterprises.

Por otra parte, él no sentía nada por Samia, ni siquiera desprecio u odio. Lo que experimentaba era compasión al saber que tuvo que poner en riesgo la integridad moral por la desesperación de hallar la forma de encontrar un tratamiento para salvar a Vincent. De momento, le aseguró Samia en una de sus conversaciones previas, el niño estaba controlado, pero el informe médico próximo iba a determinar las posibilidades de tratamiento para mapear el curso de la enfermedad y procedimientos. Esa noche, el niño estaba quedándose con la niñera de confianza de Samia, y por ese lado, Dereck reconocía el esfuerzo de su socia al separarse del pequeño, en una noche, para cumplir con esa jornada intensa de trabajo fuera de la oficina.

Eso no lo ablandaba, por supuesto, porque cada cual era responsable de sus decisiones, así como de vivir las consecuencias que estas implicaban.

—No —replicó. Se había dado un baño nada más llegar, y estaba sin camisa, mientras el edredón lo cubría de la cintura hacia abajo—. Aunque tenga fiebre, no pienso arrojarme porque eso va a hacer que me aumente la temperatura.

Samia se había quitado la chaqueta, y los zapatos para estar más cómoda. El vestido de cóctel, blanco con toques dorados marcando el cuello en V, resaltaba su figura estilizada. La mujer llevaba su estilo con altura, y era la viva representación del estereotipo de la ejecutiva exitosa, multifacética, y hermosa.

Si la gente se detuviera a entender que detrás de las fotografías perfectas en redes sociales, las entrevistas con respuestas muy articuladas, así como de las sonrisas, existían más vacíos y carencias profundas que perfección, entonces buscarían otro modo de utilizar el tiempo, en lugar de compararse o pretender aspirar a una vida por completa falsa. Pues esta era exactamente la vida de Samia.

Detrás de las vitrinas de joyas que compraba, la vida de millonaria que disfrutaba, los incontables vestidos de lujo, existía soledad, y, ahora, una profunda angustia por la salud de su hijo. Y la gente, al verla, todavía creía que su vida continuaba siendo perfecta, glamurosa, y envidiable. La ironía.

—De acuerdo —dijo con voz suave—, siempre has sido un hombre testarudo y que no te ha

gustado que te digan qué hacer...

—Ya lo sabes bien —replicó mirándola a los ojos.

Ella agarró un paño de agua fría y lo puso en la frente de Dereck. Él no quería el jodido paño, porque no era un desvalido, tan solo tenía una puta fiebre y ya había expulsado de su cuerpo todo lo que había consumido. Agarró la muñeca de Samia, y en el proceso, por la fuerza del agarre, ella perdió un poco el equilibrio y cayó sobre el pecho de Dereck. Le tocó apoyar ambas manos, una a cada lado de la cabeza masculina, para controlar el equilibrio. Sus rostros quedaron muy juntos.

—Dereck, escucha... —murmuró, mirándolo.

Una insistente llamada en la puerta, lo ayudó a Dereck a que Samia se apartase, sin él tener que pedirselo.

—Por favor, ve a ver quién demonios es, que yo no he pedido servicio a la habitación —pidió con cansancio.

Samia soltó una exhalación y asintió. Cuando abrió la puerta esbozó una sonrisa. Le habría gustado decir que Cassidy Ashford le caía bien, pero sería una gran mentira. Ella había notado cómo la mirada de Dereck orbitaba con facilidad hacia la mujer, mientras él creía que nadie se daba cuenta de esos detalles. Samia, sí, porque conocía muy bien los gestos masculinos.

—Hola, Cassidy —saludó con una sonrisa zalamera, consciente de que el hombre que pronto iba a dejar de ser socio no podía escucharla, en especial si mantenía la voz baja al hablar. La suite tenía una antesala, y era en la que se hallaba Samia—. Dereck está en la cama, pero dime, ¿en puedo ayudarte?

CAPÍTULO 9

Cassidy esbozó una sonrisa que le costó mucho esfuerzo poner en su rostro. El vestido de Samia estaba algo arrugado, no llevaba zapatos, y parecía muy cómoda abriendo la puerta de la suite de Dereck. La noción de que estaba interrumpiendo un escarceo sexual le sentó fatal, porque el hombre involucrado no solo conseguía remover los recuerdos de un pasado juntos, sino que provocaba una reacción visceral para la que ella no había estado preparada.

En esos días, la química que burbujeaba entre ambos no era parte de su imaginación, porque conocía las miradas y gestos de Dereck. Quería brindarle el beneficio de la duda sobre Samia, en especial después de todo lo que él le había contado de DT Enterprises. Claro, esa “duda”, no impedía que ella se sintiera incómoda o incluso inexplicablemente irritada.

—Gracias, pero tengo que darle un mensaje de la oficina de Nueva York. He llamado a la habitación, aunque sin obtener respuesta.

Samia inclinó la cabeza hacia un lado. Después de que llegó la medicación, ella le había sugerido a Dereck que desconectara el teléfono de la suite para que descansara. Incluso, sin decírselo, se tomó la libertad de ponerle el móvil en silencio.

Luego del éxito de ese largo día de reuniones, ella había intentado suavizar la relación con Dereck. Le dolía haberlo defraudado, porque ante todo él le dio la oportunidad que ningún otro empresario se atrevió: una sociedad multimillonaria para dirigir y a la cual pertenecer. Una madre hacía por su hijo lo que fuese, y ella no era la excepción; no era una excusa, pero sí un argumento que ayudaba a su conciencia.

Jamás había dejado de estar atraída por Dereck, pues el hombre era un imán a la vista de una mujer que sabía lo que era erótico y bello. Sin embargo, fue él quien dejó muy clara su postura inapelable de acabar el affaire de ambos, años atrás, y bien conocía Samia que una vez que él tomaba una decisión no volvía atrás.

Ahora, al ver a esa muchacha ante ella, una sensación de insana competencia se apropió de Samia. Siempre supo que Dereck no era un hombre que se comprometía a largo plazo, sin embargo, tenía la ligera sospecha de que, si encontraba la oportunidad correcta, esa tal Cassidy podría lograr lo que ninguna otra mujer había conseguido con el esquivo hombre.

Por otra parte, Samia contaba con la única certeza que le importaba de verdad: Dereck había prometido que a Vincent no le faltaría nada en sus procesos médicos, y sabía que cumpliría. Eso era todo lo que ella necesitaba para estar tranquila, y si luego todo caía en caos, le daba igual. Que su hijo estuviera amparado, para luchar contra el cáncer, mantenía el orden de su mundo.

—Creo que soy una persona que conoce bien los negocios de Dereck, así que puedes confiar en mi discreción —replicó Samia.

Cassidy esbozó una sonrisa. No le apetecía arruinarse el resto de la noche con diálogos innecesarios, así que iba a cortar ese visible interés de Samia en echarla.

—Tú y yo sabemos, Samia, que lo que menos siente Dereck hacia ti es confianza —dijo con simpleza, y dándole a entender que conocía que pronto dejaría de ser socia de DT Enterprises—. Permiso —agregó, mientras se hacía espacio y seguía al interior de la suite, ante la expresión mitad desconcertada y mitad furiosa de Samia, y a quien no le quedó más remedio que darle paso.

«Ella no sentía celos. Claro que no», pensó, mientras atravesaba la antesala y entraba a la habitación. Acostado en la cama, con los ojos cerrados y sin camisa, como un sensual y atractivo Dios pagano, estaba Dereck. La piel bronceada por el sol, la sólida musculatura de los brazos y pectorales, así como los marcados abdominales, atrajeron la mirada de Cassidy al instante.

El hecho de que el edredón lo cubriera de la cintura hacia abajo tan solo incrementaban su curiosidad por tener un vistazo de lo que había conocido tiempo atrás. No existía en su entorno, románticamente o no, otro hombre que poseyera ese potente sex-appeal. Daba igual si ella quisiera evitar arrastrar su mirada hacia él, porque eso no era posible. Cassidy había aprendido en esos días a disimular la forma en que lo observaba para no ser pillada infraganti o dar pie a una situación de la que no fuera capaz de salir. Intentaba mostrarse desinteresada.

—Dereck, te necesitan despierto, urgente —dijo ella de pie junto a la cama. Se cruzó de brazos. Notó que las sábanas estaban revueltas, y en la mesita de noche junto a él había un Gatorade, una botella de agua y píldoras—. Hay un asunto en Balgratva. Me llamaron para que te diera el mensaje, porque no respondías el móvil.

Él abrió los ojos al escuchar esa voz suave.

Frunció el ceño al notar cómo Cassidy estaba vestida. Ese cuerpo parecía envuelto en un empaque diseñado para torturar a cualquier hombre de sangre caliente que supiera que no era posible tenerlo ni disfrutarlo. La gran diferencia era que Dereck no formaba parte de ese grupo de mortales, pues él sí había tenido la fortuna de conocer cada recodo de esa anatomía. El problema era que su deseo por ella se acrecentaba a diario, y eso era un peligro.

La única forma de quitarse esa tentación era despedirla, pero si lo hacía estaría incurriendo en un incumplimiento de contrato, y con ello su cláusula con Byron, firmada muchos años atrás. Transferir de departamento a Cassidy, en tan breve tiempo, levantaría sospechas sobre la calidad su desenvolvimiento profesional a ojos de Becca o cualquier otro ejecutivo que supiera que Cassidy era la relacionista pública que trabajaba directamente con él; eso sería una canallada de su parte, porque dejaría entrever la falsa percepción de que ella no estaba capacitada o no poseía suficiente eficiencia para trabajar con altos ejecutivos, y no era para nada el caso. Así que estaba atrapado entre el deseo, la ambición profesional, y una puta cláusula legal.

Lo más fácil era que Cassidy renunciara por cuenta propia. Aunque, conociendo lo testaruda que solía ser, él dudaba que fuese un camino plausible.

—¿A dónde te vas vestida de ese modo? —preguntó él, porque fue lo primero que se le cruzó por la cabeza. Ese vestido corto de una sola manga estaba hecho para cautivar, y él deseaba con locura reencontrarse con las curvas que cubría la tela.

—Ya te he dado el mensaje —replicó Cassidy con indiferencia—, así que más te vale que dejes tu noche de juerga sexual y te pongas a trabajar. Boram parecía muy preocupado porque tu hermano quería contactarte desde hace ya varias horas.

Él enarcó una ceja haciendo conjeturas sobre el motivo de la acidez en el tono de voz femenino. Fue Samia quien abrió la puerta de la suite, así que no le era difícil a Dereck darse cuenta de que su exnovia de la universidad creyese que él estaba teniendo sexo, y ella, interrumpiendo. Se preguntaba si estaría celosa, porque de ser el caso, la perspectiva le parecía muy interesante.

—Juerga sexual, ¿eh? —preguntó cruzándose de brazos, y haciendo que su musculatura sobresaliera.

Cassidy no quería pasar más tiempo en esa suite. Acababa de cumplir su objetivo: dar información. Ahora regresaría a su habitación para quitarse de la cabeza las molestas imágenes

que se formaban de Dereck con Samia. La infame mujer había pasado a la recámara de la suite, sonreído, y luego ingresado al cuarto de baño.

—Adiós —murmuró ella, apartándose y dándole la espalda.

—Quédate, Cass —dijo en tono conciliador, y llamándola por el apodo con el que solía tratarla. Soltó una exhalación.

La cabeza le daba vueltas y no podía imaginar qué diablos querría ahora el jodido equipo de abogados del sultán de Balgratva para conseguir que Ryder lo hubiera llamado. Al menos Bordam era eficiente y había localizado a la única persona que podía darle el urgente recado en la costa este.

Los ojos de Cassidy relampaguearon ante la sorpresa por el modo en que él estaba hablándole, en especial por utilizar el diminutivo que le parecía muy personal. Demasiado íntimo. Giró sobre sí misma para volver a mirarlo.

—Samia... —empezó ella, señalando el cuarto de baño.

—No es lo que crees —interrumpió e hizo un gesto para que reparara de nuevo en las botellas y las píldoras—. Cerramos el trato con el señor Naoto, pero tomará un poco de tiempo hasta que tengamos finiquitados los documentos.

—Felicitaciones, me alegro por eso —dijo ella en tono sincero.

Él asintió con una sonrisa.

—Comimos sushi —dijo esto último como si fuera explicación suficiente, y lo era, porque Cassidy sabía que él tenía un estómago sensible en lo relacionado al sushi y las variedades de sashimi.

Ella enarcó una ceja en un gesto de reconocimiento ante la mención del sushi, y los efectos en Dereck. Ladeó la cabeza con expresión impasible.

—Tú no das explicaciones a nadie si mal no recuerdo —murmuró, mientras recordaba la ocasión en que descubrieron que él no toleraba esa clase de comida asiática. Fueron a probar un menú japonés, y a las pocas horas Dereck había empezado a sentirse mal, luego vomitó, y pasó dos días en cama.

—No quiero que nuestra relación de trabajo se vea opacada por una situación que puede ser malinterpretada. No te mentí cuando te dije que entre Samia y yo no existía nada —replicó, consciente de que, si no quería derribar el frágil puente de confianza profesional que tenía con Cassidy, necesitaba hacer esa puntualización—. Puedo ser un cretino, pero no manejo una doble moral al decirte cuánto detesto la deshonestidad, para luego meterme entre las sábanas con quien la representa.

Después de haberle hablado del asunto de la separación de la sociedad en DT Enterprises, le parecía válido hacer una aclaración. No solía importarle la percepción de otros, pero encontraba que, a medida que pasaban los días, sí le interesaba la de la única mujer que no había logrado olvidar por completo.

Por otra parte, no podía quitarse la imagen de Cassidy desnuda en la tina, y ahora, al verla tan hermosa y sensual, los celos se apropiaron de él. Que otro hombre pudiera tenerla, le parecía indignante. El neandertal que habitaba en su mente lo instaba a hablar y a dar razones, porque creía que con eso no daba pie a controversias que resultaran en su contra. Imaginaba que algún efecto extraño debía tener ese jodido sashimi para que él estuviese actuando de esa manera.

—No es algo que me interese —replicó Cassidy apartando la mirada.

El agua del cuarto de baño, en el que estaba Samia, estaba corriendo. No estaban en riesgo de que la mujer pudiera escucharlos.

—Considéralo una ofrenda de paz —dijo Dereck con una resplandeciente sonrisa, al notar el sonrojo de ella—. Y si te preguntas por qué está en el cuarto de baño, pues la chaqueta que llevaba sobre el vestido se manchó con salsa de soya, así que imagino que está limpiándola, porque la mujer es histérica con esas idioteces.

Cassidy soltó una exhalación. Llevaban días dando vueltas uno alrededor del otro. La tensión estaba creando una situación entre ambos que, tarde o temprano, iba a reventar. Lo prohibido era cautivador, por supuesto.

—No sabía que estábamos en guerra —replicó ella.

Él sonrió de medio lado. Se acomodó, y apoyó la espalda en el respaldo.

—¿Solo estabas celosa de que estuviera acostándome con otra mujer? —preguntó con su usual tono despreocupado.

—No cruces esa línea —murmuró apartando la mirada.

—Porque la idea de que estés con otro hombre me pone celoso, ¿qué te parece eso como parte de la conversación?

Ella lo quedó mirando con ligero asombro por la admisión.

—¿Qué dices, Dereck?

Cassidy se sentía en un dilema consigo misma. Si ella daba pie, entonces él seguiría el ritmo de sus intenciones y acabarían juntos en la cama. ¿Le parecía horrenda la posibilidad? No. ¿Se arrepentiría? La falta de respuesta a esta pregunta era el punto de referencia que le creaba conflictos entre la Cassidy resentida, y aquella que había madurado hasta el punto de considerar tener un poco de diversión sin secuelas. Aunque, por supuesto, cuando estaba Dereck Toussaint involucrado siempre existían consecuencias, y nunca eran las esperadas.

—Dereck —interrumpió Samia con una sonrisa, saliendo del baño, perfectamente acicalada, y con la chaqueta colgando de su brazo. Su presencia era impecable—, ¿necesitas algo más? No tengo problema en quedarme contigo, ya te lo dije, porque Vincent está con la niñera.

Cassidy se acomodó en una bonita butaca de cuero rojo, mientras observaba el intercambio: despreocupado en el lado de Dereck, y entusiasta en el de Samia.

—Gracias por haberme ayudado a llegar sin problemas, y por pedir la medicación a la farmacia. Nos veremos después, en la oficina. Ahora mismo —dijo él con una mueca de hastío disimulado—, tengo que trabajar en algo de TS2.

Cassidy no pudo evitar reparar en el hecho de que Dereck tenía puestos los pantalones debajo el edredón. Una pena para sus ojos femeninos ávidos de recordar ciertas partes de esa anatomía viril. No reconocería que eso le provocó un poco de alivio, en especial porque él acababa de decirle, mirándola a los ojos, que no ocurrió nada con la madre de Vincent. ¿Debería continuar dudando, a pesar de que él acaba de echar, educadamente, a Samia de la habitación?

Lo único en lo que podía creer Cassidy era que Dereck no era un hombre de dobles discursos; mentiroso, en un alto porcentaje, al menos en su experiencia con él; mujeriego, por supuesto; doble moral, no, en especial en los negocios. Además, se preguntaba si de verdad estaba celoso por la perspectiva de que ella tuviera una cita. ¿Qué líneas empezaban a desdibujarse con esa clase de comentarios?, se preguntó, preocupada por su cordura.

—¿Seguro? —preguntó Samia, ocultando su expresión de fastidio ante el educado rechazo, en especial porque existía una testigo.

—Sí, estoy seguro, gracias —replicó Dereck.

Samia hizo un asentimiento.

—Por supuesto, nos veremos, y que amanezcas mejor —dijo la pelinegra con su mejor

sonrisa falsa. Después miró a Cassidy—: Adiós.

—Que vaya todo bien —replicó la relacionista pública con ironía.

Cassidy no sabía por qué Dereck le habría pedido que se quedara, en especial porque ella no tenía nada que ver con el contrato en Oriente Medio o sus implicaciones. Una vez a solas, ella se limitó a sentirse cómoda con su entorno. Por supuesto, el pálpito de su corazón, cual corredor del circuito de ciclismo en Francia, desdecía su aparente calma exterior.

Dereck se incorporó de la cama, y bebió lo que quedaba del Gatorade. Después se acercó hasta quedar frente a Cassidy. Ella elevó el rostro.

—¿Tienes una cita, Cass? —preguntó él.

—No, ya la tuve. —Los ojos azules brillaron con un inequívoco toque de celos y posesividad —. Una cena con un viejo amigo —agregó.

Él ladeó la cabeza e introdujo las manos en los bolsillos, porque la tentación de acariciarle el rostro era demasiado potente.

—¿Amigo y amante? —preguntó él con la voz profunda y letal.

—Amigo —replicó al cabo de un rato—, y no es algo que deba interesarte.

—Da la casualidad de que me interesa, Cass —replicó con desafío.

Ella soltó una exhalación y meneó la cabeza. Después se incorporó de la butaca, porque no le gustaba tener que mirarlo desde el asiento, prefería estar a la misma altura. Además, él era bastante intimidante, ni qué decir si tenía que elevar el rostro para conversar de tú a tú.

—No deberías llamarme con ese apodo —dijo tragando saliva, y cruzándose de brazos—, no es profesional.

—Creo que será más fácil si dejas de pretender que no nos conocemos —dijo, mientras daba un paso más hasta invadir el espacio personal de ella. Cassidy, como bien predijo, no se apartó. No era de las que retrocedían.

—No he pretendido jamás semejante idiotez, Dereck, tan solo que estamos en puntos diferentes de nuestras vidas, y ya ha pasado demasiado tiempo desde la universidad. No tiene sentido retomar el pasado —dijo.

Cassidy se guardó el mencionarle que tenía un secreto que era más grande que la venganza juvenil, el resentimiento o la química sexual. Si él llegaba a descubrir esa parte oculta, su episodio con Ferran, la empezaría a cuestionar demasiado. No sabía si sería capaz de que otro ser humano la moliera a preguntas, en especial cuando ya tenía suficiente con sus tormentosos pensamientos que la arrinconaban cada tanto. Ella era la peor juez de sí misma, la más dura; no le hacía falta otro adicional.

Por ese pasado era que Cassidy prefería mantener un perfil bajo. Ella gestionaba todo detrás de escena para sus clientes. Jamás intentaba ser el centro de atención, y desde Ferran no volvió a asistir a las grandes fiestas; procuraba ser poco notoria. Claro, siempre había alguien que podía reconocerla o recordar el pasado, y por eso también evitaba postergar sus visitas a Connecticut. Sabía que la gente olvidaba, pero no toda. Siempre quedaban aquellos que tenían algún chispazo en su memoria que podía recordar esa horrenda noche. Daba igual que la historia se hubiera enterrado en la prensa local de Connecticut tan rápido como salió.

La necesidad de que Aaron hiciera las fotografías para la publicidad en lencería cubriendo su rostro no fue un capricho para procurar ser misteriosa, claro que no. Cassidy, aunque a veces exageraba, prefería ser cautelosa. Que Dereck la hubiera reconocido decía mucho de la memoria de él y daba una pauta de que ella no había sido un borrón en su lista de amantes. Sin embargo, le quedaba la tranquilidad de que era imposible que otros la identificaran por el simple hecho de

ver un cuerpo cubierto en ropa íntima, y envuelto en detalles que ocultaban el rostro.

Si él se sentía mínimamente amenazado a nivel corporativo, la destruiría sin dudar. Para Dereck siempre habían tenido prioridad sus negocios, no las personas, salvo por su hermano Ryder y su madre, Edith. Eso lo sabía ella muy bien, y tenía la certeza de que ese era uno de los principios de vida que los hombres forjaban en acero. ¿No resultaría irónico que la persona que estaba para arreglar la reputación de Dereck fuese la que pudiera llevarlo a la ruina por el solo hecho de estar vinculado laboralmente con ella? Por eso era primordial mantener un perfil bajo.

Ella estaba habituada a comandar sus propias batallas. La única en la que necesitó refuerzos casi le costó la vida y su libertad. No era desagradecida, porque gracias a la influencia de su padre, Cassidy, no fue sujeto de acoso mediático. Sin embargo, que Byron hubiera intervenido en el episodio con Ferran, jamás podría disculpar que años después él hubiera preferido creerle a Thiago.

Ya lo decía ella, su elección de relaciones amorosas era un caos tras otro. En ocasiones llegaba a dudar de su criterio, pero la vida continuaba, y Cassidy prefería utilizar el tiempo dándose la oportunidad de abrirse al amor, en lugar de contar todas las veces en que se había llevado chascos.

—Lo pasábamos bien juntos. Nos divertíamos —replicó él, mientras caminaba hacia el sitio en el que tenía la MacBook Pro—. Fuera y dentro de la cama.

Ella puso los ojos en blanco. Él no se molestó en ponerse una camisa, y al verlo de espaldas, Cassidy notó cómo sus músculos se movían al compás de sus movimientos. No solo eso, sino que notó el tatuaje que, en la universidad, no tenía. Sintió curiosidad, pero guardó la pregunta al respecto.

—Dereck...—dijo en tono de advertencia.

—Es lo que siempre quieres escuchar: la verdad, ¿me equivoco? —preguntó, mientras abría la tapa del ordenador y regresaba para sentarse en la cama. En esa posición tenía la mirada directa de Cassidy—. Entonces, al ser abogado, imagínate qué interesante saber que comparto contigo el mismo principio de decir siempre la verdad y nada más que la verdad. —Ella soltó una carcajada de incredulidad por su desfachatez. Los abogados eran los más mentirosos, porque siempre trataban de tergiversar las cosas a su favor o del cliente—. Entonces, háblame de ese amigo tuyo.

Ella meneó la cabeza ante su desparpajo. Él pretendía obtener información, pero era quien, por lo general, rehusaba darla.

—Solo vine a darte un mensaje, no a ser parte de un interrogatorio —replicó acomodándose la gargantilla de oro con un dije de diamante que llevaba—. ¿Ya te sientes mejor? —preguntó, cambiando el tema.

—Un poco —murmuró, mientras revisaba los documentos que había recibido de Oriente Medio. Lo cabreó ver que se necesitaban cambiar nueve cláusulas por unas minucias de terminología. Apartó la cabeza de la pantalla, y miró a Cassidy—: Quiero renegociar contigo algo importante.

—¿Ahora mismo? Te están pidiendo esa gestión, no tienes mucho tiempo, me dijo Boram que máximo en dos horas esperaban los cambios.

—Soy rápido en lo que hago, no necesito dos horas —replicó—. Vamos a marcar una tregua. —Ella enarcó una ceja—. Deja de ponerte a la defensiva erigiendo barreras conmigo, y yo procuraré ser más colaborador en tu gestión de trabajo.

Cassidy lo observó con recelo.

—No necesitas negociar algo que es lógico, Dereck. Colaborar conmigo es también colaborar contigo mismo —replicó con tedio—. No me pongo a la defensiva, tan solo me gusta mantener los límites laborales y personales.

Él sonrió con suficiencia.

—Dijimos que nada de mentiras, Cass. —Ella empezó a caminar de un lado a otro, tal como hacía cuando algo no le gustaba demasiado, pero tenía intención de hallar el punto medio para lidiar con ello—. No voy a aceptar más citas con mujeres que no llegan al estándar, y ahora mismo no tengo tiempo para perder. Encuentra otra forma de lograr ese objetivo o lo encontraré yo.

Ella lo miró con altivez.

—Las candidatas no tienen nada de malo. De todas maneras, ya que pronto vamos a marcharnos hallaré la forma de encontrar alguien en Oriente Medio que cumpla ese papel. No creo que llevarla a Nueva York, con todo pagado, sea un problema. Mis contactos pueden encontrar una agencia de citas sin problema.

Dereck se echó una carcajada ante la insistencia de Cassidy con ese tema.

—No más citas en San Diego: acuerdo número uno ¿cerrado?

—Si vas a hacer que mi trabajo sea más fácil de cumplir, no tengo problema. No más candidatas en esta ciudad —concedió, aunque sentía lástima porque la candidata que tenía previsto para el siguiente día era fabulosa para sacar de quicio a Dereck. La muchacha se llamaba Annette, y además de tener estudios de biología marina, se dedicaba a cultivar marihuana y hacía retiros hippies los fines de semana en todo California—. Aunque ya que no vetaste las de Oriente Medio, entonces consideraré que das el visto bueno.

—No asumas, y tampoco protestes. No más idioteces de esas, Cassidy. Las elecciones, de ahora en adelante, las hago yo —dijo anticipándose a la réplica que ella iba a dar—. El segundo punto que quiero negociar es que aceptes salir a cenar conmigo mañana. Como amigos —dijo esto último en tono aclaratorio al notar cómo la expresión de Cassidy se cerraba a querer continuar esa conversación.

Él tampoco sabía por qué carajos estaba diciendo todo aquello. La única certeza era que, si ella iba a salir con alguien, entonces más le valía asegurarse de ser él. ¿Ridículo? No, eso era más bien algo descabellado. Estaba verbalizando todo lo que, por principio de supervivencia, jamás le hubiera pedido a Cassidy.

Ella bajó la cabeza e hizo una negación. Luego elevó la mirada, cruzándola con los expectantes ojos azules que tenía enfrente, y consideró que, por esa noche, ya había tenido suficiente. La presencia de Samia requirió una aclaración, inesperada de parte de Dereck, sí, pero, ¿y qué había de otras mujeres de las que ella no supiera?

—Si tienes una amante, Dereck, tienes que decírmelo. No quiero tener que lidiar con una mujer herida o lastimada, porque sales en la prensa con otra.

Él sonrió de medio lado. Un gesto muy sensual que ella disfrutaba, pero jamás verbalizaría semejante admisión.

—No sabía que sentías curiosidad por las mujeres con las que me acuesto, ¿es también parte de tu trabajo? —preguntó, y sonrió ampliamente al notar el sonrojo en las mejillas femeninas.

Cassidy achicó los ojos.

—En el avión de venida me comentaste que tenías una amante, y que estaría en San Diego. No he querido ahondar al respecto, porque no me apetece recibir un comentario absurdo a modo de respuesta. Eso es todo, pero ya que estamos en esta “negociación”, considero que es necesaria

esa información. No me gusta manejar crisis ridículas, y que obviamente podrían darse si una mujer se siente amenazada o traicionada por ti, así que evítame esa clase de absurdos laborales, por favor —replicó.

—Mañana estaré casi todo el día en un *networking* con Samia, por si intentas localizarme. No te preocupes por mis amantes, Cass, no llegarán como fantasmas de Scrooge a atormentarnos —dijo evitando responder a la petición de Cassidy.

—¿Eso es un sí o no? —preguntó ella perdiendo la paciencia, porque no le gustaban las evasiones, ni tampoco la duda personal de si él estaba saliendo con alguien en esa ciudad o bien había viajado, tal como le dijo Dereck en el avión, desde Nueva York a San Diego en otro vuelo.

Entre los dos parecía fraguarse una fuerza gravitacional. La manera en que Dereck la miraba era desconcertante, y lograba generar en Cassidy un aleteo similar al de cientos de mariposas en el estómago.

Él apartó el ordenador con deliberada lentitud de su regazo, y lo puso sobre la cama. Después se incorporó y caminó hacia Cassidy. Se quedó tan cerca que sus cuerpos parecían tocarse, y ella tuvo que elevar el rostro para mirarlo a los ojos. La sensación de tenue desestabilización se adueñó de Cassidy, porque la atracción que sentía por Dereck se podía palpar con pasmosa facilidad.

—Acepta cenar conmigo mañana, Cass —dijo extendiendo la mano y acariciándole la mejilla con los nudillos—. Son muchos días que vamos a pasar juntos como compañía constante del uno y el otro, ¿qué mejor si limamos asperezas?

Ella sintió la tenue caricia en todo el cuerpo. Si continuaba en esa posición, entonces corría el riesgo de ceder a su deseo de extender las palmas de las manos y acariciar la piel dorada, marcada de músculos firmes, que tenía ante ella.

Dio un paso a un lado. Él no intentó disuadirla, pero su expresión de suficiencia le daba a entender a Cassidy que sabía que era innegable la química sexual entre ellos, y que ella se apartaba para evitar sucumbir.

—Por hoy creo que hemos hablado suficiente, Dereck. Sin embargo, no me das toda la información que necesito. Si llego a cometer un error no forzado, entonces debes llevar muy claro que será tu responsabilidad. No puedo estar a ciegas, y tú o Becca pretender que apague posibles incendios.

Él no estaba en condiciones de hacer ninguna movida más provocadora esa noche con Cassidy. Por otra parte, si continuaba el resto del viaje ignorando lo que transpiraba entre ambos iba a perder más contratos que ganarlos. La mujer lo volvía loco, y al parecer su cuerpo reaccionaba a ella con pasmosa facilidad.

Le resultaba una vergüenza su falta de control, en especial cuando había practicado tanto tiempo artes marciales y estas procuraban que la mente fuese la que comandara al cuerpo. ¿Y qué ocurría cuando la mente no servía para alejar imágenes pecaminosas de una misma mujer todo el tiempo?

No podía quitarse a Cassidy de la cabeza, y necesitaba hacer algo al respecto. Intentar que renunciara a la compañía era fácil, a través de presiones excesivas con carga laboral, pero ella se daría cuenta de que él estaba detrás, y empezaría a sospechar que existía algo más allá de un simple intento de librarse de ella. La mujer era suspicaz. No le llevaría mucho tiempo saber que él escondía un secreto que haría que lo odiase sin opción a redención, pues si ella se enteraba del acuerdo con Byron, Dereck estaba seguro de que Cassidy iba a borrarlo de su vida. Otra vez.

—Tan solo porque tengo que trabajar, y este contrato es trascendental puedo considerar

renegociar este asunto de la información de mi vida sexual más adelante —replicó, mirándola con sensualidad. Ella se sonrojó, pero no porque se sintiera intimidada, sino por coraje. Esa diferencia le era muy conocida a Dereck—. En otra ocasión, negociaremos hasta el final, y sin opción a prórrogas. Quizá en el pasado no me diste la opción de hablar y aclarar ciertos asuntos, Cass. Ten por seguro que, de ahora en adelante, si alguien va a escuchar lo que tengo que decir eres tú.

Un escalofrío de anticipación recorrió la columna vertebral de Cassidy.

—Espero que amanezcas mejor, y la respuesta a tu invitación para cenar es un no. He venido a trabajar, no a tener salidas amistosas con mi “jefe”, en especial si este tiene por costumbre esconderme información que puede causarme líos en un trabajo cuyo objetivo es reformar su imagen —replicó, cansada.

—¿Quieres escurar tu curiosidad sobre mi vida sexual con temas laborales? —preguntó cruzándose de brazos. Quemándola con la mirada—. Porque si es así, lo cierto es que no pasa nada. Solo acéptalo y tendrás tu respuesta —le hizo un guiño.

Que hubiera rechazado su invitación a cenar, no implicaba que él no haría alguna otra movida para conseguir que terminara aceptando. Todavía le quedaban muchos días por delante. La perspectiva de un reto, en medio de todo el trabajo que tenía entre manos, le parecía estimulante. No sabía qué iba a hacer con Cassidy, pero si de algo estaba seguro era de que ya era tiempo de limar las asperezas de una forma placentera, y así sacarse mutuamente del sistema del otro. Luego todo fluiría mejor, y la tensión sexual que parecía a punto de absorberlos, sería inexistente.

Él no tenía relaciones sentimentales e imaginaba que su corazón estaba demasiado oxidado para considerar retomar ese camino que solo había transitado una vez. Cassidy Ashford era peligrosa. Podía ser su diosa y su cruz; daba igual el tiempo.

—Eres ridículo —replicó dejando caer los brazos a un lado.

Él soltó una risa gutural.

—Al menos, Cass, no estoy rompiendo el principio de decir la verdad. ¿Puedes tú decir lo mismo en esta puntual ocasión? —preguntó con picardía.

Ella no se dignó a responder, y abandonó la habitación. Fue a buscar su suite, porque era el sitio más seguro lejos de la mirada cautivadora y llena de fuego azul.

CAPÍTULO 10

*Dubái, Emiratos Árabes Unidos.
Oriente Medio.*

El viaje desde Estados Unidos lo hicieron en dos aviones separados, porque Cassidy necesitaba terminar una ronda de gestiones en San Diego, y Dereck no podía dilatar su estancia en California, en especial cuando ya había logrado, en su *networking* de mercantes para acceder a la vía marítima hacia Australia, obtener un abanico de contactos para decidir si podría encontrar entre ellos un posible socio y ofrecerle un pequeño porcentaje de la sociedad de DT Enterprises, una vez que Samia saliera por completo del panorama legal. Esto último sería muy pronto, porque él iba a encargarse de liquidar toda la documentación.

Dereck y Cassidy organizaron los itinerarios para encontrarse directamente en Emiratos Árabes Unidos. Fue una manera eficiente de aprovechar el tiempo, y no sucumbir a las posibilidades cargadas de tensión que empezaban a crearse entre ellos.

Después de la conversación que sostuvieron noches atrás, Cassidy se sumergió en una vorágine de trabajo, pues su finalidad era ignorar las miradas burlonas de Dereck, quien parecía muy consciente de que ella estaba haciendo todo lo posible por evitar quedarse a solas con él. No estaba errado, por supuesto.

No era nada fácil lidiar con las emociones contradictorias que ella llevaba dentro. Casi le parecía estar sosteniendo un diálogo con un angelito bueno y con otro malo. No sabía a cuál de ellos hacerle caso, porque entre la razón y el deseo la competición era bastante ardua. Tampoco es que Dereck se lo estuviese poniendo fácil. En lugar de mostrarse cretino, como en un inicio, ahora parecía haber encontrado la forma de desplegar sus sonrisas llenas de encanto para ella.

Cassidy sabía que durante su estancia en Dubái no necesitaba generar mayores cambios en su agenda de trabajo. Dado que sus contactos en ese país eran muy limitados, ella pretendía hacer autogestión en la medida que le fuera posible. Además, no tenía claro qué clase de eventos iría a atender Dereck.

Se acercó a la inmensa ventana, y miró el panorama. Se acercó para contemplar el radiante sol bañando Dubái. Esbozó una sonrisa resplandeciente. Aquella era su primera visita a Oriente Medio, y sentía gran curiosidad por experimentar esa cultura. Sabía de las restricciones para los extranjeros, en especial las mujeres, así que había sido muy cuidadosa al momento de elegir sus atuendos. Nada escotado, ni blusas de tirantes, ni faldas cortas o ropa ceñida; las demostraciones de afecto entre parejas estaban prohibidas, y al salir o entrar en la piscina o playa era necesario vestirse.

A ella no le sorprendió que el sitio para hospedarse hubiera sido el decadente hotel Burj Al Arab, el más lujoso de la ciudad y el único con siete estrellas, y una flota de Rolls-Royce Phantoms a disposición de los huéspedes para traslados. La bella edificación estaba en una isla privada a la cual se podía acceder tan solo a través de un camino custodiado con alta seguridad.

No había mucha necesidad de desplazarse grandes distancias para llegar a las principales atracciones de Dubái, pues quedaban bastante cerca del hotel. Desde su habitación, Cassidy podía contemplar el mar, y moría por disfrutar de las piscinas infinitas que ofrecía el lugar. En la

playa había tumbonas y cada una contaba con un mayordomo. ¿Qué tal con eso? Aunque lo que más le gustaba era la decoración.

El interior del hotel era un sueño. Poseía treinta diferentes tipos de mármol, gigantescas estancias decoradas en colores vibrantes, y el oro predominaba en todas las áreas. Incluso en el cuarto de baño, la grifería era de ese metal precioso. Resultaba espectacular que todas las habitaciones fuesen dúplex con vistas increíbles.

Cassidy estaba hospedada en una suite Premium. ¿Uno de sus lujos? Un cine privado, y una mesa de billar profesional. Se apartó de la ventana y se lanzó de espaldas sobre el colchón con un largo suspiro. No sabía qué iba a traerle el destino en esos próximos días, pero tenía toda la intención de aprovecharlos.

Fue hasta el cuarto de baño, y se dio una larga ducha. Se acicaló el cabello y luego lo ordenó en una bonita coleta. Sacó el vestido blanco de mangas cortas sencillas, y cuello redondo, que, junto al cinturón dorado, se ajustaba a su cintura. El atuendo era sobrio, recatado, y marcaba su figura de forma tenue. Llevaba unos zapatos cómodos en punta en tono turquesa, y que combinaban con sus alhajas.

Se dirigió al piso en el que se encontraba el salón Suha. Por directrices específicas se había reservado al completo solo para los tres asistentes: Dereck; el billonario árabe, Sallet Murak, y el griego dueño de To Méllon, Tenakos Arikides.

Cassidy tenía como trabajo atender y coordinar las actividades de esos encuentros, al menos las que le correspondían a Dereck, y así aprovechar en sacar fotografías o breves cameos que quizá podrían servirle más adelante para la oficina. Sabía que no le sería posible escuchar o participar, sino ser una simple observadora.

—Bienvenida, señorita Ashford —le dijo uno de los camareros, muy formal. Era imposible que la conociera o pudiera identificarla, pero tampoco la sorprendió. Ese era parte de los detalles que de seguro había garantizado al hotel las siete estrellas—. Mesa para una persona, ¿correcto?

Ella esbozó una sonrisa amable.

—Gracias. Sí, una sola persona —replicó.

Cassidy iba a sentarse en una mesa diferente a la de negocios, y le parecía genial, porque la vista desde la ventana era un espectáculo. Imaginaba que esa impresión iba a repetirse durante el resto de su estadía.

A medida que avanzaba notó que en la mesa ya estaba Dereck.

Al ser el espacio reservado solo para ese reducido número de personas, él la notó al instante. Cassidy no lo había visto en un par de días, pero el impacto de su sonrisa le calentó el cuerpo. Él se apartó de la silla, varios metros lejos de la asignada a Cassidy, y se acercó procurando no tocarla. Le hizo un gesto al camarero para ser él quien le abriese la silla. Ella meneó la cabeza sentándose, no porque le pareciera mal, sino porque esos gestos encantadores eran su ruina.

Él había ido con veinte minutos de antelación al salón a propósito, pues sabía que Cassidy estilaba asistir a los eventos antes de la hora prevista. Quería tener un momento a solas con ella, y aprovechar que Cass no podía marcharse sin más, primero porque estaba en otro país y sería de mala educación; y segundo, porque ella era la que necesitaba llevar un registro de las actividades que él desarrollaba en Dubái.

Se acomodó en la silla frente a la de ella. No iba a negar que la usual cercanía, le había hecho falta. Casi se había convertido en un estímulo necesario para darle rienda suelta a su imaginación en lo que a Cassidy se relacionaba.

—Estás muy guapa —dijo de sopetón—, y eres una visión con esa ropa que parece recatada,

pero al interior, sé que se esconden unas curvas impresionantes que me gustaría recorrer de nuevo, Cass. Aunque —continuó mirándola con intensidad, hablando con voz profunda—, siempre has sido hermosa.

El resplandor del sol se filtraba de manera tenue, y hacía que los ojos de Dereck parecieran más claros de lo normal. Un embrujo orquestado por la naturaleza.

Cassidy sintió cómo esos penetrantes ojos celestes la mantenían cautiva. No podía mirar hacia otro lado, y esa familiar sensación de burbujeante emoción que, durante tantos años le fue ajena, parecía haber regresado con fuerza. Por él.

Ignoraba si era normal o no que pudiera sentir cómo su sangre bombeaba con más lentitud, palpitando en sus venas. El efecto que Dereck tenía en ella era peligroso, y así había sido desde el primer instante en que sus miradas se cruzaron, una tarde de enero, en sus años universitarios.

—El viaje te ha instado a hablar más de lo que deberías —replicó ella, riéndose, consciente de que podía estar sonrojándose—. Gracias por tus cumplidos, pero estamos trabajando, Dereck.

Él enarcó una ceja. Llevaba un traje a medida en tono gris marengo, y una corbata azul. El cabello lo tenía peinado hacia atrás, y una barba de tres días adornaba sus facciones sensuales y masculinas.

—La verdad, esa que tanto te gusta, no tiene momento específico para mencionarse —contestó con una sonrisa implacable.

—Ya llegaron tus potenciales socios —replicó Cassidy, sintiéndose más calmada, mientras observaba la entrada. Cuando Dereck no andaba con rodeos, el impacto de sus palabras y gestos era más potente en ella. Ser la receptora de sus intenciones y avances, la ponía nerviosa, pero intentaba no demostrarlo—. Esta es una reunión de negocios, así que las cortesías sociales no son parte del repertorio. Tengo todo a punto para tomar fotografías. Déjame saber con un gesto cuándo proceder. Puedo ser muy discreta, así que no voy a interrumpir.

—Cena conmigo más tarde, Cass —dijo en tono gutural.

No hacía falta que él la tocara, porque su voz era una caricia en sí misma.

—Imposible. Tienes una fiesta en la mansión de Sallet, según el itinerario que me pasó Boram desde Nueva York, y yo no formo parte de los invitados. Así que aprovecharé mi tiempo libre para visitar la fuente de agua de la ciudad, y familiarizarme con el hotel que, por cierto, está hermoso.

Dereck se incorporó de la silla con lentitud.

—Si no hubiera esa fiesta, a la que por motivos obvios no puedo dejar de asistir, ¿cenarías conmigo? —preguntó ladeando la cabeza. Su expresión parecía cándida, pero su mirada pícara la desdecía.

Ella soltó una exhalación.

—No es una buena idea, en especial si consideramos que tienes la tendencia a permitir que cualquier mujer se meta en tu habitación con cualquier excusa —dijo, en referencia a Samia—. Lo que menos quiero es inconvenientes o malentendidos.

Dereck no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Sigues celosa? —preguntó, a duras penas conteniendo las ganas de levantarla de la silla, rodearla con sus brazos y besarla hasta quedarse sin aliento.

—Nunca lo estuve —replicó, mientras apartaba la mirada para observar el paisaje del mar y los edificios que, desde esa altura, se veían pequeñísimos.

—Ah, Cassidy, pronto dejarás de decirme mentiras —replicó sin perder el tono de flirteo, y disfrutando verla con las mejillas sonrojadas—. Te haré una señal con la mano cuando puedas

acercarte y hacer fotografías.

—De acuerdo —murmuró, maldiciéndose por haber cometido el error de verbalizar lo que llevaba molestándola desde que vio a Samia en la suite de Dereck en el Hotel del Coronado.

Antes de que cayera la noche por completo en Dubái iba a ir a la fuente de agua, disfrutaría el espectáculo, mientras tenía como telonero en el horizonte el precioso rascacielos Burj Khalifa. Después regresaría al hotel, entraría a la sala de masajes, y dormiría hasta el siguiente día. Claro, no sin antes disfrutar de la gastronomía local que se le antojaba muchísimo. Esa era la única forma de ignorar el impulso de aceptar cenar con Dereck.

El concepto de fiesta no variaba de cultura a cultura, pero sí lo hacían los ingredientes que se utilizaban para convertirlo en un evento entretenido. Sallet Murak era un apuesto árabe de treinta y cuatro años de edad. Con unos potentes ojos negros, y una expresión audaz, el hombre derrochaba autoridad por los cuatro costados. No solo eso, sino que era atractivo a los ojos de las mujeres. ¿Su forma de entretener a sus invitados estrella: Dereck y Tenakos? Un harén completo, siete hermosas mujeres semidesnudas, para que pudieran disfrutar, a través de bailes árabes tradicionales, la música, y la exquisita comida, en el sótano de la mansión.

Las reglas en los países árabes eran muy estrictas, aunque más para las mujeres. Si eras hombre, millonario (como era lo usual en Emiratos Árabes Unidos), entonces podías tener ciertas libertades que no solían observarse con asiduidad para los menos privilegiados. Todo era posible de llevar a cabo si se sabía la forma de conseguirlo siendo discretos, en especial en actividades privadas.

El alcohol no estaba permitido en la ciudad. Y si alguien te pillaba con aliento a licor, entonces se consideraba un delito. En este aspecto no existía flexibilidad, y daba igual la cantidad de dinero que hubiera en tu cuenta bancaria. Por este motivo en la megafiesta de Sallet no había bebidas alcohólicas.

—Hola —le dijo al oído una de las bailarinas a Dereck, mientras Sallet sonreía a su alrededor —, el anfitrión nos contrató especialmente para ti. Porque eres un amigo soltero y extranjero.

Sumaban al menos ocho amigos, camaradas de negocios y de otras conexiones de la vida del guapo árabe, y estaban fumando de varias hookah, y alternando con cigarros muy elaborados. El movimiento de las caderas ondulantes femeninas era hipnotizador, y con cada crescendo de la música se volvía más envolvente y atrapante a la vista de quienes lo presenciaban.

—¿No se supone que las mujeres no pueden hablar con los hombres? —preguntó Dereck, molesto por estar en esa situación. No iba a negar que los pechos turgentes y eróticos de esas mujeres lo excitaba, pero le parecía de mal gusto de parte de Sallet creer que, porque era americano y soltero, estaría interesado en llevarse a una prostituta de lujo a la cama. No era la forma en que se hacían negocios, él, no.

La mujer soltó una risa, sin dejar de mover sus caderas, rodeando a Dereck.

—Podemos hacer muchas cosas —le hizo un guiño—, en el ambiente correcto. ¿Cuál es tu nombre?

Dereck miró la expresión neutral de Tenakos, quien le devolvió una mirada de incomodidad. Él estaba casado y adoraba a Kyria. Al ser griego, su amigo era tan tradicional como los árabes a su modo, y entre sus reglas no se incluía esa clase de actividades que podían costarle un clavo en la conciencia con su esposa.

—No tiene importancia —replicó Dereck.

La reunión en el hotel les había tomado casi tres horas, pero él tuvo que redoblar esfuerzos para concentrarse, porque saber que Cassidy estaba a su alrededor era una distracción. El acuerdo tenía todavía algunos puntos por tratarse, pero de momento Dereck podía considerar interesante la inversión. No sabía cuántos días más permanecería en Dubái, pero iba a sacar el máximo provecho.

A pesar de la experiencia que estaban viviendo en ese instante, Dereck entendía que Sallet solo intentaba congraciarse con ellos o crear actividades que consideraba que podrían entretenerlos. Quizá tenía que ver con su vivaz personalidad y las aparentes ganas de rodearse de los mejores acuerdos para incrementar la fortuna. Entendía que el millonario no era de los que demostraban sus verdaderas intenciones de buenas a primeras, así que necesitaba entender su juego de negocios para avanzar en el tablero y sacar el mayor beneficio. No iba a tenerle en cuenta esta actividad en particular, y lo consideraría un desatino sin consecuencias.

—Oh, tienes razón, no hace falta —miró de refilón a Sallet, y el árabe se encogió de hombros—. ¿Deseas algo en particular?

—Lo que deseo no puedes dármelo tú, pero gracias por la oferta —replicó.

Al cabo de dos horas, Dereck y Tenakos regresaron en uno de los Rolls-Royce Phantom que pidieron al hotel. Acordaron con Sallet que se encontrarían al siguiente día en las oficinas centrales de la compañía de este, y continuarían la negociación.

Dereck estaba agotado, pero necesitaba analizar las propuestas comerciales de algunos de sus contactos en California y que había conocido durante el networking, en días anteriores, para considerar si se asociaba con uno de ellos o continuaba su aventura con DT Enterprises por su propia cuenta. No sería fácil, pero él disfrutaba de las pequeñas disrupciones que surgían en su plan de negocios. Aprendía.

Solo había una persona que, esa noche, podía contribuir a darle un poco de sosiego mental. Entendía que las reglas de no hospedarse en la misma habitación, salvo que fueran familia o esposos, eran inquebrantables. Aunque también llevaba claro que, en ciertos hoteles de altos costes por día de estancia, el staff hacía de la vista gorda. Imaginaba que, en esta ocasión, podría darse el caso.

Una vez que estuvo en el lobby del hotel se dirigió a uno de los salones. Ya era pasada la medianoche, pero si él era el jefe, entonces podía tomarse ciertas atribuciones y exigencias laborales. Solo esperaba que Cassidy no lo mandara al diablo, aunque, si lo hacía, él estaba seguro de que podría disfrutar una discusión con ella. Últimamente encontraba muy estimulante la idea de provocarla. La deseaba en su cama, y le daba igual si tenía que cruzar todo el Nilo a nado para conseguirlo.

Cassidy abrió los ojos poco a poco, y miró con agobio el teléfono vibrando sobre su elegante mesa de noche. El nombre de Dereck estaba en la pantalla. Se fijó que ya era pasada la medianoche. Si mal no recordaba, en Dubái era contra la ley estar en estado de embriaguez, y podía pagarse con la cárcel. «Dios, que no sea eso», pensó, mientras deslizaba el dedo sobre la pantalla y se volvía a acostar.

—Salvo que exista una crisis, estés en el hospital a punto de ser intervenido quirúrgicamente o estés a punto de ir a la cárcel, no encuentro motivo para que me llames a esta hora, Dereck.

¿Acaso no estás en la fiesta de Sallet?

Él la recompensó con una risa sensual y profunda que le recorrió toda la piel. La ropa de dormir le sabía a poco, porque su cuerpo estaba alerta. «Condenado».

—Hay un asunto de trabajo —dijo con seriedad—. Te veo dentro de treinta minutos en el restaurante Al Iwan, en el primer piso.

Ella estaba agotada. ¿Acaso no se habría divertido él lo suficiente y por eso necesitaba fastidiarle la existencia? Ahogó un bostezo. Después de la hermosa puesta en escena de las fuentes de agua, Cassidy había encontrado una comida buenísima, y de precio bastante económico para ser Dubái, en la cafetería Baker Spice. Ya había despachado las fotografías de esa tarde, y no admitiría que se quedó mirando incontables minutos el perfil, y las diversas expresiones faciales de Dereck. El hombre sabía cómo comandar una reunión, y la cámara lo adoraba. Daba igual si era de un iPhone o si acaso se trataba de aquellas viejas cámaras rescatadas de algún museo contemporáneo de doce megapíxeles.

—Dereck...

—Es una orden, porque estamos trabajando —replicó.

—Imbécil —murmuró consciente de que él ya había cerrado la llamada.

Lo primero que notó Cassidy era que Dereck olía a esencia de perfume femenino. No solo eso, sino que el cuello de la camisa tenía una mancha de maquillaje. ¿Es que acaso la había llamado, porque necesitaba despejar la mente después de haberse acostado con alguna prostituta de lujo de la ciudad? Un ramalazo de decepción amenazó con ahogarla.

—¿Qué es lo que quieres a esta hora? —preguntó ella de mala gana, mientras se sentaba frente a Dereck.

Durante semanas lo había adorado, vivido día a día enamorada. Los besos de Dereck habían sido como el aire para respirar, y cuando estaba a su lado todo parecía estar bien. El día en que se marchó, Cassidy apenas existía, tan solo sobrevivía. Con el paso del tiempo, cuando asumió que no podía continuar esa racha de anclaje al pasado, decidió girar la página. Y ahora, al verlo tan relajado, después de haber hecho quién sabría qué en esa fiesta, le dolía la posibilidad de que otra mujer hubiera sido la receptora de sus gemidos y caricias. ¿Estaba enloqueciendo? Probablemente.

—No es la actitud que debe tener una relacionista pública —replicó Dereck, intrigado por esa aspereza en ella. Sí, había sido una movida cretina de su parte llamarla utilizando su autoridad en TS2 y DT Enterprises, pero, por lo general, ella solía camuflar su actitud con comentarios más puntillosos—. Necesito que me ayudes a estudiar los perfiles de algunos contactos para elegir el que, reputación incluida, pueda ser un buen aliado para mi empresa una vez que Samia se marche del todo.

Ella se cruzó de brazos, pero consiguió sonreírle al camarero que le llevó un Chai Zanjabeel, el famoso té de jengibre de la región.

—Pudiste enviarme la información por correo, y habría hecho la investigación mañana temprano. ¿Cuál es la urgencia? —preguntó con hastío.

—Quería verte —replicó él con seguridad.

Cassidy se mantuvo en silencio. Se terminó el té, y luego se incorporó con parsimonia. Dejó la servilleta de tela sobre la mesa. Lo miró.

—La próxima ocasión que necesites una reunión conmigo, urgente o no, debes considerar ciertas normas de cortesía. —Él frunció el ceño sin comprender—. Envíame la lista a mi correo de esos contactos, *jefe*, que no voy a cobrarte horas extras, porque hoy prefiero dormir. Te voy a

dar un consejo: procura que ningún posible empresario, con el que vayas a reunirte próximamente, huela en ti rastros de alguna intensa esencia de perfume femenino, porque a nadie le interesa si eres un hombre viril o si acaso tienes muchas adeptas a tus sábanas —le señaló el cuello de la camisa con un gesto de desdén—, y trata de mirarte en un espejo. El maquillaje y rastro de pintalabios se ve fatal para tu imagen. Buenas noches.

—¡Cassidy! —exclamó maldiciéndose a sí mismo porque no había pensado que la bailarina habría dejado algún rastro. Lo peor de todo es que no ocurrió nada. Fue a seguirla para agarrarle de la mano, pero recordó las normas de Dubái, y se cabreó ante esa vital falta de libertad. Caminó con las manos en los bolsillos, porque las yemas de los dedos sentían un picor que solo podría calmarse tocándola.

Ella solo continuó su camino hacia el elevador.

—Estoy cansada —replicó, mientras esperaba que llegara el ascensor. No tardaría mucho, porque todo en ese hotel era rápido y de primera.

—Fue una fiesta, pero no me acosté con nadie —dijo.

Cassidy bajó la cabeza y la meneó.

—Da igual, Dereck, puedes hacer lo que quieras —replicó—. Ya es la segunda explicación que me ofreces en menos de una semana. Que no se te haga costumbre —dijo en tono sarcástico.

Él la rodeó hasta quedarse muy cerca, sin tocarla, y solo aspirando su aroma.

—Cass —murmuró—, Sallet contrató unas bailarinas. Una de ellas se me acercó para ofrecerme...—hizo un gesto despectivo con la mano— entretenimiento privado en una de las habitaciones de la mansión —se pasó los dedos entre los cabellos, y luego volvió a guardar la mano en el bolsillo—, pero la rechacé. No podía prever que el perfume iba a quedarse impregnado en mí, menos el maquillaje —dijo tratando de limpiarse, inútilmente porque no podía ver, el leve rastro.

El elevador finalmente se abrió.

Ella tomó una respiración, y lo miró.

—¿Por qué habría de creerte?

—Porque la única mujer que quiero en mi cama eres tú, Cassidy.

Cassidy entró en el elevador, y consideró un gran alivio que sus dientes, de tanto apretar la mandíbula, continuaran intactos.

—Mañana tendrás el perfil de tus potenciales socios. Buenas noches, Dereck.

—Cass... —murmuró, pero la puerta ya se había cerrado.

CAPÍTULO 11

Dereck contempló la ciudad desde la ventana de su habitación. La ducha caliente lo ayudó a relajar los músculos. Después de ver la expresión de enfado y decepción en el rostro de Cassidy, entendió que el deseo que lo consumía por ella iba en aumento a medida que pasaba el tiempo, en lugar de que ocurriese lo opuesto.

No mintió al decirle que era la única mujer que quería en su cama. Y no se trataba tan solo de echar un polvo, porque en ningún instante, desde que la besó por primera vez, fue Cassidy una más entre sus sábanas. Que hubiera sido él su primer amante no solo resultó una sorpresa, sino un baño de humildad.

Nadie, desde esa época, logró deslizarse en su corazón. Aunque no podía ocultar que sí lo cabreó que el orgullo hubiera instado a Cassidy a no darle la oportunidad de escuchar razones, y luego ella hubiese empezado a salir con otro. Él tampoco era un ejemplo de rectitud, y lo más probable era que, tarde o temprano, la relación de ambos hubiera terminado más dolorosamente de lo que ocurrió.

Ese era el pasado, sí, pero Dereck no creía en las segundas oportunidades. Aunque no dejaba de preguntarse ¿qué tan nocivo podría resultar concebir que quizá ahora no viviría una segunda oportunidad, sino que se podría tratar de la primera en una etapa de más madurez entre él y Cassidy? Claro, la mujer era obcecada, pero podía lidiar con eso, porque sabía que bajo el cactus siempre existía agua fresca. Y él estaba decidido a hallarla, deleitarse en ella, y disfrutarla.

Dereck sabía que los preciosos ojos que solían ser la ventana a las emociones de Cassidy, ahora se resguardaban tras una muralla que procuraba ocultar vulnerabilidad. ¿Qué había ocurrido esos años hasta el punto de que ella fuese tan cauta y escéptica? Por momentos, parecía que dejaba de lado esas protecciones, pero casi al instante, cuando se daba cuenta de que empezaba a mostrarse vulnerable, Cassidy las activaba de nuevo. Él podía contratar a un investigador privado sin problemas, sin embargo, quería tratar de llegar al fondo de lo que ella ocultaba por sí mismo. No creía que pudiera ser tan complicado, y si acaso, Dereck no se dejaba amedrentar por lo espinoso que fuese un camino.

Sabía que él tuvo gran culpa de su distanciamiento, pero la ruptura sentimental con Cassidy ocurrió en una etapa de inmadurez juvenil de ambos. Lo que ahora notaba en ella parecía producto de una situación posterior a lo sucedido entre los dos en Connecticut. ¿O estaría equivocado? Le provocaba recorrer la distancia hasta el dúplex en el que ella estaba hospedándose para obtener respuestas. No lo haría, por supuesto. Ya había acumulado suficiente cuota de estupidez por una noche.

En un intento de despejar su mente por un rato, Dereck agarró la portátil y empezó a revisar los correos que tenía acumulados. Le tomó casi dos horas terminar de responder, constatar documentos, y reestructurar un par de puntos en la agenda de trabajo que estaba llevándose a cabo en Nueva York.

De: bhart@ts2.com

Para: dtoussaint@ts2.com

Asunto: Cliente importante – Crisis.

Dereck, ¿ya sabes cuánto tiempo te vas a quedar en Dubái?

Hay un problema con uno de los contratos más grandes en cuantía que manejamos desde hace cuatro años. La tabacalera Marlborito. Treinta exempleadas acusan a uno de los altos ejecutivos (puedes leer las noticias para ampliar) de acoso sexual. El ejecutivo en cuestión es uno de nuestros mayores clientes, y necesitamos decidir si continuamos manteniéndolo a bordo o dejamos de llevar la gestión de fondos personales. Porque esto no será solo en un plano corporativo, sino que van a arrastrar la parte privada. Como abogado de la compañía necesito tu punto de vista.

Esto es urgente.

Quedo atenta.

PD: Espero que recuerdes que Ryder está al tanto de la limpieza de tu imagen corporativa, y los resultados hasta ahora lo tienen contento. Me alegro por la gestión de Cassidy.

Becca Hart

Vicepresidenta de Negocios, TS2

New York, New York.

Dereck soltó una maldición y empezó su búsqueda online. Y le importaba un carajo la postdata del correo. Su jodido hermano disfrutaba a veces encargándole responsabilidades, ¿acaso creía Becca que Dereck iba a sentirse ligeramente interesado en las opiniones de Ryder sobre la bobería de mejorar su imagen pública? Pfff.

Revisó las noticias, y cada testimonio de las víctimas que daban entrevistas a la prensa era más creíble que el otro. Después del episodio tan crudo que él tuvo que vivir al saber que su madre había sido violada, Dereck se tomaba muy en serio el entorno de trabajo que se ofrecía en TS2 para todos los colaboradores.

Sabía que, según cómo avanzara el juicio, podrían empezar a rastrear todas las cuentas de Phillip Morrison, el gerente de distribución nacional al que estaban acusando de acoso sexual laboral. En las noticias se mencionaban sobornos e intentos de compra de silencio. La situación para Morrison pintaba fatal.

TS2 solo gestionaba los fondos privados de ese ejecutivo multimillonario, pero era esa clase de cliente la que embarraba la reputación de una compañía por el simple hecho de tener una asociación profesional. La ética laboral de TS2 era intachable, y un cliente con un problema tan grave como este, por más ridícula que fuese la posibilidad, era un lío. Entendía la preocupación de Becca.

Dereck: *He revisado la información en los medios de comunicación. Toca analizar cómo van las primeras etapas del juicio. Lo han fijado para dentro de quince días. Ha sido sumamente rápido. Inusual, pero entiendo que esto se ha venido fraguando desde hace ya varios meses.*

Becca: *Aprovecha que tienes a Cassidy, y consúltalo con ella desde su experiencia profesional. Luego contrastas con Ryder a ver si continuamos con Morrison como cliente o lo despedimos. No vamos a tardar en encontrar otra cuenta mejor o igual que la de él.*

Él se pasó los dedos entre los cabellos.

Dereck: *Sí, lo haré mañana, ya es pasada medianoche.*

Apagó todos los aparatos electrónicos. Le preguntaría a Cassidy qué haría ella en este caso con Morrison como relacionista pública, pues ella sabía manejar las crisis y/o prevenirlas. Quizá podría sacar ventaja de la situación y pasar más tiempo a su lado cuando se le agotaran las ideas para hallar excusas de verla a horas inusuales. Sonrió con suficiencia. Siempre se podía sacar ventaja de las situaciones críticas.

Él había quedado en los siguientes días con Tenakos y Sallet para recorrer las instalaciones de una moderna planta de café de la que el empresario árabe, por supuesto, era propietario. Luego, acudirían a una comida con un grupo de jeques, harían un recorrido por el desierto en coches 4x4 sobre las dunas, explorarían en un tour privado ruinas ubicadas en las afueras de la ciudad, y en la noche habría una pequeña recepción en el Gold on 27, el bar ubicado en el rascacielos del Burj Al Arab, lo cual era conveniente para Dereck.

Dos noches después habría una gala benéfica que buscaba reunir fondos para preservar la cultura del emirato. Sobre ese último evento Cassidy estaba informada, y ya había aceptado acudir como parte de su trabajo. Se trataba de una oportunidad publicitaria muy buena para Dereck: apoyar otra cultura durante su tiempo de negocios; lo haría parecer más altruista, con un excelente *networking*, además de afianzar su imagen de hombre exitoso e inteligente.

La entrada por persona costaba el equivalente a diez mil dólares americanos. El evento no solo era buena prensa para su imagen, sino que además le permitía codearse con altos ejecutivos que, de otra forma, no conocería. Ignoraba cuántos días más iba a tardar esa negociación para concretar una sociedad de inversión en To Méllon, los términos y beneficios incluidos. Estaba muy pendiente, eso sí, del desarrollo de las negociaciones en el reino de Balgratva, y menos mal el trabajo remoto era cada vez más usual en el mundo. Su hermano sabía que se hallaba cerca geográficamente, pero el tiempo de la permanencia de ambos en Oriente Medio podía acabar de la noche a la mañana. Encontrarse en un punto medio no era opcional.

Dereck apagó la luz de la mesilla de noche. Ahuecó la almohada con un puñetazo. Ante la perspectiva de hallar nuevas formas para seducir a Cassidy, hasta que cediera y aceptara el deseo que a ambos los consumía por igual, procuró dormir.

Cassidy bajó a desayunar ataviada con un hermoso vestido de algodón en tono aguamarina. Llevaba el cabello recogido en un tocado sencillo, y su maquillaje era casi inexistente. Ese día tenía planeado hacer una excursión al acuario local, y luego pasear por el Zoco Al Bahar y curiosear por Dubái. Le gustaba saber que podría encontrar joyas de oro, dátiles, inciensos, perfumes, lámparas de latón, telas, especias, además de tener la posibilidad de fusionarse entre propios y visitantes. Su idea era comprar una alfombra persa, y poco le importaba el precio del traslado desde Emiratos Árabes Unidos a Nueva York. Desde pequeña le maravilló la historia de *Las mil y una noches*.

La noche anterior, la confesión de Dereck, la había dejado enfadada y también un poco vulnerable. No se esperó que él hubiera tenido las agallas de verbalizar lo que deseaba, no porque lo considerase alguien con decoro, ¡já! Dereck era todo lo opuesto a ello. Siempre la embarraba de alguna manera. En otro tiempo lo hubiera considerado adorable, porque en

ninguna de esas ocasiones llegó con el perfume de una mujer desconocida, y con maquillaje tenue en el cuello de la camisa blanca. «Tonto».

A veces, Cassidy no sabía si considerarlo el hombre más brillante del mundo por el simple hecho de lograr cerrar tratos multimillonarios o si acaso era el más idiota por no tener la capacidad de darse cuenta de las ridiculeces que armaba con sus despistes. No le sorprendía que Becca quisiera reformarlo ante la opinión pública. Por ahora, la prensa parecía estar replicando la información adecuada: Dereck Toussaint estaba comprometido con sus negocios, y llevando dos compañías a la par. Incluso lo entrevistaron en un par de medios especializados de Nueva York, además de invitarlo a disertar en Yale para la graduación de la siguiente promoción.

—¿Dormiste bien? —preguntó la inconfundible voz de Dereck.

«Hablando del Diablo». Ella apartó la atención de su té de rosas, y lo miró hasta que él, sin ser invitado a su mesa, se acomodó en la silla frente a la suya.

—Salvo porque tuve que trabajar hasta las tres de la madrugada creando perfiles para que eligieras socios de negocios, sí, en general dormí bien —replicó, mientras untaba mermelada de durazno a una tostada. Todo en ese sitio era delicioso.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, mientras un camarero le servía café negro. El desayuno ofrecía un buffet de exquisiteces gastronómicas con toques de sabores ajenos al usuales. Dereck se sirvió un poco de todo. Ya había ido muy temprano al gimnasio del hotel, así que no escatimaba en comer bien.

—Solicitaré una bonificación para ti por ese esfuerzo extra —replicó en tono burlón. Ella lo ignoró y continuó comiendo—. La esposa de mi amigo Tenakos vendrá dentro de unos días a Dubái.

—¿Negocios? —preguntó por educación, más que por curiosidad.

—Mi amigo no puede estar separado de Kyria demasiado tiempo.

—En especial si las danzas del vientre pueden ser recurrentes —replicó Cassidy en tono irónico, encogiéndose de hombros.

Él soltó una carcajada suave.

—Precisamente —replicó Dereck haciéndole un guiño, y Cassidy puso los ojos en blanco—. Ella tiene una maestría en comercio exterior, así que puede ser una conversación interesante si paso demasiado tiempo en reuniones de negocios.

Cassidy notaba que Dereck parecía más relajado de lo usual. Llevaba una chaqueta sin corbata, y se lo veía guapísimo. No es que ella lo estuviese notando, no. La intrigaba esa súbita actitud que no tenía mucha relación con temas de la oficina. Ese desayuno, que solía ser para conversar actividades de trabajo, parecía diferente.

—No necesito entretenimiento —replicó, agarrando otra tostada. Los carbohidratos le daban igual—, porque estoy aquí para trabajar. Aunque, por supuesto, nunca descarto la oportunidad de hacer un poco de vida social. Si tú estás en reuniones, no sé si estás al tanto, pero yo aprovecho ese momento para gestionar otros asuntos de TS2 que, además de ti, tengo a cargo.

—Jamás dudaría de tu eficiencia, Cassidy, no necesitas ponerte a la defensiva —replicó, manteniendo su buen humor. Estaba decidido a enmendar el chasco de la noche anterior, y si podía también el de años atrás—. Estoy muy satisfecho con tus gestiones, y sé que mi hermano, aunque no lo diga porque está en otro asunto, puede ver el reflejo en las entrevistas que me has conseguido.

—Gracias —murmuró con una sonrisa sincera.

No era su intención mostrarse a la defensiva, pero cada minuto que pasaba con Dereck

parecía un paso a evitar pisar una mina a punto de explotar. A duras penas controlaba esas molestas mariposas en el estómago, y sostenía una conversación coherente. Ella tenía una secreta debilidad por los hombres que usaban relojes elegantes, vestían con estilo sin ser pretenciosos, podían llevar un jean como un traje de Tom Ford sin perder la apostura, y olían divinamente. ¿Quién poseía todos esos detalles? Sí, el Diablo frente a ella.

—Es solo la verdad, ¿hay algo en agenda con algún medio local?

Ella hizo una negación.

—Creo que, hasta que no tengas nada en concreto con tu posible inversión, no sería posible publicar sobre ello. No hablo árabe, pero puedo hallar la forma de contactar una agencia con traductor y, cuando finiquites tus asuntos aquí, coordinar algo interesante, y ya la parte de Estados Unidos la manejaría sin problema. —Dereck asintió—. No hay actividades hoy hasta las nueve de la noche que será la presentación del nuevo perfume de la casa de modas Yarta —dijo Cassidy. Sabía que estaba libre de responsabilidades hasta un poco antes de la hora del evento—. Como eres uno de los invitados del jeque Malik Al-Taram, me contacté con el staff de prensa de él para requerir un permiso especial y pedir que me cedan algunas fotografías. No existe autorización para fotógrafos externos, menos aficionados, como yo.

Dereck había conocido al jeque años atrás, mientras ambos esquiaban en Suiza. Cuando se reencontraban lo pasaban genial yendo de juerga. Ambos tenían la misma edad, así que él no dudó en hacerle saber a Malik que iba a estar en Dubái durante un tiempo indeterminado. El jeque no tardó en extenderle una invitación a la suntuosa mansión palaciega que poseía en la zona más exclusiva en la que se llevaría a cabo el lanzamiento del nuevo perfume de su casa de modas y accesorios de lujo, Yarta.

—Tengo muchas actividades, pero he decidido tomarme la mañana libre —dijo en tono perezoso, y estudiando muy de cerca las expresiones que cruzaban por el rostro hermoso de Cassidy. Primero, sorpresa; luego, confusión, y finalmente, sospecha—. ¿Qué te parece si salimos a recorrer la ciudad?

Por lo general, Dereck, no era dado a hacer paseos, pues sus negocios lo absorbían, pero en este caso haría una excepción, porque necesitaba llegar a Cassidy de algún modo, y sabía que ella era de las personas que disfrutaban los momentos sencillos que tuvieran un significado importante, ¿y qué más importante que recorrer los alrededores de un país al que quizá no volverían?

Con cautela, ella dejó de lado los cubiertos. Lo observó frunciendo el ceño.

—Ya tengo planes —replicó.

—Ah, no es problema, puedo unirme a ellos. Además —dijo llevándose a la boca una uva fresca—, en el camino iremos hablando de temas de trabajo.

—Envíame un correo si tanto afán tienes de hacer recorridos por la ciudad, y ya responderé mis impresiones lo antes posible —replicó Cassidy.

No le gustaba la perspectiva de pasar demasiado tiempo rodeada del aroma, la fuerza o el encanto de Dereck. En especial, porque podía sentir cómo la suavidad de su tono de voz la iba envolviendo. ¿Qué derecho tenía él de ser tan guapo? Con esa barba que ya llevaba un par de días creciendo, recortada a punto, era una visión masculina al caminar. La noche anterior, Cassidy había perdido por un breve instante los estribos. Los celos se apropiaron de su capacidad de autocontrol, y no le gustó.

Cuando regresó a la habitación trató de recuperar la calma, porque el corazón parecía querer salirse del pecho. Que él le hubiera dicho que era la única que quería en su cama, la instó a

discernir los motivos por los que cada vez le resultaba más complicado detener la pulsante necesidad de sentir los labios de Dereck contra los suyos. Recordar si podía desvanecerse el mundo a su alrededor con tan solo sus besos como antes había ocurrido. Sí, estaba en una nación distinta a la que conocía, además de que existían reglas prohibitivas sobre el contacto entre hombre y mujer, pero ninguna imposición legal era suficiente para diluir el palpitante deseo de romper las reglas, y no las de Dubái, sino las suyas propias.

Dereck tenía varias negociaciones adicionales en el camino, y a medida que avanzaban los días, también disminuían las razones de Cassidy para fastidiarle la existencia. A veces era fácil olvidar la realidad, y la forma en que él se comportaba a ratos le daba a entender que era una persona diferente a la que había conocido más de seis años atrás. Sí, como jefe podía ser tirano, aunque justo. Como hombre, su capacidad de conversación parecía más versátil, al menos si no estaba gruñendo órdenes a sus subalternos en otras ciudades o maldiciendo el cambio horario. Y su cuerpo, Dios su imponente cuerpo, era una alabanza a la anatomía masculina. Si todo ese arsenal se unía con un intento de ser encantador, entonces la receptora de sus atenciones tenía todas las de perder. Sí, y en este caso, se estaba refiriendo a sí misma.

—Es una situación delicada, y requiere que se trate de forma personal —dijo Dereck, mitad mentira, mitad verdad—. Te espero en la entrada del hotel dentro de treinta minutos —se incorporó, y la observó desde su altura—, me alegra que hayas optado por una ropa cómoda y práctica.

—No he...

Él se inclinó un poco hasta quedar cerca del rostro de Cassidy, pero sin crear una situación que pudiera ser considerada como falta de decoro.

—Es una orden, Cass —interrumpió, y se apartó con prontitud—. No llegues tarde. Nos espera una tarde interesante.

—Lo dudo —masculló, mientras él se perdía entre el mar de huéspedes.

La peor idea de su vida había sido aceptar ir al zoco con Dereck, porque los vendedores parecían adorar el suelo que pisaba, y la lista de encargos para llevar las compras al hotel parecía no hallar fin. Sí, el hombre tenía debilidad por las compras a gran escala. Ella recordaba muy bien la tendencia que Dereck poseía de adquirir elementos que resultaran fuera de lo común. Ese detalle no había variado.

Otro aspecto que tampoco había cambiado era su generosidad. De todo lo que compraba, le ofrecía algo a ella, y quería justificarlo como bonificación por su trabajo. Cassidy, por supuesto, se negaba. No estaba de viaje de compras, por más tentada que estuviera de aceptar todas las maravillas que tenía a la vista.

—¿Qué te cuesta aceptar un obsequio de mi parte? —le preguntó cuando se acercaron a una zona en la que vendían miniaturas en oro y piedras preciosas de las siete maravillas del mundo—. Esto es una belleza, y si mal no recuerdo siempre quisiste conocer Roma —dijo sosteniendo la miniatura del coliseo romano con todos los detalles, y claro, valía su peso en oro—. ¿Ya lograste cumplir ese deseo?

Cassidy ocultó su sorpresa porque él aún recordaba los detalles de las conversaciones tan banales que habían sostenido, tantas, años atrás.

—No se ha presentado la oportunidad —murmuró—. Y, Dereck, agradezco el gesto, pero no

está contemplado que un colaborador acepte obsequios de sus jefes, menos uno que cuesta más de treinta mil dólares —replicó, mientras se apartaba de la tienda y seguía hacia otra.

Dereck la alcanzó en pocas zancadas.

—¿Podemos pretender por unas horas que no somos enemigos?

Esa pregunta hizo que Cassidy se detuviera en seco, y voltease a mirarlo. Se cruzó de brazos, y le dio igual que hubiera un montón de gente yendo y viniendo.

—Te entrometiste en mi mañana y tarde libre utilizando el trabajo como excusa. Ya te di la solución sobre el caso del cliente acusado de acoso sexual. No será, desde un punto de vista de crisis, algo de qué preocuparte. Haz que ese cliente delegue a otra persona ipso-facto como dueña de los fondos, y esa información se cambie en los registros de forma urgente. Solo así, en el caso de que la prensa escarbe, TS2 no saldrá ni un poco lastimado. Además de que no tendría por qué. Que Becca te haya comunicado del particular es un signo de que controla más áreas de una usual vicepresidenta de negocios. Eso es genial.

—Mmm, pues sí, no en vano ella consiguió que mi hermano y yo apostásemos todos nuestros ingresos para abrir una compañía. TS2 es un éxito.

Ella asintió.

Dereck esbozó una sonrisa complacida. ¿Existía algo más sexy que una mujer inteligente y eficiente en su trabajo? Las mujeres que por lo general él llevaba del brazo, le funcionaban para una noche o para entretenerse, pero jamás estimulaban sus neuronas. Cassidy era el pack completo. Solo que no quería saber de su existencia fuera de los parámetros de un acuerdo de trabajo. Él iba a trabajar en ese detalle.

—¿Por qué sonrías de esa manera? —preguntó ella. Dereck no era de los que se quedaba callado, salvo que estuviese tramando algo, y, en este caso, no existía un motivo sobre el cual utilizar alguna estrategia extraña de raciocinio.

—Quizá debiste terminar la carrera de abogacía —murmuró él, escuchándola con un brillo de interés en su mirada, porque siempre le había gustado el modo en que Cassidy funcionaba mentalmente. Daba igual si el caso era leve o complejo, la mujer sabía darle la vuelta y convertir la situación en algo simple con facilidad.

Ella hizo una mueca.

—Quizá debí ser o hacer muchas cosas, pero ya no tiene sentido.

—Supongo —replicó él—. Por cierto, ¿qué otra sugerencia adicional tendrías sobre el caso de este cliente?

Cassidy se acomodó la bolsa que llevaba, y pensó un instante.

—Puedes solicitar al departamento de relaciones públicas de Nueva York que empiecen una campaña agresiva sobre temas de ONG en pro de los derechos de las mujeres, así como la creación de un fondo para defenderlas. Sutil, por supuesto, algo así como donaciones que puedan ser visibles sin que se perciba que fue esa la intención. No es algo difícil de conseguir —continuó—. El asunto de los perfiles de tus posibles socios, ya está resuelto. Ninguno funciona para tus propósitos, porque tienen calaveras escondidas en algún sitio, y son bombas de tiempo. La decisión final, por supuesto, es completamente tuya.

—Dejando temas de trabajo de lado, Cass. Debo admitir que eres buena evadiendo las preguntas que no quieres responder en planos personales, pero quiero una contestación. ¿Puedes por un día intentar dejar de tratarme como un enemigo?

Cassidy soltó una exhalación.

—No —replicó con simpleza, y empezó a andar hacia la salida—. Mi labor como relacionista

pública no consiste en ser tu amiga o enemiga, sino en ser eficiente.

—¿A qué le tienes miedo, Cass?

—A romperte la nariz de un puñetazo, y tener una demanda —contestó con su habitual descaro, logrando que Dereck soltara una carcajada.

—Puedo lidiar con algo así —replicó él al cabo de un rato con suficiencia.

—Imagino —dijo Cassidy torciendo el gesto.

Cuando Dereck estuvo seguro de que todas las compras del día estaban rumbo al hotel, subieron al Rolls-Royce Phantom asignado para ellos, y que los esperaba fuera del zoco. El aire acondicionado aplacó el calor de la calle.

Cassidy no encontró lo que hubiera deseado en el Zoco Al Bahar, pero sabía que podría ir al zoco más tradicional en otra oportunidad, aunque era un poco más peligroso. Tan solo sabía que contaría con la garantía de encontrar algo que de verdad cautivara su atención. Ignoró la forma en que Dereck la observaba: como un halcón que poseía la capacidad de deducir el más mínimo detalle de sus reacciones. No le gustaba en absoluto ser objeto de una atención tan profunda, porque una vez la tuvo, se emborrachó de ella, pero cuando despertó del ensueño era muy tarde.

Debía andar con tiento.

La siguiente parada fue viajar en abra, una especie de taxi acuático, aunque sin un rumbo específico. El viento agitaba los cabellos de Dereck, mientras Cassidy llevaba un *hiyab*, que acababa de comprar en el mercadillo, con la única finalidad de protegerse del sol y también evitar que sus cabellos se convirtiesen en una madeja imposible de desenredar. En el transporte no estaban más que ellos, y el conductor. Este último, por supuesto muy atento a su alrededor, pues sabía que los extranjeros tenían la tendencia a dar propinas. ¿Quién no quería una?

—No tenía contemplado un taxi acuático —dijo ella, tratando de hacerse escuchar, mientras notaba cómo la expresión de Dereck se relajaba por completo en el río Dubái Creek.

Él se había dejado la chaqueta en el hotel, así que llevaba una camisa blanca, pantalones beis, y zapatos cómodos. Con las gafas de sol parecía enigmático, aunque su conversación era muy fluida. «El fotógrafo de la revista GQ estaba perdiéndose la portada del mes», pensó Cassidy.

—Hay muchos detalles que no tienes contemplados, Cass —replicó él, mientras, de forma sutil, le recorría los dedos con los suyos. En medio del vaivén del agua, lo que menos le importaba al conductor era la ética social.

Ella bajó su atención al sitio que él había tocado, y después elevó la mirada.

—Dereck, no quiero tener líos con la ley aquí. No vuelvas a tocarme en público —siseó, como si estuvieran observándola en alguna parte o si el conductor del vehículo marítimo tuviera ojos detrás de la nuca.

—En privado, entonces —replicó él con coquetería—. Me alegra que lo aclares. La atracción es mutua por si te lo preguntas —le hizo un guiño.

—No tienes remedio —dijo Cassidy soltando una exhalación.

Él se sentía de excelente humor, porque Cassidy, a medida que transcurría el día, parecía menos inclinada a mostrarse estoica o distante salvo si la provocaba deliberadamente, algo que le gustaba.

—¿Qué de divertido hay en ser estricto?

Ella puso los ojos en blanco.

Él se echó a reír, y meneó la cabeza. No recordaba haberse sentido tan relajado en mucho tiempo. Quizá era el país, tan lejos del propio, o simplemente que Cassidy era la única mujer que podía transformar su ácido humor en una posibilidad que iba más allá del deseo carnal. No

quería explorar otras aguas que no fueran la simple atracción, porque le parecía muy riesgoso. Así que iba a tomar lo que podía, y dejaría que la vida se encargase de poner las piezas en su sitio.

Una vez que se bajaron de la pequeña embarcación, la brisa los continuó acompañando. Ya eran casi las dos de la tarde. El siguiente destino fue un área en el que los turistas podían andar en camello. El sitio estaba ubicado en The Beach, JBR. Con el panorama de fondo, Ain Dubai Wheel y el Palm Jumeirah, dos atentos hombres estaban esperando a Dereck.

—¿Pretendes que me suba a un camello? —preguntó ella, mientras caminaba con sigilo, porque en fotografías los animales eran bellos, y claro, pequeños, pero viéndolos ya de cerca generaban cierto respeto por su magnitud.

Dereck le sonrió, pero Cassidy no podía ver el brillo de su mirada porque tenía puestas las gafas de sol.

—Por supuesto —dijo él, mientras pagaba más del precio normal, incluyendo una generosa propina—. Podríamos tomar el tour más extenso en las dunas, yendo en un 4x4, pero nos tomaría todo el día y nuestra agenda laboral puede ser impredecible. Además, si mal no recuerdo la velocidad en autos o karts no es lo tuyo.

Cassidy parpadeó un instante, como si creyera que él estaba recordándole su pasado con Ferran. Se ajustó el *hiyab* de forma nerviosa, porque era imposible que Dereck supiera ese episodio. Se aclaró la garganta, y solo asintió.

—¿Dije algo que no te gustó? —preguntó él, acercándose, mientras los camellos estaban en la posición adecuada para que cada uno se subiera, pero a Dereck no le importó, porque Cassidy de pronto se puso pálida—. ¿Mucho sol? Podemos cortar el paseo de inmediato si...

Ella elevó la mano para acallarlo.

—No, estoy bien —dijo fingiendo una sonrisa—. Puedo subirme al camello.

Dereck frunció el ceño, pero Cassidy prefirió darle la espalda y seguir las instrucciones del hombrecillo que la ayudó a subirse al camello.

Después de hacerse varias fotografías, él le ayudó a bajar del camello, y Cassidy estuvo a punto de darse de bruces. Dereck la sostuvo con firmeza contra su cuerpo. Se miraron un instante, pero eran conscientes de que no podían tocarse, aunque en este caso fue imposible no hacerlo. Él se apartó de inmediato, pero se quitó las gafas de sol, y miró fijamente a Cassidy.

—¿Al menos te pareció una buena experiencia?

Ella esbozó una sonrisa sincera. Salvo por el hecho de que su cuerpo recibió una descarga de potente adrenalina al chocar con Dereck, y que su loco instinto casi la impulsa a recostar la cabeza contra el hombro masculino, pues todo estaba bien.

—Sí, gracias —replicó, mientras se alejaban caminando por la playa, y regresaban al interior del automóvil que estaba llevándolos de un lado a otro.

—Un placer, Cass —murmuró Dereck, sonriéndole—. Ahora, ya que son casi las tres de la tarde, hay un restaurante imperdible en Dubái, y sé que, como amante de los animales, va a fascinarte —le dijo Dereck—. Me lo recomendó Sallet.

Por simple orgullo, ella quiso decir que no tenía hambre, pero antes de abrir la boca, su estómago decidió soltar un gruñido. Cassidy miró la expresión complacida de Dereck, y prefirió observar el paisaje de la opulenta ciudad por la ventana.

Pusieron rumbo hacia Crescend Road, al restaurante Ossiano.

—¿Tenías planeado venir a este sitio, aún cuando pude haberme negado a acompañarte a recorrer la ciudad? —preguntó Cassidy, maravillada por la experiencia que se ofrecía en ese

restaurante, pues se encontraba bajo el agua.

La mejor decoración de las mesas resultaba una venia a la opulencia, pero el principal ornamento era la vida marina que fluía alrededor, a través de los gigantescos vitrales, mientras los comensales disfrutaban de la gastronomía que podía llegar a costar más de quinientos dólares por plato. Las luces eran tenues en algunas áreas, pero tan solo para que fuese la misma naturaleza la encargada de recrear, a través del movimiento natural de sus especies, con un vistazo un mundo marino que, de otra forma, solo podría vivirse buceando.

Dereck esbozó una sonrisa, complacido de haberla sorprendido, mientras se acomodaban uno frente a otro.

—Por supuesto, llamé a reservar después del desayuno. Soy optimista.

—O muy pagado de ti mismo —murmuró—. Entiendo que suele estar completamente lleno por semanas —dijo ella, mirándolo.

Pronto llegó el camarero, los acomodó, y tomó la orden. Con la misma eficiencia con la que se acercó, se marchó. El éxito de los sitios en los que se pagaba tanto dinero consistía en aprender a ser invisibles y anticiparse a las necesidades del cliente. Esto último era esencial si se quería conservar el empleo, en especial si los comensales poseían la capacidad de comprar el mismísimo restaurante si quisieran.

—Siempre quisiste una alfombra persa —dijo Dereck, mientras comía una de las entradas—. ¿Por qué no presionaste para comprarla en el zoco? Creo que tenían buenos precios. Si mi compañía fue impedimento para deambular más a tus anchas, puedes tomarte el día libre mañana y volver. Corre por cuenta de la compañía.

Ella lo quedó mirando con suspicacia.

—Insistes en traer a colación información innecesaria sobre lo que quise alguna vez o no —susurró—. Y no necesito un día libre, menos por cuenta de la compañía para comprar algo personal. No hagas concesiones o voy a enfadarme.

La expresión hasta ahora diáfana y juguetona de Dereck se tornó seria. Cassidy agarró la bebida, porque tener esa completa atención sobre ella la inquietaba.

—Quizá no me escuchaste años atrás, Cassidy, pero vas a escucharme ahora. En ese tiempo también estuviste muy cabreada conmigo, y en esta ocasión no voy a considerar que rehúses abrir tu mente a mis argumentos. — Al notar que ella hacía amago de buscar la salida con la mirada, agregó con firmeza—: No puedes salir de aquí sin crear una escena. Este lugar no es Estados Unidos, y además de la comida exquisita que sirven, también poseen un código de etiqueta muy alto. Como relacionista pública creo que puedes entenderlo.

Ella apretó los dientes, y lo miró con furia, porque tenía razón.

—¿Es esta una encerrona? Porque es de pésimo gusto forzar a una persona a permanecer a tu lado tanto tiempo —replicó cruzándose de brazos—. Estuvieron bien los paseos, incluso la experiencia con el camello, pero creo que...

—Eres libre de marcharte —zanjó Dereck—, pero si mal no recuerdo tu función es hacerme quedar bien ante otros, ¿qué dirían de un extranjero a quien su acompañante, en un país eminentemente machista, lo deja sin más de un momento a otro? —preguntó, consciente de que ella no tenía cómo rebatir ese punto.

—Eres insufrible... —farfulló, y fijó su atención en el grupo de mantarrayas que estaban en esos momentos visibles a través de uno de los vidrios del restaurante bajo el agua. El espectáculo de fauna marina era sin igual, y era preferible a remover las arenas que habían sepultado el pasado.

Dereck sabía perfectamente quién era, y cuáles eran sus objetivos. Comandaba dos gigantes corporaciones con puño de hierro y una mente fantástica. A sus treinta y un años de edad, a pesar de los momentos duros de la vida, Dereck no se disculpaba, ni tenía interés en procurar agradar a los demás. En ese momento tenía una expresión determinada, y juguetona al mismo tiempo, que lograba confundir a Cassidy, porque él removía en ella todas las emociones reprimidas en su corazón como un terremoto.

—Al menos tengo la posibilidad de que escuches todo aquello que no me dejaste decir años atrás —replicó él, mientras se moría de ganas por frotar con el pulgar el labio inferior de Cassidy. Quería probarlo, mordisquearlo, y paladear esa ambrosía que se había quedado como una impronta en su paladar—. Si después de eso continúas sin creermelo, entonces...

—No va a cambiar nada —interrumpió, revolviendo la comida—. Solo he intentado ser civilizada fuera de la expectativa de trabajo, pero es todo.

—A veces no tiene que ver con hacer cambios, sino con empezar de nuevo.

Cassidy soltó una exhalación.

—¿Empezar qué exactamente, Dereck? —Él la observó con intensidad—. No hay nada que construir. Lo único que existe entre ambos es una relación laboral.

—Quiero una tregua. Te quiero de regreso como mi amiga. Jamás miro atrás, pero tú nunca fuiste una más, siempre fuiste alguien importante, y a lo largo de los años, la vida me enseñó a valorar lo poco que tenía, entre ello personas que jamás me dieron la espalda, a pesar de mi pasado.

Ella conocía muy bien los orígenes de Dereck. En ningún momento, él trató de ocultárselo. Sabía que ninguna de las personas que lo rodeaban, salvo Justin y sus ridículas formas de meterse constantemente en problemas, estaban en su entorno porque de verdad él les importase. En la universidad, incluso Cassidy sabía que también en la oficina de Ashford & Asociados, lo buscaban a Dereck por su sagacidad, y porque podía deducir la solución para un caso legal con pasmosa rapidez y sólidos argumentos. Ni siquiera necesitaba estudiar demasiado. Él era de aquellos que lograban cautivar una audiencia con facilidad; y era un genio con los números.

Lo buscaba gente de dinero, porque les interesaba su habilidad de hacer negocios. ¿Cuántos de verdad lo buscaron por ser el hombre divertido sin ser estridente, a veces melancólico, a ratos soñador, encantador con detalles que no mostraba usualmente, o por lo genuino que era? Porque fue de ese hombre de quien Cassidy se enamoró perdidamente años atrás, pero ¿qué partes de él aún permanecían? En el lapso de esos años, sin contacto con Dereck, Cassidy aprendió que cuando el corazón se rompía, el resto del cuerpo parecía seguir el mismo ritmo, hasta que, pasado un tiempo, todo volvía a recomponerse, pero jamás igual. Nunca igual.

—¿Y luego qué? —preguntó Cassidy volviendo su atención a esos peligrosos ojos azul claros que leerían su alma si se lo permitía—. Los amigos no van diciendo que se desean o que son los únicos a los que desean sexualmente —dijo en tono bajo.

Él sonrió de medio lado.

—Un día a la vez —dijo Dereck con la certeza de alguien que conoce muy bien cómo reconstruirse desde las cenizas—. Después haremos una delimitación más apropiada de los términos.

—Pfff, abogado tenías que ser —rezongó, y él se rio.

Ella sabía que negociaba con desventaja, porque a medida que pasaban los días, la cercanía e interacción con Dereck minaban sus intentos de crearle líos o momentos embarazosos como los que orquestó con las dos candidatas en San Diego. Después de saber que él había pasado la

noche rodeado de mujeres guapas, muy al estilo de los milenarios harenes con bailes exóticos, tuvo la certeza de que ese rencor guardado durante tantos años se había convertido en una vieja amalgama, una vieja forma de tapar la herida, pero ya no servía para nada.

Su herida con Dereck ya no sangraba, porque había madurado, y continuar esas ganas de incordiarle la existencia era infantil y absurdo. No obstante, la mujer en la que se había convertido clamaba por algo tan visceral y tentador como el deseo. No recordaba un hombre que fuese la tentación sexual andante, ni que la afectara con tanto brío como Dereck. Decían que la mejor manera de salvarse de caer en las garras de la tentación era lanzándose a sus aguas envolventes, pero ¿a qué precio?

—¿Qué es eso que quisiste decirme años atrás y no pudiste? —preguntó ella finalmente, al cabo de un largo silencio, en un hilillo de voz.

Aquella era una rama de olivo que Dereck sintió como un riachuelo de agua fresca rodeándolo en medio del abrasador calor. La miró con ardor, porque esa concesión que parecía pequeña estaba borrando años de oscuridad sin ella. De culpa.

El valor de los detalles y las palabras no tenían precio.

Los músculos de los brazos parecieron apretar la tela de la camisa, como si estuviera conteniéndose de hacer algo. Cassidy podía reconocer esa clase de restricción, porque la había percibido en otros hombres hacia ella. Entendía que no era la única mujer que, como ahora, comprendía cuando un hombre la deseaba súbita y visceralmente. No era ingenua para creer que Dereck no intentaría seducirla, y daba igual si retomaban o cómo retomaban su amistad.

¿Qué haría con la potente química que amenazaba con hacer explotar los vidrios del restaurante? ¿Y cómo manejar ese palpito súbito en sus pliegues íntimos ante las posibilidades que implicarían si abría aquella compuerta que daría paso a que Dereck tomara su cuerpo para darle placer?

Imposible era negar que la certeza de que otras mujeres habían pasado por la cama de Dereck la ponía de mal humor, pero sería hipócrita, porque ella estuvo con otros hombres también. Abrir las compuertas del pasado implicaba que las corrientes podían ser suaves, corrientosas, prístinas o pedregosas.

—Gracias, cariño —dijo Dereck por la expresión sincera que notó en Cassidy. Sabía que no estaba echándose un farol para librarse de él, además, ambos sabían que no iba a dejarla marchar sin una respuesta honesta, porque él podía leer esos preciosos ojos con facilidad—. Sé lo mucho que te cuesta dar tu brazo a torcer.

Ella bajó la mirada brevemente ante el apodo cariñoso, pero lo dejó pasar.

—No hagas que me arrepienta —murmuró—. Me gusta mi cargo en TS2, no tratar contigo precisamente y limpiar tu imagen de mujeriego o fiestero. —Él soltó una carcajada suave y profunda que le recorrió la piel a Cassidy como una caricia—. En todo caso, no quiero perder ese empleo. Y solo me iré cuando pueda empezar algo por mi propia cuenta.

Él esbozó una sonrisa que dejaba claro que daba igual lo que ambos pretendiesen, porque esa era solo la antesala de otros momentos que no podrían catalogarse como meramente entre amigos.

—Años atrás tenía una gran deuda de juego —empezó aplacando poco a poco su sonrisa—, y la primera solución que se le ocurrió el imbécil de Justin fue seducir a la hija del prestamista y organizador de las partidas clandestinas. No funcionó, porque terminó regresando con él, al siguiente día de conocernos en la fiesta de Año Nuevo.

Cassidy tan solo asintió levemente. Sabía que Justin era un problema andante. Jamás entendió

por qué Dereck siempre caía en las chorradas que su amigote hacía.

—Luego, Justin tuvo otra gran idea —meneó la cabeza—, y me habló sobre tu padre y su decepción porque su heredera no terminó la carrera de leyes, ni tampoco quería saber nada de la compañía familiar.

—Creo que no me gusta por dónde va todo, aunque ya sepa el desenlace.

—Sé que no hace falta que te dé los detalles, pero las veces que te busqué e insistí en aclarar las circunstancias contigo, fue porque de verdad me enamoré de ti. —Ella abrió y cerró la boca. Luego lo miró con tristeza—. Era tan joven y estúpido, Cass, que creía ser el dueño del mundo; indestructible. Me sentí tan orgulloso cuando logré entrar a Ashton & Asociados, y haberme ganado el favor de tu padre cuando accediste a trabajar en el área de relaciones públicas para él.

—No me habrías podido persuadir si de verdad yo no lo hubiera considerado una buena opción —replicó ella.

Él asintió, mirándola.

—Lo sé muy bien, Cass —dijo con determinación, porque ella no era maleable. Dereck continuó—: Cuando creía podía tenerlo todo sin consecuencias, y que no habría necesidad de decirte cómo había sucedido cada paso que me llevó a ti, tú escuchaste esa conversación con Byron. Jamás quise a nadie como a ti, y me sentí fatal por la forma en que te enteraste. Tu padre me hizo firmar un contrato de confidencialidad, y tuve que cumplir varias cláusulas, a cambio de prestarme el dinero y salvarme de morir apaleado por esos matones del Póker clandestino.

—¿Planeabas decirme todos esos detalles? —preguntó con suavidad.

—En un inicio no —confesó—. Después, cuando traté de explicarte que todo lo que vivimos juntos fue genuino y sincero, sí. Pero ya era muy tarde... Después de negarte tantas ocasiones a recibirme, echar las flores que te llevaba, no responder el teléfono, finalmente, empezaste a salir con otra persona, y yo decidí que mi ego había tenido suficiente. Si tú habías decidido virar la página, entonces yo tuve que hacerlo para salvar mi orgullo, y para lamer mis heridas con otras personas —dijo esto con un atisbo de furia, un poco hacia sí mismo, un poco hacia ella. Ambos.

Ella esbozó una sonrisa apenada.

—Tanto tiempo —murmuró, jugueteando con la servilleta—. Lo peor de todo, Dereck, es que el hombre con el que me viste era un exnovio gay de Aaron.

Él la quedó mirando, y luego dejó escapar una risa incrédula.

Ella no pudo, sino sonreír.

—Cass...

—Me sentí utilizada, y dolida. —Dereck quiso extender la mano y agarrar los dedos de ella, pero sería ir contra las reglas de decoro, así que se contuvo; apretó los dedos con fuerza alrededor del borde de la mesa hasta que sus nudillos estuvieron casi blancos—. Todos mis supuestos amigos me buscaban tan solo por las conexiones de mi padre. Por mi dinero, y cuando te abrí mi corazón, me sentí una completa idiota por haber confiado en todo aquello que dije que jamás querría: un arribista y materialista solo interesado en mi apellido. Fue eso lo que fuiste...

—Antes de enamorarme de ti, Cass, sí —replicó—. Éramos jóvenes y cabezotas. Si de algo te sirve, no volví a enamorarme. Todas esas mujeres con las que me fotografian son amigas, modelos; otras, citas fugaces de unos cuantos días, pero ninguna ha dejado una huella en mí.

—Porque, ¿quizá fui la única que te dejó de lado sin pensarlo dos veces? —preguntó con suavidad. No quería iniciar una discusión, al menos no cuando había decidido abrir un ligero espacio para obtener las respuestas que siempre quiso escuchar, pero jamás se dio la oportunidad de recibirlas.

Él hizo una negación, y giró entre los dedos la copa de vino blanco que tenía sobre la mesa. Esbozó una sonrisa enigmática.

—Esa es una conversación para otra ocasión —replicó, porque no quería dejar todas sus cartas sobre la mesa. Sabía que ella aún tenía mucho qué decir, pero ahora que esa puerta de comunicación con Cassidy estaba abierta, así que intentaría hacer su mayor esfuerzo para conocer qué era lo que todavía escondía tras su mirada velada de secretos—. ¿Vas a pedir postre? —preguntó, ahora con un tono más vivaz.

«No existía mejor catarsis que limpiar la conciencia. Daba igual el tiempo».

—Vaya forma de cambiar el tema —dijo ella, sintiendo que un gran peso de su pasado se acababa de evaporar. No sabía qué podría depararles las próximas semanas o meses, como compañeros de trabajo o ese intento de remediar su relación de amistad, pero las intenciones de arruinarle la vida a Dereck habían descendido drásticamente. ¿Debería mantener sus ideas de fastidiarlo a buen resguardo solo “por si acaso”? Ya lo iría descubriendo—. Hay tantos tópicos sobre los cuales hablar, ¿cuál será el siguiente? —preguntó riéndose.

—Creo que el otro tema que tengo en mente es demasiado peligroso por ahora, Cass —replicó haciéndole un guiño que la hizo sonrojar.

CAPÍTULO 12

La mansión del jeque Malik Al-Taram estaba a treinta minutos en automóvil desde el hotel. Cassidy se sentía un poco inquieta, porque a pesar de tener muy claro el protocolo y etiqueta, temía cometer alguna equivocación. Las mujeres solían recibir miradas más severas que los hombres si existía alguna brecha protocolaria, y no sabía si ella sería capaz de callarse en el caso de que alguien la pudiese intentar aleccionar.

Por otra parte, la cercanía de Dereck no le provocaba la calma que había logrado al mantener ella una actitud distante. Desde que accedió a escuchar su versión de lo sucedido entre ambos en el pasado, la barrera invisible del rencor se había corroído hasta desaparecer. Ahora, los recuerdos bonitos que vivieron empezaban a colarse con más frecuencia en su memoria desplazando los dolorosos.

¿Era ese el efecto del perdón? No lo sabía. Cada ligero roce, cada mirada intencionada de él, así como la forma en que parecía cuidarle las espaldas en la ciudad, sin que ella lo necesitara, la hacía sentir menos proclive a mantenerse a la defensiva.

—¿Por qué tan pensativa? —preguntó Dereck con suavidad, interrumpiendo el curso del trabajo mental que se estaba operando en Cassidy.

Iba vestido con un esmoquin azul oscuro que hacía juego con el tono claro de sus ojos, y llevaba el cabello peinado hacia atrás. La barba estaba recortada con precisión. Si hubiera llevado el traje tradicional de un miembro de la realeza nadie hubiera puesto en entredicho su condición. Dereck era un príncipe que no necesitaba título, y arrasaba las miradas femeninas con pasmosa facilidad.

—Me indicaron los del staff del jeque que hay un equipo de periodistas norteamericanos que han venido a cubrir el evento. Me preguntaron si tendrías algún inconveniente en aceptar una entrevista con ellos, ya que trabajan para el área social y también negocios internacionales. La marca Yarta es muy popular y prestigiosa —replicó, mientras contemplaba cómo pasaban las limpiísimas calles de la ciudad para adentrarse en una zona más alejada—. El que estés aquí hará que los periodistas se sientan más a gusto con alguien de su misma cultura, y que te asocien con la marca del jeque, sumada la oportunidad de aprovechar para hablar de los temas que te interesan que se conozcan de TS2, creo que establece un punto estupendo para ti.

Cassidy había optado por comprar un vestido en tono morado de gasa, y con encaje adornado de pedrería Swarovski a la altura de las mangas largas y transparentes, así como el cuello redondo y discreto. La tela se ajustaba a su cuerpo con estilo y caía con elegancia en apliques ondulados hasta el suelo. Los tacones altos en tono plata daban la impresión de hacerla más esbelta, y eran cómodos para caminar. Se sentía como si estuviese asistiendo a una visita de Estado, en especial si consideraba todas las medidas de seguridad implementadas, pero era solo un evento lujoso de gala.

—No, no tengo ningún inconveniente en aceptar esa entrevista —dijo observándola. Estaba preciosa, y nada más encontrarse con ella en el lobby del hotel, Dereck quiso presionar su cuerpo contra esa sinuosa figura de sirena, apoyarla en la superficie más cercana, para devorarle la boca. Dios, cuánto anhelaba volver a besarla—. Solo un detalle, Cass.

Ella ladeó la cabeza con expresión interrogante.

—Malik, el jeque, es bastante liberal con la forma de concebir el rol de las mujeres en la sociedad, y también si son extranjeras. No te compliques con nada —le hizo un guiño— e intenta disfrutar de la fiesta. Sé que eres muy profesional, pero recuerda que estás conmigo, y prefiero una compañía relajada.

Antes de que Cassidy pudiera preguntarle sobre su relación de amistad con el jeque, el conductor les abrió la puerta. Ambos avanzaron por la entrada de mármol, flanqueada por hermosas lámparas de aceite que daban un aspecto de estarlos llevando al antiguo desierto, pero el espectáculo moderno arquitectónico de la mansión estaba para recordar que la magia de vivir en otra época era solo temporal.

La música en el salón principal era suave, y por supuesto, una orquesta en vivo era la encargada de amenizar. Un banquete que parecía interminable, con bocaditos que se antojaban nada más verlos, estaban distribuidos alrededor. Oro, mármol, lámparas de lágrimas de diamante, así como muebles tallados a mano estaban a la vista. Cassidy creía que, si salía de esa gigante área, podría perderse. Las vías hacia corredores que podrían llevar a diferentes sitios de la mansión eran varias, pero miembros de seguridad custodiaban los alrededores con discreción.

La fiesta de lanzamiento no solo estaba llevándose a cabo dentro del salón, sino que se extendía hacia el gigantesco jardín con una preciosa cascada artificial en el lado izquierdo. En el césped había mesas altas, otras bajas, lámparas de aceite, ventiladores sofisticados, y un montón de personas que parecían conocerse de toda la vida que hablaban entre sí. Cassidy calculaba que habría más de trescientas personas. El escenario principal en el que se llevaría a cabo la presentación oficial del perfume estaba en el gigante jardín.

Las fotografías promocionales gigantes del producto, la modelo famosa que lo representaba, y el resto de *merchandising* de Yarta, estaban expuestos con iluminación personalizada. No se había escatimado ni un céntimo en poner todo a punto.

—Tú serías mejor representante de esa marca —dijo Dereck siguiendo la mirada de Cassidy hacia las gigantografías publicitarias—, salvo que, por supuesto, hay perfumes que se llevan mejor sin ropa.

Ella abrió de par en par los ojos, mirando a uno y otro lado, abochornada si alguien lo hubiera escuchado. Le dio un ligero pisotón, pero él no se inmuto. Se limitó tan solo a esbozar una de sus sonrisas traviesas que a ella le erizó la piel.

—Los amigos no dicen esas cosas, Dereck —siseó.

—Solo un cumplido, Cass —murmuró, encogiéndose de hombros—. Además, no creo que sea una mentira, porque sé cuánto las detestas.

—Compórtate...

Al instante, una figura alta, ataviada con un costoso traje tradicional blanco, y sobre este el *bisht*, otra tela negra con bordes de hilo de oro, se acercó a Cassidy y Dereck. El hombre llevaba la cabeza cubierta con el pañuelo, llamado *Kufiyyeh*, sostenido por el cordón, *ugaal*, de color negro. El jeque de treinta y un años de edad, Malik Al-Taram, era muy apuesto, y el iris de sus ojos eran una mezcla de verde con el tono de la miel más ligera. Todavía no tomaba esposa, y lo consideraban uno de los solteros más codiciados por las mujeres casaderas en las altas esferas de Dubái.

—¡Mi buen amigo, Toussaint! —dijo el jeque Malik con una expresión de inequívoco gusto. Le dio una palmada a Dereck en la espalda, y luego un fuerte apretón de manos—. Qué bueno verte, hombre. Desde que tomaste la posta de personaje serio, ya poco se te ve por Mónaco, París, Londres o nuestros clubes favoritos en Andorra y Dinamarca.

—Malik —replicó riéndose, y llamándolo por su nombre de pila debido a la confianza que existía entre ambos—, gracias por invitarme. Ya sabes que no todos tenemos títulos reales —bromeó—. Permíteme presentarte a Cassidy Ashford —dijo mirando a su acompañante, y poniendo su mano de forma automática en la espalda baja femenina. Le daba igual si alguien lo veía, porque sabía que su amigo no se rodeaba de personas con mente cerrada, a diferencia de otros árabes. Quizá por eso se llevaban tan bien. Dereck no había dudado en usar el jet-privado de la compañía, en otros tiempos claro, para ir de juerga con Malik.

Los ojos del jeque acompañaron la sonrisa que le dedicó a la mujer. Le gustaban las muchachas guapas, y esta era una hermosura. De pies a cabeza su aspecto era exquisito, y las curvas de su cuerpo seguro serían un placer de tocar. No le faltaban acompañantes en su cama, pero cuando se estaba soltero, una chica más o una menos, tan solo aumentaba el placer, y él era un hombre de gran apetito sexual.

—Gracias por la invitación, jeque, a participar de este evento —dijo Cassidy con suavidad—. La decoración es impresionante. Estoy segura de que el lanzamiento de este perfume femenino será un éxito como toda la línea de lujo de Yarta.

El hombre que tenía ante ella era imponente, pero no le causaba cosquilleos o interés. Además, no estaba allí para hacer amigos, sino para trabajar. Solo esperaba que esa velada no terminase demasiado tarde, porque estaba un poco cansada luego de todo el paseo que hizo con Dereck. El calor era lo que solía agotar más.

—Una mujer hermosa no necesita agradecer una invitación —replicó con galantería e ignorando que Dereck tensó la mandíbula—. Aprecio a una invitada que conoce bien la clase de corporación que organiza un evento —sonrió—. Bienvenida.

Ella se sonrojó, porque ya era algo inevitable y daba lo mismo quién fuese la persona que le hiciera cumplidos. Tan solo asintió, porque no sabía qué más decirle, además podía sentir la tensión emanando a raudales de Dereck. La mano que tenía en su espalda, cubierta por la tela del vestido, quemaba. ¿No estaría pensando que ella era de las que pondrían una gestión profesional en entredicho para flirtear con un jeque por más guapo que ese fuera, verdad?

—Cassidy es mi amiga y la relacionista pública de mi compañía, Malik. Intenta no desplegar tus encantos con mi staff —dijo Dereck con ironía. Ambos se conocían muy bien, y tenían un tipo de mujer bastante similar hacia el que se sentían atraídos. «Más le valía a Malik no tener intenciones sobre Cassidy, porque le daba igual si tenía que soltarle un puñetazo». En otras ocasiones, y por motivos estúpidos, ya se habían liado a golpes. Otros tiempos, otras ciudades, otras realidades, sí, pero a Dereck no le importaba repetir si Cassidy era el punto de quiebre—. ¿Qué te parece si la dejamos hacer su trabajo, y mejor me recuerdas el motivo por el que tus fiestas y eventos son tan memorables? —preguntó a cambio.

Un brillo de reconocimiento cruzó la mirada del jeque al reparar en cómo Dereck lo fulminaba con la mirada, y esbozó una sonrisa. Era un competidor por naturaleza, y si le daba la gana iría tras la preciosa mujer. Su amigo norteamericano había dejado claro que era una colaboradora, y solo una amiga. El jeque tenía la vía libre, y si le daba la gana haría algo al respecto. Ya analizaría cómo iba la noche.

—Disfrute la velada, señorita Ashford —dijo el árabe con amabilidad.

—Así lo haré —replicó ella, lanzándole miradas cautelosas a su acompañante de ojos azules—. De momento iré a buscar a su ejecutivo de prensa. —Miró a Dereck—: Te dejaré saber cuando sea el momento de tu entrevista.

—Gracias —farfulló Dereck, mientras se alejaba con su amigo y era zambullido en un

espacio de opulencia, buen gusto, contactos, y belleza.

Desenvolverse en actividades de trabajo era muy fácil para Cassidy, así que no tardó en encontrar al equipo de prensa del jeque. Karim, el que estaba a cargo, la saludó con amabilidad. Le dejó saber que todas las fotografías se enviarían después de pasar por el visto bueno del jeque. Sabía que en los ámbitos en que se movían jeques y jequesas no entraba alguien que no fuese a hablar a favor del anfitrión.

—No hay problema, Karim —dijo—. Gracias por todo tu apoyo. ¿Sabes si el equipo de prensa que quería entrevistar a Dereck Toussaint está listo?

—Sí, he reservado una salita especial para que no haya ruido. Muchas gracias por haber accedido a algo de última hora. —Cassidy asintió con una sonrisa—. Para llegar solo debes ir al patio, pasar detrás del escenario, y la sala está flanqueada por palmeras enanas. La puerta es azul con dorado. No vas a perderte. El equipo de prensa ya está listo. Cuenta con el fotógrafo y el iluminador de nosotros, como te dijimos, es la política. El periodista principal, y que hará la entrevista, se llama Rubens Larreto.

Ella asintió.

—Oh, estupendo. Entonces iré a buscar al señor Toussaint —dijo, porque no le gustaban dejar entender a otros las familiaridades que podría tener o no con las personas con las cuales trabajaba.

Cassidy había presenciado lo espectacular del lanzamiento del perfume. Le maravilló los preciosos vestidos de las mujeres, la suma elegancia de los hombres, además de que la decoración era tan cálida que la hacían sentir como si fuera parte de un encantamiento en el que todo era posible, y solo el éxito era permitido, así como cualquier indulgencia. Quizá era esa la intención de los encargados de marketing.

Llevaba casi cuatro horas en la fiesta, y había aprovechado para degustar la comida hasta que sintió que no podría caminar si comía otro bocado. Sí, a veces ella sucumbía al placer de la comida. Todos los presentes iban a recibir tarjetas de regalos para consumir los productos Yarta, así como muestras de perfumes y una prenda exclusiva de la nueva colección de ropa. El pack de obsequios sería enviado a los domicilios, nacionales o internacionales, de los asistentes.

—Disculpe, ¿podría ayudarme? —preguntó un hombre a su espalda.

Cassidy se giró con una sonrisa tenue. La persona que tenía frente a ella parecía de unos ochenta años, un poquito pasado de peso, barba canosa, y unos ojos cubiertos por gafas de sol. Llevaba un bastón en la mano. El hombre era ciego.

—No soy de aquí, pero lo intentaré, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó. El tono de voz masculino le había parecido un poco inquieto, y Cassidy sintió pesar porque debía sentirse abrumado con tanta bulla o tanta gente.

—Mi esposa es parte de la misión consular de España en este país. No me gustan los eventos, pero menos la idea de dejarla sola —dijo con un marcado tono propio de las Islas Baleares. Cassidy, tiempo atrás, había pasado un mes recorriendo España y le era fácil saber de dónde provenían los acentos—. Quedé en esperarla aquí hace unos veinte minutos, pero no ha regresado. Sé que hay muchísimas personas alrededor, y como puede notar, si me muevo de aquí, no nos encontraremos.

—¿Tiene el teléfono a la mano? —preguntó Cassidy—. Porque, a pesar de la música,

podríamos intentar marcarle a su esposa.

—Sí, claro, qué tonto de mi parte —murmuró, mientras sacaba el móvil.

Cassidy vio cómo le temblaba ligeramente la mano.

—¿Me permite llamarla yo misma? Solo dígame qué número está asignado automáticamente al de su esposa o puede pedir con comando de voz que se marque.

El hombre pidió a Siri que hiciera la llamada, pero no conectaba.

—Jorge, lo siento —dijo una mujer guapa, morena, y de unos cincuenta años, acercándose con prontitud. Ataviada con un vestido en tono menta, el cabello recogido en un tocado alto, lucía regia—. Estaba hablando de un tema que se extendió más de lo previsto.

—No pasa nada, cariño —dijo el hombre con alivio—. La señorita...

—Cassidy Ashford —dijo Cass con una sonrisa.

—Sí, la señorita Ashford tuvo la amabilidad de detenerse a escuchar este viejo para poder encontrarte, menos mal volviste.

—Muchas gracias, señorita Ashford —dijo la Embajadora de España para los Emiratos Árabes Unidos—. Mi nombre es Maryori Navarrete —rebuscó en su bolsa y sacó una tarjeta consular y se la entregó—, si algún día visita España, tenga la certeza de que será un placer darle una cita para tomarnos un café. Su acento es americano.

Cassidy asintió, y sonrió al notar cómo la embajadora y su esposo parecían muy compenetrados. Como si el uno fuese la protección del otro. No, no tenía que ver con la discapacidad de Jorge. Iba más allá de eso. Parecían de aquellas parejas capaces de anticiparse al pensamiento del otro; se protegían y cuidaban. Quizá algún día, pensó Cass, ella encontraría un amor así.

—Sí, señora Navarrete —replicó con una sonrisa—. Gracias por su gentileza, y ahora que está con su esposo, me alegra.

—Gracias, señorita Ashford —dijo el hombre.

—No es nada —replicó Cassidy.

—Espero que continúe disfrutando la velada, porque la verdad está todo muy hermoso. Jorge y yo nos marchamos. Le reitero mi agradecimiento por su gesto —dijo la mujer con su encantador acento, mientras agarraba a su esposo del brazo para guiarlo hacia el camino que los sacaría de la suntuosa fiesta.

Cassidy los vio marcharse, y luego fue hasta el área en que se servían bebidas suaves. El alcohol, salvo que fuesen bares o sitios autorizados, no circulaba en Dubái con facilidad. Incluso en las fiestas privadas, a lo grande, estaba prohibido.

Un detalle que Cassidy había encontrado en varios momentos de la velada era que Dereck parecía muy entretenido conversando recurrentemente con una misma mujer. Como si fueran grandes amigos. Ella era exuberante. Sus ojos relucían por el marcado delineador, y sus labios rojos combinaban con el vestido de corte sencillo, pero que perfilaban una figura bien cuidada. Parecía de aquellas personas sobre las que era imposible creer que en algún momento tuvieran un cabello fuera de su sitio. «¿Quién era y de qué conocía a Dereck?».

El aguijonazo de celos le dejó claro que lo que existía en relación con Dereck jamás podría ser una amistad, porque los amigos no lograban que las amigas quisieran que les quitaran las bragas, tocaran su humedad, y luego las penetrasen hasta que solo el clímax fuese el único motivo por el que perdieran la conciencia. En esos momentos, le fastidió la política liberal del jeque Malik. El multimillonario estaba ocupado con sus invitados, eso seguro, y no hizo amago de acercarse a ella, lo cual era un alivio para Cassidy, porque no sabría cómo aplacar un hombre

como aquel sin parecer grosera, en especial si era solo una invitada común y sin sangre real.

«Tienes una entrevista por concretar», se dijo, mientras terminaba la bebida fresca. Le gustó sentir la menta con toques de durazno y mora en su garganta.

Caminó para encontrar a Dereck, y lo halló riéndose con un grupo de personas. Ella no se consideraba alguien tímida, no en temas de trabajo, y su objetivo era que él diera la entrevista para así poder largarse al hotel a dormir.

Se detuvo junto a él, pero lo suficientemente visible para que nadie ignorara su presencia en el círculo de siete personas.

—Disculpen la interrupción, buenas noches, pero es un asunto de trabajo —dijo Cassidy con una sonrisa de disculpa, y luego miró a Dereck—: El periodista está esperando, y también el staff del jeque.

La conversación se detuvo un instante, pero pronto se retomó, aunque todos le hicieron un ligero gesto de saludo a Cassidy o con una sonrisa o con un asentimiento. Se trataba de un grupo de hombres de negocios. No era difícil estar en lo correcto cuando las palabras aranceles, tasas aeroportuarias, transacciones multilaterales, DowJones, BitCoin y demás, se pillaban entre una y otra frase.

—No olvides llamar a mi oficina en Nueva York, Tarek —le dijo Dereck a un petrolero que tenía interés en fundar una compañía de productos renovables en Manhattan y necesitaba asesoría de una empresa como TS2 en la gestión de fondos una vez establecido su negocio—. Fue un placer conocerte —dijo estrechándole la mano—. Señores, hasta la próxima. El trabajo llama incluso en los momentos de diversión, colegas. —Todos se rieron de la broma, y pronto se enfocaron de nuevo en la charla que, para ellos, prometía alianzas a futuro.

Cassidy le hizo un gesto al guapo empresario de ojos azules para que la siguiera, y Dereck trató de seguirle el paso. A pesar de los tacones, ella era bastante rápida.

La banda continuaba tocando en los alrededores, y en el escenario quedaban las vitrinas con alhajas y otros productos de lujo. En pantallas pequeñas, distribuidas con intención de no incomodar visualmente, se exhibían vídeos de los desfiles de modas de todo el mundo en los que Yarta había participado como auspiciante.

—Espera —dijo Dereck agarrándola del brazo cuando estuvieron a punto de abrir la puerta azul de la sala—. ¿Qué ocurre, Cass? Pareces enfadada.

—Tienes la entrevista, y me tomó un rato encontrarte. Ya es algo tarde y estoy cansada. Tú, ¿todo bien con el *networking*? —preguntó desviando el tema.

Dereck frunció el ceño. Una súbita idea rondó su mente y no le gustó la posibilidad de que pudiera tener razón en su conclusión.

—Dime si Malik hizo algo para incomodarte, porque en este mismo instante voy a tener una palabra con él —dijo con rigidez.

Ella meneó la cabeza. Desde donde estaban, tras el escenario y varios metros más allá en la mansión y el gentío, nadie podía verlos. Por eso, Cassidy suponía, Karim había elegido esa salita. No habría ruido y la entrevista se llevaría con privacidad.

—No lo volví a ver. Un jeque no tiene tiempo para darme la hora dos veces, Dereck, por Dios. Además, he pasado ocupada intentando no inflarme demasiado como un globo con tanta comida —replicó, encogiéndose de hombros.

—Tus curvas son perfectas —dijo acortando la distancia, aprovechando que estaban lejos de la mirada de terceros—. Me encanta cómo te queda ese vestido, aunque, la verdad, me gustaría mucho más ver lo que está bajo esa tela.

—Dereck...

De pronto, la puerta azul se abrió, y ambos se apartaron con rapidez.

Cassidy miró hacia otro lado, y agradecía que la noche ocultara su sonrojo.

—¡Hey! Qué bien que hayas llegado, Dereck, ya me estaba preocupando que me hubieras dejado plantada. Escuché unas voces, así que asumí que debías ser tú con tu asistente personal, ¿verdad? —preguntó esto último mirando a Cassidy.

Cassidy elevó la mirada para saludar, pero se le quedaron las palabras atoradas en la garganta. Frente a ella estaba la pelinegra que había estado hablando gran parte de la noche con Dereck. Hizo un gran esfuerzo para esbozar una sonrisa. No sabía que pudiera fastidiarle tanto fingir que sus labios se curvaban hacia arriba.

—Creí que me buscarías de nuevo en la fiesta para decirme que ya estabas esperándome para la entrevista, Patsy —dijo Dereck con naturalidad—. Le hubieras ahorrado trabajo a Cass —concluyó con una sonrisa.

«Patsy, vaya nombre tan feo», pensó Cassidy.

—No, no soy asistente personal —aclaró Cassidy, mientras entraban a la bonita salita con acabados de oro y una interminable colección de libros que parecían muy antiguos—, sino la relacionista pública de TS2 y de DT Enterprises.

—Oh, bueno, mi compañero que iba a hacer la entrevista tuvo que marcharse porque se sintió un poco mal, así que seremos solo Dereck y yo charlando, además del fotógrafo y el encargado de la iluminación —dijo señalando a los dos hombres que ya tenían todo a punto—. Fue una suerte que Dereck y yo ya nos conociéramos. El mundo es tan pequeño —sonrió con sus perfectos dientes blancos—. Esta noche aprovechamos para ponernos al día. ¿Acaso no es genial esta coincidencia? —le preguntó a Cassidy, aunque sin esperar respuesta—. Es que cuando supe que él estaba en Dubái, y en este evento, supe teníamos que buscar entrevistarlo. He visto en los medios de comunicación que Dereck ha hecho un gran progreso con su compañía comercial, y como ya me comentó un poco al respecto, ahora será cuestión de profundizar. Será una nota estupenda para el Chicago Borders.

Cassidy asintió, pero sentía como si en lugar de suaves manjares consumidos, en su estómago tuviera lijas para pulir madera. ¿Por qué esa mujer hablaba tanto? «¡Debería callarse un mes completo, por Dios!».

—No lo dudo —dijo en tono profesional, y extendiéndole la mano. Patsy la estrechó sin dudar—. Fui a buscar a Dereck —comentó en esta ocasión el nombre de pila. ¿Por qué? Porque había descubierto que era una mujer con la suficiente madurez para ser ridículamente celosa—, pero estaba con unos empresarios, así que por eso tardamos en venir aquí. Me apena que tu compañero no se encuentre bien, Patsy, aunque espero que se mejore pronto.

—Suelen ocurrir estas cosas —replicó Patsy, pero tenía su mirada recorriendo con discreción el físico de Dereck.

—Sí, una pena. En todo caso, Patsy, no hace falta que yo esté presente —dijo con suavidad, consciente de que Dereck la observaba como un halcón, pero ella estaba decidida a no mirarlo a los ojos para que no se diera cuenta que estaba celosa. Eso no le haría ningún bien a su orgullo—. Estaré afuera si me necesitas, pero creo que ya lo tienes cubierto, ¿verdad?

La periodista esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Sí, grac...—empezó Patsy.

—Quédate Cassidy, no tardaré —dijo Dereck, mientras Patsy se acomodaba en una de las sillas, poniendo la grabadora y su bloc de notas cerca.

—¿Es una orden? —preguntó en un susurro solo para él.
Dereck sopesó su respuesta.

Sabía lo que ella estaba sintiendo, porque era exactamente lo que él experimentó cuando el tonto de Malik estaba galanteando a Cassidy. En este caso era solo un malentendido, porque él no tenía interés en Patsy. Mantuvo hermética su expresión, porque sabía que Patsy era muy perceptiva, así que no iba a darle munición a la periodista para hacerle preguntas personales.

La mujer trabajaba como freelance para el Chicago Borders, New York Times y también para el Washington Post. Sí, los mayores diarios. Un par de ocasiones le había hecho la zancadilla, porque así era de maliciosa, y era mejor estar en su lado bueno. Tan solo por eso permitió que la mujer monopolizara su tiempo más de lo habitual, al menos así fue hasta que logró zafarse para hablar con amigos de Malik.

—Si estás agotada, entonces puedes marcharte —dijo mirando a Cassidy, y hablándole con suavidad—. Aunque, si puedes esperar un poco a que termine mi entrevista, lo apreciaría. El guion que acordamos para esta charla sigue inamovible, y no voy a arruinar tu trabajo diciendo chorradas —aseveró.

Cassidy esbozó una sonrisa que no tenía que ver con la alegría.

—Estoy agotada, jefe. Me marchó. —Miró a Patsy—: Espero encontrarnos en algún otro evento en Estados Unidos, y cualquier requerimiento estoy para ayudarte —mintió, porque era lo que menos quería—. Gracias por el espacio para TS2 y DT Enterprises. Buenas noches —miró el reloj— o días.

Patsy esbozó una sonrisa complacida, porque iba a quedarse a solas con uno de los pocos solteros con el que jamás había logrado acostarse. Sí, ella mantenía su ética periodística con un raro balance, pero si no lograba lo que quería, entonces podía ser un poquito sesgada en sus opiniones. Dereck había rechazado sus insinuaciones sexuales, pero en ningún momento la hizo sentir mal, así que no había resentimiento o ego herido de su parte. No iba a echar a perder el contacto con Toussaint.

—Te enviaré una copia del reportaje apenas esté listo —murmuró Patsy.

—Estupendo —replicó Cassidy, no sin antes mirar a Dereck con una sonrisa fingida, para luego dar media vuelta. Estaba lista para llamar al chofer y volver al hotel.

Necesitaba aclararse la cabeza con un baño caliente.

CAPÍTULO 13

Cassidy se refugió en la gruesa salida de baño sintiendo el cuerpo más ligero. En las próximas horas iba a disfrutar de un merecido sueño, y cuando tuviera que retomar el trabajo con Dereck haría de cuenta que poseía memoria selectiva, y fingiría no recordar las emociones que la impactaron durante todo el día y noche. Tan solo ahora le era posible comprender cuando las personas hablaban de los días que pasaban como segundos o los minutos que se hacían eternos.

Por ahora solo necesitaba que su mente recuperase la calma, y sus hormonas no quisieran gritar independencia del resto de su sistema corporal. Cuando estuviese de humor, entonces le devolvería a su madre todas las llamadas que tenía registradas en su teléfono. Lauren Ashford no solía ser muy insistente cuando quería comunicarse, pero cuando lo hacía se trataba de algún evento familiar, social o cultural, en el que estaba involucrado Byron, y necesitaban que Cassidy jugara el rol de la hija solidaria, y que contaba con una familia sólida y feliz para las fotografías. Cass no tenía ganas para escuchar todos los argumentos que de seguro le daría su madre para convencerla de ir a Connecticut unos días.

Dejó el móvil, sobre una de las estanterías de vidrio, en modo silencio.

Fue hasta la cama, pero escuchó que llamaban a la puerta. Ella no estaba esperando a nadie. «Qué pereza, ya se han de marchar», pensó, mientras apartaba el cobertor de la cama para sentarse en el colchón.

Al cabo de unos segundos volvieron a llamar a la puerta.

Con un suspiro de fastidio, Cassidy se incorporó. Se elevó sobre las puntas de los dedos y miró por el visor de la puerta.

Dereck estaba del otro lado. Ella frunció el ceño.

—Estoy a punto de irme a dormir, si no hay nada de trabajo, entonces nos vemos mañana a la hora del desayuno en el salón —dijo enfáticamente.

—Cass, por favor, abre. Quiero hablar contigo —pidió Dereck.

—¿No estás cansado de tanto hablar por hoy? —preguntó con sarcasmo, mientras observaba cómo él meneaba la cabeza. Se había quitado la corbata, desbotonado la camisa. Podía mirarlo todo lo que quisiera sin ser pillada infraganti o sentirse culpable. «Era él quién había llamado a su puerta».

—No, con quien me interesa hacerlo, no —replicó Dereck con aplomo. Abre o pronto alguien va a quejarse de que hay ruido en este corredor. ¿Te imaginas que llamen a seguridad y el bochorno que eso podría representar?

—Te sacarían a ti, no a mí —replicó con una sonrisa que él no podía ver.

—Buen punto, pero, ¿quién tendría que explicar a la prensa el motivo?

Cassidy sabía que él era capaz de golpear más duro la puerta, hablar más alto o intentar hacer alguna idiotez como llamar al Front Desk para decirles, tal como hizo en San Diego, que existía una emergencia en la habitación de ella o inventarse alguna tontería, porque los escándalos le daban lo mismo. «Maldición».

Meneando la cabeza, y de mala gana, abrió la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —preguntó cruzándose de brazos, mientras la puerta se cerraba automáticamente con el sistema de tracción. Él entró, y luego se colocó frente a ella—.

La agenda de mañana está coordinada, y no incluyen actividades de relaciones públicas. Eres tú, Tenack y Sallet en exteriores haciendo una visita a no sé dónde en plan social. No hay nada que yo pueda hacer en ese ámbito para contribuir a la mejora de tu imagen —dijo haciendo un gesto con la mano, señalándolo de la cabeza a los pies.

Dereck, nada más terminar la jodida entrevista, fue a despedirse de Malik, y luego puso rumbo al hotel. No iba a permitir más fricciones con Cassidy o malentendidos. La perspectiva de repetir la historia del pasado era intolerable. Podían pasar los siguientes meses dando vueltas alrededor del otro, pretendiendo una cosa, diciendo o insinuando otras, con o sin palabras, pero Dereck no quería más de eso. Él era un hombre que tomaba decisiones, enfrentaba, y resolvía.

Acórtalo la distancia hasta invadir el espacio personal de Cassidy.

Ella, por supuesto, tan terca como era, no se movió.

—Patsy es una periodista que anteriormente ya me ha hecho quedar mal en asuntos de negocios, porque rechacé sus insinuaciones sexuales. La mujer no me interesa, y hoy me limité a seguirle la corriente. Prefiero evitarme líos si puedo, en especial cuando estás trabajando con empeño para enfocar una luz diferente de cómo otros me ven en el plano empresarial, y así evitar que se metan en mi vida privada.

—No necesito aclaraciones —dijo, aunque estaba complacida de escuchar ese dato sobre Patsy. Le parecía terrible la ética tergiversada de la periodista, aunque si Dereck había encontrado la manera de aplacar inconvenientes futuros, estupendo. Que no hubieran sido amantes o que él no tuviese intención de ello, la alegraba. ¿Por qué? Pues porque estaba empezando a perder la razón sobre los motivos por los que debía ser amistosa, pero al mismo tiempo elevar sus autodefensas con Dereck.

—Tsk, tsk, Cass —murmuró acomodándole un mechón de cabello húmedo detrás de la oreja —, y yo creía que el mentiroso siempre fui yo.

Ella apartó la mirada.

—No hagas esto, Dereck.

Él le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo, y le acarició las mejillas con los pulgares. Últimamente se sentía más inclinado, que en ningún otro momento o circunstancia de los años desde que se graduó en Yale, a dar explicaciones. Quizá tenía que ver con el factor de que la persona que en esos instantes estaba recibíendolas, no las pedía salvo que fuesen por trabajo, aun así, él estaba inclinado a dárselas. Su hermano se mofaría sin fin si supiera lo que estaba pasándole, pero Ryder era igual de hermético, así que tampoco eran tan distintos en ese aspecto.

Para Dereck, Cassidy no era una mujer cualquiera. Si quería firmar una tregua de verdad y marcar un punto de partida diferente, entonces tendría que tomar acciones distintas a cómo trataba al resto de personas que lo rodeaban de forma habitual. Por supuesto, no se podía negociar o llegar a un acuerdo si una de las partes pretendía hacer concesiones, y la otra, no. En este caso era él quien estaba tomando la iniciativa, y bajando poco a poco su orgullo.

—¿El qué, cariño? —preguntó en un susurro con los labios cerca de los de ella. La sintió tomar aire. Él era consciente de cuánto la afectaba, porque sentía lo mismo. En sus horas más complejas de trabajo, la imagen de Cassidy estaba cada vez más presente, el recuerdo de su andar, cómo trataba con calidez a todos sin importar el rango social o corporativo, su sonrisa, y sus descaros al hablar.

Nadie se atrevía a ponerlo en su sitio como ella.

—No quiero confundir los escenarios, Dereck —dijo con franqueza—. No sé si dejarte ser

parte de nuevo de mi entorno personal, y luego arrepentirme. He pasado experiencias sentimentales nada agradables en otros años, y tomé decisiones absurdas que me hirieron. Como el tonto de mi ex prometido que...

—¿Estuviste prometida? —preguntó con fiereza, aunque los movimientos de sus pulgares sobre la piel de Cassidy continuaba siendo suaves.

Ella cerró los ojos brevemente. Un desliz al hablar, pero no podía borrarlo.

Soltó una exhalación e hizo una mueca.

—Fue un error estúpido de mi parte, y me arrepiento de ello como no tienes idea —replicó, y en pocas palabras le contó lo ocurrido en la fiesta, así como el acoso sistemático al que fue sometida por Thiago, además del papel de Byron—. A veces he llegado a pensar que tengo una maldición —dijo con una sonrisa amarga.

Dereck sintió una furia profunda con el imbécil de Byron, ¿cómo era posible que un padre no fuese capaz de creer a su propia hija? ¿Cómo podía haberle dado la espalda cuando Cassidy más lo necesitó? ¿Y qué decir de Lauren, la madre de ella, que vivía más preocupada de la opinión social?

—Supongo que convertirme en homicida no ayudaría a mi imagen pública —masculló refiriéndose a Thiago—, o quizá pueda hacer algo menos drástico.

—No tendría sentido, porque él ni lo ocurrido importan —dijo ella.

Apartó las manos del rostro de Cassidy, y empezó a ir de un lado a otro sobre la alfombra de la habitación. Estaba muy enfadado por lo que ella había pasado. Quería romper algo o encontrar al tal Thiago y romperle los huesos. Fue hasta el fondo de la habitación, y apoyó las palmas de las manos sobre el vidrio que daba a la ciudad, y bajó la cabeza, sacudiéndola con impotencia.

Todo ese tiempo que él iba de juerga, pretendía que todo su mundo estaba bien e intentaba enviar al foso más oscuro de su memoria a Cassidy, ella había atravesado situaciones emocionales drásticas. Ella fue una persona que dejó una impronta en su existencia, y claro que le dolía haberla lastimado con su omisión sobre los motivos iniciales por los que se acercó a la cafetería en la que trabajaba en los alrededores de la universidad de Yale.

Lo enfurecía que alguien se hubiera atrevido a violentar la paz emocional, atormentando, y acosando sexualmente a Cassidy, porque él podía asociar el relato que acababa de escuchar con el caso de Edith. Incluso la cólera ciega que experimentó, mientras él y Ryder tomaban la justicia en sus manos, porque sabía que ninguna jodida autoridad haría nada por una familia sin recursos, pues tenían en agenda “casos más importantes”. Lo ocurrido a Cassidy no llegó a ese punto, pero no hacía falta un trauma físico brutal para que las secuelas mentales, que una acción como esa provocaba en un ser humano, fuesen menos importantes.

Dereck cerró los ojos con fuerza. Quería romper el puto vidrio. Su respiración se volvió pesada, y quiso salir de la habitación para alejar los fantasmas de su adolescencia que parecían interesados en colarse esa madrugada.

—Fue hace un tiempo —dijo la voz dulce de Cassidy, apoyando la mano en el brazo de Dereck. Él se apartó con lentitud de la ventana para mirarla. Estaban bañados por la luz lejana de la ciudad y la habitación—. No todo en mi vida han sido olopeles y alegrías, pero he logrado mis propios éxitos en el plano profesional. Quizá en el amor solo he jugado mal las cartas —concluyó con una sonrisa triste—. Todo con Thiago ocurrió hace un tiempo, y la verdad es que no me apetece darle la capacidad de afectar más mi vida. Ya lo dejé atrás, pero te lo conté ahora, porque sé que hubieras insistido en que terminara la frase que salió de mi boca sin pretenderlo.

Él asintió, apretando los labios, y luego tomó una profunda inhalación para llevar oxígeno a

su cuerpo y terminar de sosegarlo.

—Lamento que hayas vivido algo así, Cass. Y quizá sea mejor que no conozca el apellido de ese mequetrefe —dijo con honestidad.

—Así me ahorras un gran problema de relaciones públicas —replicó Cassidy con humor para terminar de quitar la tensión en él.

Poco a poco, en silencio, los hombros de Dereck parecieron relajarse, y dejó de apretar los puños a los costados. Relajó los dedos.

—Cass, me quisiste en el pasado de verdad, ¿fue así, cierto? —le preguntó él al cabo de un instante con humildad, y consciente de que esa era la primera ocasión en que Cassidy se acercaba a él voluntariamente en un ambiente más personal. Su mente estaba ahora solo enfocada en el presente.

Ella lo miró con sinceridad.

—Más de lo posible —susurró bajando la mirada.

La fuerza gravitacional que se fraguaba entre ellos era potente. La forma en que se miraban trascendía toda descripción sobre la pasión, las emociones encadenadas, la atracción desmedida, el deseo descarnado y las tormentas en el horizonte. Ella tenía que mantener la cabeza un poco echada hacia atrás para poder mirarlo directo a esas lagunas azules que eran sus ojos. Tenerlo así, tan cerca, siempre la hacía sentir un poco abrumado por la fuerza que de él surgía, y ahora sumada a la expectativa y desconcierto de esa visita súbita pasada la medianoche.

No sabía del todo qué podría suceder en un futuro próximo, pero su resistencia había llegado a su fin. Se sentía más atraída a él que antes, lo deseaba de una manera visceral y que jamás había vuelto a sentir por otro hombre. Le parecía peligroso. Su capacidad de presentar batalla estaba intacta, aunque de momento prefiriese bajar las armas, porque era irracional negar la vehemente química entre ella y Dereck.

—Entonces fuimos dos personas que sintieron de la misma forma, pero no supieron asimilar la intensidad de esas emociones que vivieron —dijo Dereck con pasmosa franqueza, y poniéndole un dedo bajo el mentón—. Y yo no he vuelto a sentir por nadie lo que viví contigo. Dejaste una huella indeleble en mí.

Ella creía que el pecho iba a explotarle ante esa confesión. Las palabras de él fueron las gotas de seda que hacían falta para cicatrizar los últimos recodos de sus heridas emocionales juntos. Cassidy sentía que salía a la superficie, después de haber permanecido al fondo de un lodoso río por años.

—Esto es complicado —susurró Cassidy, mientras los latidos de su corazón se acrecentaban. Extendió la mano y la puso en el sitio en el que latía el de Dereck, tan solo para comprobar que iba a ritmo desbocado—. Han pasado solo unas semanas desde que volvimos a encontrarnos, y trabajo para tu compañía...

—El tiempo entre nosotros no podría medirse. Dos meses, cinco años, diez segundos, dan igual, cariño. Dan igual —repitió poniendo su mano sobre la de ella. Apretándole los dedos entre los suyos.

—¿Qué hay con la política de no-fraternización de las compañías? —preguntó Cassidy, porque de verdad le gustaban las corporaciones Toussaint. Los beneficios, así como el clima laboral eran inmejorables.

Dereck asintió ante la pregunta válida. Ella era muy buena en su trabajo, y había hecho, en pocas semanas, más que los dos empleados del departamento de relaciones públicas juntos. Byron, el muy cretino, le había hecho un gran favor al instarlo a cumplir la última cláusula del

acuerdo legal con Ashford & Asociados.

Dereck sabía que entre él y Cassidy quedaban secretos por compartir. El único lío era que él estaba blindado porque el contrato con Byron Ashford estaba basado en una cláusula de confidencialidad. Si quisiera hablarle a Cassidy de por qué TS2 le ofreció un empleo con tantos beneficios, las repercusiones incluirían un jodido lío legal con Byron, y que de seguro crearía dolores de cabeza.

—Soy el abogado de TS2 y dueño de DT Enterprises —dijo—, lo que significa que elaboré las reglas, y las conozco al dedillo. Ninguna relación personal entre colegas puede darse sin consentimiento e intención de ambas partes. De no llevarse así, entonces habría una demanda segura. La parte ofendida mantendría su puesto de trabajo, de así quererlo. La parte que agravia tendría que enfrentar un despido, además de las acciones legales que la parte ofendida quiera llevar a cabo por cuenta propia.

Ella sopesó las palabras.

—Entiendo... Me gusta lo que hago, aunque implique soportarte —dijo, y él se rio—. Supongo que a veces puedes ser tolerable —bromeó, sintiéndose más ligera.

Él asintió con suavidad, y la contempló con determinación.

—Danos esta noche, Cass —pidió, su voz era profunda y enriquecida por unas notas que solo se encontraba cuando un hombre estaba en el límite del autocontrol. Si lo rechazaba, Dereck no cesaría en su intento de llegar a ella, pero aceptaría marcharse, aunque su cuerpo protestara.

—¿Y después, Dereck? Hay cosas de mí que han cambiado, otras que no sabes, y así, yo de ti. Esos espacios en blanco por llenar puede que sean importantes...

—El futuro lo iremos descubriendo, y los espacios en blanco no son necesarios hoy. Iremos transitando el camino como vaya presentándose, ya lo hemos hecho antes —dijo aspirando el delicioso aroma de sales de vainilla.

—¿Qué es esto que está ocurriéndonos? —susurró con sus labios a pocos milímetros de los de él. A medida que hablaban, sus bocas se topaban. Resultaba una manera de atormentar a otro sin quererlo deliberadamente.

—Dos personas incapaces de negar la atracción. Dos amantes que necesitan reencontrarse para crear nuevos recuerdos. Explorar juntos, sin presiones que impulsen a querer correr en dirección opuesta al otro.

—Nunca he tenido una relación con un cliente de trabajo —murmuró.

Él esbozó una sonrisa.

—Me complace escucharlo, porque si lo hubiera, entonces ese individuo entraría en la lista de personas por moler a golpes —replicó Dereck—. Menos mal no soy un cliente, sino un amigo que desea, a partir de hoy, ser algo más que eso.

—¿Amigos con derecho a acostarse? —preguntó mordiéndole el labio inferior.

—Amantes exclusivos —corrigió—. Da igual la etiqueta que quieras ponerle, siempre que esa condición de exclusividad quede clara. No comparto, y jamás si se trata de ti —dijo Dereck con un tono posesivo que la hizo sonreír.

Ella había sido durante demasiado tiempo la sutil sombra que no le permitió afianzar ninguna relación ni compenetrarse emocionalmente con nadie. Desarrolló fobia al compromiso, y desconfiaba en general de las mujeres que se le acercaban, en especial cuando su cuenta bancaria empezó a crecer aceleradamente.

Dereck jamás pensó que volvería a verla, menos creyó que su vida podría tener una segunda oportunidad para indagar el concepto de romance, si acaso era eso lo que estaba sucediendo.

Después de Cassidy el cinismo sobre las relaciones sentimentales marcaron la tónica de su vida. Ahora, después de tantos años, él sentía que se reencontraba de nuevo con el verdadero origen de aquello que, muchos sabios, llamaban pasión sublime. No tenía de cómo navegarla, pero quería sucumbir a ella.

—Entonces la regla se aplicaría en doble vía ¿no? —replicó Cassidy.

Él esperaba a que ella verbalizara su aprobación. No iba a tomar nada que no le fuera entregado por voluntad, pues no quería recriminaciones o culpas que empañaran lo que sea que existía entre ellos.

—Te deseo con locura, anhelo besarte y muero por recorrer tu cuerpo y aprender de nuevo cada recodo de tu piel —le dijo frotando su nariz contra la de ella—. Sácame de esta miseria, cariño. Danos un inicio diferente esta noche.

Cassidy sabía que estaba tomando un riesgo que de seguro cambiaría su vida para siempre, otra vez, porque Dereck Toussaint era una fuerza de la naturaleza que lograba reacomodar los mundos de quienes estaban en el centro de su atención. Ella era la flama que se encendía hasta el infinito con los chispazos más leves que Dereck creaba; y tenía plena certeza que a él le sucedía en la misma medida. Los dos eran los componentes principales de una bomba atómica que solo ambos podían activar o desactivar, para bien o para mal.

Para Cassidy, él jamás fue solo una vieja llama de amor, un recuerdo doloroso, un recuerdo apasionado, un recuerdo sensual. Dereck fue el hombre que jamás logró olvidar, pero ahora tenía la posibilidad de crear otros recuerdos a su lado, tal como él acababa de decírselo. Ignoraba hacia dónde desembocaría ese camino, pero quería transitarlo. No estaba dispuesta a vivir pensando en los “¿qué hubiera sido sí...?”.

Soltó un suspiro, y elevó sus brazos para rodear el cuello de Dereck.

—Bésame —pidió en un susurro. El cuerpo masculino se remeció en una mezcla de alivio y desbordante lujuria. Tal grado de ardor en Dereck, por una mujer, solo era posible con Cassidy —. Borra con el recuerdo de esta noche todas aquellas en las que no estuvimos juntos...

Un gruñido vibró en la garganta de Dereck antes de tomar la boca de Cassidy con frenesí, ella abrió los labios para recibir la demanda silenciosa de esa lengua ardiente. Él profundizó el beso como había querido hacerlo desde el instante que volvió a verla, pero su jodida arrogancia lo instó a mostrarse hostil.

Cassidy le enterró los dedos entre los cabellos abundantes, bebiendo su esencia, y compartiendo la suya con entrega sensual. No reconoció el gemido que resonó en la estancia como suyo, porque estaba deleitándose con el hambre que consumía al uno por el otro. Cada movimiento de sus bocas estaba diseñado para tensar la línea de la cordura, y aumentar el vibrante campo energético entre ambos.

Este no era un beso cualquiera, sino la clase de beso que recibías después de haber estado lejos en una cruenta batalla, en medio de la tierra más inhóspita, combatiendo contra tus demonios, y luego regresabas al sitio donde todo era profundo sosiego con posibilidad de redención. Era el beso que recibías cuando volvías a reencontrarte, años después, con la persona que, sin saberlo, había mantenido suspendidos los latidos de tu corazón durante mucho tiempo.

El beso de Dereck y Cassidy era aquel por el que los espectadores contenían la respiración por horas hasta que lograban suspirar al verlo concretarse en las grandes películas, y era el beso

por el que las lectoras sonreían como si lo hubiesen recibido del mismísimo Mr. Darcy en medio del campo inglés. Se trataba de la clase de beso que solo se podía crear, compartir y disfrutar con alguien que te poseía por entero, aunque todavía esa persona no lo supiera.

Alma, entrañas y corazón. Tres elementos combinados que eran más poderosos que ninguna otra fuerza entre amantes. Se apartaron ligeramente para tomar aire. Dereck agarró el cinturón de la bata de baño y la desanudó. Abrió los ojos con avidez al notar que Cassidy estaba completamente desnuda bajo la tela gruesa.

—Joder —musitó con embeleso.

La erección que tenía pugnaba por ser liberada del confinamiento de los pantalones. Ante él tenía la representación de Afrodita, seduciéndolo, e instándolo a retirarle la única capa de ropa que le impedía admirarla en todo su esplendor.

—Acababa de salir de la tina e iba a cambiarme para dormir, pero llamaste a la puerta —replicó con una sonrisa, consciente de la sorpresa en Dereck, y, a decir verdad, la suya también, porque hasta ese instante su vestimenta fue lo menos.

A soltar el cinturón, la tela de la bata se había abierto un poco revelando la piel en una línea casi recta, desde el cuello, descubriendo el vértice del valle de sus pechos, bajando por el abdomen plano, el monte de su sexo cubierto con un pequeño triángulo oscuro, finalizando con sus piernas torneadas. A ella le gustó sentir la mirada de deseo de Dereck, pues fue como sentir poco a poco cómo empezaba a entibiarse el cuerpo en zonas inesperadas. Su sexo inició un ligero palpito de necesidad, en una reacción primaria que no la sorprendió del todo. Solo le había ocurrido con Dereck.

—Necesito verte, porque ...

—Hazlo —murmuró Cassidy, que no pretendía detenerlo. Tan solo le dedicó una sonrisa para alentarle a hacer lo que quería: apartar la túnica por completo.

La bata cayó al suelo en un solo movimiento dejando a Cassidy desnuda. Los ojos azules bebieron la anatomía femenina con la forma de un reloj de arena. La figura esbelta de juventud había dado paso a una madurez arrebatadora en ese cuerpo, volviéndolo más generoso en los sitios precisos.

—Me gusta la forma en que me estás observando, y cubrir mi cuerpo con mis manos sería una idiotez —dijo ella con el aplomo que siempre la había caracterizado en la intimidad. Podía sonrojarse, pero tímida, cuando se sentía tan bien, no era.

Dereck tenía las pupilas dilatadas por la excitación, y se sentía consumido por unas ganas viscerales de poseer a Cassidy contra el vidrio gigantesco de la ventana, para que todo Dubái entendiese que era suya por completo, suya para no compartirla, suya para devorarla y darle placer. Ese instinto animal que lo invadía se asimilaba al despertar de un dragón dormido, pero tenía que controlarlo, porque no era un salvaje, aunque sí que lo eran sus emociones.

—Sería un pecado que lo hicieras —replicó en tono gutural—. Cass, sigues siendo la mujer más sensual y hermosa que he visto en mi vida —confesó con un inequívoco brillo de posesión en su mirada.

Los pechos de Cassidy eran exquisitos, en forma de una gota perfecta, pezones de botón redondo e inflamados de deseo. La curva de su cintura era marcada, sus caderas eran idóneas para afianzar las manos en ellas, mientras hacía todo lo que su mente tenía pensado el resto de la madrugada.

—Quiero verte desnudo, Dereck —dijo, mientras avanzaba hacia él, quien, a propósito, había retrocedido unos pasos para contemplarla.

—Después, cariño —replicó acercándose esta vez. Agarró ambos pechos con las manos, maravillándose con la textura, y el tamaño—. Me encantan estos, Cass —murmuró antes de cubrir un seno con la boca, lamiéndole el pezón erecto, mordisqueándolo para luego succionarlo con fuerza.

—Dereck... —jadeó cuando él le haló el pezón con los dientes, fue una mezcla entre dolor y deleite, le encantó. Ella deslizó los dedos entre los cabellos masculinos, manteniendo la cabeza de él en el área de sus pechos, haciéndole saber que le fascinaban esas atenciones—. Sí... Así...

Él alternó las caricias a uno y otro seno con su boca; paladeando, succionando, chupando el sabor sui géneris con gusto. Cuando sus labios se apartaban de un pecho, sus dedos pellizcaban el pezón y amasaban el otro. Variar sus atenciones eróticas de esa manera le provocaba una satisfacción primaria, en especial cuando escuchaba los gemidos de Cassidy y sentía cómo le aferraba los cabellos con fuerza.

—Tan deliciosas estas tetas, Cass —dijo soltando un pecho, mientras con una mano le apretaba la cadera, y con la otra se deslizaba sobre la piel de seda hasta encontrar el vértice en el que convergían los secretos palpitanes de gran parte del placer femenino. Sus dedos trazaron la hendidura arriba y abajo comprobando cuán húmeda estaba—. Tu sexo está tan preparado...

—Dereck, desnúdate —intentó ordenar en un hilillo de voz, porque él utilizó ese instante para deslizarle un dedo en la vagina, luego dos. Ella tembló y echó la cabeza hacia atrás con un gemido. El toque quemaba, centelleaba, marcaba.

Él estaba a un paso de perder el control, pero no quería hacerlo sin antes haberla llevado al orgasmo, porque para Dereck era ese el mayor placer en esos instantes. Con la fluidez de su fuerza, la tomó en volandas y la dejó en el borde del sillón blanco Tartonelle. Ella lo miró confusa por el súbito movimiento.

—Cariño —dijo cuando ella apoyó las manos en el reposabrazos, y él le abría los muslos para sostenerlos sobre sus hombros—, solo disfruta —murmuró. Acto seguido su lengua tibia y suave, experta, encontró el ritmo que le quitó a Cassidy toda capacidad para ser coherente. El placer era tan intenso que incluso respirar parecía todo un reto, pues sus sentidos estaban rendidos a quien los estaba estimulando.

—Yo... Oh... —jadeó cuando sintió la lengua de Dereck deslizándose con más ímpetu entre sus labios íntimos.

Desde su posición, Cassidy podía ver a ese hombre poderoso y de imponente masculinidad de rodillas, y eso era un placer en sí mismo; una pasión sublime y arrolladora estimulada desde el mismísimo centro de su cuerpo. Apoyó la cabeza contra el respaldo del cómodo sillón. Podía notar la forma en que a ratos él la miraba con unos ojos llenos de promesas pecaminosas y con expresión de autoridad sexual. En ese momento ella podía entregarle todo el control de la sesión si eso implicaba que iba a continuar experimentando la pericia de la boca masculina. Sentía las manos fuertes aferradas a sus caderas, agarrándole la carne con firmeza, para mantenerla en posición e impedirle moverse.

—Acaríciate las tetas, Cassidy —exhortó él, antes de introducirle dos dedos en el interior del sexo, acompañando el gesto con una succión de su boca, y que le quitó a ella la capacidad de protestar—, a menos que quieras que me detenga —dijo, haciendo exactamente eso, mientras se recreaba en la estampa voluptuosa que presentaba ella, abandonada por completo ante sus caricias.

Con los muslos abiertos para él, expuesta de la forma más carnal, con la mirada embargada de anhelo sexual, y los pezones erectos, Cassidy se sentía vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

—No te detengas —siseó ella, mientras agarraba sus pechos, uno en cada mano tratando de abarcar lo que más podía de ambos, y los acariciaba como querría que él lo hiciera. Se pellizcó los pezones con fuerza, a medida que él incrementaba el tempo combinando con destreza los dedos y la boca sobre su humedad.

Él le hizo un guiño.

—Qué deliciosa eres... —ronroneó recorriéndola de arriba abajo con la lengua, repasando cada pliegue a conciencia—. No puedo saciarme de ti. Ah, ah, señorita, acaríciate las tetas, ya sabes que me excita mirarte haciéndolo.

—Cretino mandón —rezongó Cass.

Ella siempre había disfrutado que Dereck pudiera ordenarle qué hacer a cambio de placer. No le dio jamás esa potestad a ningún hombre. En la cama, ella solía pedir y exigir. Con Dereck era un acuerdo mutuo, silencioso, porque el único poder consistía en alcanzar el placer juntos.

A Dereck le encantaba el sabor íntimo de Cassidy, y le fascinaba que ella verbalizaba lo que quería. Le pedía que el sexo fuera a ratos lento, a ratos más de prisa, pero él la condicionaba a que no dejara de tocarse o que hiciera algo en particular para que él no se detuviese; era un juego mutuo, una pauta de compartir sus cuerpos. Saber que sus dinámicas de antaño parecían resurgir de forma natural, aunque con efectos mejorados y más madurez, era estimulante.

Cass en esa postura le parecía una imagen erótica que, sumadas a las muchas que tenía guardadas, siempre permanecerían en la memoria. Dereck deslizó las manos para agarrarla de las nalgas, y devorarla con más profundidad. Sintió el preciso instante en que ella estuvo lista para los primeros espasmos. Apartó la mano de la nalga derecha, no sin antes acariciarla, y luego le introdujo en el sexo dos, y luego tres dedos, mientras succionaba el clítoris. Ella le parecía tan receptiva, y sensual.

—Esto es demasiado, Dereck... —sollozó de gusto, mientras sentía cómo desde su columna vertebral se creaba una corriente ardiente que se deslizaba como lava hasta su sexo. Sus pezones le ardían, pero quería más, siempre había sido así con él. Su clítoris no resistió ante la última y contumaz succión de la avezada boca, y que llegó acompañada de un ligero mordisco. Ese fue el punto detonante antes de soltar un grito de gozo y dejarse ir en un clímax brutal.

Al cabo de un instante, Dereck apartó los muslos de Cassidy de sus hombros con suavidad. Se puso de pie, y se inclinó sobre ella para morderle un pezón, y luego besarla. Ella, todavía con los ojos cerrados, se probó a sí misma en la boca de él.

Cassidy tenía la plena certeza de que en unas horas notaría un poco de enrojecimiento en sus pechos, así como en su zona sur, por las caricias. De hecho, así lo esperaba, porque sabía que ese era solo el abrebocas de una madrugada inolvidable.

—Hola, hermosa —dijo Dereck, esbozando una sonrisa absolutamente sexual y hermosa. Apoyó las manos en los reposabrazos del sillón—. Soy adicto a ti.

Ella se rio bajito, pero antes de responder, los labios de Dereck volvieron a encontrar los suyos. Él bebió los gemidos ahogados por la pasión de sus bocas. Deslizó la lengua entre los labios de Cassidy, y ella se dejó tentar con los movimientos primero, suaves; luego, pecaminosos. Le mordió el labio superior, y ella le devolvió el gesto. Al cabo de un rato, él se apartó, y su mirada azul era un mar volcánico.

—Que seas adicto a mí será en mi beneficio... Así que creo que me gusta —murmuró, sonrojándose.

Él se rio.

—Tus sonrojos son adorables —dijo Dereck. Su voz era profunda, controlada, aunque esto

último era lo que menos sentía en esos instantes. Solo esperaba a que Cassidy regresara del todo a la Tierra, entonces él podría llevársela a la cama y tenerla de la manera más carnal en que podían unirse dos amantes.

Ella le acarició el rostro, y le devolvió la sonrisa propia de alguien que había recibido el mejor sexo oral que podía recordar.

—Lo serán todavía más cuando te desnudes —dijo con descaro, mirándolo a los ojos, pues él todavía estaba vestido con la ropa de la fiesta, salvo por la chaqueta y la corbata. Podía notar la erección presionando contra los pantalones. Quería probarlo, y recorrer su miembro con la boca.

—Eso quiero verlo —replicó él, apartándose.

Le dio la mano para ayudarla a incorporarse. Cassidy avanzó hasta la cama, y se sentó en el borde. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, y apoyó ambas palmas de las manos sobre el edredón, como si estar desnuda ante él fuese lo más usual del mundo. Se sentía tan cómoda que no le importaba más que tentarlo e intercambiar caricias que pudieran alcanzar las cotas más altas de placer.

—Nada como una mujer que sabe lo que quiere, y lo pide —dijo Dereck.

Ella tan solo enarcó una ceja, y él sonrió de medio lado.

Con agilidad se quitó la camisa, revelando unos pectorales fuertes, abdominales marcados, brazos tonificados y de músculos definidos con el cincel de Adonis. Le siguieron los zapatos, las medias, el pantalón del esmoquin, hasta que lo único que impedía que Cassidy viese su erección era el bóxer negro. Enganchó los pulgares al elástico de esta última prenda, y se los quitó.

El hombre más sensual y bello que Cassidy conocía estaba desnudo para su vista y deleite. Y Dios, ¡qué espectáculo!

Dereck ahora caminaba hacia la cama king-size, y mientras lo hacía, su erección se agitaba leve contra el abdomen firme. Ella podía ver la gota brillante sobre el glande. Se mordió el labio, porque nada deseaba más que probar su sexo y tenerlo, literalmente, en sus manos. Aunque sabía, debido a la mirada que ahora se había convertido en un mar de promesas sexuales, que él tenía otros planes para ambos. Podía esperar, y luego lo torturaría como había hecho con ella instantes atrás; la recompensa siempre era gloriosa.

—¿Ansiosa? —le preguntó, mientras la instaba a recostarse sobre las almohadas en el centro de la cama, y él se apoyaba sobre las manos, una a cada lado de los costados de Cassidy.

Ella se sostenía sobre los codos para poder mirarlo con gusto.

—Compruébalo tú mismo —replicó con una sonrisa, extendiendo la mano para tocar con la punta del dedo el glande. Al instante la gruesa erección vibró—. O quizá el que está más ansioso es otro.

Dereck soltó una carcajada. La contempló de arriba abajo. Ante su mirada, Cassidy separó los muslos poco a poco hasta quedar expuesta. El brillo inequívoco de su humedad le dio la respuesta a la pregunta inicial de Dereck.

Él la abrasó con sus ojos.

—Eres un espectáculo de mujer —expresó.

Ella tenía los labios rojos por sus besos y mordiscos; los pechos ligeramente enrojecidos por sus atenciones; y el pulso vibrante de su garganta. Todo dejaba claro que estaba más que lista para él, de nuevo.

Con lentitud se inclinó para besarle los pechos. No lo hizo con la avidez anterior, sino que se tomó su tiempo de saborearla. Lamió uno y otro. Ella lo dejó hacer, pero sus caderas se movían en un intento de que Dereck la penetrase, porque lo quería en su interior con la misma necesidad

que alguien precisaba oxígeno para deslizarse en las aguas más profundas del océano para disfrutar los secretos insondables que se escondían, en este caso, en el mundo del sexo.

—Dereck... Date prisa... —dijo, cuando él se apartó de los pechos, para besarle las mejillas, la boca, el mentón, mordisquearle los lóbulos de las orejas, y luego descendió por el cuello. Dejó un reguero de besos, le lamió el sexo varias veces, lo succionó, pero luego regresó para besarle la boca un largo rato, hasta que Cassidy le rodeó las caderas con las piernas para atraerlo hacia sí.

—Siempre impaciente —replicó él, porque le encantaba atormentarla.

Le gustaba escuchar los anhelantes quejidos o palabras ante el placer que solo él podía ofrecerle. Si prolongaba ese juego, lo más probable era que se correría sin ni siquiera haber entrado en ella. No le apetecía ese escenario. Le resultaba fascinante cómo sus cuerpos estaban en sincronía, aún a pesar del tiempo transcurrido sin verse.

—Le dijo la olla al cazo —dijo Cassidy, mientras empezaba a deslizar sus dedos hasta la zona sur de su propio cuerpo—. Y si tú no te apresuras, entonces...

Dereck le calló la boca con un beso brutal que los dejó a ambos sin resuello. Se apartó de ella, mordisqueándole el labio, y se posicionó hasta agarrar su miembro erecto y así ubicarlo en la entrada femenina. Acarició la humedad con el glande, de arriba abajo, sin deslizarse en su interior. Ella elevó las caderas y gimió, porque sentía inflamados sus labios íntimos, y el sexo palpitándole con avidez.

—Estoy limpio, Cass —confesó al cabo de un rato—, y aunque quisiera poseerte sin ninguna barrera, si me lo pides lo haré.

Ella sonrió, porque él siempre se había preocupado por esos detalles. Desde la primera vez que estuvieron juntos. Dereck podía ser cualquier cosa, pero en la cama no existía mejor amante, en todos los sentidos.

—Yo estoy con la píldora, pero no me he acostado con nadie en... —meneó la cabeza—. Estoy limpia... Dereck, confío en ti —dijo mirándolo.

Esa frase consiguió que él se llenara de una redoblada efusión por la oportunidad que tenía en esos instantes con ella. Una amalgama indescriptible de emociones, que se fusionaban con la lujuria y el deseo carnal en niveles que solo podría experimentar con Cassidy, se formaron en su pecho. No sentía que hubiera existido un final entre él y Cass, sino solo una larga pausa. No volvería a cometer los mismos errores con ella. Ahora que la tenía ante él, desnuda y sensualmente vulnerable, la posibilidad de apartarse le parecía inconcebible.

—Dices las cosas más bellas a veces, aunque no lo sepas —replicó con emoción, al tiempo que, con una firme embestida, se deslizó por completo en ella, llenándola, y sin romper el contacto visual.

—Dereck, eres grande... Y hace tiempo que... —susurró, sonrojándose—. Tú entiendes a lo que me refiero.

Él esbozó una sonrisa que era mitad martirio, al tener que modular su ritmo cuando su cuerpo estaba al límite, y mitad emoción primitiva de satisfacción al escuchar esas palabras de su amante. Que hubiera pasado un tiempo desde que otro hombre había estado con ella lo cabreaba sin lógica alguna.

—Iré despacio hasta que te ensanches para acogerme del todo —dijo apretando los dientes por el esfuerzo de contenerse. Por ella, lo que fuera.

—Se siente tan bien tenerte tan profundamente en mí —murmuró rodeándole el cuello con los brazos, y atrayéndolo para besarlo.

—Tan húmeda y lubricada, diablos —dijo Dereck, mientras se retiraba por un instante, para

luego volver a penetrarla poco a poco. Repitió la misma acción dos veces más, y paulatinamente aumentó el ritmo cuando ella le dijo que estaba bien.

—Más rápido... —susurró Cassidy.

Él era demasiado, y al mismo tiempo necesitaba más, porque no creía tener suficiente. Los breves resoplidos de la respiración masculina contra su cuello, le estaba dejando claro lo mucho que le costaba a él no tomarla con el ímpetu que quisiera.

—Quiero impregnarme de tu aroma, marcar tu cuerpo con el mío —dijo Dereck con un gruñido, moviendo su cuerpo en el interior de Cassidy.

Con cada acometida, ambos entremezclaban jadeos y gemidos, y él se introducía más intensamente en ella. ¿Si existía algo mejor que el paraíso? Por supuesto, él se hallaba experimentándolo. Necesitaba sentir cada pulgada y pulsación del sexo de Cassidy, mientras las paredes húmedas lo apretaban.

Ella elevaba las caderas, meneándolas al mismo ritmo de las embestidas, y disfrutaba al escucharlo gemir. Presionó sus dedos sobre sus hombros, y bíceps, mientras lo llevaba más profundo en ella apretando las caderas de Dereck con sus piernas. Cassidy gemía porque él la llenaba, entregándole un placer inimaginable.

—¡Dereck...! —clamó arqueando la espalda, y clavándole las uñas en los musculosos brazos, mientras experimentaba los primeros espasmos del clímax.

Él le agarró un pecho con la mano, estrujándolo, pellizcándole el pezón, causándole dolor y placer, mientras continuaba penetrándola y moviéndose en ese paraíso carnal. Después se bebió el grito de éxtasis que soltó Cassidy, al mismo tiempo que su propio cuerpo le nubló la razón cuando vertió su semilla.

El colosal orgasmo que compartieron les robó toda capacidad de pensar.

Dereck colapsó sobre ella, aunque trató de amortiguar su peso. Ambos estaban jadeantes, temblorosos, saciados, con una pátina de sudor en la piel, y tratando de recuperar el aliento. Sus cuerpos mantenían cada fibra en alerta a la espera de que los residuos del placer mutuo empezasen a disminuir poco a poco.

—Cass —murmuró él al cabo de un instante, apartando su rostro del cuello femenino. Se apoyó sobre el codo izquierdo, mirándola. Le apartó de la frente un mechón de cabello húmedo.

Ella lo miró con una expresión plácida. Le gustaba tenerlo a su lado, le gustaba ese ardor apasionado que compartían. Le gustaba el sonido de esa voz profunda que podía causarle cosquilleos en la piel. Le gustaba hallarse en esa situación sin sentirse culpable o con remordimientos. Era liberador.

—¿Hmm? —preguntó, sin hacer amago de cubrirse con la sábana. Él tampoco parecía muy interesado en hacerlo. Si Dereck no iba a privarla de esa espectacular vista que era su cuerpo, ella podía hacer la misma concesión. Era justo, ¿no?

—Gracias por darme una nueva oportunidad —dijo, inclinándose para besarla.

—Aún no has probado que merezcas una —replicó riéndose.

—¿Tengo que ejercitar un poco más mi convicción? —preguntó, flirteando.

Ella notó que el miembro masculino estaba semi-erecto. Soltó una carcajada.

—Supongo que podemos darnos una ducha juntos a ver si así me convences. Debo decir que la tina de baño es un lujo —le hizo un guiño—. Y después, quizás, puedas hablarme de ese tatuaje de Ave Fénix en tu espalda.

Dereck perdió la sonrisa por breves segundos, pero fue suficiente para que Cassidy captara que el asunto del tatuaje era un tema sensible. Le daba la impresión de que quizá no se trataría de

una historia típica con motivos filosóficos o que dejaban una declaración de vida per se. No le gustó la posibilidad de que él hubiera pasado tragos amargos esos años sin verse, por más de que, durante el tiempo que estuvo dolida por su mentira (y que no fue poco), deseó con fuerza que así sucediera. El resentimiento era una pésima compañía cuando el corazón estaba de por medio.

—Quizás —replicó él, apartándose de la cama, y extendiendo la mano para ayudarla a salir de entre el revoltijo que ahora eran las sábanas y el edredón.

—Dereck —empezó ella—, no hace fal...

—Déjalo estar, Cass. Otra ocasión —le hizo un guiño con su expresión desenfadada de siempre. Ahora Cassidy sabía que era un modo de protegerse, y así pretender que cualquier vulnerabilidad en realidad solo era una ilusión que percibían los otros—. Ahora, ¿acaso no está esperándonos una ducha? —preguntó regresando a su usual estado de ánimo despreocupado, y coqueto.

Ella tomó el pase que estaba dándole para no arruinar esas horas juntos, aunque esperaba que en algún momento pudiera hablar al respecto. Claro, ¿quién era ella para pedir una confesión cuando era quien poseía una muy difícil que prefería olvidar? Cassidy esbozó una sonrisa, y asintió. Se adelantó caminando, pero Dereck la sorprendió dándole un cachete en el trasero. Ella lo miró por sobre el hombro.

—Eso merece un castigo, señor Toussaint —dijo, mientras se metía a la ducha, en el inmenso y lujoso cuarto de baño. Sería su segundo baño en menos de dos horas, pero ¿le importaba? Claro que no, en especial con la compañía de Dereck.

Cassidy abrió el grifo para regular la temperatura del agua.

Él entró tras ella, la abrazó de la cintura apegándola a su cuerpo, y le habló al oído en un tono suave, oscuro, carnal.

—¿Y qué clase de castigo sería, Cass? —preguntó, agarrándole los pechos desde atrás, mientras su gloriosa erección presionaba sobre el inicio del vértice de la hendidura en el que empezaba la división de las firmes nalgas femeninas.

—Uno en el que te toca estar de rodillas, y si eres bueno en ejecutar...

—No escuché quejas hace un momento, pero me gusta probarme a mí mismo que puedo ser mejor —la interrumpió con un tono autoritario y decidido, pellizcándole los pezones con fuerza, para luego ser recompensado con un gemido y un movimiento de caderas contra su sexo.

Ella soltó una risa nerviosa, porque su cuerpo se convertía en masilla cuando estaba en manos de ese hombre sensual.

—No he terminado de elaborar la idea sobre tu castigo —murmuró Cassidy cuando él la giró para mirarla a la cara, mientras el agua caía alrededor de ellos.

—Hazlo, porque apenas acabes de hablar, Cass, solo podrás gemir.

«Madre de Dios», pensó ella.

—Luego me dejarás darte placer con mi boca, y no vas a llegar al clímax hasta que yo te lo diga, ¿qué te parece? —preguntó, agarrando el jabón líquido y frotándosele entre las manos para después agarrarle el miembro y frotarlo.

Dereck sintió la adrenalina redoblar su potencia en su torrente sanguíneo.

—Que es mejor si dejamos de hablar —murmuró, atrapando la sonrisa de Cassidy en un beso, y que, tal como prometió, pronto se convirtió en un gemido.

CAPÍTULO 14

Dereck.

Años atrás.

Nueva York, Estados Unidos.

El matrimonio de Ryder no iba bien, así que Dereck se ofreció para tratar de que su hermano disipara un poco el agobio que le causaba Prudence. Por lo general, los Toussaint no solían tener la misma agenda ni vivían muy cerca por temas de trabajo, pero hablaban con frecuencia porque entre ellos el lazo de sangre era fuerte. Esa noche iban a encontrarse en un bar que estaba de moda.

—A veces me cabrea escuchar tus sugerencias —dijo Ryder, mientras intentaba abrirse espacio junto con su hermano hacia la barra.

La música era insoportablemente alta, y las mujeres le sonreían como si él fuera la única jodida oportunidad para follar esa noche. Por más complicada que a veces fuese su relación con Prudence, Ryder jamás había considerado serle infiel, tampoco le había dado motivos, pero últimamente su esposa parecía encontrar sospechoso todo lo que él hacía. ¿Es que acaso no le bastaba que todo el sacrificio que laboral, y las largas horas en la oficina, era para el beneficio de ambos? A veces, ya no lograba tolerar los reclamos, y por eso esta noche aceptó salir un rato con su hermano.

Dereck le dio una palmada en el hombro con una sonrisa despreocupada. Él había aprendido a desentenderse de las expectativas de la gente, porque las únicas que contaban eran las suyas, en especial porque tenían que ver con el trabajo. Su ambición era convertirse en uno de los más reputados abogados corporativos, y si para ello tenía que pedir un par de favores, lo hacía sin problemas. Eso sí, en su filosofía de vida llevaba muy claro que jamás podía quedar debiéndole a nadie. Solo existía una persona con la que todavía no le era posible aplicar esa normativa, aunque esperaba que, con el transcurso de los años, ese abogado lo olvidara. Ignoraba qué chorrada podría pedirle Byron Ashford, si acaso lo hacía, después del favor que le hizo para que el Senador no enviara esbirros a molerlo a golpes durante su último año en Yale.

—Venga, Ryder, que de vez en cuando hay que pasarla bien —replicó, mientras se acomodaban en los asientos altos de la barra—. Además, en estas épocas parece que da igual lo que hagas, porque tu esposa siempre encuentra alguna excusa para discutir, así que nada mejor que salir de tu cueva matrimonial. —El bartender le puso un whiskey doble a cada uno, el favorito de Dereck, claro: Glenavon Special Liqueur—. Disfruta con tu único hermano.

Las bebidas costaban el doble de lo usual, porque, a pesar de que el bar estaba a reventar, tan solo entraban la crème de la crème de la ciudad. A veces se pagaba por esa exclusividad social, aunque no necesariamente implicaba que eran mejores seres humanos, de hecho, solía ser lo opuesto. Esto último le valía dos atados de mierda a Dereck, siempre que la gente no lo fastidiara.

—Pareces demasiado interesado en mi vida personal —dijo Ryder enarcando una ceja—. ¿Qué hay de esa muchacha de la que me hablaste tiempo atrás? —preguntó bebiendo un trago de licor, mientras este le quemaba la garganta en diferentes y exquisitas intensidades—. ¿La has

vuelto a ver?

Dereck frunció el ceño. Quizá había sido una mala decisión pedirle consejos amorosos al obtuso de su hermano, pero no confiaba en nadie más hasta ese punto de mencionar su vida personal. La sugerencia de su mejor amigo, Justin, había sido follar con toda mujer que le apeteciera para sacarse a Cassidy del sistema. Obviamente, Justin conocía la situación de primera mano, porque tuvo la estúpida idea de sugerir acercarse y pretender interesarse en Cassidy como plan para librarse del tipejo que manejaba las apuestas ilegales. Al final, Dereck se terminó enamorando, pero su mentira echó a perder la posibilidad de continuar la relación.

Como a Dereck no le apetecía quedarse solo en las noches, después de estudiar, pues no quería enfrentarse a la soledad de tener que lamerse las heridas, le había hecho caso a su amigo en su consejo de follar con quien quisiera. Con el paso de los meses dejó de doler el rechazo de Cassidy, y él asumió que lo ocurrido fue el pago del precio de su propia estupidez y mentira. Sin embargo, el recuerdo de ella parecía forjado en su jodida memoria.

—No —zanjó apartando la mirada, mientras una preciosa rubia le sonreía desde el otro extremo de la barra. Dereck elevó su vaso y le hizo un guiño.

—Sí eres consciente de que, por más de que intentes huir, ella va a perseguirte hasta que no cierres de verdad ese capítulo, ¿verdad? —preguntó Ryder.

Los dos hermanos Toussaint, por separado robaban el aliento, pero juntos generaban combustión automática en las hormonas femeninas. Parecían dos guerreros en trajes de Armani que estaban perdiéndose la oportunidad de estar en la portada de las mejores revistas al estilo de GQ. Ryder con sus penetrantes ojos verdes que bullían de altanería si alguien se atrevía a cruzarse en su camino profesional, y Dereck con ojos azul claro que eran capaces de convertirse en hielo cuando provocaban su lado pérfido. Eran una dupla muy interesante.

Las cicatrices del pasado, a pesar de que lograron salir airosos del infortunio inicial de sus vidas, gracias al esfuerzo y dedicación de su madre Edith, así como la perseverancia de ambos por procurarse un futuro diferente, los unieron todavía más. Los hermanos se preocupaban el uno por el otro a su modo.

—No sé si ahora que tienes mucho dinero has desarrollado niveles psíquicos o si has estado estudiando en secreto una maestría en psicología —farfulló Dereck.

Ryder esbozó una sonrisa cínica.

—Yo hubiera intentado llegar a ella de otra forma. Ya sabes —hizo un gesto desinteresado con la mano—, este asunto de la perseverancia, y blablablá.

—Estaba con otro, ya te lo dije, coño —replicó Dereck, acabándose toda la bebida que quedaba, y pidiendo otra.

Ryder se encogió de hombros. Ese día había sido nefasto en Wall Street, y tenía ganas de fastidiar a Dereck, aunque no era tan fácil, pero bastaba mencionar a Cassidy Ashford, sin decir su nombre, y su hermano reaccionaba. Sabía que estaba siendo un cretino, pero ¿acaso no estaban los hermanos mayores para esos trabajos?

—Si tú crees que esa fue razón suficiente...

—Sí, sí que lo creo, ahora bébete el jodido whiskey y deja de fastidiarme que estoy aquí para sacarte de tu día miserable, no para que hagas miserable el mío.

Ryder soltó una risotada, y Dereck se encontró riendo también.

Estuvieron hablando de negocios, así como la estrategia de trabajo que podrían implementar para que TS2 fuera una realidad. El proyecto de la compañía estaba en pañales, pero ya habían registrado el nombre y empezado los procesos de levantarla. Sabían que, gracias a Becca Hart y

su insistencia para que Ryder considerara salir de Wall Street y labrarse un futuro financiero más acaudalado, TS2 iba a cobrar fuerza de un momento a otro. Solo necesitaban coordinar los tiempos, y finiquitar, cada cual, por su lado, los asuntos que tenían todavía pendientes en sus trabajos.

Dereck trabajaba en el estudio jurídico Kralat, Munter & Sanders, y había logrado crear fabulosos contactos, así como una cartera de clientes que empezaban a referirlo con asiduidad. Claro, no podía llevarse los clientes para facturar por fuera de la empresa, pero los porcentajes de pagos por referido eran muy buenos. No se quejaba. Sin embargo, él quería progresar, y sabía que, si permanecía demasiado tiempo en el estudio jurídico su idea de ir a trabajar con Ryder y lograr que TS2 fuese un monstruo corporativo como gestora de fondos se iría aplazando demasiado.

—Dereck, sé que no te gusta escuchar comentarios sobre tu vida social, pero la fotografía que vi el otro día en Página Seis, me dejó un mal sabor de boca.

—¿Cuál de todas las chorradas que se dicen de mí? —preguntó con una mueca.

—No es lo que dijeron, hermano, sino las personas con las que estás saliendo de fiesta, a veces sin saber, tan solo por el afán de ampliar tu cartera de clientes para el estudio jurídico y ganar más dinero.

Dereck se pasó los dedos entre los cabellos, un gesto que compartía con su hermano cuando estaban frustrados o no entendían de qué iba algo.

—Explícate. —Ryder sacó el móvil, y le mostró la fotografía en cuestión—. Jimmy Rodale, Harry Lummiere, Jessy Ventura, Justin Nader. Todos ex compañeros de la facultad que ahora trabajan en Nueva York. Los otros tres —frunció el ceño tratando de recordar—, tenían negocios de importación. Estábamos demasiado borrachos, y la pasamos épicamente. Creo que trabajé con ellos dos —señaló la foto—, en una licitación de una fusión. Me pagaron bien, y me dieron una bonificación. Fue un asunto puntual, no sé cuál es el lío que ves ahí. Ah, ahora recuerdo, los otros dos son Fabrizio Mirranti y Angello Corpone, unos empresarios italianos que llevan años en la ciudad. Querían recuperar un edificio que llevaba mucho tiempo en disputa, y finalmente lo ganaron ellos. Gracias a mí.

Ryder hizo una mueca ante la expresión presumida de su hermano menor.

—Esos dos son de los hombres de confianza de un sindicato italiano muy peligroso en la ciudad, Hijos de Sicilia. No sé cómo les dieron veto positivo en tu oficina. Ni cómo fuiste tan imprudente de aceptarlos como clientes. Te prometo Dereck, a veces no sé si en Yale te hicieron una lobotomía.

Dereck soltó una risotada. ¿Lobotomía? Más bien una cirugía a corazón abierto, pero sin cerrarle el pecho del todo. Desde entonces se había convertido en la versión más desenfadada de sí mismo, porque si no les daba importancia a otros, entonces estos perdían la capacidad de afectarlo.

—Dinero es dinero, y no era nada ilícito. No hubo nada extraño, y revisé los papeles minuciosamente. No trabajé solo, aunque me dieron la primera oportunidad de liderar el equipo de negociación. Fue algo interesante.

Ryder meneó la cabeza, y terminó su bebida; Dereck pidió la tercera.

—La ambición es importante, pero creo que debes estudiar mejor los perfiles de tus potenciales clientes. Hace tres días encontraron degollado a Corpone en el exterior del edificio que me comentaste.

—Qué putada, pobre hombre —dijo Dereck, y recordó que días atrás había recibido un email

bastante inusual—. Es raro que me lo comentes, porque yo recibí un correo que la oficina no pudo rastrear desde dónde se envió, en el que se me acusaba no saber el valor de la herencia familiar...

Ryder lo observó con inquietud.

—Dereck, joder, ¿sabes por qué estaba en disputa ese edificio?

—Claro, ¿acaso crees que no hago mi diligencia antes de una transacción? —preguntó, enfadado—. Estaba en disputa, porque el dueño inicial había dejado de pagar las refacciones, como decía el contrato que tenía que hacer, a sus inquilinos. No estaba bien de dinero, y les prestó dinero a mis clientes. Se firmó un contrato, y el anciano aceptó poner el edificio familiar en garantía por ese dinero. Cuando llegó el momento de hacer efectivo el contrato, porque el hombre no pudo pagar lo convenido, este se negó a salir aduciendo que había sido engañado para firmar. Claro, no era cierto. Mis clientes decidieron pagarle al viejo lo que pedía para evitar extender esa idiotez, así como los reclamos de los inquilinos, y lograron quedarse con el título de propiedad, es decir, se hizo efectivo el contrato, se aplicó la ley.

Ryder se mesó los cabellos.

—Dereck, el viejo del que tú hablas, si hubieras decidido investigar algo más que solo tus asuntos legales —dijo con enfado por el descuido de su hermano—, es el tío abuelo del capo del sindicato que está en constante disputa con Hijos de Sicilia. Se hacen llamar los Expatriados Oscuros. Tocaste una propiedad en un punto de disputa sensible: la familia. No era un asunto de dinero, y los engaños entre sindicatos es tan normal como comprar pan para el desayuno.

—Ryder, yo solo soy un abogado que hizo un trabajo. No recibí dinero proveniente de un trato sucio. Todo está a la luz pública, y el socio con el que trabajo directamente no puso ninguna objeción. Deja la paranoia.

—Mantén un perfil bajo un tiempo, y contrata guardaespaldas. Las aguas entre esos italianos seguro van a amansarse, pero no ahora, menos con este asesinato.

Dereck se echó una carcajada. A veces Ryder podía llegar a punto de ser demasiado precavido hasta cotas extremas. Como ahora.

—No necesito jodidos guardaespaldas. Fue un negocio. Si quieren matarse entre ellos, allá. Nada tengo yo que ver. Soy solo un abogado.

Pronto cambiaron el tema, y empezaron a buscar las formas de comprarle una casa a Edith sin que ella se opusiera. La madre de ambos les había heredado la tozudez. Que no servía de mucho.

Casi a la medianoche, Ryder le dio un abrazo a su hermano y le pidió que recordara su sugerencia de seguridad. Dereck, para no discutir, tan solo le dijo que iba a considerarlo, aunque no pensaba hacer tal cosa.

Salieron del bar riéndose de las anécdotas que juntos habían pasado. El ambiente entre los dos se relajó, y al final, cada cual se separó para tomar una dirección diferente de la ciudad con la promesa de que la próxima ocasión que se vieran sería para comprar un piso en el que abrirían, al fin, TS2.

Ryder llegó a su casa sano y salvo. Dereck, no.

Después del comentario de Cassidy sobre el tatuaje que él tenía en la espalda, el instinto usual de apartarse cruzó por unos segundos su mente. Cuando otras mujeres le preguntaban al respecto,

él tan solo se encogía de hombros, y les decía que, si preferían hablar, entonces lo mejor era que se marcharan porque a él solo le interesaba una cosa: follar. Con ese comentario, ellas sonreían y dejaban el tema. A Cassidy no podría tratarla de esa manera, porque le importaba. Claro, a él tampoco se le hacía fácil abrir su pasado, pero más pronto que tarde lo compartiría con ella.

La historia detrás de su Ave Fénix no era nada bonita, y había contribuido a acrecentar su necesidad de mirar la vida con más desenfado; a arriesgarse a tomar decisiones osadas en sus negocios, y en sus relaciones con las mujeres, aunque jamás al punto de entregarles su corazón. Ese músculo estaba falto de ejercicio emocional.

—¿Dereck? —murmuró Cassidy.

Él regresó al presente, meneó la cabeza tenuemente, y sus pensamientos de aquella noche después de la salida con Ryder fueron interrumpidos. «Menos mal».

Cuando los primeros rayos del amanecer se habían filtrado en la habitación, Dereck tenía la certeza de que las piezas que creía perdidas de su alma empezaban a organizarse. No se le daba esto de ser filósofo, pero era la única explicación para la sensación de sosiego que volvía a él, y que solo experimentó cuando pasaba sus días universitarios rodeado de la presencia, los besos y caricias, de Cassidy.

Él quiso aprovechar cada momento de esa madrugada con ella hasta que llegó un instante en que lo besó con dulzura y le dijo que, si no paraban, aunque sea para dormir unos instantes, iba a echarlo de la suite. Dereck había soltado una carcajada, y la había abrazado hasta que los dos se quedaron dormidos.

No recordaba cuántas veces tuvieron sexo en esas horas, ni cuántos minutos se demoró cada uno en recorrer la piel del otro con la pericia de dos amantes insaciables, y que se reconocían en un plano que iba más allá de lo erótico y carnal. Tensaron al máximo los puntos mutuos de placer. A Dereck le parecía interesante cómo un ser humano era capaz de reestructurar por entero, en segundos o minutos, el concepto de plenitud. Esto último era lo que sentía en esos instantes.

Acostado de lado junto a Cassidy, apoyándose sobre el codo izquierdo, prefería observar la plácida expresión de ese rostro, y memorizarlo. A diferencia de otras ocasiones, él no sentía prisa por empezar el día para subirse al tren de adrenalina que era provocado por la constante necesidad de hacer más dinero o atender reuniones. El reloj marcaba las seis de la mañana, y en su rutina usual, a esas horas, él ya había pasado por el gimnasio y hecho varias llamadas.

Tenakos, que estaba alojándose en otro hotel, se encontraría con Sallet y Dereck en la fábrica de café, para así empezar el recorrido del día. Iba a ser una jornada larga, aunque fuera de lo rutinario, porque tendría acceso a áreas exclusivas que los visitantes al emirato no solían disfrutar, así como un tour de aventura en el desierto diseñado usualmente para la realeza. Lo cierto era que Sallet parecía más entretenido haciendo de anfitrión social que interesado en delimitar por completo y de una buena vez sus términos, como dio a entender en un inicio, para así negociar entre empresarios un acuerdo de beneficio grupal en la compañía de Tenakos.

En otra circunstancia, Dereck ya se habría largado, y le hubiera dado igual el asunto de la compañía de robots, por más que prometiera despegar muy al estilo de Tesla. Sin embargo, le dio su palabra a su amigo griego, y no le parecía bien romper sus promesas. Por eso, estas últimas no las hacía a la ligera, ni en el plano personal ni en los negocios. Además, debía ser sincero, ahora tenía un incentivo adicional para disfrutar de Emiratos Árabes Unidos. Ese incentivo estaba a su lado con la sábana apenas cubriéndole el cuerpo; parecía más bien estar tentándolo a quitarla del paso y así contemplar la exquisita anatomía de curvas enloquecedoras.

—Buenos días, guapa —replicó, inclinándose para darle un beso en el cuello—, aunque

apenas hemos dormido unos cuarenta minutos tengo una propuesta para ti esta noche, y no incluye quedarnos en esta habitación.

No es que tuviera facultades psíquicas, pero sintió la mirada de Dereck quemándole la piel a través de la sábana, así que Cassidy se terminó de despertar. La realidad de lo que había sucedido a lo largo de toda la madrugada no le causó ninguna sensación de culpa o preocupación; todo lo contrario. Quizá estaba en shock o quizá estaba en el sitio adecuado con la persona que jamás pensó que volvería a tener un espacio en su cama, en lo más profundo de su cuerpo, y en su día a día.

¿Acaso no era irónico cómo funcionaba la vida?

—Suenan interesantes —replicó girándose hasta que quedaron cara a cara. Le sonrió, y no le importó que la sábana dejara sus pechos desnudos.

La mirada de Dereck relampagueó al contemplar los pezones erectos. Extendió la mano y acarició las cumbres de seda. Pellizcó los tensos botones rosáceos, y sonrió cuando Cassidy cerró los ojos soltando un suspiro.

Era una amante muy receptiva; siempre lo fue. Lo fascinaba.

—Si continúas tocándome no solo vas a llegar tarde a la reunión con Tenakos y Sallet, sino que me demorarás también a mí, porque pacté una video llamada con Becca para hablar sobre el evento por el aniversario de tu compañía. Son diez años de fundación, aunque hubiera empezado a funcionar un par de años después de que se hubiese registrado el nombre legalmente —sonrió —, ya sabes, semántica.

Dereck tenía una erección que necesitaba alivio, y su cabeza no podía concentrarse en otro asunto que no fuese la imagen de Cassidy cuando alcanzaba el clímax. Podía escuchar los sonidos que soltaba ella al llegar al orgasmo una y otra vez. De hecho, pretendía escucharlos en ese preciso instante.

—No me interesa la oficina, Cass. Tenemos un poco de tiempo para temas que requieren práctica y son más estimulantes —murmuró quitándole la sábana, y deslizándola hasta el monte de Venus. Cassidy soltó un suspiro antes de rodearle la cadera con la pierna, y así él tuvo acceso de inmediato a su humedad. La acarició con los dedos, mientras sus bocas empezaban a danzar con pasión.

—No me contaste el plan de la noche —replicó ella, y en un descuido de Dereck, riéndose, se apartó. Porque sabía que, aunque iba estar frustrada por detener ese fabuloso inicio de su mañana, tenía responsabilidades y necesitaba trabajar.

Él fue más ágil y de inmediato la tomó de la cintura y la puso bajo su cuerpo. Ella soltó una risa ahogada por las cosquillas que él le hizo. Le encantaba poder compartir con él esa liberadora sensación de abandono.

—Te quedarás sin saberlo por lo que acabas de hacer —dijo antes de besarla, y recorrerle el rostro, haciéndole cosquillas con la barba. Ella gimió contra su boca, enlazando los brazos al cuello masculino, disfrutando el contacto de sus pieles.

Dereck deslizó su cuerpo hacia abajo. Le separó los muslos, y al instante su se acomodó para succionar el sexo húmedo de forma rápida y brutalmente ardiente.

—Oh, por Dios... —jadeó ella, agarrando las sábanas a los costados, con los puños, mientras sentía cómo su clítoris estaba a merced de esos besos tan íntimos, y de los labios suaves de Dereck que obraban magia a la par con la lengua. Sintió cómo le separaba los labios íntimos con un movimiento sutil de la barbilla, para abarcarla toda de un solo lengüetazo al tiempo que succionaba con codicia.

—Deliciosa... —murmuró él, pero Cassidy ni lo escuchó, porque sus sentidos estaban solo programados para experimentar placidez y necesidad al mismo tiempo.

Ella sentía que su cuerpo era incapaz de resistirse a la boca de Dereck. Estaba lista para correrse antes de que él penetrara, con la lengua y los dedos, su temblorosa zona rosácea. Su sexo palpitaba anhelante por encontrar alivio.

—Oh, qué... Dios... Qué bien se siente... Sí... Así... —farfulló incoherentemente, mientras sentía la lengua cálida rodeándole el clítoris. Sus lametazos cambiaban de intensidad, al final fueron más bien caricias suaves que la enloquecieron, y cuando su cuerpo parecía acostumbrado, tres dedos la ensancharon. Eso bastó para arquear la espalda y soltar un gemido perdiendo toda noción de realidad—. ¡Deereck!

Él se lamió los labios, y se apartó, no sin antes besar cada ingle con mimo. Se inclinó cubriéndola con su cuerpo, acomodó su miembro, la miró y Cassidy le sonrió con languidez. Dereck se deslizó en el canal íntimo mientras este todavía continuaba palpitando por el orgasmo. Ella empezó a moverse poco a poco al ritmo de Dereck. La conexión sexual que ambos tenían era brutal, y si a ello se sumaban todos esos largos días de tensión, el resultado era que sus cuerpos intentaban con glotonería recuperar el tiempo perdido.

—Cassidy —clamó como si el nombre fuese una plegaria, y con una última embestida se vertía en ella. Se quedó recostado sobre el otro cuerpo cálido, y tan saciado como el suyo, sintiendo el palpito de su corazón. Después de todo no estaba tan oxidado como había creído.

Poco a poco, su respiración empezó a calmarse. La miró a los ojos, y la besó; le gustó notar el brillo de satisfacción en las pupilas verdes. Cassidy le echó los brazos al cuello, porque no quería que sus cuerpos se desconectarán. Le gustaba sentir el peso de Dereck, aunque él procuraba no dejarse caer por completo.

El hombre era puro músculo de acero, y tocarlo era un placer; sus nalgas eran firmes, la espalda ancha se curvaba cuando ella la acariciaba con la yema de sus dedos; los bíceps fuertes eran capaces de tolerar sus uñas cuando, en medio del éxtasis, las clavaba sin saberlo; y esos ojos que la devoraban, unidos a la boca traviesa, resultaban una perdición. Adonis tenía mucho que envidiarle a Dereck Toussaint.

A juicio de Cassidy no era normal sentirse posesiva ante la conciencia de las mujeres que pasaron después de ella por la cama de Dereck, pero así estaban las tornas; así era como se sentía porque decían que “la práctica hacía al maestro”, y su sexy acompañante era muy versado en la cama. Ella sabía que necesitaba ir con tiento, porque no quería confundirse ni anticiparse con expectativas que podrían lastimarla, aunque esa precaución no le impedía disfrutar todo que fuera posible. A sus veintiocho años, Cassidy había tenido un par de amantes, pero era imposible compararlos, porque Dereck Toussaint era una categoría sexual en sí misma.

—Deja de pensar tanto —le dijo él, sonriéndole. Ella tenía las mejillas sonrojadas, el cuerpo suave, y una expresión de serenidad, pero cuando fruncía ligeramente el ceño implicaba que, sin importar el estado de su cuerpo, Cassidy estaba haciendo elucubraciones—. ¿Qué te preocupa?

Ella se rio, porque era como si él pudiera leer sus gestos. Quizá tenía que ver con el hecho de que no estaba tratando de escudarse en el trabajo o erigiendo barreras. Estaba vulnerable físicamente ante Dereck.

—A veces parece que no hubiera pasado tanto tiempo entre nosotros —dijo esbozando una sonrisa dulce, aunque meditabunda—. No sé cómo es posible que recuerdes tanto sobre mí todavía.

Él la miró con seriedad.

—Hice un gran esfuerzo para olvidarte —confesó frunciendo el ceño, y Cassidy asintió por la dura confesión, pero es que sabía también que no pudo ser de otra manera después del modo en que se acabó la relación de ambos—, y ahora que estás aquí conmigo, viajando y trabajando, empezaron a volver todos esos recuerdos que estuvieron reprimidos a propósito.

Ella asintió.

—Yo también recuerdo algunas cosas de ti —replicó—, a veces más, a veces menos. No es fácil olvidar a alguien que fue tan importante en tu vida, en especial si compartiste tu primera vez en el sexo. Sé que a muchas personas les da igual con tal de compartir la experiencia o vivirla. Para mí fue diferente, porque quería que fuese alguien que mereciera la pena —dijo con franqueza.

—Siento haberte decepcionado, Cass —replicó acariciándole la mejilla.

—Ya hablamos de eso, y hemos aceptado dejarlo ir, ¿verdad?

Él esbozó una sonrisa, y se inclinó para besarla fugazmente. Si volvía a dejarse llevar por la lujuria, entonces dejaría plantados a sus futuros socios comerciales. Se apartó de la cama y empezó a recoger su ropa.

—Un paseo en helicóptero por Dubái, antes de que vayamos a la recepción que ha organizado la gente de Sallet en el bar Gold on 27 aquí en el hotel.

Ella frunció el ceño, al tiempo que se apartaba de la cama para preparar la información con sugerencias de lo que podría ser evento de TS2 en Manhattan. Buscó la bata de seda, y se la ajustó al cuerpo, y observaba cómo Dereck se vestía con eficiencia. Pronto, los dedos elegantes y masculinos terminaron de abrochar la camisa.

«Si mantenía su idea de seguir desnuda frente a él, ninguno de los dos iba a cumplir sus agendas del día». Claro, Dereck con o sin ropa la dejaba boquiabierta, y ahora mismo estaba guapísimo notó con una sonrisa. El cabello a medio peinar, la chaqueta sobre el brazo, y esa expresión que entremezclaba la seriedad y la posibilidad de una sonrisa, lo hacían irresistible. Por supuesto, no iba a inflar más el ego de por sí bastante saludable de Dereck diciéndolo en voz alta.

—No sé de qué me hablas...

—El plan de esta noche iremos en helicóptero a recorrer la ciudad —dijo él con simpleza—. Lo organicé antes de venir a buscarte.

Ella enarcó una ceja.

—¿Tan confiado estabas de que iba a acceder a hablar contigo? —preguntó, mientras buscaba ropa limpia en el walk in clóset.

Dereck le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

—No, el viaje en helicóptero era una manera de pedirte que me escucharas, y al estar en el aire no te hubiera quedado otra opción —se rio—, pero ahora que hemos hablado, física y verbalmente, entonces considéralo un plus.

Cassidy se echó a reír.

—Vete y déjame trabajar —murmuró, mientras él acortaba la distancia para rodearle la cintura con la mano libre, y apegarla a su cuerpo.

—Exclusividad —dijo con tono fiero, aunque mirándola con calidez.

—¿Huh?

—Tú y yo, Cass. No hay terceras personas en la ecuación.

—Lo sé —replicó ella, mordiéndole el labio inferior, y luego se desenganchó de su agarre—. Nos vemos en...

Él hizo una negación.

—Yo pasaré por ti, en donde sea que te encuentres, cuando regrese de mi jornada con Sallet y Tenakis, y ya esté listo el helicóptero, ¿vale?

—Deja de ser tan encantador o puedo mal acostumbrarme —bromeó.

Dereck le hizo un guiño y abrió la puerta. La miró por sobre el hombro.

—Cassidy.

—¿Sí?

—Es una cita, así que no te equivoques creyendo que se trata de una salida cualquiera. Acostarme contigo no fue un simple revolcón.

Después del viaje en helicóptero, que fue una experiencia única para Cassidy, acompañó a Dereck al Gold on 27. La etiqueta era cóctel, así que ella llevaba un vestido acorde a la ocasión, en tono negro, procurando seguir las normas de decoro. Estaban en un hotel internacional que podría ser más permisivo en ciertos aspectos en lo relacionado a las estrictas reglas sobre la vestimenta y el contacto físico, en público, de un hombre y una mujer.

El bar al que entraron era una preciosidad. No sorprendía, porque ese hotel estaba diseñado para dejar boquiabiertos nada más entrar. Por supuesto, haciendo honor a su nombre, *Gold on 27*, estaba decorado con oro, tonos blanco y negro. La barra era amplísima, y sobre ella, a modo de decoración, reposaba una figura sinuosa de oro sólido. Las mesas estaban divididas por cortinas de hilos con pedrerías, y aunque conservaban la privacidad, todos los asistentes tenían vistas a la opulenta ciudad de Dubái. En esos instantes había solo unas cuarenta personas, porque la reservación de toda la estancia para festejar el simple hecho de vivir, además de ampliar el círculo social, había sido solicitada por Sallet Murak.

—¿Sabes qué podría hacer contigo si no hubiese nadie, y me dieran a elegir un cóctel de la barra? —le preguntó Dereck, mientras avanzaban.

Ella se rio, y lo miró de reojo.

Aunque hubieran querido besarse no era posible. El único momento robado fue cuando estuvieron fuera de la vista del piloto y del personal del hotel; sus bocas se encontraron larga y ardorosamente hasta que necesitaron apartarse para respirar, porque tenían que acudir al evento de Sallet. A causa de ese beso, que jamás era “solo un beso”, Cassidy sentía las bragas húmedas, pero no sería posible liberar la necesidad sexual contenida de la manera que quería hasta muy entrada la noche en que pudiera estar con Dereck en un ambiente mucho más privado.

—Mmm, puedo hacerme una idea —replicó de buen humor, caminando con suavidad sobre el piso de mármol—, pero creo que prefiero escucharlo de ti.

—Te sentaría en esa barra —señaló el sitio con un gesto de la cabeza—, te subiría la falda del vestido hasta la cintura, te arrancaría las bragas, y después devoraría tu sexo hasta que me rogases que te diese el alivio que necesitas —dijo en voz gutural.

Si alguien los observaba caminar, parecían estar hablando de un tema bastante cotidiano o banal como la bonita arquitectura del hotel.

Cassidy giró el rostro para mirarlo.

—Dereck, por Dios —replicó sonrojada.

Él soltó una risa ronca, pues podía imaginarse lo húmeda que debía estar, en especial después de haberla hecho tener un orgasmo masturbándola, mientras le devoraba la boca en un punto

ciego para las cámaras de seguridad del hotel. Porque ningún sistema era perfecto, y eso había jugado a favor de ambos momentos atrás.

Dereck sabía que iban a pasar largas horas haciendo vida social, así que lo que estaba imaginando que quería hacerle a Cassidy en esa barra, y más ahora que acababa de verbalizarlo, también lo ponía a él en jaque; en esta ocasión, no pudo resistir decírselo. No podía pasar el resto de la velada con el miembro dolorido al no poder penetrar la carne suave de Cassidy, así que dejaría de atormentarla con sus ideas.

—Podremos hacerlo en otro país, no te quepa duda —replicó él, justo antes de llegar al área en el que estaban sus potenciales socios.

Cassidy compuso una sonrisa e intentó recuperar la calma. Sabía que Dereck poseía una influencia particular en ella, porque la instaba a dejarse llevar por el deseo, a no cohibirse de nada, y lanzarse a aventuras que ni loca haría por iniciativa propia. Una de esas implicaba lanzarse en paracaídas al siguiente día. ¿Cómo iba a conseguir vencer el pánico que eso le provocaba? La única certeza que tenía era que quería vivir ese chute de adrenalina en la sangre. Sí, ese era el efecto Dereck.

—Shhh —murmuró con advertencia—, que ahí está Tenakos.

—Bah, ni que él fuera más inocente que yo —replicó riéndose cuando Cassidy le rodó los ojos por su desparpajo.

Dereck se saludó con su amigo griego. Sallet estaba en los alrededores haciendo de anfitrión de la pequeña reunión. Cassidy ya conocía a los potenciales sociales de Dereck, así que saludó con toda naturalidad al hombre de ojos tono oliva.

Al lado de Tenakos estaba una mujer preciosa de cabello corto, rubio, y unos vivaces ojos celestes. Era alta, delgada, y destilaba elegancia con su vestido aguamarina con toques dorados. La sonrisa la hacía parecer accesible, y a Cassidy se le hacía vagamente familiar, lo cual era curioso pues jamás la había conocido en persona.

—Kyria, qué sorpresa tan agradable verte —dijo Dereck saludando a la esposa de Tenakos—. Creíamos que vendrías hasta dentro de más días, menos mal lo hiciste antes, porque aquí mi amigo tenía necesidad de que su esposa soportara su mal humor.

—Oh, Dereck, qué cosas dices —se rio—. Es un placer reencontrarnos, después de tantos años. Y no has cambiado tus formas encantadoras, aunque me quedaste mal cuando mi community manager quiso hacer unas fotografías contigo para promocionar mi línea de productos artesanales para el cuidado corporal masculino.

Dereck se rio de buena gana.

—Tuve que rechazar la oferta, porque mi trabajo no es modelar en paños menores para tu audiencia de los reels en Instagram, sino ejercer de abogado.

La mujer le hizo un gesto condescendiente con la mano, y se rio.

—Quizá la próxima vez —replicó Kyria. Después miró a su esposo—: ¿Verdad que sería una buena adición, cariño?

—Es muy feo —replicó Tenakos encogiéndose de hombros—, mi amigo aquí podría echarle a perder el negocio y dejarías de ser una influencer en el uso de productos naturales para el cuidado de la piel. No queremos arruinar tu incursión en la línea para hombres. Seguro vendrán mejores ideas.

Todos soltaron una carcajada.

—Kyria, te presento a Cassidy Ashford —dijo Dereck mirando a su amante con orgullo—. Ella es la encargada de las relaciones públicas en mis dos compañías, pero ahora mismo trabaja

procurando que yo no haga desmadres.

Cassidy meneó la cabeza por el último comentario, y extendió la mano para estrechar la de la mujer griega con una sonrisa. Ahora entendía que Kyria Arikides era una de las influencers que su amigo Aaron solía seguir en las redes sociales, y por eso el rostro se le había hecho vagamente familiar.

—Encantada de conocerte, Kyria. Mi mejor amigo en Nueva York adora tu trabajo —dijo Cassidy.

La mujer griega se llevó la mano al corazón, la miró con calidez, y sonrió.

—Oh, wow, qué amable, gracias. Cassidy, si te gustan las compras, entonces seremos grandes amigas. —Después miró a Dereck—: No eres tirano como jefe y les das un respiro a tu staff, ¿verdad?

Dereck meneó la cabeza riéndose por lo bajo.

—Solo si está de muy mal humor —replicó Cassidy bromeando—. ¿Qué te parece, Kyria, si me cuentas un poco de Grecia, mientras dejamos que los hombres se aburran con sus temas de negocios?

La esposa de Tenakos esbozó una amplia sonrisa, y luego miró a Dereck.

—Ella me cae muy bien. Hasta pronto. —Miró a su esposo—: Cariño, no olvides invitar a Dereck —miró a Cassidy—, y mi nueva amiga está incluida, por supuesto, a nuestra isla en Grecia. El cumpleaños de mi hermana mayor es la ocasión perfecta para aprovechar que no estamos tan lejos de Europa. Ojalá, al fin, Dereck deje la tozudez y visite uno de los países más bellos del Mediterráneo.

—Veremos como van los negocios —replicó Tenakos observándola como si tuviera frente a él, el bien máspreciado. Una vez había estado a punto de perder a Kyria por su imbecilidad, y ahora apreciaba lo que tenían juntos.

—Cassidy —llamó Dereck.

Ella lo miró con una sonrisa.

—¿Sí?

—Esto no es trabajo, así que procura relajarte —dijo.

Cassidy tan solo asintió, y luego se alejó con Kyria al otro lado del bar.

Solamente cuando quedaron a solas, Tenakos y Dereck fueron a sentarse a la barra. Esperaban que Sallet, después de ese largo día entre la planta de café, el desierto, el tour a las ruinas antiguas y demás, así como de las conversaciones entre actividad y actividad, decidiera su porcentaje de aportación.

El socio mayoritario de la compañía de desarrollo de piezas robóticas, To Méllon, siempre sería el griego, como dueño, pero la decisión pendiente (y que los tenía atrapados en Dubái) consistía en determinar quién sería el segundo abordó. De esta última decisión también dependían los porcentajes de ganancias futuras de cada uno. Sallet quería siempre llevar la delantera, pero las condiciones que ofrecía eran un poco draconianas, y, ni Dereck ni Tenakos estaban dispuestos a aceptarlas, así que aguardarían a que llegara la próxima y última reunión entre los tres. Esta sería después del evento de gala benéfica para impulsar la cultura del emirato.

Sallet, que según Tenakos parecía dispuesto a invertir de inmediato y sin mayores contratiempos, de repente estaba dando demasiadas largas al asunto. Dereck imaginaba que para un multimillonario que había nacido en cuna de oro, sin necesidad de currárselo, se trataba solo de un juego más, y las personas eran piezas de ajedrez. Claro, Dereck conocía la sensación, pero era más respetuoso con el tiempo ajeno.

—¿No estabas soltero la última vez que hablamos? —preguntó Tenakos con una sonrisa audaz. Sentándose con su vaso de licor en mano, junto a Dereck.

Él frunció el ceño. Sabía que Cassidy y él no habían hablado de hacer pública su relación, así que miró a su amigo con el ceño fruncido.

—Lo estoy —replicó con simpleza.

—Yo miraba a Kyria, como tú ahora lo haces con Cassidy, siempre que estábamos en la misma estancia, lejos o cerca —le mostró el dedo en el que reposaba su anillo de matrimonio—, porque sabía que era la persona para mí.

—Cassidy trabaja para mí, Tenakos, ya te he dicho que dejes de lado la ridícula manía que tienes de querer que todos tus amigos estemos comprometidos o casados.

Tenakos soltó una carcajada de incredulidad, y se encogió de hombros.

—Ven a Grecia con ella, a trabajar si quieres o tomar unos cuatro o cinco días lejos de tanta complicación legal —propuso cambiando el tema, porque él no iba a discutir lo obvio con su amigo; respetaba la privacidad, pero si Dereck creía que no era notorio cómo se conectaba su mirada con la de Cassidy, como si ella sostuviera el farol guía en alta mar, entonces era tonto—, y así lograrás que Kyria sea feliz.

Dereck se rio.

—Porque si Kyria es feliz van bien los negocios para ti, ¿no?

—La vida, en realidad, así que me harías un favor —replicó Tenakos de buen humor—. Firmamos este asunto con Sallet, y nos vamos a Grecia. ¿Qué dices?

—Me encantaría, pero tengo algunos pendientes en Nueva York. En un futuro, créeme, visitaré Grecia —replicó, y con el rabillo del ojo notó que Cassidy se reía con desenfadada naturalidad, en una de las mesas con Kyria.

—Trato hecho —replicó—. Ah, ¿Dereck? —El norteamericano volvió toda su atención a Tenakos—. Cuando encuentres una persona que de verdad merezca la pena, entonces no dejes que pase mucho tiempo sin dejarlo claro y poner un anillo en su dedo, antes de que otro se te adelante.

Después de cómo había destruido su excuñada la vida de Ryder, lo que menos le apetecía a Dereck era abrir esa Caja de Pandora para sí mismo.

—Esta felicidad conyugal te ha afectado las neuronas y mira que ya llevas varios años casado, eh —dijo evadiendo el tema, y sin negar o afirmar que estaba con Cassidy. Agarró el vaso de licor, y lo elevó—. Un brindis para que tu cerebro se restaure, y Sallet deje de hacernos perder el tiempo.

Tenakos se rio, y chocó suavemente el vaso con el de su amigo.

CAPÍTULO 15

Cuando entraron en la avioneta Cassidy miró a Dereck con inquietud. La única compañía en Dubái que se encargaba de hacer los saltos en paracaídas cobraba alrededor de unos seiscientos dólares americanos por persona para hacer el salto, y este se realizaba sobre la palmera gigante y famosa que era la zona artificialmente creada en el océano, Palm Jumeirah. La actividad era muy popular en los alrededores. Lo que menos se imaginó ella fue hallarse en esas circunstancias.

—Esto es una locura —le dijo a Dereck—. A medida que vamos elevándonos todo parece más pequeño, y yo quiero bajarme —murmuró mirando por la ventana.

Él, que ya había vivido esa sensación varias veces años atrás, hizo una negación. Ella procuraba mostrarse serena, pero su voz la delataba. Dereck había elegido esa aventura, porque quería que Cassidy pudiera experimentar esa brutal sensación de libertad que daba un salto en las alturas. No se volvía a ser el mismo después de desafiar los límites a los que usualmente estaba confinado.

—Será algo que jamás podrás olvidar —replicó, mirándola con una sonrisa.

Le parecía cada vez más sencillo reír o mostrarse contento sin necesidad de pretender que estaba alegre. Con ella todo parecía fluir de forma natural. Tampoco sentía la presión de Manhattan, y sus aburridos eventos. Él no solía esforzarse por una mujer, porque todas llegaban con facilidad a su vida, y por eso se hallaba fuera de su zona de confort, pero era su elección estar con Cassidy bajo las condiciones que ambos fuesen marcando poco a poco.

No quería apresurarse, aunque tampoco dejarla escapar de su vida.

Después de la gala para preservar la cultura del emirato, a la que Cassidy asistió con un pequeño equipo de fotógrafos contratados para TS2, él se reunió con Sallet y Tenakos. Al final, los términos del árabe no cambiaron, y partieron cada cuál por su lado. Sin embargo, Dereck decidió asociarse con To Méllon, quedándose con el cuarenta por ciento del capital. No sentía necesidad de más, y consideraba que las cláusulas que iban a firmar entre ambos eran justas. Sería cuestión de tiempo que se finiquitara el papeleo y la sociedad estuviera legalmente establecida.

A pesar del trato fallido para incluir a Sallet, Dereck no creía haber desperdiciado su tiempo, porque Dubái estaba dándole unas experiencias y oportunidades únicas. Le quedaban unos días más antes de regresar a Nueva York, y también antes de que Ryder recibiera la respuesta final del sultán de Balgratva. Aunque Dereck podía trabajar remotamente, lo cierta que en Nueva York había casos pendientes que requerían de su presencia física. Además, como copropietario de TS2, tampoco podía ausentarse más del tiempo necesario.

La noche anterior, como se había habituado desde la fiesta de Malik, pasó con Cassidy entre sus brazos. El sexo entre ambos era otra escala de erotismo, desenfreno, y conexión que cada hora parecía volver más consistente. Le daba igual lo que pudieran pensar en el jodido hotel. De hecho, él tomó cartas en el asunto.

Luego de fastidiarle la idea de regresar a su habitación, en lugar de quedarse junto a Cassidy hasta que fuera inevitable retomar las obligaciones de trabajo, Dereck bajó al Front Desk para decirles que iba a cambiarse de habitación. El recepcionista, con su expresión estoica, tan solo le había preguntado a qué clase de habitación desearía trasladarse, y todo fluyó de forma natural,

incluso cuando Dereck le dejó saber que no quería un traslado a una nueva suite o dúplex, sino al de una persona en particular. Dereck sabía que en los hoteles de la ciudad solo las parejas casadas podían registrarse juntas, así como las familias; y las familias, claro, no tenían siempre los mismos apellidos. Entonces, tan desvergonzado como era cuando le daba la gana, y cuando recordaba que era un jodido billonario, le dijo que Cassidy era su hermana. Quiso reírse nada más verbalizarlo, porque era la mayor idiotez que se le pudo ocurrir en el momento, pero el recepcionista, tan solo asintió.

En los hoteles, al menos uno de siete estrellas, a veces hacían la vista gorda en ciertas situaciones. ¿Acaso no abría el dinero todas las puertas? Pues bueno, Dereck quiso poner en práctica esa teoría que, muchas veces, le había funcionado.

—Aquí tiene su llave electrónica, señor Toussaint —había dicho haciendo el registro en el sistema—. Si en algo más podemos servirle, no deje de contactarnos. Espero que su estancia continúe siendo placentera y agradable.

—Puede apostar a que sí —replicó con una sonrisa—. Gracias.

Cuando llamó a la puerta de la habitación de Cassidy, y el botones llegó al mismo tiempo con el equipaje, ella lo miró con expresión de sorpresa, pero solo cuando el hombre del hotel recibió la propina y se marchó fue que le preguntó qué rayos estaba haciendo. Dereck le contó la historia del Front Desk, y Cassidy se rio por la osadía de la explicación de quién era ella.

—¿Está bien por ti que haya venido sin consultarte? —le había preguntado él, mientras la besaba.

—No es una mala sorpresa —había sonreído—, y creo que es una excelente idea. Confieso que me alegra no haber tenido que ir a limpiar tu reputación...

—O la tuya —había interrumpido Dereck, mientras empezaba a desnudarla.

—O la mía —había concordado.

Sus risas pronto fueron acalladas con besos y caricias.

Durante los ratos juntos, usualmente cuando acababan de trabajar en el ordenador o cuando volvían de pasear en la ciudad si podían escaparse de las eternas reuniones online, los dos conversaban largo y tendido de sus vidas, aunque jamás cruzaban líneas profundas, pero él estaba dispuesto a ello. Por primera vez, lo estaba.

No obstante, notaba cierta reticencia en Cassidy y se preguntaba qué la podría haber sacudido en el pasado hasta el punto de no querer hablar de ello.

—¿Listos? —preguntó la instructora sacando a Dereck de sus pensamientos. La mano de Cassidy estaba afianzada a la de él como una empuñadura de hierro—. Vamos a lanzarnos como les dijimos en la instrucción a 5000 metros de altura. Ya saben que es un minuto de caída libre, les va a gustar. El instructor de cada uno estará resguardándolos. Tenemos todo cubierto, ya saben que contamos con muchísima experiencia e incluso la familia real ha utilizado nuestros servicios. Esto es cien por ciento seguro —dijo con convicción.

Cassidy miró hacia el vacío, a un costado la palmera gigante, y al otro el mar.

—Dios, solo a mí se me ocurre aceptar lanzarme de paracaídas en el turno de las seis de la mañana —dijo ella mirando a Dereck.

—Tranquila que todo irá bien —le aseguró de buen humor.

—Quisiera tener una bola de cristal que lo reafirmara—murmuró.

Dereck se rio.

—¿Listos? —preguntó la instructora mirándolos.

Cassidy estaba muy nerviosa para volver a abrir su boca y dar una opinión.

—Por supuesto —replicó Dereck. Miró a las personas que estaban asignadas para saltar con ellos, y les hizo un asentimiento.

3...2...1...

Saltaron.

Nada más pisar tierra firme y quitarse los arneses y equipos de seguridad, cuando la adrenalina todavía estaba pulsando en su sistema, Cassidy corrió hasta Dereck y le echó los brazos al cuello. Él la agarró en volandas, y se rio. Miró alrededor, pero los dos instructores que los habían acompañado en el salto estaban interesados en quitarse también los trajes especiales.

—¿Debo asumir que te gustó la experiencia? —preguntó quitándole los cabellos del rostro, y acomodándoselos detrás de las orejas con mimo.

—Sí, pero no creo que vuelva a repetirla —replicó, riéndose.

—Veremos.

Dereck le dio un beso fugaz, y le hizo un guiño.

La sensación de libertad que sintió Cassidy no tenía con qué compararla; tan solo era capaz de afirmar que había sido increíble, al punto de sentir que todo aquello que la había anclado como una carga en su espalda, por años, ya no estaba más. ¿Poder curativo de la adrenalina? Quizá.

—Eres muy arriesgado al besarme en público —dijo ella en un susurro mirando a uno y otro lado—, aunque supongo que lo fui yo al venir aquí a abrazarte.

Ambos se apartaron.

—Me gusta que seas espontánea —replicó, poniendo rumbo hacia el automóvil que estaba esperándolos—. Hoy cenamos con Kyria y Tenakos. Mañana temprano parten de regreso a Grecia. ¿Hay algo especial que quieras hacer hasta entonces? —le preguntó, mientras entraban al interior del Rolls-Royce.

Cassidy lo miró con interés que no tenía nada de inocente.

—Si no estuviéramos en Dubái, te habría demostrado ese algo “especial” que quisiera hacer —replicó—, pero como tenemos ciertas prohibiciones, te va a tocar esperar a que lleguemos al hotel.

Dereck le dijo al conductor que se diera prisa, y Cassidy se rio a carcajadas.

Nada más abrir la puerta de la habitación, él la empujó con suavidad para que se sentara en el borde de la cama. Ella se rio por la expresión de apremio en Dereck. Se colocó frente a Cassidy, y la ayudó a quitarse la blusa, y poco a poco la ropa empezó a volar con descuido por la habitación.

Cuando llegó el turno del bóxer azul oscuro, los movimientos habían conseguido que el glande sobresaliera ligeramente por sobre el elástico. El sexo de Dereck estaba frente al rostro femenino, presionando contra la tela que lo confinaba. Ella no fue capaz de resistir, y tiró del elástico para liberar el miembro viril; cuando lo hizo, ahogó un gemido de gusto. No era la primera vez que lo tomaba con la boca, y le gustaba mucho cada que podía hacerlo. El miembro de Dereck era largo y grueso; la punta roma perfecta, y tan gloriosamente duro que ella, por simple instinto, se inclinó hacia adelante para tomarlo entre sus ávidos labios.

—Joder, Cass... —jadeó Dereck cuando empezó a lamerlo como si se tratase de un helado, luego engulló la punta, chupándola, y él creyó que iba a perder la razón—. Maldición, no voy a durar mucho...

Ella sonrió, mirándolo desde su posición, mientras movía la cabeza a medida que lo llevaba más hacia el fondo de la garganta. Su mano derecha le agarró la nalga, clavándole las uñas a propósito, mientras con la mano izquierda le acariciaba los testículos. Los movimientos eran coordinados, y deliberadamente torturantes.

A juicio de Cassidy, los gruñidos de placer de Dereck eran tan sexis, como también lo era sentir el peso del miembro en su lengua. Además de paladear la textura aterciopelada y caliente, le gustaba sentir cómo vibraba la dureza en su boca.

—Mmmm. —Le hizo un guiño.

—Nena... —masculló, apretando los dedos entre los cabellos femeninos.

No era capaz de ordenar ninguna idea coherente o frase, porque esa pícara mujer lo tenía embrujado con la habilidad de su boca. Lo succionó, lamió y mordisqueó suavemente, alternando esas caricias; esa lengua lo recorría sin fin.

Cassidy disfrutaba de los sonidos que hacía Dereck, y le gustaba saber que era ella quien los provocaba. Que ese hombre tan increíble estuviese a su merced era un estímulo erótico potente. Continuó recorriéndolo en toda su longitud, y lo llevó hasta lo que más pudo al fondo de su garganta.

—Voy a correrme, si no quieres que lo haga, entonces ahora es...

Él no terminó de hablar, porque Cassidy lo tomó con ambas manos esta vez, y redobló la intensidad de la succión para recibir el resultado del éxtasis masculino al cabo de unos segundos. Dereck gritó su nombre con un sonido parecido al rugido de un orgulloso león salvaje. Ella sonrió para sí, y continuó lamiéndolo con suavidad hasta que no quedó huella líquida del deseo. Después, elevó la mirada. Cuando sus ojos colisionaron con la expresión saciada, pero felina de Dereck, se sonrojó.

Él tan solo se rio bajito, y meneó la cabeza. ¿Cómo no iba a encontrarla adorable cuando ella era una mezcla de descarado y aparente inocencia?

—Hey —murmuró ella lamiéndose los labios.

Dereck la observó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres increíble, ¿te lo he dicho? —preguntó, acariciándole la mejilla, luego deslizó ambas manos para ahuecarle los pechos, y con los pulgares le rozó los pezones turgentes. Ella estaba desnuda de la cintura hacia arriba, y no le dio tiempo a tocarla como deseaba, porque una vez que decidió tomar su miembro para darle placer, él perdió la posibilidad de ejercer su voluntad de penetrarla de inmediato.

—Me gusta que me repitan esa clase de halagos, así que no te cortes —replicó con desfachatez; él eligió ese momento para pellizcarle los pezones con fuerza, ella soltó un gemido suave.

—Prefiero halagar tu cuerpo que tus oídos, Cass —dijo él antes de apoyarla contra el colchón, quitarse por completo el bóxer, y ayudarla a deshacerse de los botines, el jean, y luego las bragas.

—Me gusta esa idea —murmuró, al tiempo que Dereck se colocaba de rodillas frente a ella, le agarraba el muslo derecho y lo apegaba contra su cadera para sujetarla sin problemas, abriéndola así para él y dándole facilidad de maniobrar.

—Joder, qué mojada estás... —dijo al mirarle el sexo rosáceo, brillante.

La penetró de un empujón, y Cassidy empezó al instante a moverse a la par del ritmo que él marcaba. Con los movimientos sus pechos se agitaban.

—Dereck, más rápido...

—Tócate las tetas, Cassidy —ordenó. Ella le sonrió con malicia, y empezó a apretarse los pezones como él solía hacerlo—. Eso, así, como si estuviera haciéndolo yo... Eres una visión... Me encantas. —Se inclinó sobre ella, y con el movimiento llegó a lo más profundo. Al sentirse tan llena, Cassidy abrió y cerró la boca en éxtasis, entregada a la magia que obraba el cuerpo de Dereck en el suyo. La besó con desesperación, haciéndola muy consciente del grosor y fuerza de su miembro.

Sus respiraciones eran aceleradas, y la conexión de sus miradas se mantuvo en cada instante, retándose mutuamente a apartarse o ser valientes para dejar de lado cualquier barrera que sus ojos pudieran ocultar. La vulnerabilidad de ambos quedó accesible por completo, así como expuestos y desnudos estaban sus cuerpos. No les importó que el otro pudiera ver los estragos del pasado, el dolor de la vida en esos años, aunque no fuesen capaces de saber de qué se trataban esos estragos o ese dolor con exactitud. Solo existía la entrega generosa que se daba cuando dos piezas de un rompecabezas finalmente encajaban en el sitio correcto.

El aire de la habitación se llenaba con sus sonidos, intercambios inconexos de placer, las palabras sucias que él podía decirle, pero también las réplicas descaradas de ella. Pronto los jadeos se incrementaron, así como la fuerza de las embestidas masculinas. Ella se apretó los pechos con ambas manos y arqueó la espalda. Al ver esa imagen tan carnal, mientras se perdía en el placer húmedo, siendo acogido con avaricia por las paredes íntimas que lo apretaban, Dereck no pudo resistirse.

—¡Dereck! —gritó ella cuando alcanzó la cima, y pronto lo sintió mantenerse quieto por breves segundos, apretando la mandíbula, acompañado de un gemido gutural, porque su miembro empezó a descargar el placer.

—Cass... —jadeó, cayendo al mismo tiempo y al mismo precipicio que ella.

El restaurante estaba cerca de la playa, y la comida era exquisita.

Cassidy estaba muy a gusto conversando con Kyria. La mujer era muy versada en asunto de negocios, y bastante ágil al momento de idear formas de manejar una marca. Le pidió que, si se cansaba de los Toussaint, estaría encantada de recomendarla con sus amigos para que la contratasen en Nueva York o Grecia. Cassidy se encontró contándole con soltura de su vida en la universidad, que trabajó en una cafetería, su cambio de carrera, además de la posibilidad de abrir de nuevo una agencia de relaciones públicas, y también le mostró con orgullo su fotografía en el anuncio gigantesco en ropa interior.

—Wow, Cassidy estás fabulosa —dijo Kyria—, pero con lo guapa que eres, la verdad es que yo habría optado por dejar tu rostro libre de coberturas.

—Nah, tan solo fue un tema puntual, y mi cartera de clientes usualmente busca discreción. No me imagino que contratasen a una profesional que tenga su rostro en catálogos de lencería para llevarles las relaciones públicas. Nada de malo tiene posar en ropa interior, y es muy lucrativo debo mencionarlo —se rio—, pero la gente es hipócrita, y hay que entender que a veces los conceptos, en verdad, son mutuamente excluyentes —dijo de buen humor.

—Me encantaría quedarme más tiempo en esta preciosa ciudad, pero tengo negocios que atender en mi país. Además, es el cumpleaños de mi hermana y en asuntos de familia somos muy tradicionales. No nos saltamos ninguna celebración.

Cassidy esbozó una sonrisa, y asintió. Le caía muy bien Kyria, y era la clase de amiga que

ella habría elegido si vivieran en la misma ciudad. No solo le parecía alguien con sentido común, sino muy sencilla y fácil para conversar. Su frontalidad podría ser chocante para algunas personas, pero Cassidy la encontraba refrescante y graciosa.

—Qué pena que tengas que marcharte tan pronto de la ciudad, pero entiendo que este ha sido un viaje imprevisto para todos —dijo Cassidy—. La verdad es que ha sido muy agradable conocerte. Ojalá podamos coincidir en algún otro instante.

Mientras ellas charlaban, Tenakos y Dereck hablaban de tasas de conversión y alcances porcentuales en inversiones a largo plazo. Cassidy no tenía interés en liarse con esos temas por el momento.

—Lo mismo digo. Por cierto —dijo bajando la voz e inclinándose hacia Cassidy—, no es que sea metomentodo, pero ¿tú y Dereck están juntos?

—Errr... La verdad no sé cómo responder a esa pregunta —sonrió meneando la cabeza por la audacia de Kyria—. Trabajamos juntos, salimos a reuniones, y viajamos por sus asuntos corporativos, pero...

—Lo pregunto —interrumpió al ver la expresión confusa de la otra mujer—, porque llevo tiempo tratando de presentarle amigas cuando está de paso por Europa, y así al fin deje la soltería, pero él parece más interesado en los negocios o ir de mujer en mujer sin comprometerse. En todo caso, Cassidy, como su relacionista pública, si tú me das luz verde, entonces puedo decirle a una gran amiga que estará en Nueva York dentro de dos semanas que salga a cenar con él. Te aseguro que Baninna es una mujer con una reputación impecable.

La sola posibilidad de que eso ocurriese, le provocaba acidez estomacal, pero Cassidy no había hablado con Dereck sobre comentar a otros su relación o confirmarla. Ella tenía muy claro que él estaba en medio de una gira profesional importante, y para eso no necesitaba escándalos. Claro, una pareja estable no lo sería, pero ¿qué clase de relación tenían ellos, aparte de ser sexualmente exclusivos? Lo que menos haría era asumir posibilidades, porque ya conocía que ese era el camino al innecesario sufrimiento.

—Kyria —dijo Tenakos que estaba sentado junto a su mujer y podía escuchar lo que balbuceaba. Su amigo, que eligió ese momento para atender una llamada internacional y se excusó de la mesa, al estar más lejos no podía saber las intrigas de su curiosa esposa—, déjalo estar, por favor.

La mujer lo miró con expresión inocente.

—¿Qué pasa, cariño?

Cassidy miró a uno y otro, y no pudo sino reírse de la dinámica de ambos, a pesar de que la idea de Kyria de presentarle a la tal Baninna o banana o guineo a Dereck, no parecía nada interesante, sino más bien vomitiva.

—No atormentes a Cassidy —dijo meneando la cabeza, y mirando a la aludida con expresión de disculpa—, si quisieran compartir algo con nosotros, cariño, ya lo hubieran hecho. Deja el tema, por favor.

—No pasa nada —dijo Cassidy con un gesto de la mano. Bebió un poco de té de menta. Sabía que Kyria no lo hacía con mala intención, sino que era parte de su curiosa personalidad—. Si debo ser sincera, Dereck y yo nos conocemos desde hace muchísimos años, y fue una casualidad empezar a trabajar juntos.

—Oh, ¡un romance de oficina! —dijo Kyria con expresión esperanzada.

Cassidy se rio, y Tenakos meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no creo conveniente hablar al respecto sin que Dereck...

—Sin que Dereck, ¿qué? —preguntó él, llegando de nuevo a la mesa, pero en lugar de sentarse se quedó de pie junto a Cassidy, y mirando a sus amigos. Por simple instinto, le acomodó el cabello detrás de la oreja.

—Dereck, ya conoces a mi mujer —dijo Tenakos en tono resignado y elevando las manos en son de paz.

—Ah, ¿ella quiere saber si Cassidy y yo estamos juntos? —preguntó Dereck en tono casual. Kyria esbozó una amplia sonrisa, y asintió, haciéndolo reír—. Puedo responder a esa pregunta tan solo si prometes que vas a dejar de incordiarme con la posibilidad de presentarme a tus amigas solteras.

—Oh, por supuesto, por supuesto, es una promesa. Palabra de griega —replicó la mujer, y eso hizo que Tenakos escondiera el rostro entre las manos.

Dereck miró a Cassidy y enarcó una ceja a modo de pregunta silenciosa. Ella, claro se sonrojó, y luego se encogió de hombros con un asentimiento.

—Estamos saliendo, pero es algo reciente —replicó, antes de acomodarse en la silla que él había dejado vacía instantes atrás.

—Eso es maravilloso —dijo Kyria con un suspiro, porque le gustaban las historias de amor. La suya había pasado por grandes dificultades, pero al final, Tenakos logró lo imposible: reconquistarla. Desde entonces, ella quería que sus amigos tuvieran la misma felicidad—. ¿Qué tal una selfie de grupo?

—Claro —dijo Cassidy, mientras sonreía a la cámara cuando Kyria la acomodó para que estuvieran los cuatro en la toma—. Oh, quedó genial —murmuró cuando la otra mujer le mostró el teléfono.

Una hora más tarde, casi a las ocho de la noche, todos salieron del restaurante. Caminaron hasta el aparcamiento, y un automóvil ya estaban esperando por ellos. Les parecía mejor ir los cuatro en la limusina que Tenakos había pedido, además de que podían pasear por Dubái y comentar. Durante el trayecto, Dereck les habló de los intentos de Cassidy, como parte de su trabajo, de conseguirle pareja por contrato, además de lo horrendas que fueron las dos experiencias. Kyria se desternilló de la risa.

—Qué audacia, y qué gran idea al haberte arriesgado de esa manera a ser el foco de la furia de mi amigo Toussaint —dijo Tenakos bromeando.

—¿Qué puedo decirte? —preguntó encogiéndose de hombros, y mirando con una sonrisa a Dereck, a quien ya le había confesado que contratar la agencia de su amiga Annabelle fue una manera de vengarse de él y hacerlo pasar un mal rato, para así ella compensar el tener que tolerar sus actitudes hostiles—. Se lo tenía merecido por haber sido un cretino durante mis primeros días de trabajo. Si yo padecía su mal humor, entonces a él le tocaba padecer de otra manera.

—Muy creativo de tu parte —replicó el griego.

—Una venganza con buen gusto debo decir —agregó Kyria—. Creo que puedo contratarte de relacionista pública para que me ayudes a organizar un par de eventos cuando mi esposo y yo vayamos por trabajo a Nueva York.

—Eso suena estupendo, yo, con mucho gusto lo haría —dijo Cassidy.

—Tan solo si te doy licencia de trabajo —acotó Dereck—, y no creo que sea tan generoso. Ya sabes, tu contrato es de exclusividad.

Cassidy enarcó una ceja, y luego se rio.

—Ufff, qué acaparador y tirano —dijo Kyria con humor.

Al cabo de un rato, la limusina se detuvo en el hotel Burj Al Arab. La estampa de la ciudad

era preciosa cuando la noche estaba presente. Ninguna fotografía podría jamás equiparar, primero, la capacidad imaginativa de quien leía una descripción de Dubái y era capaz de bosquejarla en su mente, segundo, el estar en persona.

—Espero verlos pronto —dijo Dereck despidiéndose de sus amigos griegos, cuando el vehículo se detuvo en la puerta principal—. Estamos en contacto, Tenakos. Los detalles legales de nuestro contrato están en camino, y la firma es lo de menos. Fue un gustazo todo este proceso, aunque Sallet al final haya desistido.

Tenakos asintió, y le dio un apretón de manos.

Cuando fue el turno de Cassidy de salir de la limusina, Kyria la retuvo un instante llamando su atención tocándole el brazo.

—Me ocuparé de que todos sepan que Dereck está fuera del mercado romántico en Grecia — le dijo con tono conspirador, y Cassidy soltó una carcajada.

—No hace falta, pero gracias, Kyria. —Miró a Tenakos—: Ojalá algún día pueda conocer tu bello país. Que tengas un buen viaje de regreso.

Cuando llegaron a la habitación del hotel, Cassidy estaba agotada, y esperó a que Dereck saliera de la ducha para acostarse a dormir. Había sido un día bastante intenso en todos los sentidos posibles. Inolvidable, eso sí.

Al cabo de un rato, él apareció con una toalla anudada a la cintura, mientras las gotas de agua todavía rodaban por sus pectorales de acero. Sus ojos azules refulgían, y todo en él gritaba autoridad masculina.

—Gracias por preguntarme si me parecía bien que les hablaras a tus amigos de nosotros, pero, ¿estás seguro?

Dereck avanzó hasta la cama hacia el lado en el que estaba Cassidy, y en un gesto que siempre tenía con ella, sin importar el estado de ánimo, le elevó el mentón con el dedo para que lo mirase a los ojos.

—Dejé muy claro que esto no se trata de quemar las sábanas porque se trata de un revolcón estacional, Cass. Si no existe una etiqueta que prefieras o que encontremos para lo que tenemos, entonces esto es simple: estamos juntos. Listo.

Cassidy lo miró con candor.

—Lo escuché con claridad la primera vez que nos acostamos juntos aquí, Dereck, pero tan solo quería verbalizarlo y saber que estamos en la misma página.

—Oh, créeme, nena, lo estamos. Además, no es como si ir a tu lado implicase una mancha en mi reputación —dijo de buen humor—, todo lo contrario.

—¿Será? —preguntó Cassidy para molestarlo.

Él asintió con seriedad, y ella dejó la expresión bromista.

—No creo que exista una persona más idónea para estar conmigo —afirmó—. Esto es Dubái, pero cuando vayamos a Estados Unidos puedes decidir si quieres continuar con lo que tenemos en bajo perfil o si prefieres hacerlo a la vista pública. Aceptaré lo que decidas, pero lo que no aceptaré es que huyas o intentes apartarme sin más de un momento a otro o que cierres todas las vías de comunicación conmigo sin explicación —aseveró esto con firmeza—. Si algo va mal, lo hablamos. No va a ocurrir lo que sucedió cuando estamos en los inicios de nuestros 20's.

Cassidy se sentía una impostora, porque si él supiera la verdad de su pasado, entonces sabría

que la última persona con la que debería tener una relación pública era con ella. Sin embargo, en estos momentos se sentía egoísta, porque no quería dejar de disfrutar lo que tenían, en especial ahora que sus miedos de que volviese a defraudarla ya no estaban. Esto último en particular quizá tenía que ver el salto en paracaídas o lo que iba redescubriendo de Dereck.

Con él, no solo era la fascinación que le causaba cómo funcionaban las tuercas de su cerebro, cuando explicaba las transacciones comerciales, así como algunos casos corporativos que había ganado con esfuerzo a lo largo de los años, sino lo cautivada que se sentía por reconocer que él era genuino. Estaba acostándose con el mejor amante que había conocido, sí, pero era el hecho de saber de que Dereck le estaba mostrando el lado divertido, celoso, apasionado, intelectual, intenso, cautivador e incluso cascarrabias, que no mostraba al resto de la gente.

Sentía que esa esencia inicial, aquella fuerza magnética que la atrajo siempre de él, al fin estaba presente con una redoblada solidez marcada por la autenticidad. Tenía con ella a la versión real, quizá incluso mejorada, del hombre que le enseñó qué era la pasión por primera vez.

Sin embargo, Cassidy sentía que era preciso hablarle de Ferran. Lo que existía detrás de esa confesión podría marcar una gran diferencia si ella y Dereck salían de forma pública en Nueva York, en especial si su secreto personal era desempolvado de las cloacas con la única finalidad de llegar a Dereck y dañarlo. Lo podrían conseguir con un solo titular, y no habría otra culpable que ella. Daba igual cuán improbable fuese, Cassidy sabía que la Ley de Murphy no era una fantasía urbana.

Tomó una profunda respiración.

—Dereck —dijo mirándolo con sinceridad, y agarrando la mano que todavía sostenía su barbilla. Entrelazó sus dedos con los de él, y miró sus manos por un instante antes de continuar —: Hay cosas sobre mí que todavía no sabes, y como te dije hace unos días sobre los espacios en blanco, la verdad es que considero...

—Cassidy, si no estás lista para hablar de lo que sea que te agobia de tu pasado, la idea de presionarte no se encuentra entre mis planes —interrumpió—. ¿De acuerdo? —preguntó con suavidad, mientras se inclinaba para besarla.

—Es que...—murmuró.

—¿De acuerdo? —insistió él contra la boca de Cassidy.

Ella le mordió el labio inferior.

—Ha sido tu decisión no escucharme.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, y procedió a besarla. Su lengua buscó la de ella, y se onduló para tentarla, saquearla y devorarla con ardor.

Ella cedió al deseo con un gemido ahogado y deslizó sus manos sobre los brazos de Dereck. Le gustaba sentir su piel de seda firme, porque notaba cómo los músculos iban tensándose bajo sus dedos. Su sexo empezó a humedecerse a medida que el beso cobraba fuerza y las manos de Dereck trazaban caricias sobre sus pechos cubiertos por la blusa. Ella gimió contra la boca sensual, y su necesidad de explorarse piel con piel se volvió mordaz.

Al sentir las manos de Cassidy deslizándose hasta el sitio que anudaba la toalla, Dereck ralentizó el beso, y le agarró las manos traviesas, deteniéndola. Ella lo miró con esos preciosos ojos verdes bañados de deseo e intriga por el súbito cambio.

—No, Cass —dijo siguiendo la línea de la conversación que él mismo había cortado minutos atrás—, mi decisión no ha sido dejar de escucharte, sino darte el tiempo para que, cuando te sientas cómoda, te acerques y hables conmigo.

—Dereck...

—¿Entendido? —preguntó, mientras empezaba a desnudarla, y a medida que lo hacía iba dejando un reguero de besos en su piel.

—Sí —susurró conmovida, porque él jamás podría saber el gigantesco voto de confianza que estaba depositando en que ella encontraría el momento oportuno para hablarle de Ferran—, sí, he entendido.

—Bien —la compensó con una luminosa sonrisa—, queda zanjado el tema.

Se quitó la molesta toalla, y disfrutó el sentir la desnudez con Cassidy. No le importaba cuántos secretos guardase. Además, dudosamente ella tendría algo más lúgubre que contar y que sobrepasara lo que él había vivido.

Dereck ignoraba el plan del destino, pero con la misma determinación con la que ganaba clientes, y sentencias a favor de ellos en la Corte, pretendía hacer posible que Cassidy permaneciera el mayor tiempo a su lado. Daba igual cómo, porque ahora que la había encontrado necesitaba romper las barreras que ella todavía conservaba. No era particularmente paciente en los negocios, pero entendía que la vida personal funcionaba de forma distinta. Se trataba de una misión a ciegas, claro, porque llevaba años sin realmente considerar a alguien como digna de su tiempo o pensamientos. Cassidy, otra vez, volvía a redimensionarlo todo.

¿Cómo giraría la ruleta rusa esta vez para ellos?

CAPÍTULO 16

Cassidy.

Años atrás.

Connecticut, Estados Unidos.

La música no estaba en tan alto volumen, porque los vecinos ya habían llamado a quejarse. La bulla ahora provenía de las carcajadas y conversaciones de la gente de la fiesta, y contra eso nadie podía hacer nada. Estaban todos pasándose el bomba. Cassidy sabía que una de las amigas de Ferran, que bebía los vientos por él, solía comportarse de forma bastante descarada cuando lo tenía cerca. Valery era una hiedra en el jardín, y no le preocupaba en lo más mínimo a quiénes iba lastimando en el camino de hacer lo que se le daba la gana. Llevaba el cabello negro con mechaz azules, y se maquillaba con esmero para resaltar sus bonitas facciones.

Valery compartía con Ferran el gusto por la aventura y las motocicletas, pero Cassidy sabía que su novio jamás la engañaría. Él era rebelde, osado y aventurero, pero no mentiroso. Quizá era una de las cualidades que más le gustaban de él, aunque a veces tanta sinceridad, sin filtro, lograba ser un poco chocante. Después de su episodio con Dereck, Cassidy prefería mil veces la frontalidad al hablar de Ferran.

—Ah, el cumpleaños más guapo —dijo Valery, nada más llegar a la fiesta. Le gustaba llamar la atención, y por eso solía retrasarse a propósito. Miró a Cassidy—: ¿Qué tal vas, chica? —preguntó sin interés, y en tono sarcástico.

—Gracias —replicó Ferran, mientras terminaba un vaso de vodka, como si de agua se tratase. Llevaba varios vasos de esos en su sistema, además de un par de shots de tequila—. ¿Cómo va todo? —preguntó, aunque no esperaba respuesta.

Cassidy mantenía los dedos entrelazados con los de la mano libre de Ferran. No eran celosa por naturaleza, pero tampoco le gustaban las mujeres que iban por la vida tratando de fastidiar a las otras. Menos por un hombre. Le parecía una bajeza, además de una demostración de gran falta de amor propio.

—Valery —dijo Cassidy—, estoy muy bien. Gracias por venir a la fiesta.

La muchacha se encogió de hombros, y luego le dio un beso en la mejilla a Ferran. Acto seguido sacó de la pequeña bolsa que llevaba unas llaves y las agitó frente a los ojos del muchacho. Este, al parecer reconoció algo especial en ellas, porque de inmediato su pose de indiferencia hacia Valery cambió por completo.

—¡No puede ser! —exclamó agarrando las llaves de con la insignia de BMW.

—¿Qué es...? —preguntó Cassidy observando más de cerca—. Oh, felicitaciones por el nuevo automóvil —le dijo a Valery, esta le lanzó una mirada presumida y se encogió de hombros.

—Nuevo y flamante, ¿quieres probarlo? —le preguntó la pelinegra a Ferran.

—Quizá en otra ocasión —murmuró él, devolviéndole las llaves, y agarrando a Cassidy de la cintura para ir hacia otro lado de la fiesta. Aunque su padre poseía un taller mecánico y dinero, Ferran era orgulloso y procuraba hallar la forma de conseguir sus propias cosas, incluidos los coches. El gran asunto también residía en que el modelo de BMW que acababa de adquirir Valery era el que había estado él tratando de financiar desde hacía un par de meses sin éxito.

—Nunca creí que vería el día en que Ferran Carmonna rechazaba la oportunidad de conducir un automóvil porque su noviecita está a su lado —expresó la muchacha delgada con desafío en su voz.

Ferran se detuvo en seco, y Cassidy casi trastabilló, pero él la sostuvo.

—¿Qué dijiste? —preguntó él, achicando los ojos. Lo que más detestaba era que le dijeren cobarde o que se dejaba mangonear por una mujer.

Valery agitó las llaves y esbozó una sonrisa de medio lado, porque conocía que la debilidad más grande de Ferran era que lo retaran a hacer algo o le dijeren en cara, fuese cierto o no, que su forma de actuar estaba dominada por la opinión de otros. A él le gustaba demostrar lo contrario, y dejar claro que era el capitán del barco.

—Ferran —susurró Cassidy, porque no le gustaba la actitud súbita de rebeldía que percibió en él, mucho menos la expresión taimada de la horrenda de Valery. Dios, qué mal le caía esa mujer; era como la peste bubónica reforzada con la gripe aviar.

Él la miró.

—¿Qué? —preguntó en tono hosco, mientras le quitaba las llaves de la mano a Valery—. ¿Qué advertencia vas a decirme ahora, Cassidy?

—Has bebido mucho, y creo que conducir no es la mejor opción —expresó con determinación. Luego miró a Valery—: Si eres su amiga, entonces retira tu oferta. Ferran no está en capacidad de conducir.

Valery se echó a reír.

—Eso es porque no lo conoces del todo bien —dijo con perfidia—. Ferran puede conducir sin ningún problema una moto o un coche, en cualquier estado. ¿O no? —preguntó esto último mirando a su amigo, y crush.

—Claro —replicó él, arrancándole prácticamente las llaves del BMW.

—Ferran, no puedes conducir porque has bebido demasiado, por favor, sigamos disfrutando con el resto de tus amigos —pidió Cassidy, dándole la espalda a Valery. Puso la palma de la mano en el pecho de su novio, y agregó mirándolo a los ojos—: No necesitas demostrar a otros que no tienes miedo o que eres aventurero. Lo que hagas o dejes de hacer solo tiene que ser importante para ti.

Él le apartó la mano, agarró al paso una botella de vodka a punto de acabarse, y empezó a caminar hacia la puerta. Cassidy tan solo había bebido un shot de tequila, porque se imaginó que su novio podría aprovechar la ocasión para olvidarse de la medida. Uno de los dos necesitaba estar alerta.

—Dame la botella —dijo ella—. La guardaré en mi bolsa. Cuando de verdad vayas a beber, entonces me la pides y te la daré. ¿Okey?

Ferran la miró entrecerrando los ojos, y le dio la botella de mala gana.

La gente alrededor estaba más entretenida bebiendo, comiendo, y dando saltos al ritmo de la música, que preocupada por lo que hiciera la persona a la que se festejaba. No era novedad que, una vez que el alcohol, la música y la comida estaban a tope, los que estaban en sus tempranos veinte años, se desentendieran su estaban en un cumpleaños, una fiesta universitaria cualquiera o lo que fuese.

Cassidy no podía dejar marchar a Ferran, menos con la idiota de Valery. Si uno de los tres tenía más sentido común, no era la odiosa mujer ni su borracho enamorado. Con expresión de fastidio, y ya sin poder disimularlo, Cassidy se acercó a Valery antes de que se subiera al asiento del copiloto. La agarró del brazo y la hizo a un lado.

Ferran ya había encendido el motor del BMW y lo hacía rugir cada tanto, probándolo. Algunos miembros de la fiesta, que estaban fumando en el exterior de la casa, observaban el espectáculo sin mayor interés.

—Si tú vas en ese automóvil, lo más probable es que Ferran no entre en razón cuando necesite detenerse en una jodida curva —dijo Cassidy.

Valery apartó el brazo con altanería. Quiso demostrar que Ferran hacía lo que ella lo tentaba a hacer, y lo acababa de conseguir. Su intención no era irse con él en el automóvil, así que le daba ya lo mismo si Cassidy se subía o no al coche.

—Tú y él nunca van a durar, porque eres demasiado blanda y aburrida. Aunque, qué más me da —dijo encogiéndose de hombros—, disfruta el paseo, porque de seguro será de los últimos que pases con Ferran. Él se terminará de dar cuenta quién es la persona que de verdad le conviene, y no eres tú.

Cassidy no le respondió, porque no quería perder su tiempo en idioteces. Así que se subió y cerró la puerta del copiloto. Nada más ajustarse el cinturón de seguridad, Ferran la miró con una sonrisa que prometía problemas y arrancó como si el mismísimo Diablo lo estuviera persiguiendo.

Llevaban varios kilómetros recorridos en solo segundos, porque él iba demasiado rápido. Tomaban las curvas casi al ras del camino, y cada que lo hacía, Ferran gritaba de éxtasis como si hubiera conseguido pasar las etapas de Mario Kart. A ratos miraba el espejo retrovisor para constatar que nadie lo seguía, y luego miraba a su novia, extendía la mano derecha y le acariciaba los pechos por sobre la ropa. Ella, le daba un manotón y lo instaba a detenerse. A él no le gustaban los rechazos.

—Quizá debí follarme a Valery cuando tuve la oportunidad —dijo con la intención de lastimarla, y arrastrando las palabras—. Ella parece dispuesta a romper las reglas para vivir más intensamente. ¿Me vas a dar esa botella de vodka?

Cassidy sentía el corazón en la garganta, y se aferraba al asiento. Se había subido con la intención de convencerlo de que se detuviese, pero parecía que sus súplicas no estaban surtiendo efecto. Lo que menos necesitaba era que él empezara a acariciarla, en especial si Ferran no tenían los sentidos por completo despiertos.

Lo que acababa de decirle la lastimaba, pero tenía algo más importante que hacer que sentirse afectada por las palabras de una persona con más alcohol en la sangre que capacidad de raciocinio: lograr que él detuviese el automóvil lo antes posible. Si se hubiera subido Valery, Cassidy no se lo habría perdonado, porque la mujer era el equivalente a echar alcohol en un sitio en llamas, y no en el buen sentido.

Ella creía que podía convencer a Ferran de recuperar la coherencia.

—Por favor, Ferran, baja la velocidad —pidió por enésima ocasión—. Solo si regresamos, entonces te daré la botella. Caso contrario, no.

Él resopló burlonamente.

—¿No te molestaría hacer un trío? Creo que esa enemistad entre tú y Valery sería un buen aliciente en la cama para follar con más intensidad —dijo sonriendo de medio lado, y aceleró. La cabeza de Cassidy rebotó contra el respaldo del asiento.

Cassidy contó hasta cinco mentalmente. Sabía que, a la mañana siguiente, Ferran iba a arrepentirse de sus palabras e intentaría pedirle disculpas. Aquella era la primera ocasión en que, bajo los efectos del alcohol, él era hiriente.

—No me interesan los tríos, Ferran —replicó, limpiándose las lágrimas con disimulo. Sentía

que él había estado ocultándole algo durante el día, y quizá era eso lo que estaba, bajo los efectos del licor, instándolo a comportarse de una forma errática y ahora diciendo sandeces—. ¿Qué ocurrió antes de que nos viésemos hoy?

Él hizo una mueca.

—Siempre tan perceptiva —dijo, acelerando y luego frenando a propósito. Se rio cuando ella lo miró con rabia—. ¿Qué? ¡Vive un poco!

—Pues, serás idiota, ¡quiero seguir viva, y por eso te estoy pidiendo que dejes de conducir como un puto maniático! —gritó sin ya poder contenerse.

Ferran soltó una carcajada y dio golpes con ambas manos sobre el volante.

—Maniático, dices —masculló—. ¿Sabes qué puede convertir a una persona en maniática, loca, desquiciada? —Cassidy respiraba de forma agitada, y tenía los nervios de punta—. ¿Quieres saberlo? —preguntó a gritos.

—Sí —replicó ella con firmeza, y mirando al frente, en lugar de mirarlo a él. Consideraba que estaban de suerte al no encontrar automóviles en la zona por la que Ferran había decidido conducir el BMW.

—Curiosa... Siempre curiosa... Al menos eso sirve para follar a gusto sin que me impongas tantas restricciones. Tenemos pendiente el sexo anal, ¿cuándo vas a animarte? —preguntó extendiendo una mano, y aferrándole el muslo a Cassidy.

—El sexo anal no me interesa —replicó ella apretando los dientes—. La puerta de atrás tiene un solo propósito y es expulsar, no recibir.

Él soltó una risotada.

—No sabes nada de sexo, y tengo que enseñarte cosas mejores pronto.

—¡Detén el automóvil! —exclamó cuando él volvió a tomar una curva, y el eco de las llantas chirriando hizo eco, a pesar de llevar los vidrios arriba.

—Mejor te contaré lo que pasó esta tarde, y cuando acabe mi relato, si no insistes en que me detenga o me salga de la autopista, entonces consideraré tu petición... ¿Tenemos un trato, cuasi-abogada? —preguntó en tono burlón, pues conocía del cambio de carrera de Cassidy, así como muchas otras cosas.

—Okey... —dijo ella, porque razonar con él, ahora mismo, era imposible.

—Mi padre hace más que arreglar automóviles para otros. —Cassidy bajó el volumen de la música de rock que sonaba, porque estaba cansada de gritar para hacerse escuchar—. Le vende drogas a los ricachones que tanto lo critican. Antes de verte, me pasé por casa sin avisar, y al pasar por la cocina encontré a mi padre entregándole heroína a Quentin Holmes, el socio de una de las compañías constructoras más sólidas de la ciudad.

—Ferran —murmuró ella con pesar—. Lo siento... Yo...

—Dijiste que ibas a dejar que terminara mi relato —expresó, y para dejar clara su postura, aceleró de nuevo.

Cassidy asintió la cabeza, pero mantuvo la boca cerrada. Lo que más deseaba era bajarse de esa montaña rusa demencial.

—Bien —continuó él—. Entre líneas entendí que no era la primera ocasión, y que Holmes tampoco era uno de sus usuales clientes prominentes. Al final, imagino que los rumores de que somos una lacra son ciertos —dijo con acidez—, pero no lo seríamos sin los influyentes hipócritas que se valen de los Carmonna para saciar sus vicios, ¿te imaginas si yo diera el chivatazo?

Ella quiso detener el tiempo, quiso estar en otro sitio, en otras circunstancias, y así poder

abrazarlo. Aunque sabía que, indistintamente del escenario, Ferran hubiera rechazado cualquier cercanía física ante una confesión de aquella magnitud.

—Tu padre también pagaría los platos rotos de esa confesión —se atrevió a decir Cassidy, porque no era de las personas que guardasen sus pensamientos demasiado tiempo—. Aunque caería una investigación contumaz sobre sus clientes.

—Me quedaría callado solo por mi madre, y mis hermanos —dijo, y se detuvo por un instante en una zona llena de árboles. Al final de esa autopista, a pocos kilómetros ya, empezaban a abrirse los caminos para tomar rumbo hacia Nueva York. Dio puñetazos sobre el volante—. ¡No sé qué mierda hacer, joder!

—¿Qué te parece si volvemos a la fiesta, Ferran? Mañana hablaremos —dijo ella con cautela. Lo notaba agitado, frustrado y cabreado. No era una fórmula muy prometedora, si tenían el alcohol de por medio.

—Siento lo que dije hace un momento —comentó él en tono ausente sin especificar a qué se refería, si a su padre y la droga o a sus idioteces sobre Valery.

Cassidy soltó una exhalación.

—No es tiempo para hablar de eso —replicó. No iba a aceptar una disculpa superflua, y le daba igual lo que hubiera descubierto de Jerome Carmonna. Ella no era saco de box para que Ferran se desquitara siendo hiriente—. Aparca o llamaré a alguien para que venga a recogerlos.

Él meneó la cabeza y subió el volumen de la música al máximo. Antes de que Cassidy abriera la boca de nuevo, él presionó el acelerador hasta la máxima potencia. El BMW prácticamente voló sobre el asfalto.

—¡FERRAN! ¡Frenaaa, maldición, frenaaa! —gritó ella, desesperada, porque notó el preciso instante en que él empezó a perder el control.

Fue un segundo tan solo, un segundo. El automóvil dio vuelta de campana, por un breve lapso rodaron sobre el techo del BMW, creando chispas. Cassidy lo vivió todo como una película en cámara lenta. Cuando todo movimiento se detuvo, ella respiraba trabajosamente, y una abrumadora quietud la rodeó. Podía oler el hedor de la gasolina, y trató de contener a duras penas un ataque de ansiedad.

—Ferran... —dijo con miedo en la voz girando su rostro, pero él no respondía—. Ferran, ¿me escuchas? —preguntó de nuevo, porque no podía quitarse el cinturón de seguridad en la postura en la que estaba. Le dolía todo el cuerpo—. Necesitamos salir de aquí... —susurró esto último.

En su angustia y shock, ella estaba ignorando el hecho de que él tenía un hilillo de sangre rodándole por la boca. Los trozos de vidrio se le habían clavado en el rostro. Sin embargo, una parte del automóvil, probablemente parte de la puerta o incluso pudo haber sido algo que estaba en la calle, lo tenía clavado en el plexo solar.

Con la mano temblorosa, los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo hecho un manojo de nervios, le tocó con delicadeza el pulso de la mano que estaba laxa a un costado. No había pulso, no había vida. Ferran estaba muerto, y la única culpable era ella por no haber sido capaz de detenerlo.

—Todos de pie —dijo el juez.

Después del accidente, Cassidy se recluyó en casa en Nueva York, y trabajaba como un autómatas. Tan solo viajaba de vez en cuando a New Haven, aunque empezó a hacerlo más seguido cuando supo que los Carmonna habían conseguido entablar una demanda con éxito para llevarla a juicio.

Su estado de shock, posterior al accidente, fue tan brutal que necesitó durante las primeras tres semanas posteriores al sepelio de Ferran estar con tranquilizantes muy potentes. Su madre había insistido en que renunciara a su empleo, pero Cassidy rehusó, porque, a pesar de que su corazón estaba destrozado, encontraba en la oficina una razón para levantarse cada mañana. Para vivir.

Le era difícil tratar de racionalizar cómo había sido capaz de encontrar el teléfono para pedir ayuda en la carretera, y todavía más, salir del automóvil en el estado en el que se hallaba. Quizá podría atribuirlo a su desesperación de sobrevivir, en especial con el olor de la gasolina rodeándola y amenazando con volarlo todo ante la más mínima chispa que pudiera surgir de forma imprevista.

Ante esa horrenda posibilidad, a pesar de tener el brazo ensangrentado por las heridas, la pierna doliéndole a más no poder, y un puñal clavado en el corazón por Ferran, ella intentó, sí que intentó, sacar a su novio del asiento del conductor. Sin embargo, no pudo hacerlo, porque al procurar quitarle el cinturón de seguridad el metal que Ferran tenía clavado en el plexo solar se removió, y empezó a sangrar profusamente. Ella no quería dejarlo ahí, daba igual si ya no existía vida en su cuerpo; daba igual los últimos instantes de su conversación; daba igual que estuviera aterrada.

Cassidy se apartó del automóvil y se giró para vomitar. Vomitó no solo la comida de ese día, sino todas las emociones, incluida la angustia, que había acumulado por meses, por años, por ese día. Su llanto no cesó, ni siquiera cuando llegaron los paramédicos. Entre sus contactos de emergencia estaba su padre, y fue él quien, al llegar a la escena del accidente con su madre, se encargó de todo.

Esa mañana era el último día del juicio, y Cassidy esperaba que su pesadilla emocional al fin tuviera un cierre. La habían enjuiciado bajo la figura de homicidio involuntario, porque la policía halló en la bolsa de Cassidy, durante la inspección de la escena del accidente, la botella de vodka que ella había guardado para que Ferran no siguiera bebiendo. En la prueba de alcoholemia, ella tenía los niveles elevados, aunque muy por debajo de lo que podría considerarse peligroso. Por supuesto, esto último no les importó a los Carmonna que estaban decididos a acabar con ella.

Gracias al dinero de Byron Ashford, y muchos amigos con influencias en la ciudad, consiguieron que la prensa local no volviese a replicar la noticia. Solo informaron de un accidente, a víctima falta, y el nombre de Cassidy. No se mencionó el juicio, pero el acuerdo con los dueños de los periódicos y medios de la ciudad fue dejarles saber el veredicto final del juez. Esto último tenía a Cassidy con los nervios de punta, porque si la declaraban culpable, entonces su vida estaba acababa.

—Antes de dar a conocer el veredicto del jurado, y mi sentencia, me gustaría preguntarle a la acusada si necesita decir algunas palabras.

Cassidy miró a su padre, abogado principal que, junto a un selecto equipo de criminalistas estaba alrededor al servicio de luchar por la inocencia de ella. Byron le hizo un asentimiento.

—Sí, señoría.

—Proceda.

Cassidy bebió agua, y trató de serenarse.

—Esa noche, cuatro meses atrás, perdí a un gran amigo. Una persona que sabía cómo arrancarte una sonrisa en los momentos complicados, y también hacerte rabiar con su mente tan llena de locuras —dijo con la voz entrecortada—. Perdí a mi novio, alguien a quien quise muchísimo, y a quien llevaré siempre en mi memoria. Intenté... —carraspeó, porque la voz se le quebró—. Intenté salvarlo al subirme ese día con él... Intenté hacerlo entrar en razón... Al final, no lo logré... Me duele todo lo que sucedió, pero en ninguna circunstancia le habría yo entregado una botella de licor mientras conducía... Lo he explicado a lo largo del juicio, y yo tampoco estaba bajo efectos del alcohol cuando me subí al coche para tratar de detenerlo. —Miró a la madre de Ferran que lloraba desconsolada, en silencio—: Quise salvarlo, señora Carmonna, y no pude, lo siento mucho. —Miró al padre de Ferran, y a los gemelos que eran solo dos años menores al hermano que habían perdido—: Hice todo lo que, en mi condición física esa noche, pude... —Después elevó la mirada hacia el juez—: Es todo, señoría. Gracias por darme esta oportunidad.

—Bien —dijo el juez cuando Jerome Carmonna empezó a protestar—, silencio, señor o solicitaré a seguridad que lo remuevan de esta sala. —Recibió el veredicto del jurado, lo leyó para sí. Luego miró a Cassidy que se había sentado, al igual que el resto de los presentes—: La acusada, por favor, de pie.

Ella obedeció.

—El jurado ha concluido que, ante el cargo de homicidio involuntario, en el que todos entendemos que la parte acusada incurrió en un crimen sin intención, Cassidy Arielle Ashford, es inocente. —Cassidy empezó a llorar y temblar. Aunque ese cargo no implicaba un castigo tan severo como el homicidio intencional, la posibilidad de que la encontrasen culpable y la enviaran a la cárcel era igual de aterradora en cualquier clase de cargo—. Lamento el deceso del joven Carmonna. Considerando las pruebas presentadas, los argumentos y testimonios a lo largo de estas dos semanas, creo que la señorita Ashford ha pasado suficiente trauma emocional. Sus niveles de alcohol aquella noche no incidieron en lo que ocurrió: un accidente. Señorita Ashford, usted es libre de marcharse. Ha sido absuelta de esta acusación —dio tres golpes con el martillo.

Entre murmullos, comentarios fuera de tono, y la insoportable presencia de Valery McAlly, Cassidy salió escoltada por su familia.

Sí, había sido absuelta, pero la sensación de culpa, porque creyó que pudo haber hecho más para salvar a Ferran, era una loza sobre su conciencia. ¿Cómo iba a vivir con esa situación? Su único consuelo era que su padre, a pesar de que lo detestaba por siempre anteponer sus negocios a su familia, tenía influencia en esa pequeña ciudad de Connecticut.

Cuando llegaron a casa, ella miró a Byron. Ella se marcharía, para no volver salvo que ya no tuviera otra opción, a New Haven.

—Gracias por haber puesto todo tu empeño en este juicio —le dijo sentándose en el sofá de la sala de lectura en la que Byron solía pasar gran parte del tiempo, si acaso estaba en casa, claro—. Sin embargo, hay una información que jamás te comenté, ni tampoco lo hice con los abogados.

Él enarcó una ceja. Desde un inicio le expresó a Cassidy que ese muchacho Carmonna era un problema. No se había equivocado, por supuesto.

—¿De qué se trata? —preguntó con sospechosa tranquilidad.

—Instantes previos a que Ferran perdiese el control me hizo una confesión —dijo apretando

los labios. Meneó la cabeza para tratar de apartar las imágenes de esa noche por un instante—. Su padre provee drogas a esa misma clase social que tanto lo critica. Se sentía furioso porque no sabía cómo procesar lo que había descubierto... Solo te lo menciono para que tengas cuidado...

Byron se rio y miró a su hija con un atisbo de condescendencia.

—Cassidy, ¿por qué carajos crees que te dije que ese muchacho era un problema? —Ella lo miró con expresión atónita—. No me importa si los hombres que eliges como pareja tienen más influencia que yo o si prefieren una Harley Davidson a un Rolls-Royce. Carmonna era un problema, porque su padre tiene la misma influencia que yo, pero sumando a ella tiene ganchos en las esferas bajas.

—Papá, ¿por qué no me lo comentaste?

Él encendió un cigarro.

—A veces necesitas aprender una lección.

—¡Pude ir presa! —exclamó, poniéndose de pie.

—Pudieron suceder muchas cosas, pero al final yo tiré de los hilos correctos. Sabía que era una pataleta tuya elegir a Carmonna —dio una calada y expulsó el humo con paciencia—, aunque no pude prever que acabaría en algo de esta magnitud.

Cassidy se sentía devastada por la noticia. Primero, porque un padre pudo haberle dejado claro con qué clase de persona estaba lidiando su hija. Segundo, porque lo habría desoído y acusado de inventarse cosas.

—Todo esto es una pesadilla... Mañana los titulares...

—Está arreglado, Cassidy —dijo, interrumpiendo. Ella detuvo su andar y se cruzó de brazos, esperando a que él continuase—. Un par de medios de comunicación tienen como propietarios a clientes de Jerome o sus acólitos. Otros amigos han tirado de algunos hilos más finos para acallar a los Carmonna. Cobré unos favores.

—Como siempre haces —farfulló Cassidy.

Ella sabía que, en la ciudad, y fuera de esta, la gente conocía la influencia de Byron y cuánta ayuda, en el marco de la ley, podía conseguirles. Siempre existía alguien que le debía algo, y su padre era de las personas que cobraban los favores, a veces con intereses altos, y no se estaba refiriendo a asuntos financieros.

—Esta ocasión te ha beneficiado —dijo con arrogancia—. Nadie se mete con Jerome Carmonna, y él nos dejará en paz, así como al resto de testigos que hablaron a tu favor. Les pagué una altísima cantidad de dinero para que se olviden de tu existencia. —Cassidy se volvió a sentar sobre el sofá con cansancio—. Quizá se mencione el juicio en algún medio impreso de corto alcance, pero tu veredicto fue inocente, y ahí quedará. No habrá comentario en las cadenas de televisión del Estado porque nadie quiere tener problemas con la ley, en especial si trabajan dando noticias.

—¿Te refieres a los hijos de esos magnates y que de alguna manera están involucrados en las redes de los Carmonna?

—Correcto —replicó él—. Esto no va a trascender la ciudad. No habrá más réplicas de lo ocurrido. Mi equipo y yo nos encargaremos de enterrar esta mierda.

—No sé qué decirte, ¿gracias, tal vez, de nuevo?

—Vete a Nueva York, Cassidy —replicó ignorando el sarcasmo de su hija—. Y trata de visitar a tu madre de vez en cuando. No vuelvas a contactar a la familia Carmonna. Olvida que su hijo existió para ti. —Ella sintió encogersele el corazón ante ese comentario—. Borra toda

evidencia de su paso a tu alrededor. No cometas el error de incurrir en sentimentalismos. Si quieres enterrar un capítulo de tu vida como este, entonces me harás caso. Ya ha pasado la tormenta. No la traigas de regreso.

—¿Qué me garantiza que de esto no volverá a hablarse?

—Tienes la garantía de que yo no permito que mi apellido se enlode, y también poseo la habilidad de cobrarme los favores en beneficio de mi familia en el momento adecuado. Saliste indemne, porque es fácil ganar un caso en el que la inocencia aflora a raudales. Que hubiese existido la intervención de mis influencias, y el acuerdo de silencio con los Carmonna, fue un adicional importante que no debes despreciar.

—No lo hago.

—Siempre cuidaré tus espaldas, Cassidy, te guste o no.

Ella tragó saliva, porque sabía que una persona que poseía tal alcance de influencia no era solo por tener el título de abogado, varios millones de dólares en la cuenta o una firma legal con reputación impecable. Una persona como su padre debía tener “amigos” en esferas inimaginables, y que no eran precisamente honorables.

Cassidy, en gran parte, había rechazado la idea de ser abogada por ese motivo. No quería replicar el modelo de su padre, y daba igual cuán brillante él fuese. Daba lo mismo que ganara los casos limpiamente, porque ella tenía plena conciencia que esa cadena de favores que él fortalecía implicaba un alto precio para otros, por supuesto, pero nada en la vida era en una sola vía. Ella no iba a heredar algo así, y menos a pagar por promesas contraídas por su padre.

Sí, ahora Byron la había salvado, pero allí acababa su vínculo con ese extraño aspecto que poseía su padre para manejar los negocios.

—Me suena a amenaza...

—Al contrario, hija, es una promesa. Ahora —dijo incorporándose—, ve a despedirte de tu madre. Te llevaremos en la noche a Nueva York.

—No quiero subirme en un coche...

—Lo sé, pero debes enfrentar tus miedos. No pasará nada.

—Papá...

Byron se acercó, y la rodeó con sus brazos.

—Eres una Ashford, y eso implica que superarás esta prueba.

Ella tan solo asintió, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Aquella era la primera vez, en muchos años, que su padre la abrazada con calidez, en lugar de decirle lo que debía o no hacer en la vida. Era la primera vez que recibía aceptación completa. Y tan solo por ese breve instante, ella le devolvió el abrazo, porque podía pretender que así sería siempre.

El veredicto del jurado, y el juez, la habían absuelto. Sin embargo, no existía absolución para su conciencia. Ella de verdad creía que no hizo lo suficiente para persuadir a Ferran y así lograr que detuviese el automóvil.

Solo rogaba que su padre tuviese razón, y que ese episodio jamás saliera otra vez a la luz.

Después de casi dos semanas en Dubái, y una en San Diego, el contraste de esas ciudades con el tráfico, el ritmo acelerado, el estrés y contaminación de Nueva York resultaba un choque brutal. Al menos para Cassidy que se había habituado a trabajar en un ambiente más sosegado, así como también a estar rodeada constantemente de Dereck y su encanto sensual, y también

fuera de la cama.

Nada más abrir la puerta de su apartamento, la sensación de irrealidad la invadió, pero a medida que desempacaba, volvía a reconectarse con el que era su espacio. Resultaba interesante cómo se podía regresar a un sitio después de un tiempo de ausencia, y sentir que el lugar era el mismo, pero ella, no. Las piezas de su personalidad continuaban intactas, porque la esencia no cambiaba; en este caso se trataba más bien de una evolución emocional importante.

—Entonces —dijo Aaron, mientras removía la salsa Alfredo que estaba preparando en el apartamento de su mejor amiga—, ¿él prefirió marcharse a su casa, en lugar de quedarse así contigo aprovechando que es domingo? Entiéndeme, no me quejo, porque así puedo cotillear contigo, pero, ¿en serio se largó?

Aaron había llegado cuatro horas después de que Cassidy le anunció que ya estaba en la ciudad de regreso, pero necesitaba un tiempo para sacar las cosas de las maletas, además de darse un baño.

—Qué dramático eres —replicó ella, riéndose. Bebió de su copa de vino blanco, al tiempo que observaba cocinar a su mejor amigo desde la comodidad de la silla alta del mesón de la cocina—, pero creo que también necesitábamos este espacio. Tres semanas intensas fuera del país, además de todo lo que te he contado. De todas formas, lo veré mañana en la oficina —esbozó una sonrisa—, ya veremos si se convierte en un ogro dentro de las paredes de la corporación.

Aaron la apuntó con el cucharón de madera.

—Más le vale que no, porque tendrá una seria conversación conmigo —replicó—. ¿Esto implica que mi amigo Christian va a quedar plantado?

Cassidy hizo un asentimiento.

—No creo que me guste que Dereck salga con alguien del sexo opuesto en una cita que no sea de trabajo.

Aaron que era siempre muy relajado se encogió de hombros.

—Eso de la exclusividad es muy aburrido, lo prometo —replicó. Agarró su propia copa de vino y dio varios tragos—. Me gusta tenerte de regreso, muchachita.

—Brindemos para que mantengas esta buena costumbre de cocinar para mí, y además sorprenderme con la contratación anticipada de un equipo que haya limpiado mi apartamento cuarenta y ocho horas antes de que yo llegara. Creo que mereces que te lleve a comer un postre a tu restaurante favorito.

—¡Lo merezco, por supuesto! —replicó él, y empezó a servir los platos de pasta una vez que estuvieron listos. Se acomodó frente a Cassidy—. Hay algo importante que debes saber, aunque no quiero arruinar la comida.

Ella enrolló la pasta en el tenedor, y lo probó. Cerró los ojos de gusto. Su amigo era un excelente cocinero.

—Bueno, entonces déjame terminar y luego me cuentas, ¿va?

—Mmm... Creo que vas a darte cuenta de un momento a otro.

Cassidy dejó el tenedor con lentitud.

—Aaron, ¿qué pasa?

—Deberías revisar tu cuenta de Instagram. —Ella frunció el ceño—. Errr, ¿te acuerdas de Kyria Arikides, y de quien soy mega fan?

Cassidy se había dejado el móvil en el sofá de la sala, en silencio, porque sentía la necesidad de dedicarle todo su tiempo a su mejor amigo, en especial cuando habían pasado tanto tiempo sin

verse. Se incorporó y agarró el aparato para luego regresar al sitio en el que estaba cenando.

—Claro, te acabé de contar que la conocí en Dubái, y me cayó muy bien, ¿le pasó algo? —preguntó revisando su cuenta. Tenía más de tres mil notificaciones, y mensajes. No solo eso, sino que también varias llamadas perdidas de números desconocidos. Cuatro de Dereck—. Mierda —farfulló cuando vio la fotografía que Kyria había hecho en Oriente Medio durante la cena—, y yo creía que bromeaba cuando dijo que iba a asegurarse de que todo Grecia se enterase de que Dereck estaba fuera del mercado romántico. Ahora se ha enterado todo el mundo —cerró los ojos—, y eso nos quita a ambos la posibilidad de analizar cómo queríamos llevar esta situación de relación trabajo-romance.

La fotografía era muy linda, y el comentario bajo la imagen que había escrito Kyria era más bien dulce y se notaba sus buenas intenciones. Además, que el post estaba dirigido a sus seguidores como parte de sus usuales publicaciones de viajes, aunque mayoritariamente eran de sus productos.

El soltero de oro de Nueva York y gran amigo de mi esposo y mío, Dereck Toussaint, estuvo de paso por Dubái con su guapísima y talentosa novia, Cassidy Ashford. Espero verlos pronto, chicos, ¡qué viva el amor! @CassNY @DToussaint Me tardé un poco en subir la imagen, ¡ya saben los proyectos que tengo para ustedes, gente de Instagram!
#CoupleGoals #Grecia #Dubái #KyriaGreek #Love #ArikidesProducts #Friends

—Creo que es cuestión de horas para que Dereck pise este apartamento.

Cassidy se frotó las sienes.

—¿Esperaste todo este tiempo para decírmelo?

—Necesitabas descansar, bañarte, comer, porque no se puede lidiar con una crisis sin estar preparados. Así que no te atrevas a enfadarte.

—¡Aaron! ¿Qué voy a hacer? Si algo sale mal...

—¿Y qué tal si sale bien? No puedes ir por la vida siempre creyendo lo peor. Además, no creo que esconder la relación de ambos iba a ser una opción a largo plazo, ¿no? —Ella hizo una negación, resignada—. Lo único que ha ocurrido ahora es que te toca decidir un modo de actuar y un discurso común con él antes de lo esperado.

Cassidy dejó el teléfono a un lado que seguía recibiendo mensajes en Instagram. Apoyó los codos sobre el mesón y escondió el rostro entre las manos.

—Hay un detalle que no te conté —dijo abriendo los dedos de la mano para poder mirar a su amigo, quien la observaba con las cejas elevadas—. Entre todas las situaciones que vivimos y conversamos hay una que no pude confesarle. No, no me regañes, pero él insistió en que me tomara mi tiempo.

Aaron se pasó la mano sobre el rostro.

—Cassidy, tienes que hablarle de Ferran —señaló el teléfono—, porque el post de Kyria te deja sin opciones. Si Dereck tiene detractores o si hay gente que vende con titulares hechos a su costa, entonces con más razón. Hazlo por ti, porque te va a tocar arreglar doble desastre si alguien se atreve a escarbar e hilar fino en tu pasado con tal de saber quién es la mujer que ha conquistado a ese buenorro: el desmadre de tu vida personal, y, quieras o no a nivel profesional, la reputación de Toussaint.

Ella dejó caer las manos, y apartó la mirada.

—Yo, pues la verdad en este caso no importo, porque mi perfil es diferente, pero él —observó a su amigo con preocupación—, tiene todas las de perder. Su compañía tiene muchos clientes que no van a tolerar un escándalo, y Becca de seguro va a freirme a preguntas nada más verme mañana en la oficina.

Aaron rodeó el mesón y la abrazó con cariño.

—Entonces, si tanto quieres a ese hombre, sé sincera —soltó un suspiro, y se apartó. Puso las manos sobre los hombros de su amiga y la miró a los ojos—: Cassidy, sé que estar enamorada no es fácil, en especial si consideras tu pasado con él, pero...

—¿Qué dices? —preguntó abriendo los ojos con preocupación—. Enamorada... No, no. Han pasado tres semanas. Eso no es lo que existe entre ambos.

Aaron le soltó los hombros, y la miró con expresión burlona.

—No seas bobita, Cass, no es que te has enamorado en tres semanas.

Ella respiró aliviada, porque no le sentaba nada bien reconocer esas emociones en esos precisos instantes. Ni siquiera había querido explorar sentimientos profundos, porque Dereck era encantador y paciente, pero ella prefería no apresurarse.

—Me alegra que lo comentes...

—Lo que has hecho —dijo interrumpiéndola— es despertar tu corazón dormido, porque todos los que le siguieron a Toussaint eran solo sustitutos. Siempre has estado enamorada de él, pero las circunstancias te obligaron a enviar esas emociones lastimadas al fondo de tu alma. Estas tres semanas las han sanado, y les han otorgado una nueva fuerza. El resultado es que estás enamorada de él, pero de una manera más consciente, sana, y sin resentimientos.

—Dios, Aaron ¿por qué tienes que hacer esos análisis?

—Se supone que soy tu mejor amigo, y tienes la ventaja que conozco bien a los hombres y las mujeres, gracias a mis relaciones con ambos —le hizo un guiño—. Debería ser psicólogo en lugar de fotógrafo.

—O hacer un voto de silencio de vez en cuando —replicó ella con una expresión tan angustiada por la certeza de las palabras de Aaron, que este se rio.

—¿Qué diablos voy a hacer, Aaron? ¡Deja de reírte!

Él se rio más fuerte todavía.

—Cuéntale lo de Ferran, y luego vas viendo cómo se dan las cosas —dijo con serenidad, antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla—. El punto es que no vuelvas a cometer el error de cerrarte herméticamente a la primera dificultad. Dile también lo que sientes, al final, ¿qué tienes que perder? Según lo que me has contado, sí que confías en él. Entonces hazlo un poco más. No eres de la que se acuesta con un hombre solo porque te apetece, y Dereck es un mundo diferente.

—Entiendo que él guarda algo importante, y no sé qué tan fuerte sea ese secreto o hasta qué punto podría afectarme. —Él inclinó la cabeza, pensativo—. Y sobre mis emociones, pues Dereck no es del tipo que confunde sexo con amor. Así que yo prefiero darle un poco de tiempo antes de hacer un intento de confesión al respecto, vamos, si hasta yo tengo que asimilar ese detalle —dijo bebiendo el vino.

Él le llenó la copa por segunda vez.

—Es justo, Cass, pero, por favor, intenta no dejar pasar demasiado tiempo. Creo que la historia de ambos necesita un poco de solidez, y el sexo no la da.

Cassidy soltó una exhalación.

—Lo sé, lo sé —murmuró. Ella jamás contaba los detalles de su vida sexual a nadie, ni siquiera a Aaron, aunque sí podía hablar superficialmente y comentar si un amante era bueno o no tanto. Sin embargo, con Dereck se sentía un poco más egoísta de compartir esos detalles—. Gracias por estar siempre para mí, Aaron.

Él le hizo un guiño. Miró el reloj.

—Entiendo que los hombres somos un poco más lentos, pero ¿qué te hace pensar que Dereck no siente lo mismo por ti? Dale un voto de confianza adicional.

—Sí... Supongo que puedo intentarlo —sonrió.

—Ya debo marcharme, Cass. No olvides comer toda tu pasta, y trata de relajarte. Mañana vuelo a Hawaii para una sesión de fotos de Victoria's Secret. Escríbeme o llámame a cualquier hora que me necesites.

—Diablos —farfulló cuando un poco de salsa cayó en su blusa—, perdona que no te acompañe a la puerta...

—Ve a cambiarte que ya dejo esto en el fregadero. No pasa nada.

—Vale, gracias.

CAPÍTULO 17

—Estás loco de remate, ¿sabes los millones de dólares que nos acaba de costar tu complejo de médico del desierto? —gritó Dereck a su hermano a través del teléfono—. No sé en qué momento perdiste de vista tus prioridades.

Ryder se frotó el puente de la nariz. Sí, claro que lo sabía, y no se arrepentía. Esto último era lo más desquiciante para alguien habituado a seguir una línea de cronometradas actividades. Acababa de defraudar a su hermano, y con ello a todo el equipo de la compañía que había trabajado incansables horas para complacer al sultán. ¿Le importaba? Por supuesto que no. Él hacía lo que se le daba la jodida gana.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo, mientras escuchaba que el agua de la ducha continuaba corriendo. Él y Julianne habían llegado dos horas atrás al hotel de París provenientes de Oriente Medio.

—Ahora mismo tengo cosas importantes por hacer, y acabas de sumar a mi agenda razonar con Becca cuando le diga, mañana, que acabamos de perder un gran contrato. En pleno fin de semana nada menos, joder, Ryder.

—Te pagaré el equivalente a lo que hubiésemos ganado en un año con ese convenio internacional. ¿Mejor? —preguntó bebiendo el resto de su whiskey. Respetaba a Dereck, y cuando un acuerdo no se concretaba, las pérdidas eran para ambos. Lo más justo era pagarle de su propio capital una compensación.

—Envíame la transferencia mañana a más tardar —replicó, porque estaba cabreado, pero no era imbécil.

Cuando su hermano cortó la comunicación, Dereck dio un puñetazo contra el vidrio del escritorio que tenía en casa y utilizaba para trabajar a veces. Después de los largos meses de preparación, el absurdo de Ryder decidía que no iba a firmar el contrato con el sultán de Balgratva. No solo lo afectaba a él como copropietario, sino también a quienes habían invertido horas extras de su tiempo para lograr cumplir todos los requisitos de ese jodido sultán.

Al siguiente día tendría que hablar con Becca, no solo del fallido contrato en Oriente Medio, sino también de lo que acababa de ver publicado en Instagram. Si no tuviera gran cariño por Kyria, ya la habría llamado a decirle un par de cosas, pero también sabía que no era malintencionada. El post de la plataforma acababa de abrir una puerta que él hubiera preferido mantener cerrada hasta que, con Cassidy, hubiera tenido la posibilidad de hallar un frente común sobre su relación.

Dereck agarró las llaves del automóvil, y bajó al garaje. Al menos vivía en un penthouse que tenía todas las seguridades, así como privacidad, por lo que no necesitaba preocuparse de esos detalles. Mientras conducía el Tesla intentó llamar de nuevo a Cassidy, pero continuaba sin responder.

Aparcó, y se ajustó a chaqueta. Presionó el botón electrónico del panel.

—¿Sí? —preguntó la inconfundible voz femenina, a través del interfono.

—Cass, abre la puerta, por favor —dijo Dereck.

—Es el quinto piso, la puerta 27. ¿Está todo bien?

—Lo estará cuando te vea.

Aquella era la primera ocasión que visitaba el apartamento de Cassidy. Tampoco le resultó complicado encontrar la dirección, porque en su ordenador tenía acceso a todos los archivos de información del staff de TS2. Subió y caminó por el pasillo hasta el número que ella le indicó. Antes de llamar a la puerta esta simplemente se abrió, pero no fue Cassidy quien abrió, sino un hombre.

—Tanto tiempo sin verte y me recibes con expresión ceñuda —dijo Aaron con una gran sonrisa. Él iba siempre vestido a la moda, con el cabello peinado hacia atrás, y sus tatuajes como marca distintiva en ambos brazos—. Ah, un detalle: no estoy interesado románticamente por Cassidy. ¿No me recuerdas? —preguntó cuando el otro hombre enarcó una ceja a modo de respuesta—. Trabajé hace años en la cafetería de tu amigo Justin Nader como barista. Soy Aaron, el mejor amigo de Cass.

Dereck tardó unos segundos en reconocerlo.

—Hola —dijo con simpleza, y extendió la mano—, ¿dónde está ella?

Aaron estrechó la mano del otro hombre, y abrió la puerta para que Dereck entrara, y él así lo hizo.

—Después de responder el interfono fue a cambiarse de ropa, porque se manchó con un poco de pasta. Acabábamos de cenar —señaló el bowl en el fregadero—. Cociné suficiente, ¿te apetece? —Dereck hizo una negación—. Bueno, de todas formas ya me marchaba.

—Que vaya bien —replicó Dereck con el tono de voz indiferente.

Aaron sabía que Toussaint, gracias a lo que conocía de boca de su mejor amiga, aparentaba ser distante, pero en realidad era un hombre que prefería la privacidad, y desplegaba con pocos su verdadera personalidad. Lo comprendía muy bien, porque él tenía amigos famosos y conocía de primera mano cómo se intentaban aprovechar de ellos o su influencia. Aaron imaginaba que en el caso de Dereck, la personas pretendían sacar partida de sus conexiones y dinero.

—Dereck, no intento decirte qué hacer, ni mucho menos, además respeto mucho a Cassidy. Solo te pido que procures no lastimarla.

—No tienes ningún derecho a hacer esa clase de comentarios, Aaron —replicó apretando la mandíbula. A él nadie lo aleccionaba.

El amigo de Cassidy se encogió de hombros.

—Lo hago en buen plan, y por ella. Su vida ha tenido giros amargos y muy tristes, y aunque Cass es fuerte, no quiero verla hecha polvo otra vez. Solo eso —le dio una palmada en el hombro—, si ha decidido confiar en ti, lo cual es inusual en ella considerando el pasado de ambos, entonces tienes mi voto de confianza.

Dereck hizo una mueca. Imaginaba que, al conocerla desde la universidad, Aaron había escuchado de primera mano las experiencias de Cassidy. De todos modos, no le agradaba la idea de Aaron y ella compartiendo una cena a solas. ¿Irracional? Probablemente, pero así estaba el panorama. Le daba igual.

—Gracias por la información, supongo —dijo con ironía, y se cruzó de brazos—. No me hacen falta las opiniones de terceros en lo referente a Cass.

—Ya me marchó —replicó Aaron haciendo un gran esfuerzo para no reírse por los evidentes celos de Toussaint.

No entendía cómo era posible que su mejor amiga estuviera tan ciega, y no comprendiera que sus sentimientos eran correspondidos. Aunque quizá el problema no era ese, sino el hecho de que todavía existían ciertos detalles que los dos escondían del otro, a propósito o no, y si salían a la luz podían hacer que lo vivido esas semanas explotara, inesperadamente, sin posibilidad de

encontrar las partes esparcidas y así lograr la manera de reconstruirlas. Solo esperaba que todo saliera bien esta vez.

—Que vaya bien —dijo Dereck con indiferencia, porque le daba igual si Aaron era un Medici encarnado o el último Papa. Que otro hombre estuviera a solas con Cassidy lo sacaba de quicio. Punto.

—Hasta una próxima ocasión —replicó Aaron, y cerró la puerta tras él.

Una vez a solas, Dereck soltó un gruñido bajo, y se pasó una mano sobre el rostro. Esta no era la clase de hombre que quería ser: celoso y posesivo. Trató de serenarse, porque no iba a servirle de nada pedir explicaciones a Cassidy que, siendo sensato, no eran necesarias. Además quedaría como un idiota, en especial si consideraba que en ella le había dicho que confiaba en él.

Aprovechó para reparar en los detalles del apartamento.

La sensación de calidez se percibía con facilidad, y todo estaba decorado con buen gusto sin caer en lo ostentoso, aunque su buen ojo reconocía pequeñas piezas de arte valiosas en puntos específicos de la sala, el comedor y parte de una esquina que manejaba exhibía elementos que parecía de indios americanos. En el entorno había mucha madera, tonos blancos y toques de violeta con dorado. Cassidy había nacido en una familia con mucho dinero, pero su sencillez la hacía más atractiva.

La pared que estaba frente al sofa tenía una pantalla plana de tamaño mediano, y contaba a un costado con una surtida estantería. En una de las esquinas, sobre una repisa tallada en madera oscura, reposaban varias fotografías. Él se acercó, y sonrió de inmediato al reparar en todos los momentos capturados en imágenes. Eran diferentes etapas de la vida de Cassidy, y podía notar la evolución de su belleza a través de los años. Todos los portarretratos estaban organizados por tamaños, pero una fotografía sin marco estaba volteada. Dereck extendió la mano para enderezarla.

Se quedó mirando la imagen con sorpresa: una foto de él con Cassidy.

La foto había sido tomada con una de las cámaras antiguas, antes de los teléfonos inteligentes, por un desconocido que les hizo el favor de capturar el momento durante una salida. Él recordaba vívidamente esa tarde, porque la invitó a tomar algo en un restaurante de la ciudad, dos días después de haberse acostado juntos por primera vez, y ella estaba radiante. Llevaba una falda azul, una blusa de seda blanca, y tacones; el cabello lo tenía suelto, más largo de lo que lo llevaba ahora. La expresión de ambos era de pura sensualidad y alegría. Dereck apenas se reconocía en ese muchacho despreocupado e ignorante de lo que iba a depararle el destino.

Sin poder evitarlo, Dereck sonrió.

—Husmeando en casa ajena, ¿eh?

Él dejó la fotografía, la puso en posición vertical asegurándose de que fuese visible entre el resto, mientras se giraba hacia Cassidy. Ella llevaba unos shorts celestes, blusa amarilla e iba descalza. Las uñas de los suaves piecitos estaban pintadas de rojo oscuro. El cabello lo tenía recogido en una coleta descuidada. En conclusión, la tentación femenina personalizada frente a Dereck.

El pecho de Cassidy subía y bajaba al compás de su respiración, y la tela de la blusa amarilla se apegaba a las curvas de sus senos con cada inhalación y exhalación. Dereck sentía un picor de anticipación en la yema de los dedos por la necesidad de quitarle la blusa, el sujetador, y poder así tener para su disfrute ese par de tetas deliciosas que le encantaba acariciar, chupar y lamer. Quería pellizcarle los pezones y escucharla gemir, porque sabía que, cuando la tocaba de esa manera, ella se humedecía todavía más, haciéndole más exquisito el camino hacia lo más

profundo de su cuerpo.

—Creí que habrías echado a la basura todo lo que llevara mi nombre —dijo acercándose, rodeándole la cintura con los brazos, mientras ella se reía. Le besó el cuello, aspirando el delicioso aroma de su perfume; luego le dio un mordisco suave. Ella elevó el rostro—. Hola, señorita Ashford. ¿Qué hacías cenando con Aaron? —preguntó en un tono peligrosamente calmado.

Cassidy soltó una carcajada. Elevó los brazos, y le rodeó el cuello a Dereck.

—Exactamente eso: cenando. No lo había visto en todas estas semanas. Además, ya te he dicho que entre él y yo jamás ha ocurrido algo, ni ocurrirá.

—Me tuve que contener para no soltarle un puñetazo por sentirse tan cómodo estando a tu alrededor —replicó frunciendo el ceño—. Tu cercanía la quiero solo para mí, así como tus sonrisas y tus atenciones.

Esta faceta de Dereck, en la que se mostraba abiertamente posesivo y frustrado, le parecía surreal a Cassidy. Ella le acarició la nuca con los dedos.

—Supongo que no te basta con mi palabra de que aceptaba ser exclusivos —comentó con incomodidad.

Él hizo una negación.

—Una cosa es que baste, y otra que vea a otro hombre saliendo de tu jodido apartamento —replicó en un gruñido.

Cassidy soltó una exhalación.

—Solo hay un hombre que me interesa, y además tiene acceso a tocarme como le plazca. —La expresión de Dereck se suavizó—. Así que no hace falta estar celoso —dijo con suavidad.

—Me hace falta algo importante para reafirmar tu comentario, señorita Ashford. —Ella arqueó la ceja—. Oh, ya lo recuerdo —murmuró, sonriendo, antes de bajar el rostro y ajustar sus labios a los de Cassidy. Al instante, la sintió derretirse contra su cuerpo, gimiendo de gusto, como solía hacerlo cada ocasión que sus bocas se encontraban. Él enterró sus dedos en los cabellos castaños, acariciándola, y se besaron hasta que los dos estuvieron sin aliento.

La manera en que él la besaba calentaba la sangre de sus venas, y extendía ese calor al resto de su cuerpo. Los latidos de su corazón parecían retumbar en su garganta y oídos, haciendo casi imposible prestar atención a cualquier situación que no incluyera ese beso, y las manos que le acariciaban el cuello, el rostro y el cabello con una cadencia que la derretía. Atracción, pasión, deseo. Él lo provocaba todo.

Con renuencia, Cassidy se apartó poco a poco, porque, aunque lo necesitaba en su interior, también era importante aclarar lo que sucedería a partir del siguiente día, cuando empezaran a preguntarles sobre su relación. Si continuaba ese beso, entonces no pararían hasta muy entrada la noche.

—Dereck —dijo acariciándole el rostro—, ¿viniste por el post de Kyria?

Él sonrió contra su boca, y le mordisqueó el labio inferior.

—Además de que te echaba en falta a mi lado. Me he quedado acostumbrado a tu cercanía constante —confesó, porque después de la llamada de su hermano, lo cierto era que se había cabreado mucho, y encontraba en Cassidy un puerto de calma y paz—, sí, quiero hablar contigo de un par de temas.

Ella le extendió la mano, y Dereck entrelazó los dedos con los de Cassidy. Lo guio hasta el amplio sofa en forma de L.

—¿Entonces no es es la publicación de Kyria tu principal preocupación?

—No, cariño, no lo es —replicó, y Cassidy asintió.

Él se sentó, y ella lo hizo a su lado.

Dereck sabía que era importante esa conversación. Aunque fueron solo veinticinco minutos de trayecto desde su penthouse hasta el apartamento de ella, estos le resultaron suficientes para reconocer que extender el tiempo de hablar de su pasado sería una terrible equivocación. Iba a empezar esta noche.

—De acuerdo, entonces ¿qué te preocupa? —murmuró.

El aroma de la colonia de Dereck poseía también toques de su esencia personal y masculina; le encantaba. La aspiró poco a poco, llenándose de él en esa forma sutil y reconfortante. Después de su conversación con Aaron se sentía un poco aturdida, porque apenas había tenido tiempo de asimilarla, pero su mejor amigo tenía razón. Había pasado todos esos años con personas con las que creía conectar, pero solo eran una apariencia emocional de lo que subyacía en su corazón. Y la única persona capaz de despertar todas esas emociones dormidas, y reactivar ese amor que jamás se desvaneció, ahora estaba a su lado. El único hombre que amaba y que amaría.

La certeza de ese sentimiento tan potente y rotundo la dejó por un instante sin aire. Elevó la mirada y conectó con la de Dereck. Las dos sencillas palabras pugnaban por salir de su garganta, pero sabía que primero necesitaba hacerse a la idea. No quería abrumarlo, menos cuando la expresión de él parecía concentrada en algo complejo.

—En realidad muchos aspectos, pero más que preocupación quiero dejar de lado un tema que evadí responder en Dubái, y quiero hablarte al respecto.

Dereck se pasó los dedos entre los cabellos. Después se acomodó de tal manera que él y Cassidy pudieran verse frente a frente en el sofá, sin apartarse. Le tomó los dedos de la manos y los empezó a acariciar distraídamente.

Ella asintió con suavidad, intrigada.

—De acuerdo, Dereck, te escucho —expresó. Él llevaba la barba que había dejado crecer en Oriente Medio púlcramente recortada. Si cuando él era más joven lucía apuesto, ahora, a sus treinta y un años de edad, era arrebatador. Eran esos ojos azules que, bien sabía Cassidy, la mantenían cautiva.

—Me preguntaste sobre mi tatuaje en la espalda —dijo con seriedad, pero mirándola a los ojos. Cassidy volvió a hacer un asentimiento al reconocer de qué iba el asunto—. Años atrás, cuando mi ambición para escalar en la cumbre profesional era más brutal, cometí la equivocación de no investigar a fondo los antecedentes de mis clientes. Y no me refiero a una búsqueda usual, legal, sino de aquellas que requieren un barrido hasta llegar a las capas poco visibles.

—¿Tanto así? —preguntó inquieta por la expresión de rabia en él.

Dereck asintió.

—Mi cliente era parte de un sindicato italiano, Hijos de Sicilia, y la propiedad que ayudé a reclamar estaba en disputa por asuntos de familia entre dos sindicatos contrarios, el otro era Expatriados Oscuros.

—Estabas en la mitad...

—Sin saberlo —replicó meneando la cabeza al recordar su estupidez—. El día que me reuní con Ryder en un bar para tratar de animarlo por un asunto complicado que estaba atravesando, él me dejó saber que uno de esos clientes míos había sido degollado, y me pidió que mantuviera un perfil bajo, además de guardaespaldas. Le dije que era un paranoíco, pero que intentaría seguir su consejo —dijo con una mueca.

Cassidy intentó mantenerse en calma. Imaginaba que el resto de la historia que estaba

contándole no iba a ponerse más simpática conforme él avanzara su relato.

—Dereck...—susurró en voz bajita.

—Cuando salí de ese bar con mi hermano, cada cual tomamos direcciones diferentes. En una de las esquinas, a pocas cuadras del sitio en el aparcé, sin tener opción a escapar o algo similar, me cubrieron la cabeza y me llevaron a la fuerza a un vehículo que salió petando. Tal como ves un secuestro en medio de la calle, a cualquier hora, en un filme de crímenes, pero es peor cuando lo vives en la realidad —dijo con amargura, porque al contarle su experiencia a Cassidy, la revivía. Aunque no lo afectaba como antes de todas formas implicaba crear un efecto desagradable.

—Me duele que hayas pasado por algo así, Dereck —susurró, mientras le acariciaba los nudillos de los dedos con los suyos.

Él tomó una respiración profunda.

—No sé en dónde carajos terminé, pero parecía una bodega abandonada, además de que era hedionda. Tampoco es que tuve mucho tiempo para tratar de ubicar mi cabeza, porque me tiraron al suelo y empezaron a golpearme, insultarme, no solo con puños, sino con lo que habrían sido palos o fierros. Ya no lo sé. Me cubrí la cabeza, el mayor tiempo que pude, pero no traté de defenderme —apretó los dedos de Cassidy sin darse cuenta de su fuerza, pero ella no rechistó—. Sabía que habría sido inútil, y eso solo habría motivado a que fuesen más atroces.

—No puedo llegar a imaginar la angustia, la incertidumbre, el dolor que debiste sentir, Dios —murmuró ella, atónita—. Si pudiera borrar esos momentos por ti, lo haría sin pensarlo dos veces.

Él la observó con intensidad, le acarició la mejilla y asintió.

—No estaba solo —continuó al cabo de un rato—. A mi lado estaban mis dos compañeros de la oficina que habían trabajado conmigo en el caso, y entre ellos, el socio que dio el visto bueno para que esos dos italianos que conocí entraran a formar parte de la cartera de clientes los de Hijos de Sicilia. Casi no reconocí a mis colegas, porque les habían dado la misma paliza que a mí e incluso peor. Tenían las piernas atadas a una silla, y los brazos al respaldar de esta. Al igual que yo.

—Qué horror —dijo con expresión contrariada, y se aproximó un poco más a él, acortando la breve distancia. Esta vez apoyó ambas manos sobre la de Dereck como si cubriéndolo de esa forma pudiera aliviar el peso del recuerdo.

—La paliza, por simple deducción, provenía como cortesía del sindicato rival de nuestros clientes, Expatriados Oscuros, y en cada golpe nos decían que los abogados no deberían meterse en asuntos de las familias italianas que pertenecían a los sindicatos. Nos tuvieron dos días sin agua, ni posibilidad de ir al lavabo, así que imaginarás la humillación —hizo una mueca—. Amenazaron con violarnos incluso, aunque era parte de su estrategia de intimidación psicológica, pero en esos instantes estaba aterrado como nunca en mi vida —confesó con brutal honestidad—. Pedían un rescate de cinco millones de dólares para compensar los daños morales y emocionales que nuestra gestión les causó —dijo con mofa.

—Qué hijos de puta —murmuró Cassidy ante el panorama que él describía.

—Uno de mis colegas era un muchacho recién salido de la universidad, no tenía esa cantidad de dinero, así que Ryder pagó mi rescate y el de él. Todo tardó al menos seis días. No se dio aviso a la policía, por supuesto. Al final, entendí que el socio de la firma de abogados sí tenía conocimiento de los sindicatos italianos e incluso trabajaba para ellos, Hijos de Sicilia. En esta ocasión se le torció su negocio cuando yo llevé a estos clientes y él creyó que, al ser yo quien

estaba a cargo, él pasaría desapercibido con los Expatriados Oscuros, y por eso dio el visto bueno para la operación legal. Supe que, una semana después del secuestro, lo asesinaron.

Cassidy cerró los ojos y meneó la cabeza, consternada.

—Siento tanto, tanto, que hayas vivido algo así, Dereck —dijo abrazándolo con fuerza, él la rodeó con sus brazos, llenándose de la paz que ella le daba. Tan solo tenerla cerca era suficiente para alejar los fantasmas del pasado.

—Esa experiencia me instó a ver la vida de forma diferente —replicó Dereck, mientras se apartaba, no sin antes darle un beso en la mejilla con cariño—. Cuando salí de esa cloca creía que estaba naciendo otra vez. Tuve que estar en casa casi tres semanas, porque no podía ir a un hospital, ya que no me apetecía ver a nadie. Me rompieron dos costillas, así que fue un proceso cabrón. Si mi hermano no hubiera tenido el dinero a tiempo, me habrían matado, y de paso al otro abogado recién graduado. El socio de la compañía imagino que pagó sus culpas que iban más allá de ese estúpido edificio transferido de una *famiglia* a otra.

—¿Tienes pesadillas todavía...? En Dubái dormías sereno...

Él esbozó una sonrisa tenue.

—Porque en Dubái te tenía a mi lado —replicó haciéndole un guiño. Ella le sonrió, agradecida por ese toque que aligeró un poco el brutal relato—. Y ya no tengo pesadillas o signos de estrés al respecto. Lo único es que no resisto estar demasiado tiempo en espacios cerrados. El Ave Fénix en mi espalda, justo entre los omóplatos representa muy bien lo que viví: estuve a punto de morir y renací.

—La analogía tiene mucho sentido...

—La forma en vivía mi existencia antes del secuestro era despreocupada, no tenía un freno, y parecía un barco en alta mar que disfrutaba anclando en el puerto que implicara diversión. No te equivoques, mi vida era fantástica, y adoraba experimentar todo lo que pudiese. El asunto era que mi único interés para despertarme en las mañanas era hacer dinero, ganar casos, conseguir clientes, viajar y divertirme a más no poder, porque no encontraba una motivación profunda, pues el trasfondo era tratar de llenar un vacío emocional. Esto último lo entendí en la terapia.

Cassidy asintió con pesar.

—¿Y qué cambió? —preguntó con suavidad, porque los dos sabían exactamente a qué estaba refiriéndose Dereck con el tema emocional.

Cassidy no había logrado entender hasta qué punto la relación de ambos la había marcado. Resultaba impresionante la fuerza que esa huella, esos momentos compartidos, las frases no expresadas al otro, provocaron a largo plazo. El ciclo de ellos jamás se cerró; permaneció abierto en el tiempo. A diferencia de otros casos, Cassidy y Dereck tenían la posibilidad de mejorar ese ciclo en el presente.

Él soltó una exhalación. Se había quitado una gran carga de los hombros al hablarle de su secuestro a Cassidy. Lejos de mostrarle compasión, ella le ofreció comprensión, porque era eso lo que en realidad requería.

—Decidí no aferrarme a nada ni a nadie. Entendí que la vida era un instante, y así la vivía. Necesité reafirmar el hecho de estar con vida, y empecé a hacer deportes extremos. No para desafiar la seguridad, sino para afianzar la conciencia de que seguía en esta jodida realidad. Poco a poco fui calmándome y bajando el ritmo. Me serené. Solo me preocupaba de lo que en verdad valía la pena, el resto, me daba igual. Esto último no ha cambiado desde entonces. ¿Todas las juergas e imbecilidades en los tabloides? Solo verídicas en un quince por ciento. El resto siempre son fotos trucadas o invenciones. Me divierto, sí, pero lo hago con más mesura, y procuro ser

cauteloso con las personas que me rodean.

—Cada persona afronta los traumas de diferentes formas —afirmó Cassidy.

Él asintió, pensativo.

—Sí, empecé a disfrutar mi existencia sin actuar o tomar decisiones pensando en el miedo. Empecé a trabajar en fundaciones y ONGs con más frecuencia, pero ordené en TS2 que jamás se publicitaran. Salvo aquellas gestiones implementadas por Becca o Ryder, pero no aquellas que yo elegía porque creía de verdad en sus objetivos. Me involucré en programas que ayudaran en la parte mental de los adolescentes. La sociedad les dice que tienen que ser exitosos, pero ¿a qué costo? Jamás valoran la integridad de la mente, y luego de tener mi cabeza jodida un buen par de meses por el secuestro, lo entendí.

—Me alegra que hayas llegado a esa conclusión —dijo Cassidy con admiración—. Es muy noble de tu parte no querer utilizar esas gestiones altruistas para mejorar tu reputación, mientras la sociedad solo te juzga por lo que reportan unos medios de comunicación.

Dereck se encogió de hombros.

—No todo tiene que tener un propósito comercial, cariño —replicó—. Al saber lo frágil que es todo, aprendí a desapegarme, a delegar, a no complicarme, a no tomármelo todo demasiado personal o dejarme afectar por naderías, pero también a valorar mi tiempo con las poquísimas personas que importaban de verdad. La gente tal vez habría optado por una existencia menos impulsiva, después de un episodio como el mío, pero yo no me sentía capaz de encerrarme en esos cánones, porque para mí el aprendizaje fue lo opuesto. Quizá otros perciben que soy indiferente en mi forma de comportarme, pero solo ven lo que quieren o asumen lo que les interesa.

—No entienden lo que de verdad te impulsa a actuar como lo haces... ¿Por qué dejas que crean eso de ti?

—Porque mi experiencia es mía y punto. — Dereck le tomó el rostro entre las manos, le acarició el labio inferior con el pulgar, y le dedicó una sonrisa cautivadora—. Ese capítulo de mi vida solo la conoce mi hermano, mi psicólogo quien me dio de alta años atrás, mi madre, y ahora, tú.

—Me siento honrada de que hayas compartido algo así conmigo —susurró.

Dereck la miró a los ojos.

—Confío en ti, así como tú en mí —replicó con una sonrisa—. Creo que es una base para trabajar lo que existe entre los dos, Cass. Dan igual los plazos o los tiempos. Eso es lo de menos.

Cassidy sentía invisibles cordoncitos de electricidad recorriéndole todo el cuerpo. Desde las hebras de sus cabellos hasta la punta de los pies. Si la química que existía entre ella y Dereck pudiera embotellarse y venderse, arrasaría el mercado.

—Yo... —murmuró pensando en Ferran. Ese era el peor momento para abrir su boca y hablarle de su exnovio, y la terrible tragedia que sacudió su vida—. Lo sé.

Las paredes que Dereck había erigido todos esos años, el exterior impenetrable que mostraba al mundo, se había destruido poco a poco desde que la volvió a besar. Sus defensas estaban aniquiladas, partidas por la mitad, y su verdadera esencia, personalidad y carisma, reservados solo para unos cuantos, estaban ahora a la entera disposición de Cassidy.

No quería incurrir en la imbecilidad de guardarse sus emociones. Sabía que era un riesgo abrirse a una persona en un plano tan personal, pero no se trataba de cualquiera, sino de la única mujer que había tenido su corazón cautivo por tanto tiempo. No quería que los medios de comunicación la destrozaran con mentiras o inventos. Su instinto de protección era más fuerte.

—Cassidy, ¿eres consciente de que no me interesa ninguna otra mujer, verdad?

Ella esbozó una sonrisa llena de ilusión, y coquetería.

—Ahora que lo mencionas —se dio unos golpecitos juguetones en la barbilla, y se rio al ver la expresión ceñuda de Dereck—, me alegro que lo saques a colación.

—Cassidy... —replicó él con un gruñido.

—Sé que cumples tus promesas a rajatabla —dijo ella acariciándole la barba, y luego recorriéndole los cabellos con sus dedos—. Sé que cuando me pediste exclusividad era porque pretendías cumplir ese acuerdo. Solo te intereso yo, lo sé —sonrió con suficiencia—, y me alegro, porque yo siento lo mismo.

Dereck soltó el aire que había estado conteniendo. Asintió.

—Y ¿sabes a qué se debe el hecho de que no me interese nadie más? —preguntó él. Quiso tenerla más cerca, así que instó a Cassidy a que se colocara a horcajadas sobre su regazo. Le sostuvo las caderas con ambas manos, porque le encantaba tenerla tan cerca.

—No... —susurró.

El corazón le palpitaba a mil por nanosegundo. Ese hombre testarudo, sensual, y arrebatadoramente guapo, poseía una pasmosa capacidad para cautivarla.

—Porque estoy enamorado de ti —confesó mirándola a los ojos con devastadora sinceridad. Cassidy era la única capaz de convertir la marea que llevaba sus barcos a un puerto seguro en un tifón. Solo ella tenía el poder de destruirlo o mantenerlo en una pieza. Al dejar sus defensas de lado, le daba esa potestad. La otra opción era esconder sus emociones más tiempo, y eso era para cobardes.

—Dereck —susurró apoyando la frente contra la de él. Sentía una conexión en un nivel que no era posible describir con palabras. La piel se le llenó de vibraciones que hacían cosquillas, las mariposas en el estómago revoloteaban, y su corazón corría a un ritmo más rápido que la velocidad de la luz—, yo también estoy enamorada de ti. Quizá nunca dejé de estarlo, y por eso me ha sido tan difícil conectar con otras personas en los niveles que puedo hacerlo contigo.

Él esbozó una sonrisa. Las palabras de Cassidy eran música para los rincones que habían permanecido oscuros en su alma, llenándolos de luminosidad con esas notas, y ahuyentando las pesadillas del pasado.

La agarró en volandas y ella se rio, mientras se equilibraba rodeándole el cuello a Dereck con los brazos.

—¿Dormitorio? —preguntó besándola.

—La tercera puerta de la derecha —murmuró, aspirando la colonia masculina, maravillada por esa confesión. Él la dejó sobre la cama—. Dereck...

—¿Sí, cariño? —preguntó, ayudándole a Cassidy a quitarse la blusa.

—No hemos hablado de la fotografía en redes sociales —murmuró, al tiempo que él le quitaba con facilidad los shorts, y también las bragas. Se quedó en sujetador.

Dereck se sacó la camisa con rapidez, luego siguió el resto de ropa, hasta que quedó gloriosamente desnudo ante ella. Subió a la cama para cubrirla con su cuerpo, no sin antes besarle los muslos, y probar su esencia con la lengua. La sintió temblar de inmediato, y volvió a recibir la caricia. Le separó los muslos con las piernas, y subió por su cuerpo a base de besos hasta que estuvo cara a cara con esa belleza de mujer.

—Este tema es más importante —replicó con su brillante mirada azul que prometía una oleada constante de placer.

Cassidy se sentía atrapada en una burbuja de absoluto embeleso. Los toques de Dereck, por

más suaves o rudos que fueran, le embriagaban de gozo sensual. Que probara su sexo, tentándola con la lengua, la agitó. Quería más con él, siempre. Bastaba una caricia para que encendiera su cuerpo en llamas.

—No creo que...

—Shhh —dijo él, antes de remover el broche delantero del sujetador, dejando los tentadores montículos a la vista e inclinarse para chupar los erectos pezones—. Tengo cosas prioritarias por hacer —agregó con picardía, antes de cambiarse al otro pecho, y mientras lo hacía su miembro viril presionaba sobre el abdomen femenino. Ella soltó gemidos quedos por sus atenciones.

—Oh —se sacudió con un jadeo cuando él mordió un pezón con fuerza, y luego recorrió con la lengua los lados de los pechos.

Cassidy gozaba de las caricias de la boca de Dereck. Le enterró los dedos en los cabellos, y después, cuando él haló uno de sus pezones con dientes, ella apretó los dedos sobre los bíceps masculinos.

—Podría estar todo el día lamiendo y chupando tus tetas —murmuró, haciendo precisamente eso, porque esos pechos le parecían perfectos en tamaño y sensibilidad. Él sentía la dolorosa tensión de su miembro erecto por la necesidad de explotar en el interior de Cassidy.

—Me encanta tu boca —susurró Cass, mientras le tomaba el rostro a Dereck para besarlo con ansias. Él le mordió el labio inferior, y ella hizo lo mismo. Sus cuerpos se contoneaban entre sí, y esa fricción estaba enloqueciéndolos.

Dereck continuó besándola, y con su mano derecha se agarró el miembro para ubicarlo en la entrada húmeda. La miró a los ojos, no solo con descarnado deseo, sino con un amor que rebosaba su alma.

—Eres bellísima... y toda mía —dijo antes de deslizarse por completo en ella, en lo más profundo. Ella echó la cabeza con un gemido de gusto.

—Dereck... —murmuró, mirándolo con necesidad.

A medida que las embestidas continuaban, ella sentía cómo iba a esanchándola y estimulando el placer. La llenaba en cada centímetro de su interior con una fuerza demoledora, y movía las caderas para que ella fuera todavía más consciente de la potencia de ese miembro que arrebatada sus sentidos y aceleraba su ansia.

—Tan mojada, y tan sexy —gruñó Dereck meciéndose en su interior. Se inclinó para lamerle los pechos, y mordisquearle el cuello. Después volvió a besarla, mientras sus cuerpos se movían al compás de las arremetidas.

—Oh, sí, así —gimió Cassidy, abrazándolo, llevándolo más dentro de sí, a tiempo que sus uñas se clavaban en la espalda, y podía sentir cómo los músculos se movían bajo su tacto. Era algo tan erótico e íntimo, y le fascinaba.

Sus acometidas no poseían solo restricción, sino dureza y dominación. Tomaba la suavidad de Cassidy con la ferocidad salvaje de sus instintos, y ella lo igualaba con el movimiento de sus caderas, las caricias anhelantes de sus manos, los besos brutalmente carnales en los que se devoraban la boca. Entre ellos no existían términos medios en la cama; cuando sus cuerpos danzaban con la ferocidad de esos instantes, Dereck exigía la rendición de Cassidy al placer, y ella se lo cedía sin reparo.

El sonido de sus cuerpos chocando, las respiraciones trabajosas, y los gemidos llenaban la habitación. Ella lo besaba con dureza e intensidad, porque lo necesitaba como el aire para respirar, y él le devolvía el mismo vigor, como si el sabor de sus labios fuese el elixir que le permitía seguir vivo. El pene de Dereck la llenaba por completo, pero él era osado, y deslizó la

mano hasta acariciarla también los dedos, frotándole el clítoris. Si Cassidy creía que las estrellas existían, entonces podía asegurar que en ese momento sentía las constelaciones de placer invadiendo su habitación.

Dereck la tomaba como podía hacerlo alguien que conocía a la perfección los mapas en alta mar; un capitán capaz de recorrer incontables rutas dentro del mismo océano y llegar al destino propuesto en cada ocasión. Podía sentir que el orgasmo estaba empezando a formarse como una tormenta a punto de abrir el cielo con centellas, y él era el poseedor del cuerpo que yacía bajo el suyo para llevarlo hasta el punto en que no podría sino continuar el viaje hasta explotar en gotas de placer.

—Te quiero, Cassidy —le dijo al oído, entre gruñidos y jadeos, antes de sentir cómo una ola de placer barría con su conciencia, al tiempo que las paredes íntimas lo succionaban con los espasmos de ella.

Él le tomó ambas manos, y las apoyó sobre la cabeza de ella. Entrando y saliendo de ella con su miembro; poseyéndola, y arruinando cualquier mínima posibilidad de que olvidase quién era el único capaz de llevarla a esas cotas de deseo.

—Y yo a ti... —farfulló, cuando sintió el miembro de Dereck bombeando con más rapidez, y luego explotar en su interior en continuos espasmos.

A las dos de la madrugada, después de haberse amado en todas las superficies posibles del apartamento de Cassidy, y luego de una larga ducha, ahora estaban acurrucados en el sofá, mientras la calefacción hacía lo propio. Ella estaba sentada sobre el regazo de Dereck con la cabeza apoyada en el hombro, mientras él le acariciaba las piernas desnudas bajo la camiseta de algodón. No llevaba sujetador. Solo bragas, y no porque él hubiera querido, sino porque Cassidy sabía que necesitaban hablar sobre lo ocurrido con la fotografía de ambos en internet.

—Nunca dejé de pensar en ti —murmuró Dereck.

Ella apartó el rostro del hombro, y lo miró con una sonrisa. Se acomodó para quedarse a horcajadas, pero no porque intentase algo sexual. Aunque daba igual, porque bastaba solo pocos roces para sentir la dureza de Dereck. Él enarcó una ceja cuando ella se movió sobre las piernas de él, inocentemente. Cassidy meneó la cabeza, porque el hombre era terrible, y se rio. Así que optó por sentarse a su lado, acomodar las piernas con comodidad bajo las nalgas, y así, mirarlo.

Cassidy extendió la mano, y Dereck entrelazó los dedos con los de ella.

Ellos eran como la gasolina y el cerillo, por eso necesitaban marcar ciertas pautas o pasarían todo el tiempo en la cama. Claro, que la idea era fascinante, pero no ideal si se tenía una crisis laboral.

—Así de inolvidable soy, ¿eh? —preguntó ella riéndose.

Él esbozó una sonrisa, porque le gustaba esa versión de Cassidy: abierta, sincera, y Dios, enamorada de él. Era un bastardo con suerte.

—No es fácil cuando crees que una etapa de tu vida ha concluído —dijo—, y de repente la vida gira todo el panorama para darte una nueva oportunidad.

Ella ladeó la cabeza.

—Lo sé —murmuró.

Dereck la observó con amor, pero también inquietud.

—Sé que los paparazzi van a encontrarte de cualquier manera ahora que la fotografía está en

redes... Quizá corramos con suerte y sea posible evadir lugares públicos hasta que encuentren otra noticia de negocios o sociedad más interesante.

Dereck se sentía ligero, y libre. La sensación era única. La armadura que él había construido con tanto esfuerzo parecía débil, y lo inquietaba, aunque no tanto como la idea de perder a Cassidy por segunda ocasión.

Sabía que todavía existía un secreto que lo acechaba, y necesitaba hallar la forma de hablarlo con ella. No quería repetir la historia de sus equivocaciones pasadas, pero tampoco pretendía arruinar esa noche hablándolo.

Estaba plétorico ante la certeza de que sus sentimientos eran correspondidos. Jamás creyó que podría volver a verla, besarla, amarla, menos que Cassidy sintiera lo mismo por él. Por supuesto, si la reacción de ella hubiese sido la opuesta, Dereck no habría cesado en el intento de conquistar sus sentimientos. No iba a permitir que nada volviese a echar por tierra lo que la vida acababa de entregarle.

—No será fácil, Cass —replicó ceñudo, porque ya había vivido todos los inventos y estupideces que se decían de él—. Incluso hallarán, más pronto que tarde, el sitio en el que vives. Te asignaré guardaespaldas, y no hay opción a negarse; ellos son discretos, así que seguirás sin notarlos aunque estén ahora asignados a ti todo el tiempo. Cuando tengamos que entrar en un hangar privado o un sitio público o un evento grande, entonces será diferente por razones obvias.

Cassidy soltó una exhalación.

—No me agrada ser el centro de atención. —Él le acarició las mejillas—. Durante años he procurado no mezclarme con mis padres y su vida social, porque no quiero atraer la mirada de la gente sobre mi vida y mis decisiones. No entiendo esta fascinación por lo que hace la élite social.

Dereck no podía estar más de acuerdo.

—Cass, ¿qué versión quieres darle a Becca? Mañana tengo que hablar con ella, porque el obtuso de mi hermano no aceptó un contrato importante, pero también, por consideración, quiero hablarle de lo que tenemos.

Cassidy, que había tratado de no pensar en ese detalle, al menos por un par de horas, empezó a jugar con los dedos de Dereck distraídamente.

—Dios, qué desastre —farfulló. Meneó la cabeza—. Becca me asigna la tarea de reformar tu reputación, y lo único que consigo es que salgas en las principales redes sociales, y en plan romántico, y a esta hora nuestra fotografía ya debe estar plasmada en toda la prensa digital. En la tarde seguro lo hará en papel, Página Seis, Cotilleos Manhattan, Lujo y Placer, Noticias NYC, y otros más —dijo con fastidio—. La idea era conseguirte una pareja estable, ¡que no fuese yo! Ese no era el plan.

Él entendía la contrariedad en Cassidy.

—A mí me gusta cómo ha resultado la estrategia —replicó con picardía.

Ella le dio un puñetazo suave en el hombro.

—Dereck...

—Es la verdad —dijo en su tono de voz sensual—. Además, creo que será mejor que no trabajes ya de forma directa conmigo. No quiero darle oportunidad al staff de la empresa a pensar mal de ti. Me cabrearía mucho. Le diré a Becca que deje de lado su proyecto de pretender crearme una imagen de “hombre serio”, ante los ojos de la sociedad empresarial.

Ella esbozó una sonrisa, mirándolo a los ojos.

—Te mantuve tres semanas lejos de cualquier noticia que no tuviera que ver con tu vida personal —replicó con orgullo—. Incluso los reportes que enviaron de la oficina de Nueva York

sobre el alcance e impacto de mis gestiones son positivos. Hubo un elevado número de nuevos suscriptores a la página de la Newsletter de la compañía. Además de que han llegado un par de nuevos clientes que nada tienen que ver con temas de grandes fondos de inversión. —Dereck la observó con interés, porque le gustaba escuchar la pasión con la que hablaba de su trabajo—. Gracias a que los dueños de la librería Tiempo Impasible, en San Diego, recomendaron a sus colegas de Nueva York que buscaran asesoría de inversión con TS2, ¿qué tal con eso?

Él se inclinó para besarla. Antes de apartarse le acarició la mejilla.

—Eso es magnífico, Cass. Sé que eres muy buena en lo que haces.

—Creo que es lo más lógico que me asignen otra clase de proyectos, y tendré que verte poco en la jornada laboral —dijo.

—Ah, pero no te equivoques, Cass, que no trabajes conmigo directamente, no implica que dejarás de conocer lo bonita que es la vista de Manhattan al atardecer desde mi oficina. ¿Sabes cuál es la mejor posición? —preguntó humedeciéndose los labios carnosos, al tiempo que las imágenes se conjuraban en su lujuriosa imaginación.

Ella lo observó con interés, y esbozó una sonrisa traviesa.

—Hay muchas —replicó con descaro.

Dereck dejó escapar una risa gutural. Era una locura, pero deseaba tener a Cassidy de nuevo. No podía saciarse de ella, y eso no era nuevo. La misma pasión, ahora más madura por las experiencias de ambos en esos años, continuaba fuerte.

—La primera será cuando estés recostada sobre mi escritorio y yo penetre tu delicioso sexo desde atrás. Te invitaré con frecuencia a disfrutar esas posibilidades.

Cassidy soltó una carcajada, porque ese comentario era muy típico de Dereck.

—Veremos si me interesa aceptar esas invitaciones —replicó.

Él sonrió de medio lado.

—¿Es un desafío? —preguntó extendiendo la mano para acariciarle los pechos sobre la tela de blusa. Cass se mordió el labio inferior—. Porque esa clase de comentarios requieren cierta compensación, señorita Ashford.

Cassidy sabía a qué clase de compensación se refería. ¿Saciarse alguna vez de él? No, no lo creía posible. Ahora todo era diferente, porque no existían barreras emocionales entre los dos... Tan solo un secreto.

—Las palabras a veces sobran, señor Toussaint —murmuró antes de inclinarse y besarlo con ardor. Él le tomó el rostro entre las manos y profundizó el beso.

Le dolía el corazón por lo que Dereck tuvo que atravesar, y ahora lograba comprender desde otro ángulo su forma de ser. A pesar de que quería ser optimista, su instinto le anticipaba que nubarrones oscuros empezaban a fraguarse en el horizonte. Cassidy esperaba que le diera tiempo suficiente para estar preparada.

CAPÍTULO 18

Durante doce días, los tabloides bombardearon a Dereck y persiguieron a Cassidy tratando de obtener comentarios. No hubo ninguno, por supuesto. Ambos mantuvieron un perfil bajo, y nunca salían juntos de la compañía ni tampoco se dejaban ver en público. Las reservaciones en restaurantes eran bajo nombres falsos, y solo accedías a ellos si pertenecías a un selecto círculo en el que todos procuraban privacidad. Toda la situación y escenario en general, no era el ideal para Cassidy porque odiaba ocultarse como si fuese una criminal, pero tampoco le apetecía estar bajo el lente de una cámara, pues esto último era su mayor pesadilla.

Dereck se había vuelto más protector con ella. Cassidy siempre supo que podía ampararse bajo el apoyo que él podría darle como su pareja, pero esta situación era otro nivel. No solo tenía guardaespaldas, sino que había instalado un sistema de seguridad ultra moderno en su apartamento y le envió un experto con el único fin de que le enseñara a manejar las cámaras. Le dio la llave de su penthouse, los códigos de acceso e insistió que llevara parte de su ropa.

—Tengo mi apartamento, y sí, claro que pasamos algunas noches en el tuyo, pero Dereck, no vivo aquí y la logística para evadir a la prensa, si estamos en el mismo sitio, es poco práctica —le había dicho cuatro noches atrás, mientras estaban acostados en la inmensa cama de Dereck viendo una película.

De inmediato, él había pausado el filme para mirarla.

—Cassidy Ashford, la logística me importa una mierda —había dicho, mientras la apoyaba sobre el colchón y él la cubría con su cuerpo—, te quiero a salvo en mi casa o en la tuya. Desde hoy será más tiempo en la mía.

—¿Con consentimiento de quién? —había preguntado riéndose, cuando él le quitó las bragas y luego separó sus muslos.

—Cuando al final quieras correrte solo tienes que decir una palabra, y listo.

Ella había enarcado una ceja, mientras trataba de no cerrar los ojos ante las caricias que él empezaba a aplicar a su sexo. Soltó un gemido agudo y echó la cabeza hacia atrás. El hombre poseía una habilidad enloquecedora para darle placer.

—Dereck... —había susurrado—. Oh, sí... Sí...

—Me alegra tener tu consentimiento. Mañana mismo te mudas a mi penthouse —había murmurado con una sonrisa, antes de volver sus atenciones al clítoris.

Ella no había podido replicar, porque el placer la atrapó en sus redes.

Así eran las noches con Dereck: apasionadas, entretenidas, a veces discutían porque él era cabezota, pero en todo momento se mostraba atento, encantador, y disfrutaba besándola con una desbordante pasión que la hacía olvidar del resto del mundo. Cuando estaba entre sus brazos todo dejaba de existir salvo ellos.

Las conversaciones eran profundas, ingeniosas, porque siempre parecían encontrar temas para hablar, no solo del presente, sino también anécdotas felices del pasado. Se complementaban, y todo se desarrollaba de manera muy orgánica. El sexo era ardiente, claro que lo era, y Cassidy aprovechaba cada instante, pero había mucho más que eso entre los dos. El amor que vibraba por los poros se expandía en oleadas que convertían sus momentos juntos, fuera o dentro de casa, en instantes especiales e inolvidables. Estaban rescribiendo la historia de su relación en una nueva

página.

En la oficina, Becca se mostró comprensiva por la situación, y aceptó la orden de Dereck de asignar a Cassidy a otros proyectos que no tuvieran que ver con él de forma directa. Los paparazzi estaban apostados en las afueras de TS2, pero era una gran ventaja que hubiera salida alterna para los automóviles del staff. Los medios locales no dejaron de sacar los titulares que podían para fastidiar e iban acompañados de las pocas fotografías, en pésimos ángulos, que lograban obtener de Cass y Dereck.

El soltero de oro de Nueva York ¡ya no lo es más! Alerta, Manhattan.

Dereck Toussaint esconde su nuevo amor, ¿quién es Cassidy Ashford?

Socialité de Connecticut es la nueva pareja de Dereck Toussaint.

¡Un romance de oficina en toda regla! Dereck Toussaint, mujeriego incorregible.

*Dereck Toussaint es visto con una mujer entrando a un elegante restaurante,
¿amor o affaire?*

Cassidy se sintió mortificada, pero no podía hacer nada al respecto. Así que procuraba enfocarse en el trabajo. Menos mal sus compañeros de oficina en ningún momento la hicieron sentir incómoda. ¿Habría hecho Dereck alguna amenaza? No dudaba de que era una posibilidad.

—No estoy segura de que pueda hacer esto —murmuró Cassidy cuando Dereck aparcó el Tesla en el exterior de la mansión Ashford, en New Haven.

Ella, después de varias semanas, había accedido a la petición de Lauren de asistir a la fiesta de nombramiento de dos nuevos socios de la firma de abogados Ashford & Asociados. El evento tenía como punto principal festejar los cuarenta años de vida profesional de su padre, Byron, así que estaban invitados muchísimos conocidos que, por supuesto, a Cassidy no le hacía ninguna ilusión saludar.

Cuando le pidió a Dereck que la acompañara para darle soporte moral, a pesar de la carga laboral que él tenía y todos los líos que estaba resolviéndole a Ryder debido a las locuras de la exesposa de él, en ningún momento dudó en aceptar. Ahora, estando frente a la casa en la que vivió tantos años, viendo las luces encendidas, así como todos los lujosos automóviles aparcados en la calle, se sentía acobardada. Esto último era algo muy impropio en ella, y la enfadaba consigo mismo el hecho de que la tirante relación con su padre continuara afectándola, al igual que los recuerdos que le traía regresar a la ciudad en la que había experimentado situaciones conflictivas.

—Solo estaremos un rato, y volveremos al hotel muy pronto. Sé que tu mamá es alguien importante para ti, a pesar de lo que me has contado del matrimonio de tus padres, así que piensa que lo haces por ella. Al final ha sido así, ¿verdad?

La casa era una preciosidad. Cuatro gigantescas habitaciones, tres baños, un patio trasero perfecto para hacer fiestas y un lago artificial, completaban el cuadro en una edificación con arquitectura de los años 60's, pero un interior que rebosaba modernidad. La mansión de los

padres de Cassidy estaba ubicada en uno de los barrios más acomodados de New Haven, Prospect Hill, en la calle Saint Ronan.

—Sí —murmuró de mala gana—, lo hago por ella, pero... Detesto sentir esta obligación de regresar a casa cuando en verdad debería ser algo natural y agradable.

Dereck era muy astuto, y como abogado tenía que aprender a leer el lenguaje no verbal de las personas para sacar ciertas pistas. Sabía que Cassidy estaba ocultando algo, y no podía catalogar con exactitud si la emoción era culpabilidad o tristeza.

—Cass —dijo él, mientras se quitaba el cinturón de seguridad, luego hacía lo mismo con el de ella, para finalmente apagar el motor del coche—, ¿a qué le temes tanto? Son solo tus padres, y si esa gente no te agrada, pues nos quedaremos poco tiempo, lo prometo. Entiendo que Byron no es el mejor papá de mundo, pero es el que tienes. Míralo desde mi punto de vista: jamás conocí al mío, y aunque hubiera descubierto que era un imbécil, al menos sabría quién era e intentaría no imitarlo.

Ella apartó el rostro de la ventana para mirarlo.

Estaba guapísimo con su esmoquin negro, el cabello peinado hacia atrás. El día anterior se había afeitado, y no podía ser más atractivo si lo quisiera. Sin embargo, para Cassidy era esa endemoniada colonia, tan exquisitamente masculina, y la forma en que conducía con el lujoso reloj en la mano izquierda, lo que la fascinaba. ¿Un fetiche personal? Sí, ella lo denominaba porno de oficina y porno al conducir.

Cassidy había optado por un vestido en tono palo rosa, strapless, y que le llegaba a los pies con una caída sutil. Se trataba de una prenda atrevida por la forma en que abrazaba sus curvas, pero esa noche su ropa era una armadura, y su protección emocional estaba a su lado en forma de un guapísimo abogado que, además, la quería. Después de tantos años, tener una segunda oportunidad con alguien que jamás dejó su mente ni su corazón, le parecía irreal, pero también una forma de aceptar y redimir sus propios errores. En una relación existían dos personas, y a pesar de que en última instancia era una parte la que llevaba más peso, las dos contribuían al éxito o al fracaso.

—Es un buen punto —replicó ella—. No me gusta regresar a esta ciudad, menos quedarme un fin de semana. No es temor es... Una mezcla de muchas cosas. No sé cuáles son los invitados a esta fiesta, y llevo años sin verlos —murmuró a modo de explicación. Una media verdad. «¿Quién es la mentirosa ahora?».

Dereck la contempló un instante.

—Al menos aquí no te persiguen los paparazzi, ¿no te parece? —preguntó inclinándose hacia ella.

Cassidy esbozó una sonrisa, y aceptó con deseo el beso de Dereck. Su cuerpo empezó a despertar por completo de una forma distinta, como solía ocurrirle con él, y todas las preocupaciones empezaron a desvanecerse, gimió contra su boca.

—Si continúo, no me detendré, entonces llegarás con el vestido arrugado y el cabello no caerá en ondas, sino que será un nido de pájaros —dijo Dereck apartándose con una sonrisa. Ella se rio—. En Nueva York no hubo tanto agobio como creíamos, pero tampoco vamos a descuidarnos. Aquí podemos relajarnos; no hay riesgos.

Cassidy se mordió el labio inferior, porque sí que existían riesgos de que alguien hiciera un comentario sobre Ferran. Le aterraba la sola idea y que Dereck se sintiera incómodo, en especial después de todos esos días leyendo las chorradas que escribían de él. Que la prensa, años atrás, hubiera echado polvo sobre el accidente, no dejaba de implicar que sí hubo gente que se enteró

de lo ocurrido en New Haven.

—Mmm...

—Cass, ¿qué es lo que no me estás contando? —preguntó él.

Ella fue a responder, pero alguien le tocó el vidrio; elevó la mirada para encontrarse con Leonard, el mayordomo que llevaba trabajando para los Ashford desde hacía unos veinte años. Con una sonrisa, ella bajó el vidrio.

—¡Leonard! —exclamó ella—. Que me hayas encontrado es una novedad.

—Buenas noches, señorita Ashford, su madre —carraspeó y señaló con discreción la ventana del piso superior—, me ha dicho que me acerque a decirle que lleva demasiado tiempo sentada en el automóvil. Que es de mal gusto, porque hay invitados que están llegando todavía y usted es la hija de los anfitriones.

Cassidy se echó a reír. No entendía si es que su madre tenía visión de águila o si acaso ya había aprendido a manejar las cámaras de seguridad que estaban en casa.

—Solo mi madre —dijo meneando la cabeza.

—La cámara de seguridad apunta justo aquí —dijo Leonard en tono de disculpa, señalando la pequeña cámara, apenas visible.

—Ya veo. —Dereck se bajó, rodeó el automóvil, estrechó la mano de Leonard, y procedió a abrirle la puerta a Cass—. Gracias —dijo ella mirando a su novio.

Dereck la rodeó de la cintura, y le extendió la mano al mayordomo.

—Buenas noches soy Dereck Toussaint.

—Señor Toussaint —dijo Leonard con una inclinación de cabeza—, bienvenido. Por favor, acompáñenme a la casa —expresó mirando a ambos jóvenes.

La música instrumental los recibió, aunque los invitados no repararon demasiado en ellos para alivio de Cassidy. Se mezclaron entre la gente. Después se dirigieron al patio trasero en el que estaba la banda de música, la comida, y todas las mesas decoradas con sus respectivas sillas.

—Más tarde quizá puedas mostrarme tu habitación de adolescente, nunca vinimos aquí en la universidad —dijo Dereck, acariciándole el brazo desnudo.

Durante esos últimos días, él no solo tuvo que trabajar en temas corporativos de TS2, sino también armar un plan de negocios para lograr llevar con eficiencia la oficina de San Diego, sin ningún socio. Esto último implicó desistir de trabajar la ruta hacia Australia, porque no era idiota para intentar abarcar más de lo que su capacidad mental podía. Sus viajes a California probablemente se incrementarían, y necesitaba hacer una reestructuración en su naviera. Quizá dentro de unos meses retomaría su idea de tener un socio para que alivie la carga del manejo de DT Enterprises, y así reconsiderar la apertura de nuevas rutas comerciales.

Entre sortear las demandas de trabajo de su hermano, que parecía haber regresado de Oriente Medio como si hubiera recibido un trasplante de cerebro, y su vida personal, apenas tenía tiempo de finiquitar un asunto que llevaba semanas tratando de corregir. Dereck se había puesto en contacto con un abogado que, desde sus años de universidad, trabajaba en Ashford & Asociados, se llamaba Martin Rhode, y era quien había redactado el contrato para Byron, y por el cual Dereck no podía romper el acuerdo de confidencialidad para sincerarse con Cassidy.

Martin le aseguró que necesitaba un poco más de tiempo para trabajar en esos detalles de contrato, porque en la compañía estaban llevando un caso grande de arbitraje internacional, y el contrato ya databa de algunos años. Dereck podría contravenir la cláusula de confidencialidad del acuerdo, por supuesto, pero conocía la naturaleza revanchista de Byron, y este hallaría la manera de cobrarle un alto precio. Lo anterior se traduciría en aplicarle una sanción económica

que sumaría todos los intereses, desde que se firmó el contrato, por incumplimiento.

Dereck necesitaba ser cauteloso.

Ya con la crisis que estaba atravesando Ryder con su actual pareja, Julianne Clarence, además de la llegada súbita de la desquiciada de la exesposa de Ryder, Prudence, y aparte las dificultades mediática desatada a raíz de su relación con Cassidy, Dereck no quería tener más asuntos que agregar a su portafolio personal. Así que no tenía otra solución que esperar la ayuda de Martin. Intentaba mostrarse desenfadado con Cassidy, pero ocultarle el motivo por el que había sido contratada en TS2 le pesaba en su conciencia cada día más.

—¿Es esa una propuesta indecente? —le preguntó ella, mirándolo.

Dereck soltó una carcajada, y le hizo un guiño, antes de besarle la mejilla. No era dado a mostrar afecto en público, pero no podía tampoco mantener las manos apartadas de ella. Se había convertido en un adicto a su cuerpo.

—Hija, viniste al fin —dijo la inconfundible voz de Byron Ashford, detrás de ellos, interrumpiendo. Los dos jóvenes se giraron—. Tantos meses sin hablarnos.

Cassidy esbozó una sonrisa que no tenía nada de alegría, mientras apretaba los dedos de Dereck que estaba entrelazados con los suyos.

—Sí, papá, digamos que es una visita breve —replicó con indiferencia—. Y deberías, como siempre, agradecerle a mamá que haya sido tan insistente. Además, si no nos hemos hablado en tanto tiempo no ha sido por mi culpa.

—Hola, Byron, bonita fiesta. Felicidades por tus cuarenta años de abogado —interrompió Dereck porque sentía la tensión de Cassidy a su lado.

—Dereck Toussaint de regreso, bienvenido —sonrió Byron. Los años no habían sido benévolos con su figura, ahora más redondeada, y también estaba perdiendo el cabello—. Creía que los cotilleos eran falsos. Segundas oportunidades, ¿eh? —preguntó, mirándolos, mientras daba un trago a su vaso de licor.

—Unas personas se las merecen, papá, otras, no —dijo Cassidy. No quería continuar ahí, por Dios—. En todo caso, espero que tengas una gran fiesta, y que los dos socios nuevos sean los idóneos para seguir aumentando el prestigio de tu firma.

Byron giró el contenido del whiskey en su vaso.

—Soy tu padre, Cassidy, pero también humano —dijo en tono quedo.

—¿Es esa una disculpa? —preguntó ella.

—He hecho más por ti de lo que crees, sino, ¿por qué no se lo preguntas a Dereck? —dijo, impasible, y Cassidy frunció el ceño con desconcierto por el comentario—. En todo caso, procura quedarte hasta el brindis, y la fotografía.

Dereck sintió rabia por la alusión Byron, pero se mantuvo en silencio.

—Por supuesto, la fotografía —dijo ella de mala gana.

—Nos vemos al rato, hija —comentó Byron, y después miró a Dereck—: Me alegra verte por aquí, muchacho.

Cassidy contó mentalmente hasta diez, mientras observaba a su padre derrochar su falso encanto al saludar y recibir felicitaciones de todos.

Al cabo de un momento, Lauren llegó hasta su hija, la abrazó, conversó de banalidades. Cuando Cassidy le presentó a Dereck, Lauren se mostró amable y encantadora; la mujer era versada en mantener una vida social exitosa, así que no le costó nada sacarle una sonrisa al novio de su hija, además de hacerlo sentir aceptado en el entorno. Lauren Ashford era lo opuesto de su esposo, y la hija de ambos continuaba ignorando en qué sitio había dejado la autoestima su

madre para divorciarse de un hombre que le había sido infiel tantas veces, para luego volver a casarse con él. La ecuación era, simplemente, estúpida.

Después de hablar con Lauren, Cassidy se encontró con viejos amigos de la universidad, que sí terminaron la carrera de leyes y que conocían a Dereck. Las conversaciones giraron en torno a casos legales de dominio público, hubo anécdotas de Yale. Por un rato, ella se entretuvo y recordó sus tiempos en la universidad, cuando conoció a Aaron, las idioteces que hacían cuando iban de fiesta, así como también lo mucho que trabajó ella para sentirse útil por quién era como persona, más no por su apellido. A medida que avanzaban las horas, después de haber comido, incluso bailado con Dereck un par de canciones (sintiéndose a gusto y feliz entre sus brazos), las ganas de Cassidy de largarse no disminuyeron, sino lo contrario. Ella ya no estaba en edad de continuar apoyando esa clase de charadas familiares, y ahí radicaba su fastidio y enfado principal. Sin embargo, una vez más, lo hacía por su madre.

«¿A qué horas iban a hacer la condenada foto?».

Cassidy agarró la mano de Dereck, y lo guio hasta el lugar en el que estaban sirviendo las bebidas. El bar, dispuesto especialmente para esa ocasión, tenía tres barman atendiendo, y tenía toda clase de licores. Costosos y únicos.

La perspectiva de emborracharse era muy apetecible para Cassidy. Claro, no podría hacerlo, porque crear una escena bochornosa afectaría a su madre.

—La relación con tu padre es un poco tirante... ¿Siempre ha sido así, cariño?

—Desde que empezó a querer marcar el rumbo de mi vida, y pretendía que yo siguiera al pie de la letra sus decisiones. Luego el tema de mi carrera...

—Dio a entender que no ha sabido de ti en un largo tiempo, ¿por Thiago? —preguntó Dereck al cabo de un rato, acariciándole la espalda a Cassidy.

El tono de las luces, combinadas con la decoración, creaban un ambiente muy cálido, pero contrastaba con el estado de ánimo de Cassidy.

Ella giró con un popote el contenido del coctel, y luego bebió el contenido.

—Sí, va más de uno o dos años, no recuerdo con exactitud. No me apetece tener contacto con alguien que debió estar de mi lado, pero prefirió su prestigio social antes que crearle a su única hija.

—Lo siento, mi vida —murmuró Dereck.

—Es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros—. No soy perfecta tampoco. Quiero ir a la mesita que está cerca del lago —comentó señalando el área en la que estaban un par de mesas, pero sin muchos ocupantes, porque la mayoría estaba bailando, conversando en grupos o bebiendo alrededor. Nadie pretendía quedarse sentado—. Hay menos gente allá. No me apetece continuar siendo sociable, al menos hasta que tenga que fingir una sonrisa para la fotografía que saldrá en la prensa —meneó la cabeza—, y seguro repercutirá asociándola a nuestra relación.

—Me siento orgulloso de que seas mi novia, Cass —dijo él con dulzura—. No me importa que nos vean juntos, lo que no me gusta de ese detalle es que se metan en tu vida privada o generen titulares falsos o desacrediten mi compañía.

—Lo sé, porque es igual para mí, me siento feliz de estar contigo —murmuró.

—Venga, cariño, vamos —dijo él.

Llegaron hasta el área donde estaba un frondoso árbol, decorado con lucecillas, y que cobijaba dos mesas. Una de ellas estaba vacía, y en la otra había un grupo de personas que charlaban entre risas. Estaban lo suficientemente lejos para no interrumpir a Cassidy ni a Dereck. Esta última agradeció que no la hubiera reconocido, aunque seguro iba a cambiar nada más el

ostentoso de su padre agarrase un micrófono para anunciar la foto especial, la llamaría para acercarse, al igual que a su madre, y tendría que fingir que todo era felicidad.

Dereck notó que Martin Rhode estaba en la fiesta, y de inmediato quiso acercarse a hablarle. Por ahora no podía dejar sola a Cassidy, porque entendía que estaba frustrada. Aquella era la primera ocasión que la notaba tan contrariada.

—Cariño, debe haber algo más que solo esta relación tirante con tu padre para que rechaces tanto New Haven, háblame —expresó, mirándola a los ojos.

Ella lo miró con tristeza, y Dereck le acarició la mejilla.

—Alguna vez te conté que había ciertos espacios en blanco, y que era preciso llenar sobre mí —dijo, mientras jugueteaba con el dije en forma de pirámide que pendía de su cadena de oro blanco—, me explicaste que podía hacerlo a mi tiempo.

Dereck notó la expresión atormentada, casi culpable, de Cassidy. No le gustaba verla así en absoluto. No podía tomarla en brazos y sentarla en regazo, así que se limitó a entrelazar los dedos con los de ella. La música de la fiesta se escuchaba con fuerza, pero en el área en la que ellos se hallaban, quizá gracias a las hojas y ramas densas del árbol, se disipaba un poco el sonido.

—Si, mi vida, pero no me gusta verte tan contrariada. La verdad es que cualquier momento es bueno si quieres hablarlo, ¿es eso lo que quisieras hacer ahora?

Cassidy no quería más guardar esa culpa, no podía seguirle ocultando su secreto a Dereck. Solo esperaba que al abrir por completo la última parte de sus miedos e inseguridades, le dejara claro a él lo mucho que significaba en su vida, lo mucho que lo quería, y la necesidad de que siempre fuesen honestos el uno con el otro. Después de que él le hubiera confesado su terrible experiencia con el secuestro, Cassidy se sentía infame al continuar guardando silencio. No podía más, y quizá estar en ese entorno, en esa ciudad, había detonado su último resquicio de resistencia.

—No precisamente, pero es algo que tengo que sacarlo de aquí —dijo señalando su sien, y luego hizo el mismo gesto con su corazón—. Además, si estoy rodeada de gente, existen menos probabilidades que pueda llorar o que tú te echas a correr ante mi relato —dijo esto último con humor negro.

Dereck hizo una negación.

—Lo que sea que haya ocurrido voy a seguirte queriendo siempre. Así como yo confío en ti, tú puedes confiar en mí, ¿lo sabes bien, cierto?

Ella elevó la mirada y chocó con la intensidad de los ojos azules. Estaba nerviosa, y el corazón le latía con fuerza. Llevaba años sin hablar de Ferran, *años*.

—La confianza no tiene nada que ver... —susurró.

Dereck sintió una opresión en el pecho. ¿Qué carajos había ocurrido para que un solo recuerdo la pusiera en ese estado tan impropio de su usual descarado y sensual sonrisa? Ella era todo, menos tristeza. Gruñona, terca, sexy, inteligente, descarada, con un gran corazón, sensible, pero no triste, eso no.

—Hagamos un trato. Tú me hablas de ese espacio en blanco, y yo te hablo de otro, y así ambos quedamos libres de cualquier peso que llevemos —propuso él.

Si ella estaba dispuesta a hablar abiertamente de lo que sea que estaba carcomiéndole las entrañas, entonces a Dereck le importaba un bledo el contrato. Una vez que Cassidy supiera que trabajaba en TS2, cortesía de Byron y sus argucias, iría a reclamarle a su padre, y Byron se enteraría que se había incumplido la principal cláusula del contrato. No sería un panorama bonito

el desenlace, pero en ese instante Dereck se sintió egoísta. No le importaban Ryder y sus líos o los suyos propios, menos si Byron lo demandaba. Solo quería dejar ese lastre que pesaba como una silenciosa sentencia entre él y Cassidy. Eso terminaba esa misma noche. No más secretos.

CAPÍTULO 19

Durante veinte minutos, sin parar, Cassidy habló y habló de Ferran. Le relató a Dereck, en un tono monótono, pero lleno de aprehensión, el modo en que ella y Ferran se conocieron, el motivo por el cual lo eligió de entre los varios pretendientes que ella tenía, así como el curso de su relación hasta el día de la fiesta. Obvió, porque no quería lastimar a Dereck, los detalles sexuales o eventos vinculados a esa clase de información. Le expresó la culpa que sentía por no haber sido capaz de hacer más por Ferran. Se le quebró la voz cuando mencionó el proceso legal y el juicio, tan dolorosos, en especial al tener que revivir, una y otra vez, el episodio de la carretera.

Le comentó sobre lo difícil que fue escuchar cómo los supuestos testigos, que habían sido amigos de ambos, en especial Gastón, pretendieron inculparla. El proceso de duelo, y los meses que pasó atormentada ante la posibilidad de que la prensa la acribillara. No se cortó al hablarle de cómo Byron había jugado un rol importante en hundir cualquier posibilidad de que los medios de comunicación replicaran la información del juicio o la pusieran en la palestra pública. Le aseguró que ese apoyo era el único bueno que recordaba de entre tantas idioteces que solía hacer su padre.

También le habló de la compensación económica millonaria que recibieron de Byron los hermanos de Ferran a modo de becas académicas para cuando estudiaran la universidad, además de un fondo de jubilación de dos millones de dólares para la madre de su exnovio. El padre de Ferran, por sus negocios clandestinos, prefirió continuar su rumbo sin meterse demasiado en esos acuerdos, pero fue el que instó a su mujer para mantener la boca cerrada después del dictámen del juez.

—Oh, Cass, siento tanto lo que viviste —murmuró él, consternado por lo que acababa de escuchar. Le tomó las manos entre las suyas, y le besó los nudillos—. Ahora comprendo tantas cosas, mi vida —dijo con empatía—. ¿Es por eso que prefieres siempre estar lejos del foco de atención?

—Sí... —susurró—. Temía que alguien pudiera encontrar las primeras notas que salieron en la prensa, que se publicaron antes de que mi padre y sus amigos influyentes interviniesen, y así los medios quisieran tratar de dañarte por mi culpa. Aunque estaba feliz disfrutando mi trabajo, los viajes contigo, así como el tiempo que empezamos a pasar juntos, sentía que esto era una bomba de tiempo —no dejó de mirarlo a los ojos, y agregó—: Tal vez todavía siga siéndolo.

Quizá ella no era capaz de notarlo, pero a juicio de Dereck, Cassidy había sido valiente, a pesar del dolor y la incertidumbre, porque no se dejó vencer e intentó ponerse en pie; intentó salvar a Ferran, aunque no hubiera sido posible ya hacer nada por él. Ella tuvo los ovarios bien puestos para salir del automóvil, llamar y pedir ayuda, y soportar todo el proceso de duelo, luego el juicio, y aún así, estar en pie, seguir con su vida, esforzarse para abrirse campo en su profesión y labrarse una reputación. Dereck lo había comprendido a cabalidad, pero ya era suficiente que ella continuase machacándose. Ella necesitaba ser libre de ese lastre.

En la vida existían situaciones que, sin importar cuánta ayuda recibieses, jamás lograban salir de ti a menos que tuvieses la fortaleza de mirarte al espejo y decir “no más”. Ya era momento de que Cassidy dejara de lado la pesada carga que había llevado a costas por años. Si ella no podía darse cuenta, entonces ese era el momento de que alguien se lo dejara claro. Ese “alguien” era

Dereck.

—Cariño —dijo acariciándole la mejilla, le daba igual quién lo mirase, aunque procuraba mantener el tono de voz bajo porque ese era un tema que solo les incumbía a ellos dos—, has estado tan preocupada de lo que otros podrían decir de ti, incluso desde antes de que volviésemos a encontrarnos, que no has sido capaz de mirarte al espejo y entender algo sumamente importante...

—No quiero que tu imagen pública se vea afectada por mi pasado. Los periodistas son muy listos, y si quieren sacar mis “trapos sucios” en la palestra pública, entonces lo harán. Culpable o no de lo ocurrido con Ferran —interrumpió en un susurro que guardaba temor y preocupación—. Ya han tardado, pero sé que algo hallarán. De hecho, Dereck, ahora es el momento en que deberías salir corriendo.

Dereck podía percibir la incertidumbre en su voz.

—Cassidy, te amo, y puedes lanzar la próxima bomba atómica, que yo seguiré a tu lado. ¿Lo comprendes? Solo los cobardes huyen, y yo pienso quedarme contigo, salvo que digas lo contrario, y, aún así, intentaré convencerte para cambiar de opinión.

Cassidy meneó la cabeza, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. No sabía quién era este hombre tan maravilloso que estaba hablando con ella, pero sí tenía la certeza de que no quería que nada opacara esa felicidad que, después de tanto tiempo, sentía que merecía disfrutar.

—Quédate conmigo, entonces... —susurró mirándolo, y apoyando su frente contra la de él—, porque te amo, y no quiero que te marches. Bomba atómica o no.

Dereck soltó una carcajada, y la abrazó con fuerza. Jamás daría por sentado el amor de esa mujer, ni tampoco su tiempo juntos.

—Cassidy —dijo al cabo de un instante, apartándose para mirarla—, hay algo importante que no te has permitido en todos estos años. Quiero que dejar clara esa idea contigo, antes que nada. —Ella ladeó la cabeza, escuchándolo—. Y es dejar ir la culpa, porque no tienes ninguna. Por si no te has dado cuenta, te refieres a lo vivido con Ferran como un “accidente”, y a menos que pertenecieras al universo Marvel, no habrías podido cambiar las circunstancias esa noche. De hecho, me parece que arriesgaste tu propia vida para intentar detener a tu ex. ¿Me culpaste tú de mi secuestro? —Ella negó—. ¿Entonces, por qué insiste en culparte de un accidente? Si la prensa quiere publicar algo, que lo haga. Da igual. No puedes darle el poder a esos idiotas de controlar tu vida, menos permitir que el miedo de la opinión de terceros te impida vivir con la libertad que deseas y mereces. En nuestro caso estamos contratando guardaespaldas o siendo discretos, pero no se trata de encondernos, sino de proteger nuestra privacidad a toda costa. Es diferente. ¿Comprendes todo esto?

Cassidy asimiló esas palabras, y cerró los ojos brevemente.

—¿En qué momento te volviste tan sabio? —preguntó con un nudo de emoción en la garganta, porque esas palabras de Dereck cerraban con amor un episodio que, durante años, la había mantenido inquieta y asustada.

—Cuando dejé de lado mi estupidez y tuve el honor de que fueras mía de nuevo —replicó besándola con suavidad—. Además, ¿sabes quién me enseñó que la mejor defensa mediática es anticiparse al otro? —Ella se rio, y negó de forma juguetona—. Una relacionista pública muy sexy. Así que, Cass, puedes relatar tu historia con Ferran, cuando estés lista, y darle un giro diferente. No como una víctima, sino como una mujer que salió más fortalecida de un accidente brutal.

Cassidy esbozó poco a poco una sonrisa brillante. Asintió. Súbitamente se sentía eufórica,

llena de una renovada esperanza, y al respirar lo hacía sin remordimiento porque Ferran ya no podía hacerlo.

A veces, el tiempo ayudaba a sanar, a veces, a ahondar el dolor cuando este se convertía en culpa. Sin embargo, una vez abierta la vía hacia la calma, como ahora, ella no volvería a mirar su pasado igual. No quería eso para su vida. Solo hizo falta la palabra de una persona que tocara su corazón como ninguna otra, que la mirara completa y la comprendiese, para dejar sus compuertas de libertad expandidas.

—Quizá deba cobrarle un porcentaje adicional a tu compañía —replicó. Sus hombros se sentían menos tensos. Años de incertidumbre y culpa, y semanas de temor por Dereck y la prensa, se habían disipado—, ahora que me he dado cuenta que estás aprendiendo de mí, ¡gratis!

Él soltó una carcajada.

—Cuando lleguemos al hotel, y tengamos más privacidad, quiero que escuches algo importante que tengo que confesarte —dijo Dereck, mientras extendía la mano para ir a la pista de baile—. Necesito que lo hagas sin contrariarte, porque debo anticiparte que nada fue intencional o premeditado de mi parte.

Ella frunció el ceño, pero él le acarició el ceño para que se relajara.

—¿Debería preocuparme? —preguntó, al tiempo que empezaban a moverse al compás de Ed Sheeran, y su canción *Photograph*.

—Solo si no confías en mí —replicó él, apretando la mandíbula, porque sabía que incluso si lo hablaba frontalmente, la verdad de ese jodido contrato iba a herirla. Esperaba que no volviera a cerrarle la puerta en las narices, y apreciara el hecho de que estaba abriéndose por completo y sin importarle las consecuencias legales, ni tampoco las repercusiones para su compañía a nivel económico. Claro, era un jodido billonario, pero no por eso le agradaba ejecutar movidas imbéciles para perder dinero.

Cassidy se movió entre los brazos de Dereck, feliz. No le importaba nada. Solo sentía la euforia de disfrutar la vida. «No más miedo ni culpa», pensó con alivio.

—Lo hago. Confío en ti —murmuró y apoyó la cabeza sobre el hombro de él.

—Me alegra escucharlo —replicó Dereck, antes de girar con ella en brazos sobre la pista de baile que habían instalado los anfitriones para la ocasión.

Al cabo de cuarenta minutos, Byron Ashford, y su elegante esposa, pidieron que la música cesara. Cassidy compuso una sonrisa falsa para unirse a ellos, mientras Dereck se quedaba entre los invitados, observándola. Le hizo un guiño, y ella se rio. Por supuesto, su sonrojo no tardó en aparecer para complacencia personal de Dereck.

El cielo les ofrecía un aspecto sin nubes por lo que se podían apreciar algunas constelaciones, cuyas estrellas tilitaban con tenue insistencia. A pesar del cambiante clima, los calentadores externos ubicados estratégicamente en el patio creaban una temperatura templada y agradable. No se había escatimado ningún gasto en esa fiesta.

Los Ashford eran conocidos por sus fastuosos eventos, poco frecuentes, además de que, en la ciudad, los círculos sociales de aquellos que eran influyentes y exitosos solían mantenerse en contacto. No era usual que se abrieran a nuevos integrantes, pero Byron era un estratega y sabía que, a mayor cantidad de personas en su lista de conocidos, mayor era el alcance de sus posibilidades de obtener clientes, así como información para desarrollar su profesión. En cualquier carrera, la información era un bien muy valorado.

Dereck escuchó con aburrimiento la larga introducción que hacía Byron de los dos nuevos abogados que se unían a la junta de los socios. Byron seguía siendo el socio mayoritario.

Mientras todos escuchaban, Dereck continuaba ignorando el teléfono que le vibraba en el bolsillo interior de la chaqueta del esmoquin. Sabía de quién se trataba, pero en esos instantes no tenía intención de atender. Si hubiera sido su hermano, entonces habría respondido, pero no era él.

No quería distracciones. Entendía que era indispensable calcular bien las palabras que le diría a Cassidy más tarde. Llevaba un rato ensayando en la cabeza cómo anunciarle las circunstancias que desembocaron en un contrato fabuloso de trabajo en calidad de relacionista pública para TS2.

—¿Disfrutando la fiesta? —preguntó Martin Rhode, acercándose y sacando de sus pensamientos a Dereck.

—Hombre, qué bien que estás aquí —dijo estrechando la mano de su colega. Martin tenía casi sesenta años, un profesional muy respetado y con gran conocimiento—. Ya sabes que las fiestas son lo mío —comentó riéndose en voz baja. A pesar de la música baja, los murmullos se hacían escuchar, tenues, alrededor.

Byron seguía hablando, ajeno al hecho de que Cassidy solo estaba pretendiendo interés, aunque Lauren sí que sonreía como si esa noche fuese una de las más entretenidas de su vida. «Qué aburrido debía ser ejercer de anfitrión en un evento que no era ni para tu beneficio ni celebración personal», pensó Dereck con asombro. Estaba convencido de que su madre, Edith, los habría mandado a la mierda a todos y se habría largado nada más notar la tensión en el ambiente. Quizá parte de esa personalidad muy francesa la había adquirido Dereck.

—Conocí a Cassidy hace muchos años, incluso antes de que tú llegaras a la firma legal, y siempre fue una jovencita encantadora. Mucho talento para la abogacía, aunque entiendo que ahora trabaja como relacionista pública, ¿para ti, no?

—Sí —replicó sonriendo—. Martin, revisa esa cláusula de confidencialidad. Sé que hay algo que puede modificarse para blindarme de una demanda.

Dereck pensaba decirle a Cassidy la verdad esa noche. Le daba igual el contrato, claro, pero con Martin buscando una brecha, a través de la cual pudiera salir indemne legalmente, sería mucho mejor. Lo único que necesitaba hacer Dereck era ganar tiempo, y pedirle a Cassidy que se abstuviese de reclamarle a Byron por haber manipulado situaciones e intervenir de nuevo en su vida. Si, después de que Martin hubiera encontrado una puerta que impidiese líos legales para Dereck a nivel personal y sin salpicar a TS2, Cassidy quería echar abajo la puerta de la oficina de su padre, entonces a Dereck le daba lo mismo. Lo importante era cubrir todos los frentes, y tratar de finiquitar los detalles antes de tiempo. Anticiparse, siempre.

—Debe existir una vía, sí. Dame un par de días más y lo resuelvo.

Dereck tan solo asintió. No quería presionar demasiado, porque sabía que Martin haría su parte. Se trataba de un abogado honorable, y su gestión no perjudicaría en nada a Ashford & Asociados, porque no existía ninguna deuda financiera. A Dereck le jodía el hecho de que, por una simple palabra o frase, los asuntos legales terminasen siempre en un embrollo. Como en esta ocasión.

Los dos socios nuevos, empezaron a dar un breve discurso cada uno agradeciendo la oportunidad por el nombramiento en la compañía. Los aplausos no se hicieron esperar, tampoco las fotografías. Byron volvió a tomar el micrófono.

—Esta ocasión, además del progreso de mi compañía y mis cuarenta años como abogado, quiero aprovecharla para agradecerle a mi hija, Cassidy —la miró con una sonrisa—, por haber hecho el viaje desde Manhattan.

Todos aplaudieron.

Desde donde se encontraba, manos en los bolsillos, Dereck conectó con la mirada de Cassidy. Ella le dedicó una sonrisa secreta. La gente podría pensar que estaba contenta del comentario de su padre, pero Dereck sabía de qué iba esa expresión de satisfacción. Ahora, ambos conocían la sensación de calma después de confesar sus sombras a la persona que querían.

La sombra jamás podría anular la luz.

—Ashford & Asociados es una familia tan importante para mí como lo es aquella formada por mi esposa, y mi única hija. En la familia siempre procuramos el bienestar del otro, el ascenso, el progreso. Velamos, aún a la distancia, por los nuestros, y es eso lo que siempre he buscado.

Una nueva ola de aplausos. «Lameculos», pensó Dereck.

—Antes de finalizar este discurso, y seguir con la fiesta —sonrió—, quisiera agradecer a Dereck Toussaint. —Todos se giraron para buscar hacia dónde se dirigía la mirada de Byron. Dereck odiaba esas mierdas, y no entendía el súbito comentario. Le habría gustado pasar desapercibido, en especial si consideraba que todos tenían teléfonos móviles, redes sociales, y estaban al tanto, de seguro que lo estaban, de su relación con Cassidy, gracias a los tabloides. Tan solo esbozó media sonrisa, mientras Cassidy murmuraba un “lo siento” a la distancia, y él le hacía un guiño a cambio—. Alguna vez, él formó parte de Ashford & Asociados. Empezó muy jovencito, y conserva uno de los valores de nuestra compañía: cumplir con las promesas que se hacen, y honrar los contratos.

—Papá, por Dios, a nadie le interesan esas boberías —farfulló Cassidy entre dientes—. Acaba con esto que no es una arena política.

—Cassidy, shhhh —dijo Lauren muy bajito, y solo para oídos de su hija.

—Dereck firmó un contrato años atrás, y cuando le tocó cumplir una de las condiciones semanas atrás, la ejecutó. Así que, por a eso, te agradezco el haber ejecutado la cláusula de nuestro contrato, ese favor a petición mía, y contratar a Cassidy en TS2. Aunque tampoco es que le hice un gran favor a mi hija, porque ella es una excelente profesional ¡imagínense si hubiera terminado su carrera de leyes! —dijo con una sonrisa, como si hubiera hecho el gran gesto de su vida. Miró a todos los presentes, elevando su copa—: Brindo por la palabra de honor de un abogado, la familia que siempre encuentra modos de ayuda a sus miembros, y por nuestros nuevos socios. Gracias por haber venido a esta fiesta, ¡a disfrutar, gente!

Dereck sintió la bilis llegándole a la garganta. La furia deslizándose en cada molécula de su cuerpo. A su lado, Martin lo observó con una expresión de sorpresa.

—Joder —dijo Martin—, esa no me la esperaba. Byron era el único que podía romper el contrato unilateralmente, pero no de este modo.

—No puedo demandarlo entonces —dijo Dereck, aguantando las ganas de sortear la distancia para soltarle un puñetazo al padre de Cassidy.

—No, Dereck, el punto de que yo mirase en el contrato era para librarte a ti de alguna manera sin recurrir a hablar con Byron, más no para analizar las formas en que él podría romper ese acuerdo, porque entonces sabría que estaba ayudándote, y no me apetecía entrar en esa clase de discusiones con él. Lo siento, muchacho.

—Yo también —murmuró Dereck, observando los cambios que se operaron en el rostro de Cassidy. Primero, shock; después, consternación, y luego, enfado.

Cassidy se quedó mirando a su padre como si hubiera hablado en japonés. Después miró a Dereck, que continuaba en el mismo sitio de pie, mientras alrededor todos empezaban a dispersarse y la música volvía con fuerza a retumbar en los parlantes. Al notar la expresión de

consternada culpa de él, Cassidy sintió que el piso de abría bajo sus pies. Quería salir corriendo de esa jodida fiesta.

Estuvo en lo más alto de la montaña rusa de emociones, y ahora estaba en caída libre. Su mundo empezaba a colapsar cuando hacía solo minutos, ella creía que podía tocar Saturno con los dedos. Cassidy no era capaz de moverse por voluntad propia, así que suponía que su cuerpo estaba actuando en piloto automático. Como una modelo a la que pagaban para pretender constante dicha y encantado, ella sonrió a la cámara. Recibió saludos de todas las personas que no se habían acercado las horas anteriores, y no tenía idea de cómo estaba haciendo todo ese show sin quebrarse.

Sentía la traición de Dereck golpeándola como una máquina demoledora. ¿Qué significaba eso de que la había contratado por petición de su padre? ¿En qué momento estuvieron esos dos en contacto? ¿Cómo se atrevía a ocultarle algo así? El dolor, ese horrendo dolor que le era conocido, empezó a abrirse paso en su pecho como una mancha negra sobre el agua más prístina.

Nada más sonreír a la última foto, y recibir el agradecimiento de su madre, Cassidy se agarró el bajo del vestido y empezó a salir del patio de la mansión. No tendría ningún problema en pagar un Uber hasta Manhattan. ¿La maleta que estaba en el hotel? Pues le importaba una mierda. Su licencia de conducir y la cartera la llevaba consigo, además del móvil, así que no tendría ningún problema.

—Cass, mi vida —dijo Dereck agarrándola del brazo—. Espera, por favor.

Ella estaba tan aturdida que no fue capaz de reaccionar. Se dejó guiar hasta una estancia en el interior de la casa. La sala de música notó cuando estuvo dentro. Él cerró la puerta, y como si creyera que ella podría escapar, se apoyó contra la madera. Guardó las manos en los bolsillos, y la observó con expresión de arrepentimiento.

—Dime que es mentira —susurró ella, mirándolo con los ojos, porque sabía cuál era la verdad y sentía contradicción entre querer la confirmación o no. Si no fuese porque estaba sentada en el sillón, no habría podido sostenerse en pie.

Dereck soltó el aire que estaba conteniendo.

—Nada me gustaría más que decirte eso, Cass.

Las lágrimas que Cassidy apenas había contenido en el patio, rodeada de toda esa gente que la saludaba y felicitaba por su empleo o por simplemente ser una Ashford, empezaron a rodar a borbotones por sus mejillas. Ella se las limpió de mala gana con el dorso de la mano. ¿Cómo había sido tan idiota?

—Después de que te abrí mi corazón, otra vez, me mentiste —dijo ella con la voz quebrada, temblando ligeramente—. ¿Por qué, Dereck? ¿Por qué? —gritó.

Dereck se apartó de la puerta, y se acercó a ella. Le rompía el corazón verla de esa manera. Apoyó ambas manos en los brazos del sillón para no darle oportunidad a dejarlo con la palabra en la boca o intentara reaccionar ignorándolo como hizo años atrás. El imbécil de Byron se había adelantado, sin saberlo, creando una estela de desengaño inmerecido en Cassidy.

—Porque estaba atado a un contrato con tu padre desde hace años —explicó. El teléfono empezó a vibrarle en el interior de la chaqueta. Volvió a ignorarlo—. Cuando empecé a trabajar le pedí un préstamo, eso lo sabes. —Ella hizo una mueca, porque insistió a su padre que no le diese el dinero a Dereck, y lo echara de la compañía, pero claro, Byron, una vez más, la ignoró—. Hasta que no lo terminé de pagar no pude salir de la compañía. Entre las cláusulas condicionales estaba hacerle un favor a Byron cuando él lo necesitara, y no tenía opción a preguntar al respecto sino solo cumplirlo para dar por terminado el acuerdo.

—Mi padre y sus favores. Tú y tus mentiras —farfulló apretando las manos. Le picaban las yemas de los dedos por abofetear a Dereck, pero se las aguantó.

—Me llamó hace semanas para decirme que el favor que pedía tenía que ver contigo —continuó—. Lo que menos esperaba era volver a verte, pero estaba atado de forma legal a ese acuerdo firmado nueve años atrás, Cass.

Él le acarició la mejilla, pero ella le apartó la mano. El rechazo le dolió a Dereck, aunque no lo demostró. Soltó una exhalación. Estaba tratando de ser razonable, porque su mentira esta vez no tenía motivos egoístas, sino legales.

—Sé que estás muy dolida, y crees que te he traicionado, pero no ha sido así.

—Por favor —expresó poniendo los ojos en blanco.

—Cariño —dijo con una paciencia que solo tenía con Cassidy—. Estos últimos días he tratado de que Martin Rhode encontrara una vía de librarme de la cláusula de confidencialidad para poder hablarlo contigo. No quería más secretos entre nosotros, porque sé lo mucho que nos han lastimado.

—Eres uno de los abogados más reputados de Manhattan.

—No soy omnipotente —replicó con sarcasmo—. Hoy, mientras Byron daba su discurso y ha soltado toda su fanfarria, Martin me afirmó que hallaría una manera de ayudarme más rápidamente, pero que el contrato se podía romper de forma unilateral, en este caso desde la oficina de tu padre. Y es lo que Byron acaba de hacer —meneó la cabeza—, e imagino que mañana aplicará alguna minucia legal para dejarlo en constancia. Al contratarte se acabó mi responsabilidad con él, sí, pero no me daba la capacidad de hablar libremente del contrato.

—El salario, las bonificaciones, las facilidades —dijo riéndose con ironía, meneó la cabeza—, vaya, y yo creía que se debía a mi capacidad profesional y reputación en el tiempo que llevaba ejerciendo. ¿Todo fue parte del acuerdo, no?

Dereck sintió una corriente fría recorriéndole la sangre.

—Sí. El contrato dura un año, y si después de ese tiempo quieres seguir trabajando en TS2, entonces es mi prerrogativa aceptarlo y ya no tendría nada que ver con tu padre. En este primer año, yo no puedo despedirte, pero tú puedes marcharte por cuenta propia —explicó con sinceridad—. Y tu hoja de vida no tenía ningún problema. Tus calificaciones profesionales son excelentes, además de que eres inteligente, recursiva e eficiente. —Ella hizo una mueca. «No necesitaba sus halagos».—. El único problema de todo esto fue que existió la intervención de tu padre, cuando se enteró del cierre de tu compañía, y quiso ayudarte a su modo supongo.

Dolía mirarlo en esos momentos. Cassidy contuvo la respiración para tratar de ralentizarla, porque estaba agitada. Quería tomar una decisión, pero el sentirse herida, y la rabia que experimentaba, no ayudaban a que su mente fuese un buen juez y pudiera pensar de manera clara. Los eventos del pasados y sus emociones se entremezclaban con lo vivido las últimas semanas, sumado a lo ocurrido esa noche.

—¿Por qué fingiste que no sabías el asunto de mi empresa cuando te lo conté en San Diego? —preguntó con resentimiento.

Dereck bien podía estar hablándole a una estatua de mármol. De repente toda la calidez compartida con Cassidy se había esfumado. Sus preciosos ojos verdes estaban cargados de hielo. Parecía tan remota e inalcanzable en un plano que no era físico, y eso golpeó de lleno en su pecho como un brutal mazazo.

—Si hubiera dicho todo lo que sabía, entonces habrías hecho preguntas, y yo habría roto el contrato. ¿Y cómo lo sabría tu padre? Pues porque tú de seguro habrías agarrado el teléfono para

llamarlo y reclamarle. —Cassidy en este punto específico no podía negarlo, porque era exactamente lo que ella hubiera hecho. Claro no iba a darle la razón a Dereck, así que se mantuvo callada—. No podía permitir que eso ocurriese sin que antes yo hubiera encontrado salidas alternativas y, a decir verdad, no creí que fuésemos a reencontrarnos de la manera en que lo hemos hecho.

—Entonces te pareció bien mentir, ¿no? —preguntó ella, porque se sentía idiota. Realmente se había engañado esas semanas creyendo que él fue sincero, y que lo que tenían era algo maravilloso porque al fin ninguna sombra del pasado estaba acechando. ¿Cómo fue tan boba? Ella solo había sido una pieza para un fin.

Dereck se pasó los dedos entre los cabellos, y se apartó de Cassidy. Empezó a caminar de un lado a otro sobre la alfombra. Al cabo de unos segundos volvió a detenerse frente a ella, y la observó con pesar.

—No, Cass, estaba tratando de salvaguardar un contrato e incluso consideré romperlo a pesar de las implicaciones legales, pero tu padre echó por tierra toda posibilidad al abrir su boca sin saber el lío que estaba generando —dijo señalándose a sí mismo, y luego a ella—. Además, ¿recuerdas que hace un rato te dije que quería hablarte de algo importante?

—Dices muchas cosas, Dereck —dijo con una mueca.

—Cariño —expresó de forma razonable—, te lo iba a decir hoy, y al hacerlo pretendía pedirte que, hasta que no resolviera el tema con Martin, no fueses a mencionarle nada al respecto a tu padre, porque sé cuán tirante es la relación que ambos tienen desde hace años, vamos tú misma me la has hecho saber. Cass, mira la situación con un ángulo menos emocional; intenta ser objetiva...

—¡Menos emocional, y objetiva! Por favor, qué descaro el tuyo —exclamó poniéndose en pie y empujándolo, él mantuvo el equilibrio sin problemas. La agarró de ambos brazos para apegarla a su cuerpo, ella se debatió, pero Dereck no cedió—. ¿Y si hubiera sido yo quien te mentía? —preguntó respirando trabajosamente.

—Estoy seguro de que habrías tenido buenos motivos para hacerlo —replicó muy cerca de la boca de ella, pero sin sucumbir, a duras penas, al deseo de besarla.

Los hombros de Cassidy se dejaron caer. Estaba también enfadada consigo misma, porque no solía ser tan emocional. Ese hombre, condenado y sensual hombre, ponía siempre del revés su vida. Dejó de luchar contra él.

—Estoy dolida, Dereck —murmuró apartando la mirada.

Él suavizó su agarre, acariciando los brazos femeninos, y luego la abrazó. Ella no le devolvió el gesto, y al cabo de un instante Dereck soltó un suspiro resignado.

—Cassidy, no lo hice con intención de lastimarte. Jamás consideré la posibilidad de volver a estar juntos, y cuando todo empezó a fluir de nuevo entre los dos traté de idear la forma de salir de este lío con tu padre —dijo apartándose un poco para mirarla a los ojos. Detestaba ese escenario porque era su mayor temor hecho realidad—. Mi vida, ¿puedes aceptar que estoy diciéndote la verdad?

Ella no era caprichosa, pero no podía cambiar el hecho de que la situación la hacía sentir insegura, instándola a cuestionar todas las palabras que él le había dicho, los momentos compartidos. Necesitaba procesar la información entre los dos. Se preguntaba si su relación con Dereck estaba condenada a esa clase de situaciones.

—¿Por qué habría de hacer eso? —preguntó ella, apartándose.

Dereck se guardó las manos en los bolsillos, y bajó la mirada con un atisbo de decepción.

Cuando sus ojos conectaron con los de Cassidy, comprendió que no tenía ningún sentido insistir en hacerla razonar. Las emociones, los episodios del pasado que volvían como corrientadas inesperadas, y la información que ella acababa de escuchar necesitaban ser asimiladas en claridad. Ese no era el momento de insistir.

—Porque te amo, y porque confías en mí.

Cassidy tragó en seco, se mordió el labio con nerviosismo, porque se sentía incapaz de pronunciar esas palabras de regreso en esos instantes. No porque hubiera dejado de experimentarlas, sino porque repetir las con enfado no era justo.

—Quiero regresar a Manhattan —susurró.

Dereck la observó un largo rato. Iba a darle el tiempo que de seguro necesitaba. Le entristecía que ella le hubiese pedido confianza, pero no estaba devolviéndosela cuando era necesaria. Cassidy no confiaba en su palabra. Al parecer no había dejado del todo el pasado atrás. ¿En qué posición los dejaba entonces como pareja...?

—Vuelve al hotel, y yo manejaré de regreso a la ciudad —dijo Dereck meneando la cabeza—. Diles a los del Front Desk que me envíen mis maletas a Nueva York, por favor. Me gustaría quedarme y hablar, pero sé que estás enfadada y nada de lo que diga va a convencerte. Solo puedes tomar una decisión por ti misma.

—Es muy tarde para que te marches a Nueva York —murmuró ella—. Puedes pedirte otra habitación en el hotel...

Él esbozó una sonrisa cruel. Si Cassidy estaba enfadada porque creía que le había mentado a propósito, entonces él estaba cabreado por su falta de confianza.

—¿Preocupada por mí? —preguntó con sarcasmo—. Sé cuidarme solo, Cassidy. Lo he hecho toda mi vida. Intenta descansar. No hay más que decir —puso la mano en el pomo de la puerta, y agregó—: Si vas a dudar de mi palabra, a la primera oportunidad que pueda evocar resquicios del pasado o generar inseguridad en ti, me parece que no tiene mucho propósito seguir esta conversación.

—Dereck...

—Buenas noches, Cass.

CAPÍTULO 20

Después de que Dereck se hubiera marchado de la casa, Cassidy permaneció más de media hora, en silencio y dándole vueltas a la discusión que tuvieron, en la salita. Sus emociones estaban ahora más en calma, pero la tristeza persistía.

Se incorporó de asiento y se acercó a la ventana desde donde podía observarse parte de la fiesta que continuaba en apogeo. Ya había menos invitados presentes, pero sus padres estaban bailando en el centro de la pista y parecían muy felices. ¿Alguna vez lo habrán sido de verdad?, se preguntó abrazándose a sí misma.

Observó a su padre riéndose de algo que le comentó su madre. Suponía que incluso esa clase de risa era solo parte del show de la familia perfecta que sus padres ponían en escena para terceras personas.

El eco de la música traspasaba tenuemente hacia la salita en la que estaba Cassidy. Incontables recuerdos vinieron su mente: cuando Byron le enseñó a andar en bicicleta, los días en que lo acompañaba a la oficina, y pretendía que, a sus nueve años, firmaba contratos de trabajo, y la ocasión en que fueron a Disney. Ella ignoraba en qué punto su padre dejó de ser aquel que la quería incondicionalmente a aquel que le exigía estándares sociales, imponía sobre sus decisiones académicas y profesionales, y al final, quien la defraudó cuando ocurrió lo de Thiago.

¿Si acaso no le importaba lo que hizo por ella en el caso de Ferran Carmonna? No era una caprichosa o quejica malagradecida, sino que llevaba claro que Byron, al igual que Lauren, vivían de la aprobación social, y si su padre no hubiera intervenido, entonces habría sido un desastre entre los contactos de él. Byron Ashford no era altruista ni tampoco un abnegado padre, sino más bien un hombre que velaba por sus propios intereses y reputación. Así que claro que a ella le importó que él hubiera intervenido, pero sabía que la gestión jamás tuvo que ver con su bienestar, sino con la reputación social que Byron trató de mantener a toda costa.

Quizá, a raíz de todos los encontronazos con su padre, la confianza de Cassidy en los hombres era más esquivia, y si a ello le sumaba las malas experiencias sentimentales que tuvo en los últimos años, este no era un buen punto de referencia para considerar que sus decisiones con respecto a las parejas que elegía eran las mejores. Se apartó de la ventana, y agarró la bolsa. No sabía qué hacer en relación a Dereck, y más allá de que estuviera triste por cómo se habían desencadenado las situaciones esa noche, le afligía haber notado la expresión de decepción en él cuando trató de hacerle entender su perspectiva, pero ella no fue capaz de quitarse el velo de rabia ante las palabras que salieron de esa boca.

Cassidy fue hasta el patio, y tocó el hombro de su padre. Ya no estaba bailando con Lauren, sino que acababa de terminar una conversación con un par de amigos.

—Hija, qué bueno que sigas por aquí —dijo él, mientras bebía del vaso de whiskey. Miró tras el hombro de su Cassidy—: ¿Qué pasó con Toussaint?

Ella meneó la cabeza. No sabía si su padre estaba siendo cínico.

—Se marchó hace un rato —replicó con simpleza—, gracias a tu comentario de que me habían contratado en TS2 como parte de un favor. Me da igual lo que piense esta gente, pero no sabes el caos que creaste entre él y yo ¿por qué hablar de ese contrato y sus idioteces esta noche?

—Lo liberé de la cláusula de confidencialidad —replicó encogiéndose de hombros—, y así cerré ese contrato. Ya había logrado su propósito: un empleo para ti, y que te diera suficientes ingresos para retomar tu propio rumbo profesional independiente o hacer carrera en esa compañía de los Toussaint. Además, te vi muy contenta con Dereck, y que pudieras darle otra oportunidad, después de cómo terminaron las cosas la primera ocasión, jamás se me cruzó por la mente —frunció el ceño—, consideré que yo había aportado a tu vida. Y pensé que quizá si lo hablabas con él esta noche incluso podrían reírse de la ironía de la vida. Una anécdota.

Cassidy miró al cielo un instante, tomó una profunda respiración, y volvió la atención a la expresión impasible de Byron.

¿Cómo podía su padre ser tan inteligente para el manejo de las leyes, y tan absurdo en su vida personal? ¿Es que era tonto? Cuando él decidió darle a Dereck carta blanca para quedarse en Ashford & Asociados, a pesar de que ella le dijo que era un hombre mentiroso que había llegado a su vida solo por intereses profesionales, a Byron no le importó. ¿Nunca se puso a considerar que revelar los puntos vinculados a ese maldito contrato, esta noche, implicaría repetir la misma situación del pasado, a pesar de ser otro contexto?

—Risa es lo último que me dio, papá —replicó con enfado—. No sé qué haría falta para que te dieras cuenta de que dejé de hablarte, y tener contacto contigo en general, por cómo te portaste cuando ocurrió lo de Thiago —meneó la cabeza.

Byron acabó el licor, y cuando pasó un camarero dejó el vaso sobre la charola.

—No quería que mi única hija fuese una fracasada o estúpidamente orgullosa para no aceptar un empujón financiero de mi parte o la ayuda de un amigo mío para conseguir un nuevo empleo. Me acordé de la cláusula pendiente, firmada nueve años atrás, con Toussaint. Solo quise ayudarte.

—Por favor —dijo ella—, deja de intervenir en mi vida. ¿Puedes intentarlo? Te agradezco por lo que hiciste cuando ocurrió el accidente en el que falleció Ferran, pero sé que no lo hiciste por mí, sino por lo que hubieran dicho tus amigos, y los hijos de estos. Si en los momentos cruciales que más te necesito no estás, papá, ¿por qué crees que habría de hacerlo en aquellos en los no me haces falta? —preguntó sin animosidad, y mirándolo con decepción.

—Supongo que merezco esa respuesta. Si de algo sirve, Cassidy, me arrepiento de no haberte creído —elevó las manos en un gesto de resignación—, pero no puedo regresar el tiempo para darme cuenta. Sé que nuestra relación es complicada, ¿quizá algún momento podamos retomarla?

Ella soltó un suspiro.

—Quizá —murmuró—. Ya me marchó.

Él tan solo hizo un asentimiento, y le dio la espalda para dirigirse hacia sus amigos que de inmediato lo envolvieron en una conversación interesante.

Cassidy meneó la cabeza. Imaginaba que algunas relaciones familiares no estaban hechas para encajar en el ideal mental y emocional de una persona. Buscó a su madre, le dio un abrazo, y luego esperó a que el Uber llegara para ir al hotel.

Nada más entrar en la suite recibió un mensaje al móvil.

Dereck: ¿Llegaste bien?

Por un agrídulce instante esbozó una sonrisa, porque él, indistintamente de cuántas veces discutieran, velaba por ella. En sus tiempos de universitarios, cuando los smartphones no existían, Dereck hallaba la manera de saber si todo estaba bien, hubieran salido en la noche juntos o no.

Cassidy reconocía que el impasse de la fiesta no era algo leve, sin embargo, él no se comportaba como un cretino que estaba enfadado y por eso ignoraba si su pareja vivía o moría. Esa discusión le dejaba una sensación horrenda de vacío. Sin tener del todo claras sus ideas y emociones, ella no creía idóneo llamarlo.

Cassidy: Sí... Ya pedí que enviases tus maletas a Nueva York.

Dereck: Gracias. Voy a dormir.

Cassidy no sabía qué más decirle, así que optó por silenciar el teléfono. Claro, tampoco es que él hubiera dado pie a una conversación, y ella probablemente no se hubiera enganchado a tratar de continuarla.

Se quitó el vestido de fiesta, el maquillaje, y se escabulló entre las sábanas.

No tenía el calor de los brazos que, cada noche, la abrazaban hasta que se quedaba dormida. Le parecía una estúpida ironía que esos brazos pertenecieran al hombre que acababa de trastocar sus emociones hasta el punto de empujarla, sin saberlo, a compararlas con aquellas que surgieron en el pasado. ¿Cómo era posible?

Una lágrima solitaria se escapó y rodó por su mejilla. La limpió con soberbia. Detestaba esa fragilidad que experimentaba en esos instantes, pero tenía todo el derecho de estar enfadada e iba a vivir esa emoción hasta que la depurase de su sistema. Cuando el enfado desapareciera, entonces su cerebro sería capaz de recobrar la entereza y pensar con claridad todo lo ocurrido.

Dereck llegó a Nueva York casi al amanecer.

A lo largo del viaje su desazón por cómo se habían desarrollado los eventos se incrementó. Le parecía absurdo que, después de tantos años huyendo del compromiso y las posibilidades de salir herido de nuevo, sintiera la misma decepción que la primera ocasión en que Cassidy prefirió romper la relación, en lugar de escucharlo. Lo único que cambiaba esta vez era que ella le permitió hablar, pero dejaba claro que no confiaba del todo en él.

«¿De qué sirven las palabras si, cuando llegan momentos de crisis, no están sustentadas con hechos?». Se sentía frustrado. Fue a darse un baño. Apoyó las manos contra la pared y dejó que el agua caliente rodara por su piel. Sabía que Cassidy, a pesar de cómo había llegado a TS2, no iba a renunciar; tampoco era lo que él deseaba. De hecho, no esperaba que una mujer que sabía que hacía un buen trabajo y que tenía una gran oportunidad laboral en las manos, la echara de lado. Lo que le dijo sobre su capacidad profesional y talento era la verdad, así que tenía confianza en que Cassidy hubiera comprendido que no estaba tratando de adularla. Él no procedía así.

Dereck ignoraba cómo iban a transcurrir las siguientes semanas, pero ya había dicho su parte. No mintió premeditadamente, y tuvo la intención de hablar con Cassidy. Pedir disculpas por una situación que estaba muy clara, luego de sincerarse, no tenía sentido. Ahora el eje de equilibrio estaba bajo la responsabilidad de ella.

Se acostó a dormir, pero tan solo descansó pocas horas.

Apartó las cobijas de la cama, y se vistió para ir a la oficina. Después fue hasta la máquina de Nespresso de su cocina para preparar un café. Esperó a que estuviera lista su taza, y luego la bebió. Solo cuando ingirió la última gota del líquido, Dereck agarró las llaves de su Tesla. Aunque podía utilizar un chofer, él prefería conducir.

A pesar de que no le apetecía devolverle las llamadas a Samia, Dereck sabía que ella no solía

insistir tanto para contactarlo. A lo largo de la noche y madrugada habían quedado registradas diez llamadas perdidas. Ahora, con la cafeína ya en su torrente sanguíneo, podía lidiar con lo que sea que hubiera ocurrido en San Diego.

De mala gana marcó a Samia. Al segundo timbrado, ella respondió.

—Dereck —dijo en tono agitado. Él frunció el ceño, porque la mujer solía ser siempre fría—, ya estaba empezando a considerar agarrar un vuelo a Nueva York para darte el mensaje personalmente.

Él no estaba de humor. Se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos.

—Hola, Samia, ¿qué ha sucedido? —preguntó, mientras contemplaba cómo se empezaban a filtrar con más fuerza los primeros rayos de sol, bañando la ciudad.

—El médico ha dicho que Vincent necesita un trasplante de médula... —se le quebró la voz—. Los tratamientos que le han aplicado hasta ahora no han surtido efecto... Solo tengo esta opción, y tú estás en la lista de quienes pueden ayudarme.

Dereck se acercó hasta la ventana. El invierno era una locura, aunque suponía que pronto llegaría la primavera a mejorar el aspecto, sin la nieve, la suciedad, y el agobio adicional que producía llevar tantas capas de ropa. Tal vez podría considerar largarse a Grecia en verano, y de paso conocer algunas islas en España.

—Te haré una transferencia, ¿cuánto dinero más requieres aparte de los doscientos mil dólares que te envié la primera ocasión? —preguntó, interrumpiéndola. Le daba igual el dinero si ese niño podía salvarse. La desesperación que escuchaba en la voz de Samia presagiaba augurios nefastos.

—N... no, Dereck —dijo con una exhalación—. Te expliqué, cuando te dejé saber de la enfermedad de mi hijo, que el trasplante solo podría ocurrir si la médula provenía de un donante con características particulares.

—Explícate, porque no estoy entendiendo —replicó cortante.

Ella carraspeó.

—Hay un tema delicado del que jamás quise hablar. Me molesta hacerlo por teléfono, pero jamás... Jamás creí que llegaría una ocasión como esta a mi vida.

—No quiero ser grosero, pero he tenido una noche de mierda, ¿puedes ser más específica? —preguntó sentándose en uno de sus sofás de terciopelo café.

—El donante de médula tiene que estar biológicamente vinculado al receptor de la médula. Yo, como su madre, no soy compatible con Vincent. Ayer en la tarde me dieron los resultados. Por eso te he estado llamado —dijo con apremio.

La mente de Dereck empezó a girar las tuercas con rapidez, y las conclusiones a las que estaba llegando lo instaron a apretar los dedos alrededor del teléfono con suficiente fuerza como para romperlo.

—¿Qué carajos estás diciendo? —preguntó, cabreado ante la posibilidad de que, a lo largo de todos esos putos años, Samia le hubiera ocultado algo de una magnitud tan grande como aquella.

Ella siempre mencionó a Lincoln como el padre de Vincent, a pesar de que se acostó con el croata casi en la misma línea de tiempo que lo hizo con Dereck. Este último no la cuestionó ni ahondó en el asunto, porque si la había elegido para ser su socia, y llevar una compañía de cientos de millones de dólares, fue por su integridad y cerebro; había confiado en ella. Además, el niño no poseía rasgos físicos de los Toussaint. ¿Ojos azules? No era ningún indicio contumaz. ¿O sí?

Samia, en el hospital de San Diego, contempló a su pequeño hijo en la cama. No recordaba

haber llorado tanto en toda su vida, y sentía su mundo haciéndose pedazos a una vertiginosa velocidad. La única esperanza que tenía era decir la verdad que había estado escondiendo por tantos años, porque jamás se vio en la necesidad de contactar a Lincoln y a Dereck a mismo tiempo para decirles que en realidad no sabía cuál de los dos era el padre de Vincent.

Le resultó más fácil en esa época, para que nadie le reclamara nada, decirle a su ex amante croata que el niño era de Dereck, y a Dereck que Vincent era de Lincoln. Debido al modo en que se terminaron las relaciones profesionales entre ellos, la posibilidad de que se reencontraran era remota, especialmente porque Lincoln pasaba más tiempo en Europa. Incluso, este último se había casado y ya tenía dos hijos. Samia nunca pensó en pedir o solicitar algo de ninguno de sus dos ex amantes, porque no tenía ese derecho al haberles mentido en algo tan medular. Ahora estaba en un gran dilema, y callarse ya no era una opción. Su hijo dependía de que consiguiera que tanto Lincoln como Dereck se hicieran una prueba de paternidad.

—Existe una posibilidad de que seas su padre —dijo en tono quedo. El silencio que se hizo en la línea telefónica duro largos segundos—. Yo... Te daré todas las explicaciones que necesites, pero te ruego —murmuró con un sollozo—, ven a San Diego y hazte un examen de paternidad.

—Por la gran puta, Samia —maldijo con indignación—, ¿acaso no decías que Lincoln es el padre biológico, ausente e irresponsable, del niño? —preguntó con furia.

Samia bajó la mirada. Los médicos iban de un lado a otro, entrando y saliendo de las diferentes habitaciones del ala infantil. Cuánto le hubiera gustado ser de aquellas madres que tenía resultados positivos para sus hijos.

—Dereck, por favor —susurró.

Él, que no podía creer que su vida pudiera estar más jodida, pues ya tenía un ejemplo claro de la Ley de Murphy. No podía ir a San Diego ese mismo día, sino hasta dentro de cuatro días, porque había un asunto legal pendiente de analizar en profundidad. Dereck trataba sin detenerse a pensar demasiado si era fin de semana o día normal de oficina, porque al ser dueño de una corporación su responsabilidad no tenía horarios. Lo incordiaba no tener un tiempo definido sobre cuánto tardaría toda esa situación en California.

Por otra parte, la situación con Cass lo tenía frustrado, y no quería imaginarse lo que podría sentir Cassidy si llegase a saber en el embrollo que estaba metido por culpa de la mentirosa de Samia.

—¿Hablaste con Lincoln? —preguntó Dereck.

—Sí —murmuró Samia—, vendrá lo antes posible. Los resultados no deben tardar, aunque todo depende de los tiempos de trabajo del laboratorio.

—Estaré allá dentro de cuatro días. No es una visita social, y llévalo claro.

—Gra...

No le dio tiempo a terminar de responder, y cerró la llamada. No podía soportar escucharla. Jamás había experimentado una emoción de tanto desconcierto e impotencia. Si ese niño era suyo, él no iba a dejar que Samia saliera indemne. Aunque no poseía un lado vengativo tan brutal como su hermano Ryder, sí que iba a hacerla pagar muy caro el haberle mentido todos esos años si el resultado del examen determinaba que Vincent era un Toussaint.

Cassidy acababa de salir de la oficina. La cantidad de trabajo para organizar el aniversario de

TS2 era inmensa, pero contaba con dos personas más que sabían muy bien cómo coordinar un evento de esa magnitud. La lista de invitados sumaba cuatrocientas personas, y el sitio en el que iba a llevarse a cabo el evento era uno de los grandes salones del hotel Four Seasons en Manhattan. Gracias a la aprobación de Becca se había contratado de forma temporal a cuatro profesionales más para que ayudasen, pues la gran fiesta era solo una actividad, pero las responsabilidades usuales de relaciones públicas en la compañía no podían descuidarse.

Al no trabajar directamente con Dereck, ella lo veía tan solo cuando acordaban almorzar juntos (si acaso él no tenía una reunión fuera de TS2) o si era muy entrada la noche, en el penthouse. Sin embargo, ese día Cassidy se quedó a comer en la cafetería de la empresa, porque él no solía almorzar ahí. Nada más regresar de New Haven, ella fue directo a su apartamento. Claro, tenía repartidas sus pertenencias entre su piso y el penthouse, pero dadas las circunstancias no creía prudente verlo.

A ella no le apetecía discutir con Dereck o escuchar sus ironías que, sabía muy bien, eran su especialidad cuando algo no iba acorde a sus estándares personales o pensamientos. Y es que sus palabras podían llegar a ser tan hermosas como hirientes, pero Cassidy también poseía la misma habilidad; destrozarse mutuamente no era la idea más sana, en especial si no querían crear un daño irreparable.

Ahora estaba en un bonito restaurante con Aaron, habían salido a cenar y el vino la relajó un poco. Después de escuchar su relato de la cláusula de contrato entre Byron y Dereck, Aaron tenía una perspectiva muy diferente a la suya.

—Tierra a Cass, Tierra a Cass. ¿Hola? —dijo Aaron pasando los dedos frente al rostro de ella de izquierda a derecha.

Cassidy se rio, y agarró la copa de vino para dar un par de tragos.

—Aquí estoy —dijo.

El mejor amigo de Cassidy se cruzó de brazos, mirándola con intensidad.

—¿A millones de kilómetros? —preguntó Aaron riéndose—. No sé cuántas veces más quieres que repasemos lo ocurrido en la fiesta de tu padre, pero mi opinión no va a cambiar. En esta ocasión creo que la equivocada eres tú.

Ella soltó una exhalación, y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla.

—Me ocultó información, y pretendió no saber nada de mi pasado empresarial... En conclusión, mintió.

—No, Cass, no seas absurda. El hombre estaba atado a una cláusula de confidencialidad. Sí que es abogado, tiene conexiones, pero, al menos si tanto mencionas que tiene ética para trabajar, entonces Toussaint es consciente de que no está por sobre la ley. Que la pueda sortear de vez en cuando, sí, pero lanzarse al circo romano cuando puede hallar otra vía, que es lo que te explicó que trató de hacer al hablar con el tal Martin, tampoco. Llevas cuatro días ensimismada sin comunicarte con él, y tratando de ratificar que tú eres la parte ofendida, cuando no es cierto.

Cassidy bajó la mirada. Sí, llevaba días hablar con él, y lo extrañaba tanto que físicamente dolía. Varias veces empezó un mensaje de texto, pero la misma cantidad de ocasiones lo borró. Lo mismo con las llamadas.

Ahora, a medida que hablaba con Aaron su enfado empezaba a disiparse, y la tristeza daba paso a la inquietud. Le vino a la mente la expresión de decepción de Dereck cuando ella le preguntó por qué habría de creer sus palabras y explicaciones. «Porque te amo, y porque confías en mí».

—Aaron —dijo en un susurro como si se hubiera al fin dado cuenta de lo que en realidad

había ocurrido en casa de sus padres—, oh, no, no, no. ¡Qué desastre!

Él entendió lo que estaba pasándole, así que extendió las manos y cubrió las de su mejor amiga con las suyas sobre la mesa.

—Te dejaste nublar el pensamiento por el miedo a repetir el pasado. ¿Acaso no le dijiste que confiabas en él? —preguntó con suavidad, no quería machacar a su amiga, ahora que ella acababa de entender que la situación no iba arreglarse a menos que hiciera algo al respecto. La solución corría por cuenta de ella no de Toussaint.

Cassidy asintió pausadamente, como si estuviera recibiendo una inyección de realidad, humildad y conciencia. Su corazón se agitó ante la posibilidad de haber echado a perder las cosas con Dereck. «Él no había incurrido en una ofensa premeditada, y trató de hacerla entrar en razón, ella, simplemente, decidió que estaba herida y no quiso atender explicaciones».

—Tengo que hablar con él —murmuró—. Sí que le dije que confiaba, y cuando se lo expresé la primera vez no sabes la expresión de alegría que se operó en su rostro, Aaron —cerró los ojos brevemente—, y cuando necesitaba que yo ratificara esa confianza que afirmé haberle entregado me ganó el resentimiento.

Él asintió, comprensivo.

—Sí, pero toma en consideración que estuviste en tu derecho de sentirte enfadada, defraudada y también triste. No se trata de invalidar tus emociones, sino aceptar que erraste. —Aaron se llevó el último bocado de risotto a los labios—. Esperemos que el orgulloso de Toussaint no sea demasiado imbécil para aceptar tus disculpas. De ser así, no sé qué podremos hacer para remediarlo.

—¿En plural?

—Claro, no te voy a dejar sola, porque mira nada más los líos que armas.

Ella soltó una carcajada.

No era mejor persona por mantener su estúpido ego a buen recaudo, sino por reconocer sus fallas y tratar de hacer algo a respecto. Sabía que en la sociedad se hablaba de equidad en las relaciones, en esta situación ella entendía que era el momento de utilizar ese empoderamiento femenino para mirar la verdad a los ojos, aceptarla, y hacer algo respecto de sus equivocaciones. No era fácil, claro que no.

Cassidy le hizo un gesto al camarero para que les llevara la cuenta.

Cuando ella subió al automóvil de Aaron frunció el ceño.

—Hay algo muy extraño e impropio de él —dijo al cabo de un rato.

—¿Qué sería? —preguntó Aaron, mientras avanzaba por las calles de Manhattan. A esa hora ya no estaban tan congestionadas.

—Estamos peleados, pero incluso la noche en que regresó a Manhattan me escribió para saber si estaba ya en el hotel. Han pasado cuatro días sin saber de él...

—Sé que siempre te escribía, estuvieran o no distanciados, para saber si estabas bien, pero entiende, Cass, Toussaint podría rogar por tu perdón si él estuviera equivocado. No lo está. Entonces, mejor pregúntate, ¿le escribirías tú si la situación fuese inversa, y él tuviera que hacer el acto de humildad para disculparse contigo?

Ella soltó un suspiro e hizo una mueca.

—Sé a lo que te refieres, lo sé. Llevas razón, pero es algo diferente.

—¿Entonces? —preguntó cruzándose de brazos.

Cassidy solía ser muy intuitiva, y en esta ocasión algo la instaba a creer que, indistintamente de quién estuviera equivocado o quién no, algo iba mal. Sabía que no estaba imaginandoselo,

pero no era capaz de determinar de qué se trataba. La sensación era similar a los momentos en que sabía que iba a llegar una tormenta, aunque fuera imposible ubicar desde qué punto cardinal y qué densidad tendría.

—No sé, algo no encaja —hizo una mueca—. Llámalo simple corazonada.

Aaron aparcó fuera del edificio en el que vivía su mejor amiga.

—Te recomiendo dormir, y mañana lo vas a buscar e intentar hacer un gran gesto que le demuestre que no son solo palabras de confianza las que puedes ofrecer, sino que estas palabras tienen un sustento.

Ella arrugó la nariz. Se ajustó la bufanda.

—Jamás he hecho algo así por nadie. No tengo idea...

—Ya se te ocurrirá algo —sonrió Aaron—, y ahora ya baja que tengo una cita con dos personas sensuales que llevarme a la cama. Y conquistar a esta pareja la tenía entre mis intereses desde hacía tiempo. La mujer es una preciosura, y el novio, uff. No puedo llegar tarde, porque tu corazoncito ha decidido madurar un poco más.

Cassidy se rio, y le dio un puñetazo juguetonamente en el costado.

—Eres incorregible, de verdad, Aaron —le puso la mano en el hombro, y lo miró esta vez con seriedad—: Gracias por hoy, porque si no hubiera sido por ti, lo más probable es que hubiese pasado, una semana o más, con mi cabeza hundida en el pasado o la estupidez. Me siento feliz de que seas mi mejor amigo.

—Cassidy... estás demasiado cursi, ya vete.

Ella sonrió, le dio un beso en la mejilla, y luego salió con una emoción especial en el pecho. Esta vez era una genuina sensación de esperanza, amor y libertad de las cadenas del pasado. Como si reconocer que se había equivocado, cuando usualmente eran los hombres que ella elegía como pareja quienes la defraudaban, hubiese roto la última capa que la mantenía en tibieza ante la posibilidad de amar de la manera más potente que era posible: arriesgándolo todo, sin ninguna mínima barrera que respondiera a los “por si acaso”, y confiando con el corazón más que con la mente.

Ahora tendría que encontrar la forma de demostrarle a Dereck lo que le había dicho con palabras: confiaba en él. Solo esperaba que su corazonada de que algo no iba del todo bien fuese parte de los nervios al pensar en cómo sería el momento, y cómo reaccionaría Dereck, cuando tuviera que mirarlo a los ojos y disculparse.

Cassidy no podría saber que la prueba para ratificar su confianza en Dereck llegaría a ser más abrumadora y complicada de lo esperado.

—¿No está en Nueva York? —le preguntó a Bordam.

Cassidy se levantó esa mañana con una sonrisa, y había comprado un café que sabía que era el favorito de Dereck, y lo pedía siempre que salían juntos por la ciudad. Para sorprenderlo con el café entró con su llave al penthouse. Esperó encontrarlo porque el reloj señalaba las seis y treinta de la mañana, y a esa hora él solía estar todavía en casa. Sin embargo, el lugar era un completo silencio.

Buscó en las habitaciones, porque, aunque era infrecuente, no podía dejar de considerar que él quizá se habría quedado dormido. Todas las camas estaban perfectamente arregladas, como si nadie hubiera dormido ahí el día anterior. Intentó llamarlo al móvil, pero le saltaba la

contestadora. Inquieta, fue al destino final: la oficina en TS2. Aunque era más temprano de lo usual para sus horarios, no le importó.

El único que siempre estaba antes que el gerente legal era el asistente de todo el departamento de esa área: Bordam. El hombre era sumamente amable, paciente, además que parecía tenerle especial aprecio desde que ella empezó en la compañía.

—Eso, Cassidy —dijo en su tono gentil, pero formal—. Se ha marchado muy temprano, y me envié un correo a las tres de la madrugada antes de que el avión privado despegara para darme instrucciones de trabajo.

—Oh, seguro me lo comentó y me olvidé —dijo tratando de mantener la expresión indiferente para que Bordam no supiera que ella no tenía la más remota idea de lo que estaba ocurriendo con su novio—. Aquí tienes —comentó, entregándole el café que era para Dereck—. Siempre me ayudas, así que un café para ti, Bordam, y que lo disfrutes.

El hombre de ojos negros esbozó una sonrisa sincera.

—Gracias, Cassidy.

—Errr, solo para aclarar a ver si estoy ya más despierta, porque también me bebí uno de esos —señaló el café que Bordam había empezado a saborear—, ¿me recuerdas a qué ciudad se fue Dereck?

Bordam la miró con expresión de tristeza. Como si supiera algo que ella no.

—San Diego...

—Eso es —sonrió ella tratando de fingir entusiasmo—, imagino que los negocios llaman de un momento a otro.

Bordam le dedicó una sonrisa similar a la compasión. Ella sintió el corazón bombeándole con intensidad, porque detestaba la incertidumbre. Detestaba estar pescando información de esa manera. Le parecía humillante, en especial porque toda la oficina sabía que ella y Dereck eran pareja. Por eso, intentaba mantener una expresión alegre. No quería demostrarles a otros si estaba bien o no con su novio, a menos en ese instante eran solo Bordam y ella en el área legal.

—Me comentó que se ausentaría unos días por un asunto personal.

—Claro, sí. Ahora lo tengo todo claro —murmuró. «¿Qué asunto personal podría tener Dereck en San Diego? La naviera era un negocio, no un tema privado. ¿Qué estaba ocurriendo?»—, se preguntó, agobiada.

—A veces dice que es personal para que no le remita más trabajo del que puede manejar fuera de la oficina cuando viaja —dijo tratando de suavizar la situación, porque, aunque era discreto, Bordam podía darse cuenta de la expresión decepcionada de ella—. ¿Puedo ayudarte en algo más?

—Oh, no. Todo en orden, ya no te quito más tu tiempo —sonrió Cassidy, mientras sentía la garganta seca, a pesar de haberse terminado su café minutos atrás.

Cuando llegó a su oficina se sentó en la silla ergonómica con desconcierto. Ahora entendía por qué Dereck no había respondido el teléfono. La sensación de que no se había equivocado al creer que algo no iba bien se afianzó.

CAPÍTULO 21

Nada más aterrizar en San Diego, Dereck había puesto rumbo al hospital en el que estaba Vincent, para así hacerse una muestra que permitiese cotejar si su ADN era compatible con el niño, y determinar si era o no el padre biológico. Le dio igual ver de nuevo a Lincoln, pero quería terminar con esa pesadilla del pasado de una buena vez. Samia se reunió con ambos en una salita de hospital para pedirles disculpas por su gigantesca mentira, explicarles el cuadro médico de Vincent, y agradecerles por haber accedido a la prueba de paternidad. Ninguno de los dos hombres se mostró particularmente empático con ella.

La diligencia médica se hizo con bastante rapidez, y Lincoln dijo que esperaría un par de días en la ciudad hasta que llegaran los resultados. Después se marchó sin decir más palabras. Antes de que Dereck pudiera largarse, luego de haber saludado a Vincent diciéndole que era un campeón y que todo iría bien porque vencería el cáncer, Samia le pidió si podía acercarla a una farmacia porque necesitaba una medicación específica que no tenían en el hospital, y era algo complementario aunque importante para Vincent. A pesar de estar cabreado no era un cretino, y renuente, accedió.

Él imaginaba que alguien en los alrededores los reconoció, porque esa misma noche fotografías suyas, desde diferentes ángulos con Lincoln y Samia llegando al hospital, y otra, saliendo del centro médico con su ex amante, estaban en la sección de sociedad. No solo eso, sino que los titulares eran una tergiversación completa.

Dereck ya había contratado una firma de abogados para que demandara al hospital por haber permitido que se filtrara información confidencial. No iba a permitir que le siguieran arruinando la existencia con esa clase de imbecilidades. Usualmente, él no le daba importancia a esas noticias, pero estaba en juego lo más frágil e importante: Cassidy. Si de por sí, ella estaba dolida por los entresijos del contrato de trabajo en TS2, no quería imaginarse ahora.

Billonario neoyorkino se hace examen de paternidad ¿qué otros secretos esconde Dereck Toussaint en San Diego?

Después de años de indiferencia Dereck Toussaint acepta examen de paternidad.

Triángulo amoroso involucra a Dereck Toussaint en prueba de paternidad.

Dereck Toussaint podría tener un hijo, ¡examen de paternidad a la vista!

¿Qué diría la novia de Dereck Toussaint sobre su test de paternidad por el hijo de la empresaria Samia Voyd? ¡Escándalo a la vista!

Dereck Toussaint y Lincoln Horvat se enfrentan ante la posible paternidad del hijo de una ex

amante en común: Samia Voyd.

Dereck vio las llamadas de Cassidy, pero ya era demasiado tarde para devolverlas, porque a la hora que se desocupó de todo el embrollo con Samia y Lincoln, en Nueva York ya era de madrugada. No haber tenido contacto con Cass durante cuatro días lo mantuvo cabreado consigo mismo, pero sabía que esa distancia era necesaria. En él, para no repetir patrones emocionales del pasado, y en ella, para reconocer que en la relación de ambos la confianza no podía ser circunstancial, sino constante, en especial en momentos complicados. Su necesidad de verla era visceral, y su cuerpo parecía estar en pausa porque nada lograba crear esa sensación de plácida calma que sentía cuando ella estaba a su lado.

Él sabía que Cassidy ya habría leído la información en la prensa, porque las alertas de todo lo que se publicaba de los CEO o del staff de la compañía, llegaba automáticamente al correo de los relacionistas públicos de TS2. Lo más probable sería que ella hubiera tratado de contactarlo para mandarlo al diablo, porque la situación de la prueba de ADN no era nada sencillo de digerir. En esta situación particular no la culparía, porque él mismo sentía un profundo cabreo.

Con el caos que estaba desplegado en la prensa de sociedad y negocios su mesa de problemas ya estaba a tope. A Cassidy le tomó una importante cantidad de tiempo gestionar entrevistas y actividades para mejorar su imagen ante la comunidad empresarial, pero había bastado un par de titulares, provocados por una filtración, para echarlo todo a perder.

La llamaría cuando fuese pasado el mediodía en Nueva York, así él tendría la cabeza más despejada, y ella, quizá estuviese menos enfadada y dolida. Dereck esperaba que recibiera su explicación, y la creyera, por más delicado que fuese lo sucedido, por más difícil que estuviese el panorama para ambos, y también a pesar de la estupidez cometida por Byron en la fiesta de New Haven. Dereck no había evadido ninguna responsabilidad. Jamás negaría un hijo suyo, jamás, en especial porque él nació sin una figura paterna y sabía lo duro que era crecer sin un padre.

Estaba a punto de bajar a cenar cuando recibió la llamada de Ryder. Deslizó el dedo sobre la pantalla. Se acercó al mini-bar de la suite y se sirvió un vaso de Johnny Walker Azul. Después se acomodó en el sillón.

—No creo que sea el padre —dijo a modo de saludo, porque sabía el motivo de esa llamada. Giró el contenido del vaso distraídamente, y después bebió un trago.

—¿Qué carajos está pasando? —le preguntó Ryder—. Asumí que habías dejado de lado los escándalos, Dereck. La puta prensa es un circo.

—Mezclar negocios y placer es la peor receta —replicó con indiferencia refiriéndose a Samia—. Aunque supongo que no aplica si los negocios se llaman Julianne Clarence para ti, y Cassidy Ashford para mí. ¿Me equivoco?

—Deja a Julianne fuera de esto —dijo en un gruñido protector—, y no quiero imaginar lo que Cassidy debe estar pensando de ti precisamente ahora. Me alegré cuando supe que retomaste tu relación con ella, aunque habría sido interesante que, en lugar de fastidiarme sobre mis decisiones sobre Balgratva, la hubieras invitado a comer un día conmigo y con Julianne. Ya sabes, intentar ser civilizado.

—¿Dándome consejos de amor? Oh, esto es nuevo, Ryder.

Considerando las últimas noticias, para Dereck no sería novedad que Julianne, la novia de Ryder, pensara que era un playboy. Con impotencia dejó el vaso a un costado, y caminó de un

lado a otro en la suite del hotel Fairmont Grand Del Mar.

—Entonces —dijo Ryder soltando un suspiro—, ¿qué ocurrió, y qué harás?

Dereck sabía que su hermano se preocupaba por él. Le contó de forma concreta la historia con Samia y Lincoln. Sus decisiones en aquellos tiempos en temas empresariales cuando quería construir DT Enterprises, y finalmente, la enfermedad de Vincent ligada a la estafa de su ex socia y ex amante.

—Cuando me pidió el examen de ADN, no me pude negar —dijo—. Primero, porque soy un Toussaint y tenemos honor; segundo, porque si ese niño es mío no voy a permitir que transite por la vida sin saber que tiene un padre. Así que tengo que esperar a que den los resultados. Me quedaré unos días más en San Diego.

Dereck sabía que con esos titulares en la prensa, las posibilidades de redención en su imagen eran bajas. Se iba a necesitar una nueva campaña de relaciones públicas, más firme y desde otro ángulo, para obtener resultados. Una pesadilla.

—Me apena por ese niño —dijo Ryder, en tono pensativo—. Cualquiera que sea el resultado, infórmame.

—Mis cojones saben que no es mi hijo, y el test es solo una confirmación.

—Más vale estar seguro, hermano, y dejar todo definido médicamente —dijo el mayor de Toussaint—. Me apena la condición de Vincent, y espero que se salve.

—Yo también... —dijo con amargura—. ¿Qué vas a hacer con Julianne?

—Lo que hace un hombre cuando encuentra a la mujer de su vida ¿qué más? —dijo para que Dereck dedujera por sí mismo—. Escucha, si Cassidy es la mujer para ti no la dejes escapar de nuevo. No me apetece escucharte lloriquear por la vida.

—Ja-ja. Muy gracioso.

Ryder soltó una risa queda.

—Dereck, sé que, a pesar de todo lo que te ha ocurrido, no serías capaz de negar la paternidad si descubrieses que tienes un hijo —dijo con seriedad—. Solo me enfada todo este desmadre que se ha creado.

—Te avisaré novedades —replicó con alivio por las palabras de Ryder.

Apenas cerró la llamada, Dereck fue a darse una ducha. Después bajó a cenar, porque no le apetecía quedarse en la suite. Deambuló por las calles de San Diego, recorriéndolas en el automóvil que había rentado, se quedó cerca de la playa un largo rato recibiendo la brisa nocturna a través del vidrio abierto del coche, mientras trataba de hallar en su mente una forma, una estrategia, para romper esa brecha distante y así llegar a Cassidy sin importar los resultados del test de paternidad.

Él no era del tipo de persona que odiaba a otra, pero Samia Voyd había estado escalando posiciones para ganarse el primer sitio y lo había logrado. Cuando dieron las dos de la madrugada, Dereck regresó al hotel, y por fin logró quedarse dormido, aunque en ningún instante desapareció la sensación de vacío por no tener a Cassidy.

Cassidy estaba en shock. Cada titular era peor que el otro, y las imágenes de Dereck con Samia, la fotografía del tal Lincoln entrando con ellos al hospital, eran otra puñalada en el costado. No había declaraciones o comentarios de ninguna de las partes. Ahora, después de tomar un café, porque era todo lo que su estómago resistía esa mañana, sabía que el cerebro iba a funcionarle mejor. «Gracias, cafeína».

Recibir esa clase de noticias en plena madrugada, después de tener un largo día, era atroz, en especial cuando había ideado un plan romántico para tratar de hablar con Dereck y pedirle disculpas por su falta de confianza, pero a cambio se había encontrado con una oficina vacía, llamadas que iban al inbox y no era devueltas. Claro, ahora podía comprender los motivos de la falta de comunicación en esos días con Dereck, pero no aliviaba la decepción por ese agobiante torbellino en su vida.

No iba a cuestionar los motivos de Dereck para no haberla llamado para comentarle sobre Samia y Vincent. Cassidy asumía que, si él creía que no confiaba en su palabra cuando le explicó sobre la contratación en TS2, menos lo haría si le intentaba dar razones sobre lo que estaba ocurriendo en San Diego.

La posibilidad de que él tuviera un hijo con otra mujer le provocaba una punzada de aflicción. En su corazón solo cabía la posibilidad de que, si Dereck pensaba alguna vez en ser padre, fuese ella la única que tuviera esa experiencia con él, por primera vez. Dar a luz a un hijo era algo sumamente especial, y en lo que a Dereck se refería, Cassidy era posesiva. Ser madre no era una prioridad, pero su cabeza idealista solo concebía la posibilidad de convertirse en una si Dereck era el padre. Querría que la experiencia de ser padres fuese la primera para ambos.

Ella deducía que la segunda parte que Hunter Grassi, su gran amigo en San Diego, no le contó sobre los rumores que habían circulado años atrás sobre Dereck estaban muy claros. Acababa de constatar su deducción con los artículos en la prensa: Dereck podría ser el padre del único hijo de Samia Voyd.

Cassidy se sentía expuesta, y humillada, pero también furiosa. Su fotografía estaba en algunos artículos, y hablaban de su vida social, sus padres, y un montón de chorradas. Que la mostraran como la novia traicionada era estúpido, porque Dereck no la había engañado. La situación con Samia había sucedido años atrás.

Las llamadas de su madre no tardaron en llegar, pero Cassidy no tenía paciencia para responderlas y recibir el largo discurso sobre “lo socialmente apropiado es hacer tal o cual cosa”. Las ignoró, así como lo hizo con muchas otras que provenían, en un alto porcentaje, de números desconocidos.

Cassidy ya había tomado su decisión, y envió un correo a Becca para solicitar una licencia de trabajo, sin paga, de la compañía. No le costó más que unos minutos organizar sus ideas, emociones, y pensar con cabeza fría.

La vicepresidenta de negocios le respondió de forma comprensiva, y le dijo que se tomara el tiempo que considerara oportuno. Ahora que Dereck estaba en todos los periódicos y la relación de ellos era pública, Cassidy no quería lidiar con el bombardeo de mensajes que estaba recibiendo desde que se publicaron las noticias.

Si iba a trabajar siguiendo su rutina habitual en TS2, lo único que conseguiría era atraer una atención más insistente, que jamás quiso sobre ella, además de que tendría apostados a los fastidiosos periodistas de la prensa cotilla afuera de la corporación. Le apenaba no poder continuar con la organización de la fiesta de aniversario de la empresa, porque le hacía gran ilusión. Becca Hart no pensaba en cómo afectaba emocionalmente la situación a Cassidy, sino a la corporación, pero al dar luz verde para la licencia de trabajo, les hacía un favor a ambas partes.

Cassidy empezó a sacar la ropa del clóset, y vio un mensaje de su mejor amigo. Nada deseaba más que estar con él para que le sacara unas sonrisas, pero era día laboral y de seguro Aaron ya tenía un sinfín de compromisos. Abandonar Nueva York era la única vía posible para intentar hallar una solución a su vida sentimental.

Aaron: ¡¡Escándaloooo!! OMG, Cass, nena, ¿cómo estás?

Ella se rio, porque podía imaginar el tono de voz de Aaron.

Cassidy: Una mezcla de muchas cosas =(

Aaron: ¿Qué puedo hacer por ti?

Cassidy: Nada, pero gracias. La única que puede resolver esto soy yo. He pedido licencia de trabajo por un par de semanas.

Aaron: Vaya... ¿Vas a sacar tus cosas del penthouse?

Cassidy: No, haré algo mejor por mi bienestar y futuro. Estoy tratando de resolver en mi cabeza paso a paso lo que puedo gestionar de aquí en adelante.

Aaron: Mmm... Hoy salgo de viaje a Miami. ¿No quieres venir conmigo? Sol, fiesta, comida exquisita, playa, ¡muchos bares y hombres guapos! La mejor terapia.

Cassidy: Tan solo si quieres salir en los periódicos como mi nuevo amante, y formar parte del mundo de los cotilleos indeseados y quizá perder algún cliente.

Dereck: Oh, no, gracias, me iré solo a Miami. Jajaja.

Cassidy: ;)

Tres horas después de dejar todo organizado en la ciudad, Cassidy se dirigió al aeropuerto JFK. Le gustaba el asiento que estaba junto a la ventana, porque le permitía desconectarse, al mirar las nubes y el horizonte, del resto de pasajeros. Le quedaba un largo trayecto por recorrer, y necesitaba tener la mente serena.

Esas horas de vuelo iban a hacerle bien a su agitado corazón, a los nervios que la carcomían, y a esa única posibilidad que acababa de adoptar como salida a la situación que ella y Dereck estaban atravesando.

Después de enviar varios correos electrónicos, Dereck se cambió de ropa porque tenía la intención de ir al puerto a revisar asuntos de trabajo. Aquella era la única forma de que el tiempo en San Diego mereciera la pena.

Samia le había escrito para informarle no solo que los resultados del test estarían al día siguiente, sino para pedirle que firmaran una tregua porque necesitaba su amistad más que nunca. Él, que no tenía intenciones de entablar conversación alguna menos de tener una relación de cualquier clase con ese arpía, ignoró también la petición de ella de salir a comer juntos esa tarde. ¿Cómo tenía el descaro de hacer peticiones, después de que había puesto su vida de cabeza con sus mentiras?

No quería ni imaginar lo que estaría pasando Lincoln, porque, a diferencia de Dereck, sí estaba casado y tenía dos hijos. El desastre que de seguro se habría operado en esa familia con la noticia de Samia podría ser más duro, si consideraba que el croata tenía una vida personal estable.

Dereck se guardó la llave electrónica en el bolsillo trasero del pantalón, en el preciso instante en que llamaron a la puerta. Él había pedido el desayuno una hora atrás, así que iba a dejar una queja por el retraso. Le parecía inconcebible recibir un pésimo servicio en un hotel cinco estrellas.

Con expresión adusta abrió la puerta, y al ver a Cassidy frente a él, instintivamente se frotó los ojos. Porque quizá no habría podido dormir bien, pero tampoco creía estar perdiendo la razón.

—Hola...—susurró ella con una expresión cautelosa.

Se quedaron mirando largos segundos absorbiendo las facciones del otro.

—Cassidy —dijo Dereck, cuando finalmente logró reaccionar, en un tono de voz que parecía más bien un ruego.

Tardó dos segundos en acercarse y abrazarla. Cuando sintió los brazos de ella rodeándole la cintura, apoyando la cabeza en su pecho, Dereck soltó el aire que no recordaba haber estado conteniendo. Aspiró el aroma de ese perfume femenino que adoraba, su cuerpo pareció salir de ese detestable letargo en el que se había sumido esos cuatro horribles días, y su corazón empezó a palpar de verdad, como si le hubiesen inyectado la única pócima capaz de hacerlo latir con vida.

Se apartó con suavidad, y reparó en el equipaje que ella llevaba consigo, además de un carrito de servicio del hotel con lo que, asumía, era comida.

—Me informaron en el Front Desk que estabas quedándote en esta suite, y el señor que te traía el desayuno, cuando le dije que venía desde Nueva York porque había algo importante que decirte, me dejó el carrito aquí para que yo pudiera llamar a la puerta, en lugar de hacerlo él... Le di una buena propina —murmuró Cassidy, siguiendo el curso de la mirada azul.

Estaba nerviosa, no podía negarlo. Si existía una forma de redimir su falta de confianza no era huyendo a Miami o escondiéndose en su apartamento o hundiéndose en cientos de correos electrónicos de la oficina, sino enfrentando la realidad ante la persona que amaba, y daba igual en qué punto geográfico se encontrase. Su gran gesto de confianza no podía ser una cena romántica, ni tampoco una simple disculpa, porque las palabras ya no tenían cabida.

En esta ocasión, encontró que podía mirar la complicada situación, en que se hallaba Dereck con respecto al pequeño Vincent, como una oportunidad de reaccionar y actuar de forma diferente. Por eso había organizado sus maletas, comprado el boleto de Nueva York a San Diego, pedido una licencia sin sueldo en la oficina, y ahora estaba frente al hombre sin el que no quería vivir.

Este era su gran gesto de confianza. Un salto al vacío con ninguna certeza más que confiar en el amor que ambos sentían por el otro.

—Mi vida, este no ha sido un tiempo fácil para nosotros —se pasó los dedos entre los cabellos—, Dios, Cass, qué desastre es todo esto.

—Lo sé... ¿Puedo pasar?

—Sí, perdona, sí. —Dereck, atónito, complacido, confuso, y con una profunda certeza de esperanza para los dos, le hizo un gesto para que entrara. La ayudó con el equipaje y luego entró el carrito del desayuno. Dejó todo a un lado, y cuando se cerró la puerta, la instó a avanzar a la pequeña sala de la suite. Quería besarla, perderse en lo más profundo de ella, no dejarla ir jamás, aunque sabía que estaba en San Diego por una razón; debía dejarla explicar el motivo que la había llevado hasta su suite—. Me siento profundamente consternado de que tu fotografía también esté en medio de este caos. Sé lo mucho que procuras no ser el foco de atención —meneó la cabeza—, qué ironía... Joder.

—Dereck...

—No tenía idea de cómo iba a explicarte lo de Samia y Vincent, así que opté por tratar de resolver mis asuntos en TS2, antes de poder volar hacia aquí y así darte tiempo de que

encontraras la forma de confiar en mí, pero ahora no sé si tú...

—Siento mucho —interrumpió Cassidy elevando la mano para que la dejara hablar—, siento mucho no haberte creído cuando intentaste explicarme tu parte en mi contrato de trabajo. Cuando estuve con la cabeza fría y todo pareció organizarse en mis emociones, lo comprendí. Supe que tenías razón al marcharte decepcionado, en marcar distancia, porque no confié en ti, y porque a la primera posibilidad mis acciones no fueron coherentes con mis palabras —dijo con emoción, mirándolo a los ojos con brutal sinceridad—. Han sido unos días confusos... Cuando me di cuenta de que la equivocada era yo, entonces fui a buscarte ayer a la oficina para hablar, invitarte a cenar incluso y disculparme por haberte herido, pero Bordam me comentó que te habías marchado de la ciudad. No voy a mentirte y decir que no me sentí desconcertada y afligida —tomó una profunda respiración—. Hoy en la madrugada cuando vi todos esos titulares fue brutal, Dereck... —se le cortó la voz—. Me dolió tanto, no sabes cómo, pero también entendí que es tu pasado, y yo también tengo el mío; y si tú fuiste capaz de aliviar mi corazón cuando te hablé de Ferran, ¿cómo no iba yo a estar ahora para ti? Por eso estoy hoy en San Diego.

—Cassidy —dijo su nombre con reverencia. Ninguna mujer podría igualar a la que tenía ante él. Si antes consideraba el concepto de almas gemelas una estupidez, ahora podrían catalogarlo como un convencido creyente—, detesto saber el efecto que ha tenido esta noticia en ti. Imagínate cuando la recibí yo —expresó con enfado porque todo eso era culpa de la bruja de Samia—. Anoche estuve dando vueltas en la ciudad tratando de encontrar una forma de llegar a ti. Lo veía todo demasiado complicado —apretó los labios—. No sé los resultados de ese test. No los tendré hasta mañana, y la vida de un niño depende de ese resultado.

—¿La vida...? —preguntó confusa.

Dereck asintió con suavidad.

—El cáncer que él tiene, un tipo de leucemia, solo puede tener posibilidades de remitir si recibe trasplante de médula de uno de sus padres biológicos si estos son compatibles. Samia no lo es... —dijo—. En este caso Vincent no tiene hermanos, así que Lincoln o yo somos su única esperanza, así como también la suerte que jueguen los asuntos de genéticas en temas de compatibilidad.

Cass sintió una profundidad tristeza al saber que no solo se trataba de un análisis de compatibilidad de ADN, sino que Vincent tenía un cuadro clínico delicado. Ahora entendía la fragilidad que notó en el pequeño cuando lo conoció. «Dios, qué terrible».

—Oh, Dereck, cuánto lo siento por ese angelito.

Él asintió, porque Vincent no tenía la culpa de las trampas de Samia.

—Siempre le tuve mucho cariño, y es duro saber lo que está atravesando. Cuando estuviste en San Diego la primera vez, y te dije que el tema de Vincent estaba vetado, era porque me había enterado del robo de Samia al mismo tiempo que de la enfermedad del niño. Me pareció una injustia tremenda de la vida con el pequeño.

Ella asintió con suavidad, y le enmarcó el rostro entre las manos.

—Te amo y soy mordazmente honesta al decirte que me duele la posibilidad de que ese niño sea tuyo, porque soy egoísta, y ahora sé también que podrías ser la oportunidad de Vincent de salvarse. Y salvar una vida está por sobre el egoísmo, los celos o cualquier emoción mezquina. Sé también —le tomó la mano, y él enlazó los dedos con los de ella de forma automática y natural— que, indistintamente del resultado de ese test de paternidad, quiero estar contigo. Si Vincent es tuyo, entonces estaré a tu lado durante todo el proceso. Confío en tu amor, confío en ti.

Dereck no creía que pudiera amar más a Cassidy, pero Dios, lo hacía en esos momentos en que se mostraba tan brutalmente sincera, que había dejado su ego de lado para aceptar sus errores, y que había viajado para buscarlo, cuando los titulares eran una constante de mentiras.

—Gracias, mi vida, por lo que has hecho para demostrármelo —dijo apoyando la frente contra la de ella. Cassidy le sonrió entre lágrimas. Dereck le secó las gotas saladas con los pulgares.

—Juntos estamos mejor —murmuró Cassidy, mientras su alma experimentaba una sensación de plenitud. Emociones indescriptibles se agolparon en su pecho. Dejar ir el ego y el miedo cuando era consciente de sus errores y desatinos, y cambiarlos por el amor y la confianza, era liberador.

Él le sonrió con dulzura, y asintió.

—Ah, mi vida —dijo Dereck con su tono profundo y varonil, impregnado de una mezcla de emociones que solo Cassidy provocaba—. Te amo en cada pensamiento —le besó las mejilas con dulzura—, te amo cada hora que estás y en la que no estás conmigo —frotó su nariz contra la de ella—, jamás otra persona ha significado tanto para mí como lo haces tú —le besó la comisura de los labios, y en cada caricia se detenía a mirarla a los ojos—, te adoro, te necesito conmigo de todas las formas posibles, te deseo con cada fibra de mi cuerpo, y tu confianza y tu corazón significan el mundo para un hombre que lo tiene todo, pero no es nada sin ti.

—Dereck —susurró ella.

—¿Sí?

—Por favor, bésame.

CAPÍTULO 22

El beso era vertiginoso y apasionado en un nivel que tensaba cada fibra de sus terminaciones nerviosas, y llegaba a calentar sus sexos con un ardor que se inflamaba a la velocidad de un cegador rayo. El contacto de sus lenguas era un disparo al corazón, certero y rotundo, una tormenta de fuego.

La boca de Dereck poseyó la de Cassidy. El asalto sensual fue brutal y demandante en un inicio, pero poco a poco el beso empezó a ralentizarse en una conquista delirantemente suave y potente. Se trataba de un beso instrospectivo, aquel que se empezaba a filtrar hasta el alma de los amantes, y una vez que estaba enredado en ella, expulsaba las emociones como una estrella fugaz con un recorrido infinito. Sus bocas danzaban en un ritual de euforia y amor vibrante.

La lengua de Cassidy se enredaba con la de Dereck, cuyos labios ejercían una presión firme y posesiva. El cuerpo de ella estaba tan despierto como una flor cuyos pétalos abiertos estaban listos para recibir la lluvia y el sol al mismo tiempo.

En ese beso se aferraban el uno al otro, marcándose con sus gemidos y jadeos, intentando recuperar esos días perdidos; las horas distantes; las noches ausentes. Las manos de Dereck se deslizaron por la espalda femenina, recorriéndola como si estuviera moldeándola; ella deslizó las uñas, presionando sobre la tela de la camisa gris, desde los hombros hasta llegar a las duras nalgas masculinas.

—Cass —susurró—, te extrañé tanto.

Se apartaron unos centímetros para recuperar el aliento. Ella le mordió el labio inferior como tanto le gustaba hacer.

—Yo a ti —replicó, mientras él la instaba a que le rodeara las caderas con las piernas. La llevó hasta la cama, ya dejó sobre el colchón—, muchísimo.

Dereck puso una rodilla sobre la cama, inclinándose sobre Cassidy que ahora estaba recostada contra las almohadas, mientras observaba esa expresión de deseo y adoración en ella. Los labios estaban rojos por sus besos. El pulso en su delicada garganta era errático e imaginaba que Cassidy podría notar que lo mismo le ocurría a él. Dereck la podía besar por horas sin sentir que tenía suficiente, porque jamás lo sería; no creía que existiese un punto en su vida en el que se sintiera saciado de ella.

—Te amo, Cassidy —dijo mirándola con una expresión fiera y posesiva—, y no voy a dejarte escapar nunca, ¿lo entiendes?

Cassidy sintió el corazón expandiéndose con renovado brío. Él era el aire que necesitaba para respirar, y le parecía glorioso saber que era correspondida. No existía debilidad en confesar los sentimientos más profundos, sino al ocultarlos. Ambos sabían exactamente lo que significaban el uno para el otro, y esa certeza era hermosa.

—No pretendo marcharme —replicó con expresión sincera. Cada trocito de su piel estaba en alerta, a la espera de las caricias de Dereck; su corazón golpeaba contra su pecho como si fuese un tambor, y su sexo palpitaba por ser tocado.

—Bien —murmuró antes de empezar a desabotonarle la blusa. Cassidy hizo lo propio con la camisa de Dereck. Lenta y sensualmente empezaron a desnudarse, mirándose, recorriendo y reconociendo el cuerpo de otro con la mirada, con la yema de los dedos, con las emociones—.

Qué bella eres —dijo Dereck con reverencia, observando el sonrojo que tanto adoraba en ella, y consciente de que estaba tan excitada como él. Cassidy era una mujer especial, y aunque la vida los había separado muchos años, ese corazón cargado de nobleza se mantenía intacto en ella.

—Tú también lo eres en una forma tan masculina que me fascina —confesó, al tiempo que él le acariciaba el contorno de los pechos, y jugueteaba con los pezones erectos entre sus dedos. Ella gimió.

—Unas tetas espectaculares —susurró antes de inclinarse para chuparlas, y lamerlas. Los pezones firmes eran una delicia, y él se dio un festín con ellos, mientras su miembro estaba ardiente y presionaba contra el abdomen de Cassidy. Ella extendió la mano y lo agarró con firmeza—. Si me tocas voy a correrme, y no tengo en mis planes hacerlo todavía, Cass —gruñó.

—Vas a esperar a que estés dentro de mí —dijo ella en un tono que no admitía contradicción, al tiempo que le acariciaba la punta roma del sexo viril—, entonces vas correrte, Dereck, antes, no —sonrió con picardía.

Él soltó un gemido cuando lo empezó a acariciar en su longitud con la presión precisa para desconcentrarlo.

—Cass —dijo en tono de advertencia, y le mordió un pezón con fuerza. Ella soltó el agarre y soltó un gemido—, pronto.

Trazó un círculo alrededor de una areola con su lengua, y después lo hizo con la otra. Se sumergió en el placer deleitándose en recorrer con la boca cada botón henchido para luego succionarlos. La besó en la boca, luego descendió por el valle entre sus pechos, mordisqueando y lamiendo cada trozo de piel aterciopelada, pasando por el abdomen suave. Ella gimió, profunda y quedamente. El sonido de su placer era la mejor sinfonía para Dereck. Ninguna otra mujer en su vida se había entregado con tanto abandono y generosidad como Cass. Era única, y era toda suya.

—Dereck —dijo en un tono que clamaba por algo más que esas tormentosas caricias—, por favor... Te quiero dentro de mí.

—Paciencia, mi vida. —Él tenía el miembro tan duro que le dolía, pero quería adorar esa anatomía creada especialmente para complacer, amar, y devorar. Ella era tan suave y deliciosa. Llegó hasta el monte de Venus, le abrió los labios íntimos con los dedos, y Cassidy separó más los muslos con abandono. Él sonrió—. Húmeda e inflamada... Oh, cariño, qué delicia es tu cuerpo.

Cerró sus labios sobre el sexo expuesto, y Cassidy soltó un ronroneo gutural. Él elevó la mirada, y los ojos de Cass eran dos lagunas de deseo puro. Estaba apoyada sobre los codos, el cabello le cubría parcialmente los pechos generosos; ella lo miraba con tal nivel de hambre sexual que equiparaba la suya.

—No me hagas rogar...—refunfuñó con frustración.

—Ah, la paciencia es una virtud, cariño.

—Prefiero aquella virtud que se llama penetrar a Cassidy —dijo con descaro.

La respuesta de Dereck fue reírse, porque esa mujer lo fascinaba. No quería dejarla hablar, así que él dio un lametazo sobre el clítoris. Consideraba un privilegio verla tan desinhibida, abierta, bella y bañada en lujuria. La penetró con dos dedos, y se concentró en disfrutar de prodigarle atenciones. No quería que se corriera en su boca, sino con él dentro, así que cuando estuvo seguro de que no solo estaba a punto de perder el control, sino lista para desintegrarse de placer, se detuvo. Cassidy protestó, pero él tan solo la cubrió con su cuerpo para besarla en los labios.

Ella se probó a sí misma en la boca de Dereck. No le importaba nada que no fuera sentirlo a

él, piel contra piel, y era lo que tenía en esos instantes. Le encantaba notar cuánto él la deseaba, y cómo siempre se preocupaba por darle placer primero para enloquecerla deliciosamente, aunque a veces ella lo vencía en su propio juego.

Dereck le sonrió, se acomodó de rodillas abriéndola para él un poco más, y se agarró el miembro para trazar círculos a la entrada de la vagina con el glande. Ella quiso rodearle las caderas con las piernas para instarlo a penetrarla, pero él solo le sonrió de medio lado con picardía. Solo cuando estuvo seguro de que Cassidy iba a perder la razón, por la necesidad de satisfacer el deseo de liberación, él se deslizó en su interior, lubricándose en el camino, hasta llegar a lo más profundo.

El respaldar de la cama empezó a chocar contra la pared con los movimientos de ambos. Ella seguía el baile de las penetraciones con la misma pericia que su amante, su amor, su igual. Los sonidos de sus cuerpos encontrándose, en esos milímetros que incitaban a frotarse más con el otro para alcanzar el placer sexual máximo, creaban sensaciones en que se mezclaban gruñidos, jadeos, y sonidos corporales. Las sensibilidades estaban amplificadas. La pátina de sudor que recorría la piel de ambos los ayudaba a moverse, respirarse, en una danza perfecta.

—Dios, cuánto extrañé tenerte así —dijo él empujando hasta el fondo del cuerpo de Cassidy. Ella apretó los brazos musculosos de Dereck con sus dedos, para sostenerse a medida que él se mecía en el interior de su cuerpo.

—Me gusta sentirte tan profundo en mí —susurró con la respiración agitada, porque el sexo entre ambos podía ser dulce y salvaje al mismo tiempo.

Dereck era para ella una fuerza de la naturaleza en la cama. Ese miembro caliente, moviéndose en su interior, ensanchándola, tocando cada recodo de su íntimo canal, era insoportablemente sensual. Sus embestidas eran rápidas y duras; el vaivén de sus cuerpos al chocar hacía eco en la suite. Con él, Cassidy no sentía vergüenza, sino osadía. El placer que experimentaba era una marca de fuego a todo nivel.

Él enlazó sus dedos con los de Cassidy, y llevó las manos de ambos sobre la cabeza de ella. Con los movimientos de sus caderas, los pechos femeninos se bamboleaban, sus miradas se enlazaron. La conexión entre ambos era profunda.

—No cierres los ojos —ordenó Dereck. La sensación de tener su miembro rodeado por la calidez de la vagina de Cassidy era perfección. El mundo podía estar explotando en pedazos, y a él no le importaría. Ella era más potente que una droga, y él se había convertido en un adicto rendido a esa exquisita intoxicación—. Dios, Cassidy. Eres como fiebre en mi sangre, y tu cuerpo es mi paraíso.

Ella hizo un esfuerzo para complacerlo, pero le costaba mantener los ojos abiertos, porque el deleite que la recorría era demasiado arrebatador. Él sabía cómo moverse, cuánta presión aplicar, con qué intensidad lamer o chupar su piel, así como el preciso instante en que iba a perder el control.

—Dereck... —susurró perdida en las sensaciones, y atrapada en la mirada azul que desplegaba en ese momentos el hechizo perfecto para mantenerla cautiva.

—Lo sé, mi vida —dijo saliendo de ella por completo.

Él esbozó una sonrisa. Sí, le estaba costando mantener el férreo control de su cuerpo para no explotar, pero antes de que el alivio sexual llegara para ambos, tenía otros planes. Hacer el amor con Cassidy era un ritual que necesitaba hacerse a conciencia, a veces con primitiva fuerza, otras con dedicada dulzura, y también, como en este instante, con una mezcla de todo eso.

—¿Qué...? —preguntó con desconcierto.

—En cuatro, señorita Ashford. *Ahora* —dijo inclinándose para morderle la boca. Ella respondió con la misma caricia, y se perdieron en ese beso un largo rato.

Cassidy sonrió contra la boca de Dereck, porque le gustaba cuando era mandón. ¿Cómo negarlo? Cuando él rompió el beso, ella se giró hasta apoyarse sobre sus manos y rodillas. Lo miró por sobre el hombro y le hizo un guiño.

—Pícara provocadora —murmuró con voz ronca de deseo—. Me encanta tenerte así, completamente abierta, Cass.

—Menos palabras, señor Toussaint —susurró.

Él soltó una carcajada gutural, y le dio una nalgada.

Le separó las piernas, ubicó su miembro en la entrada mojada de la vagina, se inclinó hacia adelante y extendió las palmas hasta agarrarle las tetas desde atrás. Le pellizó los pezones, ella sollozó. Entró en su interior, y Cassidy se movió hacia atrás para sentirlo más profundamente. Le acarició los pechos con avidez sexual, mientras sus embestidas ponían a prueba su autocontrol.

—Sí... Oh, sí —murmuró ella, sintiéndolo tan dentro, y tan deliciosamente llena. La sensación era extraordinaria, y el hormigueo que le recorrió la espina dorsal se extendió hasta sus huesos, porque cuando Dereck la tocaba de forma tan íntima ninguna parte de su cuerpo salía indemne—. Estoy a punto...

—Lo sé, mi vida.

Dereck estaba maravillado por cómo Cassidy era tan sensible a él, a sus miradas, a su toque, a su cuerpo. La espalda femenina resultaba hermosa de observar, pero era ese trasero respingón que lo tenía loco. Le apretó las nalgas con fuerza, porque notarlas rosáceas por su agarre, lo ponía a mil. Sí, era una satisfacción eminentemente primitiva saber que era él quien provocaba todas las reacciones, dejaba huellas, y se impregnaba en ese cuerpo exquisito que vibraba con su toque.

Él no podía aguantar más, y no quería que llegaran al clímax en esa postura. Quería mirarla a lo ojos. Así que con facilidad, sin salir de ella, maniobró hasta dejarla de espaldas en el colchón. Con un par de penetraciones más, la sintió empezar a contraerse a su alrededor. Dereck se inclinó para besarla.

—Dereck... —gimió contra su boca, cautivada, excitada, enamorada.

—Te amo, y que no estés en mi vida sería mi destrucción —confesó él, respirando con dificultad, mientras mantenía el vaivén de su pelvis y se mantenía afianzado en el interior de Cassidy.

Ella arqueó las caderas.

—No hay otro lugar en el que prefiera estar que entre tus brazos —murmuró acariciándole la mejilla antes de dejarse llevar por el plácido palpito de sus paredes íntimas alrededor del miembro ardiente, y esos segundos de absoluto júbilo sexual la engulleron como una marea voraz.

Al cabo de un instante, Dereck soltó un gruñido de placer cuando su miembro explotó con fuerza dentro de Cassidy. El clímax sacudió cada célula de su cuerpo.

Desnudos, agotados y saciados, ambos permanecieron en un cómodo silencio. Él procuró no poner demasiado peso sobre la preciosa mujer que poseía su corazón, y se acomodó hasta abrazarla, afianzándola a su lado. Como la quería siempre.

Ya no necesitaban las palabras, porque sus cuerpos habían completado todo el proceso para llegar a ese punto perfecto de serena compenetración y totalidad.

Después de tantos años, las piezas del rompecabezas se ajustaban con naturalidad en los sitios que antes parecían imposibles de encajar. La figura completa de ese romance incluía también las partes rotas, las enteras, y aquellas a medio acabar, ya que unidas formaban una pieza única. La perfección entre Dereck y Cassidy existía porque ahora era posible aceptar los fallos, los aciertos, la desazón, el éxtasis, la ambición profesional, el éxito, pero en especial el amor.

Después de pasar el día anterior amándose, hablando sobre las reflexiones mutuas de esos cuatro días sin verse, ahora esperaban, en un hermoso restaurante italiano de San Diego, la llamada de Samia con los resultados del test de paternidad. Dereck se había encargado de solicitar que esas muestras se enviaran a otro laboratorio, contratado por él, para cerciorarse. No iba a confiar como estúpido en la palabra de Samia o en la del laboratorio desde el que se había filtrado la noticia a la prensa. De hecho, sus abogados estaban organizando una acción legal para demandar a ese laboratorio por violación de la privacidad, así como daños y perjuicios.

La identidad de Vincent no había sido revelada, porque era un menor de edad, y ese era un delito gravísimo con repercusiones que incluían la cárcel, por eso no había salido en la prensa norteamericana. Dereck no iba a enlodarse con esa situación de forma personal, y por eso había contratado a la mejor firma de abogados de San Diego y que, por supuesto, eran amigos personales con gran reputación profesional.

Dereck tendría la potestad de aclarar públicamente, si Vincent era o no su hijo. Incluso llamó a Lincoln para mencionarle la importancia de ser discretos, y este se mostró partidario de cerrar la boca salvo que el que resultara ser el padre biológico de Vincent quisiera comentarlo a terceros. Samia estaba amenazada con una demanda por difamación, cortesía de Dereck, si decía la más mínima palabra de los resultados a otros. Al respecto, Lincoln también había estado de acuerdo, porque el croata estaba muy cabreado por toda la conmoción que la noticia causó en su círculo personal.

—Lo que sea que ocurra, sé que harás lo correcto por ese niño —dijo ella, poniendo su mano sobre la de Dereck, al notarlo pensativo—. Él no tiene la culpa de que su madre sea una mujer sin escrúpulos. Merece esta oportunidad de sanarse.

La expresión de él se suavizó. Ese era el efecto de Cassidy: lo serenaba en los momentos más complicados, lo excitaba con solo estar alrededor, lo cautivaba con su inteligencia, y lo hacía reír con sus comentarios descarados. Ahora, el amor de ambos era más maduro y sólido. Quizá los años que estuvieron alejados, sin tener siquiera la más remota idea de que volvería a verla o tener la oportunidad de amarla y ser amado por ella, fueron necesarios. Él pretendía marcar un antes y un después en su relación con Cassidy. Necesitaba hacer algo al respecto, pronto, sin importar lo que sucediera debido a ese desastre que había creado la mentira de su ex socia de negocios.

—Seguiré pagando su tratamiento, indistintamente del resultado de ADN —dijo con convicción—. Vincent merece tener todas las oportunidades que el dinero pueda conseguir para salvar su vida.

Cassidy esbozó una sonrisa enamorada.

—No esperaría menos de ti. Eres un hombre maravilloso, Dereck Toussaint.

—Quizá se deba a que cierta fierecilla ha domado mi conciencia.

Ella se rio con suavidad, porque sabía que a Dereck no le gustaban los cumplidos si hacía algo bueno en beneficios de otras personas.

—Quizá —replicó haciéndole un guiño.

Al salir del restaurante fueron a dar un paseo por la playa Coronado. La brisa del mar y el aire yodado obraron maravillas en el estado de ánimo. Cassidy y Dereck caminaron con las manos entrelazadas sobre la orilla mojándose los pies.

Ambos tuvieron tiempo de hablar sobre el trabajo de Cassidy en TS2, y acordaron que ella continuaría en su cargo de relacionista pública hasta que el contrato expirara. Al término de ese periodo, ya estaría financieramente estable para abrir una nueva compañía que era lo que, desde un inicio, planificó al aceptar ese empleo. A Dereck le parecía bien cualquier decisión siempre y cuando la hiciera feliz.

Uno de los temas espinosos fue Byron. Cassidy resolvió dejar que esa relación tomara el curso que la vida quisiera, porque estaba exhausta de todos los líos que la intervención de su padre, así como sus decisiones, le habían causado. Dereck, en cambio, se limitó a mantenerse callado. Al tratarse del padre de Cassidy, en lo que ella decidiera iba a apoyarla. Dereck ya no tenía ningún contrato que lo atara al pasado, ni legal, monetario, menos emocionalmente. Había cerrado esos ciclos.

—¿Qué quieres hacer más tarde? —le preguntó ella. La certeza de que él estaba a su lado, lejos o cerca, le brindaba la maravillosa sensación de que siempre podría contar con Dereck. Ninguno de los dos tenía personalidad débil, y ambos eran líderes innatos, pero habían aprendido que si les ganaba el orgullo iban a destruirse. Sabían que lo más inteligente era utilizar esa fuerza para devorar el mundo, juntos.

—No comimos postre —replicó él en tono juguetón.

Ella soltó una carcajada, pero esta se borró al instante, porque el teléfono de Dereck empezó a sonar. Ambos miraron el nombre en la pantalla del iPhone, y después enlazaron sus miradas. Ella le dedicó una sonrisa entrañable.

—No importa lo que te diga la madre de Vincent —dijo Cassidy acariciándole la mejilla a Dereck con dulzura—. Todo está bien, porque estamos juntos.

—Te amo, Cass.

—Lo sé, mi amor, y yo a ti. —Ella le hizo un gesto con dirección al teléfono, y agregó—: Acabemos con esta situación de una buena vez.

Dereck hizo un asentimiento breve, y deslizó el dedo sobre la pantalla.

—¿Cuál es el resultado? —preguntó él a modo de saludo, mientras Cassidy mantenía entrelazados los dedos de la mano libre con los suyos—. No olvides tener la boca cerrada, Samia, si no quieres problemas. Pagaré todo el tratamiento de Vincent, y recuerda que no lo haré por ti.

Cassidy le dio la espalda al mar para mirarlo. Estaba inquieta por él, y quería que esa incertidumbre acabara pronto.

—Dereck...

Él soltó un largo suspiro.

—Vincent no es mi hijo —dijo con una sensación agridulce, porque no tendría la posibilidad de ayudarlo más que financieramente. Sin embargo, ahora que tenía el verdadero resultado, entendía que lo valioso no era lo que se hacía por otros, sino la intención con la cual se ejecutaba un gesto.

Al instante le llegó a Dereck la alerta de un correo electrónico. El nuevo laboratorio que él contrató le envió el resultado, negativo también. Él dejó salir el aire de sus pulmones con una fuerte exhalación mirando al cielo.

Cassidy cerró los ojos, porque entendía la expresión meditabunda de Dereck. Lo conocía, y

tenía plena conciencia de que su corazón era demasiado generoso y más que dinero, Dereck habría querido poseer la oportunidad de ser el donante de médula, aunque eso hubiera implicado un reto para la relación de ambos. Tanto en salud, por el proceso médico que un trasplante implicaba, así como emocionalmente.

Ella le rodeó la cintura con sus brazos, y lo abrazó con fuerza. Al cabo de un instante se apartó un poco y elevó el rostro para mirarlo.

—Gracias por haber confiado en mí, a pesar de que no conocías el cuadro médico de Vincent y solo decidiste hacer el viaje desde Nueva York, pidiendo una licencia de trabajo, para ofrecerme tu amor sin importar las circunstancias —dijo Dereck tomándole el rostro entre las manos—. Gracias por haber regresado a mi vida.

Cassidy sintió que las lágrimas de emoción se agolpaban en sus ojos.

—Eres todo lo que necesito para ser feliz, Dereck —dijo apoyando las manos sobre las que continuaban sosteniéndole las mejillas con candor. Él la miraba con esos impactantes y profundos ojos azul claro—. No importa lo que haya ocurrido antes, porque sé que tenemos tiempo suficiente para escribir una página nueva.

—Una nueva página juntos —repitió él—. Me interesa mucho esa idea, en especial porque tengo grandes planes para ti, a partir de hoy —dijo en tono juguetón, pero el brillo enamorado de sus ojos permanecía indeleble. Por ella.

—Me gusta decir la verdad, y amarte es la más importante.

Él le dedicó una sonrisa que calentó cada parte de su cuerpo, y logró, como ya era frecuente, que el corazón de Cassidy latiera desbocado. Después, la tomó de cintura para apegarla a su cuerpo, y bajó la cabeza para besarla como solo él era capaz: con amor profundo, sensualidad, dulzura, y ese toque especial de pasión sublime.

EPÍLOGO

Meses después...

Los Hamptons, Estado de Nueva York.

La casa que Dereck había comprado años atrás, en la zona de Meadow Lane, era preciosa, y la vista al océano que podía disfrutarse desde el interior resultaba impresionante. A través de los grandes ventanales del piso superior corría siempre una brisa fresca, sosegadora, y acariciaba con mimo al que la recibía. La ubicación de la propiedad era ideal. El área estaba resguardada por una compañía de seguridad que Dereck había contratado, porque él estaba empeñado en precautelar su privacidad.

La residencia estaba localizada a tan solo cuarenta minutos de distancia en helicóptero desde Manhattan, y era el sitio ideal, privado y exclusivo, para disfrutar del verano o de una escapada un fin de semana. El penthouse de Dereck en Nueva York tenía un helipuerto, entonces resultaba sencillo trasladarse hasta la playa cuando le apetecía. Ahora que tenía a Cassidy a su lado, él intentaba delegar más trabajo a su equipo de abogados en TS2. No le apetecía perderse los momentos que podía crear con ella, ni tampoco descuidar su profesión, entonces había encontrado el equilibrio en su rutina, y para ello también decidió contratar más abogados en la compañía.

Después del sacudón mediático, que vivieron Cassidy y Dereck, los dos habían optado por continuar su relación con un perfil bajo. Al cabo de una semana del escándalo causado por Samia Voyd, la prensa se olvidó del menor de los Toussaint para enfocarse en otro protagonista que creara nuevos titulares.

La gestión en TS2 para recuperar la buena reputación de Dereck, como hombre de negocios comprometido, se retomó con un enfoque en el que él patrocinaba emprendimientos de jóvenes que estaban a punto de graduarse de la universidad. Aunque Cassidy no estaba a cargo de esas gestiones, las responsables estaban haciendo un gran trabajo. La medición de percepción era favorecedora.

Dereck le había pedido a Cassidy que se mudara a vivir con él al penthouse, y ella aceptó. La transición de pasar unos días juntos en la casa del otro, a convivir de manera continua en un solo sitio fue fluida, así como también lo fue la adaptación a los hábitos del otro. Cassidy era maniática de la limpieza, y Dereck tenía fijación con organizar la vajilla de la cocina de acuerdo al tamaño de cada pieza; discutían si el otro incurría en alguna acción que se considerara una transgresión a esas manías personales, pero lo arreglaban con besos apasionados que terminaban en una cascada de caricias, y luego quien había cometido la falta, la corregía. Era lo justo.

Los dos habían acordado, por el bienestar de la relación, que, sin importar la carga laboral que tuvieran, las discusiones que tocaban fibras profundas entre ellos siempre serían la prioridad para resolver. Eran conscientes de que el amor era el cimiento principal de su relación, pero necesitaban un baño de realidad, y este consistía en entender que, en algún momento, uno de los dos cometería errores. No podían quedar heridas sin sanar, porque con el paso del tiempo se volverían irreparables. Ambos ya habían vivido un pequeño infierno por ese motivo.

El verano estaba por terminar, así habían decidido pasar los últimos cinco días en la

acogedora villa blanca de dos pisos en Los Hamptons. El día anterior, Ryder y Julianne los habían visitado y se quedaron a pasar la noche. La presencia de la pareja tuvo como propósito anunciar que iban a ser padres por primera vez, y que se casarían a finales del año, además de que esperaban a Dereck y Cassidy en su boda. Dereck se alegró cuando Ryder le confirmó que Edith, la madre de ambos, viajaría desde París para festejar la ocasión que iba a celebrarse en el Estado de Kentucky.

—Dereck, creo que debo hacerte una pequeña advertencia —había dicho Julianne, mientras estaban en la mesa comiendo unos dulces.

—¿Qué clase de advertencia?

—Tal vez me haya dejado llevar un poco por la errónea imagen que tenía de ti, y puede ser posible que mi hermano, Oliver, crea que eres un playboy. —Cassidy se había echado a reír, y al mismo tiempo lo hizo Ryder—. Si acaso él llegase a asistir a la boda y te hiciera una broma al respecto, ya sabes el motivo —había dicho la prometida de Ryder en un tono de disculpa.

—No pasa nada. Lo importante es que ahora tengas en cuenta que tu futuro cuñado —había dicho Dereck señalándose a sí mismo con el dedo, para luego hacerle un guiño—, es un mujeriego reformado.

—¿Qué tal con ese logro de Cassidy? —había dicho Ryder con una carcajada—. Me alegra que alguien te haya hecho entrar en razón.

—Le dije la sartén al cazo —había replicado Dereck meneando la cabeza—. Qué osado eres, Ryder, de verdad.

Celebraron las buenas noticias de Ryder y Jules con una barbacoa, mientras tenían el mar de fondo, la brisa de la noche, y la arena como pista para disfrutar de esa merecida felicidad. Los hermanos Toussaint, después de tantas dificultades y momentos devastadores en sus vidas, habían entendido que bastaba que se tuvieran el uno a otro, y que hubieran recibido el regalo de aprender a amar, para sentir que habían conquistado el mundo, porque el amor no tenía precio.

Cassidy había notado que Ryder era muy hermético y distante en la oficina, pero en la vida privada se transformaba por completo en un hombre agradable y encantador, en especial si Jules Clarence le sonreía. Con Jules, Cassidy había tenido química instantánea e incluso se contactaban de vez en cuando para intercambiar consejos de negocios, Jules en la parte logística, y Cassidy como relacionista pública.

Julianne y Ryder se habían marchado de Los Hamptons esa mañana.

—¡Cass! —llamó Dereck desde la puerta que llevaba hacia el camino de la playa. Se trataba de un sendero corto que tenía acceso rápido—. Ven a ver el atardecer, cariño. Ya he puesto las sillas en la arena.

—Hey, guapo —dijo Cassidy cuando llegó hasta la puerta en la que Dereck la esperaba—, ya estoy lista.

Llevaba un vestido corto, celeste pastel, con mangas a los costados, dejando sus hombros desnudos. Se había aplicado reflejos del color de la miel en el cabello, y se la veía muy atractiva. Dereck la tomó de la cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Te has demorado mucho —dijo mirándola con amor.

Ella se echó a reír.

Jamás creyó que su vida hubiera dado un giro tan inesperado hasta el punto de reencontrarse con Dereck, y estaba agradecida de que el amor que tenían por el otro fuera más fuerte que el paso del tiempo y las adversidades. Después de lo ocurrido en San Diego, las noticias que recibieron, un mes atrás, consiguieron que Dereck se sintiera en calma consigo mismo por haber

decidido continuar apoyando financieramente el tratamiento de Vincent, sin importar que no fuese el padre biológico. Incluso le abrió un fondo especial para que, cuando cumpliera diecinueve años de edad, tuviera pagada la carrera universitaria que eligiera. El niño se había salvado, gracias a que Lincoln fue compatible con los estándares médicos que lo aprobaban como donante de médula, y ahora estaba en un proceso de recuperación.

—¿Tú crees? —preguntó rodeándole el cuello con los brazos.

Sus días con él estaban llenos de retos, y una efervescente química sexual que parecía arder en un fuego sin fin. Dereck era encantador con ella, galante y pícaro también, y sabía reconocer su potencial como profesional. Él le había ofrecido ayuda en la búsqueda de propiedades en la ciudad para que ella pudiera, al término de su contrato con TS2, establecer su propia agencia de relaciones públicas.

—Claro, te echaba de menos. Una hora sin verte es mucho tiempo, y ahora me has intentado torturar tardándote quince minutos adicionales de la hora pactada para ir a contemplar el ocaso —murmuró, fingiendo enfado.

—Eres adorable, ¿te lo he dicho? —preguntó sonriéndole, mientras con los dedos le acariciaba los cabellos de la nuca.

—Adorable no es una palabra que usaría —gruñó Dereck moviendo la pelvis para hacerla entender que su erección no tenía nada de adorable—. Prefiero decir que soy un hombre enamorado, y que tengo muy claro cómo complacer a la mujer que es la dueña de mi corazón, en la cama —le hizo un guiño—, y también fuera de ella. ¿Qué tal con eso? —preguntó, enarcando una ceja.

Cassidy soltó una carcajada.

—Eres incorregible —murmuró, antes de que él bajara la cabeza para besarla.

Dereck capturó los de Cassidy con destreza, porque esos besos eran su combustible para levantarse cada día. La sintió apegarse más a su cuerpo, gimiendo contra su boca, y sus lenguas se entrelazaban con sensualidad.

Él le hacía el amor con ese beso que era reverencia íntima de placer.

Ella lo instó a profundizar esa conquista de su boca, aferrándose a su cuello porque nunca tenía suficiente, y no quería que se detuviese. Sintió las manos de Dereck agarrándole el trasero, y Cass empezó a mover sus caderas, frotándose contra la dureza masculina. Lo escuchó gruñir, y ella sonrió contra la boca carnosa y sensual.

—Me deseas, siempre me deseas, tanto como yo a ti —dijo él mordiéndole el labio inferior, y luego el superior; le recorrió ambos con la lengua.

—Siempre —replicó Cassidy apartándose unos milímetros. Le acarició la boca con la yema de los dedos.

Dereck elevó la mirada, y notó que la luz todavía brillaba en el horizonte. Sin embargo, no quería perder de vista su objetivo principal. A regañadientes se apartó.

—Ven a contemplar conmigo el atardecer —dijo tomándola de la cintura—. No puedo mantener las manos lejos de tu cuerpo, Cass, pero este atardecer es especial.

—¿Sí?

—Sí, señorita Ashford —le hizo un guiño.

Ella se sonrojó y empezó a caminar con él hacia las sillas blancas. Una mesita pequeña estaba asentada en la arena, y sobre ella había un florero con rosas rojas.

—Qué lindo detalle —dijo con calidez, al observar la puesta en escena. Él no solía tener esa clase de gestos que podrían considerarse clichés, porque le demostraba su cariño de otras

maneras. Sin embargo, en esta ocasión se había tomado el tiempo de organizar este detalle, mientras ella estaba duchándose—. ¿Sabes? Alguien debería escribir nuestra historia.

Él se echó a reír, se encogió de hombros, y le besó la sien.

Las olas rompían en la orilla, y poco a poco la temperatura empezó a descender. No tanto para que hiciera frío, pero sí para que fuese más agradable. Cassidy se incorporó de la silla y fue a sentarse en el regazo de Dereck, apoyando la cabeza sobre el hombro, mientras él la abrazaba con fuerza. Ambos estaban en un cómodo silencio rodeados de los sonidos de la naturaleza.

—Cass —dijo con tono serio al cabo de un rato.

Los pinceladas que había dejado el sol en el cielo estaban desapareciendo por completo, porque la noche quería mostrar las estrellas que tenía en su manto. Ella se apartó del cuerpo cálido y fuerte para mirar el rostro que adoraba.

—Lo sé, es un magnífico atardecer, y es una lástima que no podamos verlo con la gloria de aquellas ciudades que dan al oeste —dijo Cassidy a modo de respuesta.

—No quiero hablar de ocaso, mi vida.

—¿Entonces?

—De la relación que tenemos —carraspeó—. Estoy muy feliz, pero creo que es necesario hacer algunos cambios.

Cassidy enarcó una ceja con curiosidad. Parecía nervioso, pero no era posible, porque Dereck tenía un temple de acero.

—¿Ha pasado algo?

—Sí —dijo tomándole la mano—, esto —agitó la mano de Cassidy con suavidad—, no puede continuar así.

—Dereck, no sé que rayos... —No la dejó acabar. La tomó en brazos para luego sentarla en la silla blanca, y así, él quedarse de pie—. ¿Qué haces?

Él esbozó una sonrisa, buscó algo en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un anillo, después clavó una rodilla en la arena, mirándola con pasión. El diamante en corte princesa brillaba con todas las luces del arcoíris reflejadas gracias a los últimos rayos de sol. Cassidy lo miró con sorpresa.

—Tu mano no puede continuar sin mi anillo, Cass, eso es lo que tiene que cambiar, es lo que está mal —dijo sonriéndole—. Quiero casarme contigo, despertar a tu lado todos los días, por el resto de nuestras vidas, llamándote mi esposa. ¿Aceptarías casarte conmigo, cumplir nuestros sueños, y formar una familia juntos?

Cassidy se llevó la mano al sitio en el que latía su corazón. Ese hombre hermoso y altivo, noble y guapo, inteligente y seguro de sí mismo, estaba de rodillas ante ella extendiéndole su corazón, ofreciéndoselo para siempre, ¿cómo iba a negarse, si no podía concebir su vida sin él?

Ella se incorporó y se puso de rodillas frente a Dereck imitando la misma posición de él. Aceptaba su gesto de humildad, pero Cass prefería estar como iguales.

—Por el resto de nuestras vidas —sonrió exteniéndole la mano izquierda, asintiendo—. Creo, señor Toussaint, que tenemos un trato. Acepto casarme contigo.

Dereck sentía que iba a explotarle el corazón de alegría. Si antes creía que era afortunado, ahora estaba seguro de que nada se comparaba con saber que la mujer que lograba que su mundo girase en el sentido correcto iba a casarse con él.

—Te amo, Cass —murmuró, deslizándole el anillo con suavidad.

—¿Más que yo a ti, Dereck? —le hizo un guiño—. Lo dudo.

Meses después...
Granja Clarence, Louisville, Kentucky.
Estados Unidos.

Dereck recibió la mejor noticia que podía recordar desde que Cassidy aceptó ser su esposa. ¡Iban a tener un hijo! Ella estaba embarazada de dos meses, pero le aseguró que no tenía intención de casarse hasta que el bebé de ambos hubiera nacido.

Él no pudo convencerla de lo contrario, en especial cuando la acompañó a uno de los controles con el ginecólogo, y este le comunicó que el embarazo de Cass era riesgoso y no podía estar bajo presión o estrés. Organizar una boda era todo menos una ocasión relajante para una novia, y Dereck solo quería que Cass y el bebé estuvieran bien. El resto lo resolverían poco a poco.

A él, que jamás tuvo una figura paterna a su lado, la posibilidad de criar y formar a un ser humano le parecía un desafío increíble. Lo mejor de todo era que contaba con una compañera como Cassidy, y sabía que ella sería una madre fabulosa. Los dos tenían conciencia, por experiencia, sobre los desafíos de una familia compleja y con tropiezos emocionales, y entendían qué errores eran los que necesitaban evitar.

Después de conocer en Manhattan al pequeño Aiden, su primer sobrino, Dereck sabía que Ryder sería un gran padre. Le parecía increíble cómo el destino había logrado entregarle tanto a su hermano mayor; lo merecía.

A Dereck lo hizo muy feliz ver a Edith, después de varios meses de no haber tenido oportunidad de volar a Francia para así poder visitarla, durante esos días en que todos llegaron a Kentucky. Su madre acogió a Cassidy con cariño y sinceridad. Ellas eran las dos mujeres más importantes en su vida, y él estaba contento de que finalmente, gracias a la boda de Ryder con Julianne, se hubiesen conocido.

—Que sean muy felices —les dijo Dereck a los novios—. La recepción está estupenda, y debe ser por el buen gusto de Jules. Lástima que mi flamante cuñada no tenga el mismo buen gusto en la elección de pareja.

Ryder le dio un puñetazo en el hombro. Julianne se rio de la bobería de ese par. La boda solo estaba diseñada para pocas personas, porque los nuevos esposos preferían la privacidad. Dereck compartía esa misma filosofía.

—¿Dónde está Cassidy? —preguntó Ryder—. Hasta anoche que cenamos todos en la casa de los padres de Jules, ella afirmó que vendría.

—Está con vómitos, y no se siente del todo bien. Me pidió que la excusara. Ella tenía mucha ilusión de venir, y se había comprado un vestido hermoso para acompañarlos —dijo con pesar, recordando lo guapa que se vio Cassidy cuando se probó el vestido para el matrimonio. Claro, fue más entretenido quitárselo, pero eso no tenía que comentárselo a su hermano—. Me hizo prometer que los visitaríamos pronto en Manhattan. Así que, cuando regresen de su Luna de Miel, nos veremos.

—Oh, pobrecita —dijo Jules—. Espero que pronto pase esa etapa.

Dereck asintió. Su pequeño sobrino estaba en brazos de Jules, dormido. Extendió la mano y le acarició la frentecita. Aiden era un angelito.

—Quise quedarme con ella —confesó—, pero prácticamente me echó del hotel argumentando que no iba a perdonarme si faltaba a esta boda.

Ryder le puso una mano en el hombro, mirándolo con seriedad.

—Hermano, si estás tan preocupado, en verdad debes ir a su lado. Menos mal ya no tienes que trabajar demasiado en reformar tu reputación, ni ella encargarse de semejante lastre. —Dereck se echó a reír—. Aunque hay que hacer una nueva campaña en la compañía para intentar abrimos paso en Oriente Medio. Sigue siendo mi objetivo principal, y...

—Cariño —interrumpió Jules—, tu hermano debe ir con Cassidy. Además, acordamos que hoy no hablaríamos de trabajo.

Ryder se encogió de hombros, y besó a su esposa en los labios.

—Que sigan pasando estupendo, chicos. —Dereck se despidió de ambos.

Al llegar al hotel, Cassidy estaba profundamente dormida. Él la contempló un largo instante. Se quitó la ropa, y tan solo se dejó el bóxer. Después de deslizarse bajo el edredón, la abrazó. Con su mano cubrió el abdomen, que aún no daba indicios de que estaba creciendo, y aspiró el dulce aroma del cuello femenino.

Cassidy sintió el calor del cuerpo de Dereck. Sonrió, porque la seguridad que él le brindaba era especial. Cuando se enteró de que iba a ser mamá, contrario a lo que hubiera esperado, tuvo la certeza de que Dereck y ella iban a conseguir darle una buena vida a su bebé. Daba igual si no había sido planificado, ¿qué parte de su relación siguió ese patrón desde que se conocieron? Ninguna. Sabía que el resto de sus vidas les traería situaciones inesperadas. Con un frente común, como el que ambos habían formado, podían enfrentar cualquier situación imprevista.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

—Me comí unas galletas saladas, y bebí un té. Con eso se me fueron las náuseas, así que estoy bien —dijo, y luego se giró para quedar frente a él. Le gustaba mirarlo—. No te preocupes tanto, mi amor, puede que mi embarazo sea riesgoso, pero con cuidarme, tal como dijo el doctor, todo irá a buen término —sonrió.

—Contigo no pienso correr riesgos —replicó acariciándole la mejilla—. Y será mejor que descanses, porque mañana vamos a recorrer la ciudad en automóvil. Nada de trabajar o pensar en hacerlo hasta que regresemos, dentro de tres días, a Manhattan.

—Dereck, ¡trabajo desde casa! —exclamó, riéndose, porque nada más salir de la consulta del ginecólogo, y saber que era necesario mantener reposo, Dereck hizo una lista de situaciones en las que ella no podía hacer esfuerzo, la primera: el trabajo. Después, su futuro esposo, le exigió al pobre Bordam que hiciera citas con los mejores especialistas en reflexología, masajes prenatales, y un montón de otras ideas para que ella estuviera siempre relajada. Le contrató también una asistente personal. Si antes Dereck era protector, ahora lo era mucho más. A ratos, Cassidy se exasperaba, pero entendía que él estaba habituado a gestionar, planificar y ejecutar. Sin embargo, en esta ocasión, al no poder hacer algo en específico por el bebé de ambos, él procuraba sentirse útil tomando acciones que creía que podrían ayudarla a ella, y a través de ella, al bebé que ambos esperaban que naciera dentro de seis meses.

—Me da igual, cariño, me da igual —dijo en tono decidido.

Cassidy tan solo se rio.

—¿Me echaste mucho de menos en estas horas? —preguntó cambiando el tema, mientras

acomodaba su cabeza en el pecho de Dereck, y él la abrazaba.

—Siempre —murmuró con dulzura, antes de cerrar los ojos.

DEDICATORIA

Centinela de mis sueños. Rostro de ángel. Corazón de Dios en cada mirada, gesto y movimiento. Gracias por todo, por tanto, por siempre. Que brille para ti la luz eterna de la alegría, la calma, los juegos, y resuene en tu corazoncito la certeza de que fuiste siempre amada, cuidada y adorada.

Sookie (2006-2021).

SOBRE LA AUTORA



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana, y la única escritora, de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Pasión Irreverente, Silencio Roto, Los Mejores Planes, Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Reckless, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden

encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi, y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel ha sido jurado del Concurso Literario Indie de Amazon, ediciones 2020 y 2021. Ella es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Instagram: @KristelRalston

Grupo VIP de Facebook: Entre Páginas con Kristel

Síguela en Amazon: <https://www.amazon.com/~e/B00EN6SYYG>